

Filosofía económica: Entendiendo la complejidad

Jeshua Romero Guadarrama

2021-08-09

Contents

Prefacio

Publicado por Jeshua Romero Guadarrama en colaboración con JeshuaNomics:

[Git Hub](#) [Facebook](#) [Twitter](#) [Linkedin](#) [Vkontakte](#) [Tumblr](#) [YouTube](#) [Instagram](#)

Jeshua Romero Guadarrama es economista y actuario por la Universidad Nacional Autónoma de México, quien ha construido el presente proyecto en colaboración con JeshuaNomics, ubicado en la Ciudad de México, se puede contactar mediante el siguiente correo electrónico: jeshuanomics@gmail.com. Última actualización el lunes 09 del 08 de 2021

El presente texto nace al calor de las exigencias académicas por un análisis teórico alternativo del sistema económico, que permita a futuros economistas, interesados en la filosofía, entender la diversidad de teorías disponibles y la forma en que éstas fueron construidas, los paradigmas que les dieron origen y a los que se tuvieron que enfrentar en algún momento.

A partir de los años que he pasado detrás de innumerables libros (con el objetivo de gestar, buscar y probar nuevos conocimientos), ve la luz pública este trabajo, que fué creciendo y cambiando lentamente, empezando como apuntes de la universidad. Creo que ha alcanzado la madurez suficiente para ser compartido con el mundo. Con independencia de su valor intrínseco, tengo entendido que hace mucho tiempo que no se hacía una obra de este tipo (lo que ciertamente le corresponde al lector juzgar).

El presente libro muestra los fundamentos ideológicos detrás del trabajo de cualquier economista, así como las perspectivas que han prevalecido en gran

medida en los últimos dos siglos: liberalismo¹, nacionalismo² y socialismo³. Sobre la base y la fuerza de estas ideologías se han construido los sistemas actuales. Exploro las conexiones entre teoría y juicios de valor para identificar las premisas filosóficas detrás del razonamiento económico de economistas tan diversos como Smith, Ricardo, Marx, Pareto, Keynes, Hayek, entre otros.

Asimismo, el libro forma un camino idóneo para un estudio formal de los aspectos básicos de la complejidad económica, desde un enfoque interdisciplinario y fundamentado en ideas. Exponiendo la teoría de la complejidad y sus amplias aplicaciones en economía, política y otras disciplinas relacionadas⁴. Comienzo con una descripción completa de las categorías más amplias de complejidad en economía (dinámica, computacional, jerárquica y estructural) antes de pasar a un análisis más detallado.

A continuación, abordo los problemas asociados con la complejidad computacional, especialmente los de computabilidad, y discuto el teorema de incompletitud de Godel con un enfoque en la reflexividad. En este mismo sentido, discuto la relación entre la entropía, la econofísica, la evolución y la complejidad económica, respectivamente, con aplicaciones en la dinámica urbana y regional, la economía ecológica, la teoría del equilibrio general y la dinámica del mercado financiero. Finalmente, reuno estos temas en un marco más amplio y expongo algunos de los límites relacionados con el análisis de cuestiones fundamentales más profundas.

Palabras clave

- Filosofía económica
- Liberalismo clásico
- Nacionalismo económico
- Socialismo marxista

¹El liberalismo se inclinó originalmente hacia un laissez-faire sin trabas, luego hacia un papel más amplio del Estado en el sistema económico (bajo la influencia de la ideología socialista), luego nuevamente se ha apoyado en un enfoque individualista de las cuestiones de producción y distribución de riqueza; más recientemente, la irrealidad de este enfoque ha sido revelada por las crisis sistémicas, lo que sugiere nuevas reflexiones e incertidumbres sobre la coherencia del razonamiento económico con la idea liberal: una perspectiva institucional e histórica puede abrir nuevos espacios para la comprensión de una economía circular cooperativista.

²Se examinan las vicisitudes del nacionalismo económico, sus rasgos estatistas y proteccionistas, su declive y resurgimiento reciente, no quedando claro qué forma está tomando actualmente desde el punto de vista económico y político. Esto es particularmente oscuro en el caso de esa forma específica de nacionalismo llamada populismo (término que busca decirlo todo, pero al examinarlo con cuidado no dice nada en específico).

³El declive y la caída del materialismo histórico de Marx no pueden ocultar el contraste inherente de intereses entre los dos lados de un contrato laboral. El legado duradero del socialismo es la relevancia duradera y multiforme, desde una fuerza laboral acobardada hasta cuestiones ambientales, entre otros temas sociales en las economías modernas.

⁴Con aplicaciones en todas las disciplinas caracterizadas por sistemas adaptativos no lineales interconectados, como la ciencia económica o ciencias regionales, matemáticas, física, biología, ciencias ambientales, filosofía y psicología.

- Filosofía social
- Economía heterodoxa
- Filosofía política
- Teoría económica clásica
- Iluminación
- Economía política
- Historicismo económico alemán
- Liberalismo económico
- El liberalismo de Keynes
- Corporativismo
- Historia de las ideas
- Complejidad económica
- Teoría económica
- Teorema de incompletitud de Gödel
- Reflexividad
- Dinámica del mercado
- Teoría del equilibrio
- Complejidad computacional
- Econofísica

Las convenciones usadas en el presente curso

- El texto *en cursiva* indica nuevos términos, nombres y similares.
- El texto **en negrita** se usa generalmente en párrafos para referirse a conceptos que se recomienda memorizar.
- Texto de ancho constante sobre fondo gris indica un enfoque teórico o metodológico comúnmente utilizado en la práctica por los politólogos.

Reconocimiento

A mi alma máter: Universidad Nacional Autónoma de México (Facultad de Economía y Facultad de Ciencias). Por brindarme valiosas oportunidades que coadyuvaron a mi formación.

Contenido

Parte I Siglo XIX y Siglo XX

Capítulos:

- Ideologías y economía política en el siglo XIX
- Metamorfosis del liberalismo en el siglo XX

Parte II Entender el liberalismo y neoliberalismo

Capítulos:

- Enemigos del liberalismo
- Neoliberalismo

Parte III Visiones alternativas

Capítulos:

- La filosofía económica desde mi perspectiva
- Alternativas

Parte IV Economía de la complejidad

Capítulos:

- Fundamentos lógicos y filosóficos de la complejidad
- Fundamentos de la economía conductual compleja

Parte V Complejidad de las interacciones sociales

Capítulos:

- La compleja dinámica de las interacciones sociales

Parte VI Econofísica, entropía, complejidad y sistemas

- Econofísica, entropía y complejidad
- Econofísica y entropía en sistemas urbanos/regionales dinámicamente complejos

Parte VII Sistemas ecológicos complejos

- Los sistemas ecológico-económicos complejos y sus problemas de gobernanza
- Complejidad y futuro de la economía

Índice de contenido

Capítulo 1. 1 Ideologías y economía política en el siglo XIX

- Schumpeter: en el origen de la economía política
- Ilustración radical y moderada: Adam Smith y David Ricardo
- El positivismo y John Stuart Mill
- Utilidad marginal: Jevons y Marshall: ¿estamos en el campo del liberalismo?
- La economía como ciencia pura: Léon Walras y Vilfredo Pareto
- Historicismo: nacionalismo económico y socialismo marxista
- Alemania y Gran Bretaña en el siglo XIX
- La economía política como sistema de “economía nacional”
- Lista: proteccionistas, mercantilistas, fisiócratas y la idea de Europa
- Historicismo económico alemán
- Socialismo marxista

Capítulo 2. Metamorfosis del liberalismo en el siglo XX

- Causas del nuevo pensamiento sobre el liberalismo
- El estatismo de Rathenau frente al “liberismo” de Einaudi
- Las dudas de Pigou
- El liberalismo de Keynes
- Estado de bienestar de Beveridge
- La escuela austriaca y el liberalismo de Hayek
- La escuela de Chicago
- Ordoliberalismo o liberalismo autoritario

Capítulo 3. Enemigos del liberalismo

- Nacionalismo y corporativismo
- Diferentes interpretaciones del corporativismo
- Filosofía económica marxista después de Marx: sin cambios
- Ajustar e interpretar a Marx

- Crítica de Dobb a la economía de libre mercado. La reconciliación de Sraffa entre la economía clásica y el marxismo
- Crítica liberal del marxismo
- Socialismo por defecto: religión, Schumpeter y Polanyi

Capítulo 4. Neoliberalismo

- La “situación clásica” de Keynes
- Desaparición del consenso keynesiano
- Actitudes filosóficas: constitucionalismo económico
- Nueva economía clásica
- ¿Una nueva “situación clásica?”
- El populismo como subproducto del neoliberalismo

Capítulo 5. La filosofía económica desde mi perspectiva

- Una visión liberal
- ¿Hacia dónde iría ahora un liberal?

Capítulo 6. Fundamentos lógicos y filosóficos de la complejidad

- Formas de complejidad
- Fundamentos de la economía de la complejidad computacional
- Epistemología y complejidad computacional
- Fundamentos de la economía de la complejidad dinámica
- Conocimiento y complejidad dinámica
- Conocimiento y ergodicidad
- Reflexividad y unificación de conceptos de complejidad
- Observaciones adicionales

Capítulo 7. Fundamentos de la economía conductual compleja

- Resumen
- Herbert Simon y la racionalidad limitada
- Imitación e inestabilidad de los mercados
- Complejidad jerárquica y la cuestión del surgimiento
- Racionalidad limitada y aprender a creer en el caos
- Economía del comportamiento e incertidumbre keynesiana
- Economía del comportamiento y la complejidad de la evolución institucional
- El debate de la discontinuidad en la teoría evolutiva
- Instituciones, organizaciones y el lugar de la evolución económica
- Emergencia y evolución multinivel

- Economía institucional antigua y nueva desde una perspectiva evolutiva compleja
- Resumiendo

Capítulo 8. La compleja dinámica de las interacciones sociales

- Introducción
- Rendimientos laborales en la economía no observada
- Variables y fuentes de datos
- Hallazgos empíricos
- Conclusiones

Capítulo 9. Econofísica, entropía y complejidad

- Los orígenes y la naturaleza de la econofísica
- El papel de la distribución de Pareto
- El papel de la mecánica estadística
- Econoquímica y Econobiología
- Econofísica y entropía
- Unidad de los conceptos centrales de la entropía
- La entropía ontológica y la econofísica como límite fundamental del crecimiento
- La entropía ontológica y la visión energética del valor económico
- Entropía metafórica y valor de equilibrio general
- Entropía entre econofísica y sociofísica
- Modelado financiero entrópico metafórico
- Más metáfora, el proceso anti-entrópico de la burbuja de Minsky
- Modelado de la dinámica de distribución de la riqueza y la renta mediante la mecánica estadística
- Rompiendo burbujas y la venganza de la entropía metafórica

Capítulo 10. Econofísica y entropía en sistemas urbanos / regionales dinámicamente complejos

- Observaciones iniciales
- El modelo de Wilson
- Variaciones en los modelos de distribución espacial entrópica
- Sistemas urbanos / regionales termodinámicamente sostenibles
- Procesos anti-entrópicos en sistemas urbanos / regionales
- Complejidad, entropía y autoorganización de sistemas urbanos / regionales
- Observaciones adicionales

Capítulo 11. Los sistemas ecológico-económicos complejos y sus problemas de gobernanza

- Introducción: Ostrom, complejidad y gobernanza
- Dinámica pesquera compleja
- Problemas de complejidad de la rotación óptima en los bosques
- Complejidades de los sistemas de economía climática
- Estabilidad, resiliencia, complejidad de los ecosistemas revisados y políticas

Capítulo 12. Complejidad y futuro de la economía - La evolución de la economía - Más sobre la naturaleza de la complejidad - ¿Qué es el trabajo de complejidad de vanguardia? - Cambios en los métodos de investigación - Trabajo de complejidad de vanguardia y macroeconomía moderna - La economía de la complejidad y el debate sobre la economía heterodoxa - Economía de la complejidad y políticas públicas - La paradoja de la economía como sistema adaptativo complejo

Referencias bibliográficas

Part I

Siglo XIX y siglo XX

Chapter 1

Ideologías y economía política en el siglo XIX

Según Schumpeter, las raíces de la economía se encuentran en la filosofía social y en la experiencia empresarial concreta de la vida diaria, particularmente en la Gran Bretaña del siglo XVIII. La discusión sobre la actividad económica toma diferentes giros en Gran Bretaña y Alemania: en el primero, entremezclando esas dos raíces, se basa en un punto de vista individualista; en el segundo, sobre el Estado como centro de la vida social y económica. Adam Smith, filosóficamente motivado por la Ilustración Moderada, es visto como el fundador de la Escuela Clásica de economía política y la encarnación de un liberalismo económico “cosmopolita”, válido en cualquier momento y lugar. Más adelante en el siglo XIX, la economía política está fuertemente influenciada por el positivismo y los fenómenos económicos se estudian de manera similar a las ciencias naturales. La atención del economista neoclásico se centra en la utilidad marginal del individuo, y todo el equilibrio del sistema económico se explica en términos matemáticos, como con Walras y Pareto, apoyando implícitamente una visión conservadora de la sociedad. En Alemania, el papel central del Estado encuentra una base hegeliana y la economía política se caracteriza por un historicismo acentuado, a través de los trabajos de la Lista proteccionista, y de los exponentes de la Escuela Histórica de Economía, en una especie de “nación económica”. edificio”. La centralidad y el desarrollo de la nación, y una insistencia en la reforma social en un enfoque no marxista, se enfatizan dentro de un marco de dependencia del camino. La misma raíz hegeliana se puede encontrar en Marx y su materialismo histórico. Las clases sociales, ya presentes en el análisis de la Escuela Clásica y luego descartadas por los neoclásicos, son vistas en una perspectiva confrontacional totalmente diferente, resultado de la estructura capitalista de la sociedad: una estructura que será superada determinísticamente por la revolución proletaria o por la caída. de la tasa de ganancia del capitalista.

Palabras clave

- Escuela clásica
- Escuela neoclásica
- Escuela histórica alemana
- Materialismo histórico marxista

Schumpeter: en el origen de la economía política

Joseph Alois Schumpeter ha sido una de las pocas mentes críticas que ha intentado llegar al núcleo de la ciencia económica. En un ensayo que escribió hace más de un siglo, observó que “la ciencia de la economía, ya que tomó forma hacia el final de la 18^a siglo, había crecido a partir de dos raíces que deben ser claramente diferenciados unos de otros”. La primera raíz se originó en el estudio de la filosofía, específicamente en esa vertiente de la filosofía que consideraba las actividades sociales como el problema fundamental, como el elemento esencial de la visión del mundo. La otra raíz reflejaba los puntos de vista de “personas de diversos tipos” cuyo interés se centraba en cuestiones reales y prácticas de su vida diaria. ¹

En cuanto a la primera corriente de pensamiento, el mundo social —hasta entonces aceptado como evidente en sí mismo y, por lo tanto, no merecedor de una atención especial, o como un misterio explicable sólo en términos religiosos sobrenaturales— se veía desde una perspectiva diferente, como un problema intelectual que debía plantearse. trataba de métodos naturales, no sobrenaturales, basados en la observación empírica y el análisis fáctico. ²Para una verdadera comprensión del mundo social, tenía que explicarse en términos racionales, es decir, por medio de una relación causa-efecto en el comportamiento humano. La filosofía moral, como unidad que resultó de estas reflexiones, incluyó la Teología, la Ética, la Jurisprudencia y la Economía. “En esta unidad orgánica un elemento afecta a todos los demás, casi todos los pensamientos son importantes también para la Economía”. Y en este punto Schumpeter nombra a Locke y Hume: “Nunca más la filosofía fue hasta tal punto una ciencia social como en este período”. ³

En cuanto a la otra raíz, el interés por lo práctico y cotidiano hizo que, a diferencia de la primera, no viera la actividad humana como, per se, problemático. Los pensadores pertenecientes a esta segunda corriente, por un lado ricos en experiencia empresarial, por otro lado carecían de formación científica y eran reacios a plantear cuestiones filosóficas. Se puede entender por qué —añade Schumpeter— algunos comienzos excelentes no tuvieron un seguimiento significativo, porque, si el problema práctico inmediato se había resuelto, no se sintió la necesidad de una reflexión adicional y más profunda. Este tipo de literatura reveló su frescura y frutos en la observación directa del mundo social, pero resultó infructuosa más allá de eso. Sin embargo, esta economía “vulgar” (el

adjetivo es de Schumpeter y fue utilizado anteriormente por Marx, aunque con un significado ligeramente diferente 4).), basada como estaba en la realidad de la vida empresarial, aportó una importante contribución al auge de la economía política. Con el tiempo, principalmente en Inglaterra, la experiencia de la vida práctica comenzó a ser fertilizada por un hábito mental de tipo científico: por ejemplo, “Se logró un gran progreso cuando se abandonó la concepción ‘bullionista’ y la gente se dio cuenta, en cambio, de que los tipos de cambio y la balanza comercial estaban correlacionados”. 5

Este tipo de fertilización cruzada de comportamiento práctico y pensamiento teórico asumió un carácter diferente en diferentes países. En Inglaterra, las condiciones políticas relacionadas con el parlamentarismo favorecieron un debate abierto en la opinión pública y una urgente necesidad de análisis económico. En otros lugares, los gobiernos autocráticos desalentaron estas discusiones sobre economía política. En Alemania, el bajo nivel de una discusión racional sobre economía fue el resultado de años de guerras religiosas y reflejó una falta de discusión libre. Allí, la adopción de modelos extranjeros obstaculizó cualquier desarrollo original de la ciencia económica. Por otro lado, en ningún país como en Alemania el Estado se convirtió en objeto de un interés inagotable: el Estado como factor esencial del proceso de civilización.

Para los británicos, su historia trataba de liberar a la sociedad de un monarca opresor, mientras que para los alemanes significaba la afirmación de un Estado fuerte a partir de un feudalismo retrógrado. El derecho administrativo ocupó en Alemania el mismo lugar que la economía política había ocupado en Inglaterra. En Inglaterra, los comerciantes discutían entre ellos de la misma manera que los funcionarios públicos discutían en Alemania. Si en Inglaterra discutieron sobre economía, esta se convirtió en teoría económica; mientras que en Alemania esto tomó la forma de ciencia política de la economía. Schumpeter cita una obra del neocameralista alemán Johann von Justi (1756), cuyo plan y objetivo son los mismos que en La riqueza de las naciones de Adam Smith (1776): no tan distante en términos de tiempo, pero dos obras están separadas por los trabajos de un siglo. 6 Tan valioso es el libro de von Justi en el campo de la técnica de la administración, en materia económica carece de enfoques y métodos que ya estaban bien disponibles. Los juicios prácticos de Von Justi revelan sentido común, pero la estructura analítica de su trabajo es defectuosa. Werner Plumpe ha observado recientemente que von Justi compartía con Smith la opinión de que el bienestar común depende del buen funcionamiento del mercado, pero von Justi pensaba que era responsabilidad del Estado canalizar adecuadamente el interés privado de manera que el bienestar puede ser alcanzado por el mercado. A diferencia de la Ilustración escocesa, en la semántica alemana el papel del Estado es de fundamental importancia. Mientras que, según Smith, 7 En Alemania, Law adquirió la misma posición que tenía la economía en Gran Bretaña; y una doctrina de economía de Estado significaba que “el problema individual nunca es objeto de tratamiento por sí mismo, sino sólo como parte del todo”. 8 Este enfoque sistemático ha caracterizado la economía en Alemania “hasta el día de hoy [de Schumpeter]”, escribe. Uno puede preguntarse si esto

es cierto hasta nuestros días.

Schumpeter vio bien las raíces filosóficas de la ciencia económica, que es el marco ideológico que influye en las elecciones teóricas del economista, su “filosofía mundana”, para usar las palabras de Robert Heilbroner. 9

Lo que se acaba de decir sobre la diferente actitud que adoptó la discusión sobre asuntos económicos en Gran Bretaña y Alemania, tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de la disciplina de la economía. La primera actitud se centra en un punto de vista individualista, centrado en el individuo como agente racional y, por tanto, asumiendo que cualquier acción “irrazonable” debe ser vista como una curiosidad filosófica, si no como una aberración poco interesante; el segundo se vuelve hacia el Estado y ve el interés público como no necesariamente coincidente —a veces en oposición— al privado.

Estas filosofías son la premisa, a menudo no revelada, de todo razonamiento económico que va más allá de lo que Schumpeter define como la economía “vulgar”. 10

Sin embargo, si en su origen filosófico común hacemos una distinción entre los dos, es fácil notar que el primero, la visión centrada en el individuo racional, se encontró fructíferamente con la economía vulgar, basada como estaba en el interés propio inmediato. en acciones humanas; mientras que el segundo complicó cualquier relación entre el Estado racional y el individuo. De hecho, si ponemos a la sociedad, o al Estado como su representante, como encarnación de la racionalidad, las acciones individuales no merecen ser puestas en el centro de la atención del analista. En el extremo, en una especie de clasificación, el individuo siempre ocupa el segundo lugar, después del Estado. Desde esta perspectiva,

Nos ocuparemos primero del enfoque basado en el individuo racional (Secciones 1.2 - 1.5), y luego del enfoque centrado en el Estado racional (Secciones 1.6 - 1.11). Nuestro período de referencia en este capítulo es principalmente el siglo XIX.

Ilustración radical y moderada: Adam Smith y David Ricardo

El liberalismo del siglo XIX puede verse como centrado en el individuo y exigiendo un nuevo estándar que gobierne la relación entre el individuo y el Estado. Esta norma se basó en tres requisitos principales: no intrusión, no exclusión, no obstrucción. 11 El primer requisito implicaba asegurar al individuo y su propiedad, sus derechos de propiedad, principalmente a través del sistema legal, de la interferencia del Estado, el mercado, la sociedad; la segunda, mayoritariamente moral y originariamente arraigada en la religión, se fundamentaba en el reconocimiento de la dignidad humana, pero conocía

—cuando se trasladó a la política— algunos límites no irrelevantes; el tercero proporcionó una palanca económica para el pleno desarrollo de las capacidades humanas, que se mantuvo libre de obstáculos de cualquier tipo.

El individualismo como pieza central del liberalismo fue un denominador común, que unificó a los liberales contra el autoritarismo, las reglas dictadas por la tradición e invocando la primacía de la libertad y la responsabilidad del hombre. Pero el liberalismo tomó formas específicas, inclinándose a veces hacia la igualdad y la solidaridad, otras veces hacia ver al hombre liberal ya la sociedad como un “club-si-quieres-únete-si-quieres” (Fawcett). Este punto puede entenderse mejor si tenemos en cuenta que el antecedente inmediato del liberalismo es la Ilustración, a través de su insistencia en la libertad individual y en el poder restringido del soberano.

En el campo de la disciplina económica, la Ilustración muestra los fructíferos resultados del entremezclado de la filosofía centrada en el individuo racional, con la mirada vulgar del individuo que busca la satisfacción de sus necesidades cotidianas. “Adam Smith [y otros pensadores] fueron indiscutiblemente los pioneros clave de esta nueva ciencia, pero estudiar sus ideas económicas de forma aislada de su filosofía general, ideas morales y conceptos sociales, como es habitual, corre el riesgo de reducir el surgimiento de la economía a algo extraño y extraño. desprendido de su edad”. 12 Jonathan Israel observa que “para ser comprendida adecuadamente en su contexto histórico, la economía clásica debe situarse en el contexto de la lucha entre el pensamiento radical y el pensamiento de la Ilustración moderada”. 13

Un trasfondo común entre los pensadores radicales y moderados se puede encontrar en su convicción compartida de que una sociedad liberal y comercial ofrece una forma superior de libertad: la libertad bajo la ley. Pero la sustancia de la base moral sobre la que descansa la sociedad es —en estos dos enfoques— diferente.

En la visión radical de una cultura política democrática, incluso republicana, tal como la expresan autores tan diversos como Diderot, d’Holbach, Helvétius, Condorcet y otros, la tolerancia y la búsqueda incondicionada de la libertad de pensamiento y expresión están íntimamente ligadas a la concepto de igualdad social y política. La revolución no violenta, en nombre de la libertad, que perseguían, por ejemplo, Diderot y d’Holbach, tenía como objetivo hacer de la igualdad el principio moral supremo de la organización social.

Por lo tanto, se subvirtió la concepción teológica de Locke de la igualdad, que consideraba a los individuos espiritualmente iguales ante Cristo pero no iguales en estado civil: una sociedad clasificada por diferentes clases, 14 incluso admitiendo la esclavitud, en una especie de dualismo filosófico que distinguía entre cuerpo y alma. Locke fue “un filósofo que claramente favorecía la jerarquía social marcadamente estratificada y la amplia desigualdad de propiedad; era innegable que había un elemento de vacilación, incluso quizás de contradicción, en sus comentarios sobre la esclavitud”. 15 Locke, después de haber definido a un esclavo

como un cautivo tomado en una guerra justa, escribe: “como esclavo ha perdido todos sus bienes, y como esclavo no es capaz de tener ninguna propiedad; por lo que no puede ser considerado en su condición de esclavo como parte de la sociedad civil, cuyo propósito principal es la preservación de la propiedad”.¹⁶ Los filósofos escoceses de la Ilustración Moderada promoverían una visión similar, aunque menos extrema, de la moralidad, que incluye la “preservación de la propiedad”, pero los pensadores radicales menospreciarán a estos filósofos como “sentido moral” teólogos, que restringieron el alcance de la razón. “La concepción anglo-escocesa de la ética fue [por ellos] rotundamente rechazada”.¹⁷

En esta búsqueda de la igualdad, los pensadores radicales del período de la revolución francesa observaron que el “gran vicio de nuestro sistema social ... es la monstruosa desigualdad de fortunas”. “Los ricos comprenden el resentimiento que esto les causa pero no tolerarán una república genuinamente democrática, sabiendo que tarde o temprano les privará de parte de sus riquezas”. “Le capitaliste fue [por ellos] identificado como antisocial, egoísta y dañino, capaz de subvertir al gobierno en su propio interés. Montagnards¹⁸ ... también pensó en términos de imponer nuevas normas de estilo de vida igualitario a través de la educación y la instrucción pública”.¹⁹

Una inspiración para los Montagnards fue el suizo Jean Jacques Rousseau y su corriente de pensamiento radicalmente igualitaria. De hecho, entre los pensadores radicales, él ocupa un lugar específico y extremo. Su doctrina de la “Voluntad General”, según la cual no se puede delegar la soberanía popular, se opondría incluso a otros exponentes radicales, que abogaban por un régimen de representación parlamentaria.

Este régimen parlamentario fue visto por ellos, no solo por los pensadores de la Ilustración francesa, sino también por los padres fundadores estadounidenses, como un paso revolucionario que eliminaría el acceso hereditario o privilegiado a cualquier asamblea nacional, tomaría el control de las finanzas públicas en interés de los Estados Unidos. Estado, y obstaculizar los intentos del soberano de utilizarlos para fines personales: una democracia representativa.²⁰

¿Qué, por el contrario, escribió el republicano Rousseau? “[L]a actividad de interés privado, la inmensidad de los estados, la conquista y el abuso de gobierno, sugirió el método de tener diputados o representantes del pueblo en las asambleas nacionales... [pero] la soberanía, siendo nada menos que el ejercicio de la Voluntad General, nunca puede ser enajenada, y... el Soberano, que no es menos que un ser colectivo, no puede ser representado sino por él mismo²¹ ... [L]a aquí no hay posibilidad intermedia. Los diputados del pueblo, por tanto, no son ni pueden ser sus representantes: son simplemente sus agentes y no pueden arreglar nada por sí mismos. Cualquier ‘ley’ que el pueblo no haya ratificado en persona es nula y sin valor, no es una ley”.²² Rousseau agrega: “El pueblo de Inglaterra se considera libre, pero está muy equivocado: es libre solo durante la elección de los miembros del parlamento. Tan pronto como son elegidos, la esclavitud se apodera de ella”.²³ Pocos años después, Voltaire escribiría un

libro lleno de admiración por la constitución británica. 24

En su Discurso que sigue al contrato social, Rousseau explora algunas ideas sobre economía política, con fuertes acentos igualitarios. Destaca la educación pública organizada por el Estado, necesaria para llegar a la conformidad en la Voluntad General, y un sistema de tributación muy progresiva que también desalentará el lujo: “el pueblo estaría dispuesto a adorar a un Ministro que fuera a pie al Concejo, porque él vendió sus carruajes para suplir una necesidad urgente del Estado”. 25

La ausencia de representación parlamentaria, el predominio de la voluntad general y las opiniones igualitarias de Rousseau se analizan con más detalle en el capítulo 4 de este ensayo, al tratar de la ideología populista.

En la misma línea, el pensador político italiano Melchiorre Gioja veía la monarquía como equivalente a la ignorancia y la estupidez, creía en una república libre para su país, con una constitución democrática y, siguiendo las ideas económicas de la Ilustración radical, criticaba las doctrinas del libre comercio de Adam Smith (ver más abajo), alegando que “la filosofía ha declarado la guerra a la desigualdad” y favoreciendo una escrupulosa regulación estatal de la industria y el comercio. 26

El pensamiento económico clásico toma forma principalmente a través de la filosofía de la Ilustración Moderada. Se basa en una reconciliación de la ética y el utilitarismo, y en la preservación del orden social para mejorar el crecimiento económico. La validez de este pensamiento se considera universal, independiente del tiempo y el lugar. Institucionalmente, su doctrina económica se basa en un mercado autorregulado y en un sistema monetario sólido; su diseño político, en un Estado liberal que permita florecer y desarrollarse al sector privado de la economía.

Los filósofos escoceses “cimentaron su pensamiento moral en lo que en última instancia es una postura teológica y socialmente deferente”. Hay un “entrelazamiento inextricable de la filosofía moral de [Adam] Smith y, más tarde, la economía con la noción de la providencia divina y su defensa (y la de Hume) del orden social existente”. 27 Smith, en su *Wealth of Nations*, no dedica muchas palabras a la monarquía. Según él: “Aunque los monarcas, al hacer tratados, actúan como individuos al negociar, hay una gran diferencia con respecto a su adhesión al contrato. Los individuos actúan bajo el control de la ley y, por lo tanto, están obligados a cumplir con sus compromisos; pero los monarcas no las conservan más de lo que les conviene”. 28 La postura deferente de Smith redujo el alcance de la razón y tendió a priorizar el sentimiento y la tradición. Defendiendo la desigualdad como condición necesaria para el orden social, el pensador irlandés Edmund Burke rechazaría entonces las “igualaciones obligatorias”. Derriban lo que está arriba. Nunca levantan lo que está abajo. Y deprimen alto y bajo juntos por debajo del nivel de lo que originalmente era el más bajo” 29 : una afirmación que, curiosamente, encontramos casi sin cambios en el pensamiento “marginalista” de un siglo después (véanse las Secciones 1.4

y 1.5).

¿Cuál puede ser la base “moral” de esta desigualdad? Adam Smith encuentra esta base en la necesidad de preservar el orden social. En *La riqueza de las naciones*, el supuesto de Smith es el reconocimiento de diferentes clases sociales, cada una con su propio papel: los capitalistas, los terratenientes, los trabajadores; y en la *Teoría de los sentimientos morales* (que se publicó en 1759, antes de *The Wealth*), observa: “La paz y el orden de la sociedad, es más importante que incluso el alivio de los miserables ... Los moralistas nos advierten contra la fascinación de la grandeza. Esta fascinación, de hecho, es tan poderosa que los ricos y los grandes son preferidos con demasiada frecuencia a los sabios y virtuosos. La naturaleza ha juzgado sabiamente que la distinción de rangos, la paz y el orden de la sociedad, se basarían más firmemente en la clara y palpable diferencia de nacimiento y fortuna, que en la invisible y a menudo incierta diferencia de sabiduría y virtud”.³⁰

La Ilustración Moderada proporcionó el terreno más fértil en el que el liberalismo económico y la economía política clásica del libre mercado pudieron florecer y desarrollarse. Este desarrollo no podría ocurrir sin vincular la moralidad a una perspectiva utilitaria pronunciada.

Aquí hay que tener en cuenta que ese concepto de “utilidad” es uno de los más utilizados y abusados en todo el cuerpo de la economía política. Siempre que este término sea fundamental para un escritor de economía política, debemos vincularlo necesariamente a la ideología de su creador.

La visión de la utilidad de los economistas clásicos está bastante lejos de la utilidad calculada “científicamente” del sucesivo pensamiento neoclásico. Este punto necesita una aclaración. A finales del siglo XVIII, la formulación más completa del concepto se encuentra en los *Principios de moral y legislación* de Jeremy Bentham.(1789). ¿Qué quiere decir Bentham con el “principio de utilidad”? Es “el principio que aprueba o desaprueba toda acción según la tendencia que parezca tener a aumentar o disminuir la felicidad de la persona o grupo cuyo interés se cuestiona”. La búsqueda inmediata de este objetivo diferencia, según Bentham, el utilitarismo del ascetismo, que pertenece a los moralistas (que se mueven por la esperanza, es decir, la perspectiva del placer) y a los “religiosos” (que se mueven por el miedo, que es por una perspectiva de dolor). Sin embargo, el comportamiento moral o religioso puede, por sí mismo, dar lugar a la felicidad. Por tanto, la felicidad no es necesariamente de naturaleza física, bien puede ser de naturaleza política o moral (cuando es estimulada por personas conectadas al individuo en una disposición espontánea, no coercitiva),³¹ En resumen, el utilitarismo no debe identificarse necesariamente con la búsqueda de la felicidad material, solo significa que el individuo tiene su propia escala de valores que no debe estar sujeta a restricciones externas. ³² Estamos muy lejos de la “utilidad marginal” matemáticamente mensurable de la escuela neoclásica.

Dada esta definición de utilidad como instrumento para perseguir la felicidad, que, debería repetirse, bien puede ser de naturaleza política, moral e incluso

religiosa, Bentham escribe que la ética es “el arte de dirigir la acción de los hombres hacia la producción de los mayores cantidad posible de felicidad, por parte de aquellos cuyo interés está en la mira”. Este es el “arte del autogobierno o la ética privada”. Es importante destacar que si la felicidad es el fin (propósito) de la ética privada, “la legislación no puede tener otro”. El deber del legislador es simplemente favorecer la ética privada. “El arte de legislar enseña cómo una multitud de hombres, que componen una comunidad, pueden estar dispuestos a seguir ese camino que, en conjunto, es el más conducente a la felicidad de toda la comunidad”. 33 Aquí está el vínculo entre la felicidad del individuo y la comunidad.

En la Ilustración británica, cualquier relación dialéctica entre la utilidad, la ética y el orden social se resuelve, por tanto, considerando al individuo como perseguidor de su propio interés y, al mismo tiempo, como un sujeto moralmente motivado en una sociedad. Es una moral que se centra más en la honestidad de la persona y quizás en la caridad (que depende de la iniciativa individual, a diferencia de las iniciativas de bienestar público), que en discutir el orden social existente. La Ilustración británica se basa más en sentimientos de riqueza impulsados individualmente, y en un sistema institucional adecuado, que en los requisitos de igualdad, como lo hace la Ilustración francesa. 34 “Los filósofos de la Ilustración temprana dotaron a la ética de una base nueva y, con suerte, más sólida en psicología. La moralidad se había presentado tradicionalmente como un sistema objetivo de leyes divinas ... cada vez más, la virtud se reconfiguraba como una cuestión de prestar atención a los impulsos internos: la bondad residía ... en aprovechar los motivos ... las pasiones eran naturalmente benignas ... y el placer tenía que derivarse de la simpatía”. 35 “Al dar una conferencia a los jóvenes escoceses, Smith elevó el ego del hombre comercial por encima de las virtudes cívicas del republicano clásico, insistiendo particularmente en la riqueza, la libertad y la sabiduría política necesarias para sostener una política comercial”. 36 Existe, en la economía política de Smith, un sentimiento de simpatía que vincula el comportamiento humano y hace de la confianza la base de las relaciones sociales y económicas. El concepto de confianza es recurrente en su Riqueza : una confianza que debe partir del legislador: “Pero la ley siempre debe confiar en las personas con el cuidado de sus propios intereses, ya que en sus situaciones locales generalmente deben poder juzgar mejor que el legislador”. 37

Sobre la base de la libertad natural y del principio utilitario como impulsor de las acciones de los hombres, la proposición central de la Ilustración Moderada de Smith es que la sociedad puede corregir sus propios desequilibrios y progresar si el mercado puede funcionar sin obstáculos; y que esto puede suceder sin destruir los principios de jerarquía, la clasificación de clase, por la que se rige la sociedad.

El ranking de clases es relevante y la clase capitalista está en el centro del sistema económico. El progreso es el resultado del buen funcionamiento de un mercado libre, que permite generar ganancias. “El crecimiento económico está asegurado por el excedente, o producto neto, que se convierte en el motor que genera más

riqueza al brindar los medios a través de los cuales se aumenta la producción, se refina la técnica, se estimula el comercio”. 38 La clase capitalista es, por tanto, el verdadero motor del crecimiento económico, a diferencia de los rentistas ociosos, que son sólo consumidores, y de los trabajadores, demasiado pobres para ahorrar o invertir (la aversión por la clase improductiva de los rentistas es una constante de los economistas clásicos, pero también es compartida por Keynes, y obviamente por Marx).

No hay mejor síntesis del significado de la riqueza de las naciones que el escrito que hace varios años por el economista político Herbert Stein, quien dice: “Comenzar el tratado con la descripción simple y hogareña de una fábrica de alfileres fue un golpe brillante. Al principio uno se pregunta qué está haciendo eso allí. Pero luego queda claro que Smith nos está llevando a comprender y apreciar la división del trabajo. Y la división del trabajo nos lleva inexorablemente a la idea del intercambio como la forma natural y eficiente de organizar una economía. En ese momento, la batalla está a mitad de camino: el resto es sacar las implicaciones del hecho de que una economía moderna es un sistema de intercambio ... La riqueza de las naciones está llena de frases bien redactadas. El más famoso ... es probablemente: 'No es de la benevolencia del carnicero, el cervecero o el panadero, que esperamos nuestra cena, sino de la consideración de su propio interés' 39 ... Las personas que usan corbata de Adam Smith no lo hacen para honrar al genio literario. Lo están haciendo para hacer una declaración de su devoción a la idea de mercado libre y gobierno limitado ... [a pesar de que Smith] estaba dispuesto a aceptar o proponer salvedades a esa política en los casos específicos en los que juzgó que su efecto neto sería beneficioso y no socavaría el carácter básicamente libre del sistema”. 40

Solo hay una cosa que agregar: al citar a los comerciantes, Adam Smith da evidencia de la fructífera mezcla de la raíz filosófica con la raíz “vulgar” de la economía política. Con Adam Smith, “el filósofo político podría retirarse a favor del hombre de negocios, porque este último podría alcanzar el *summum bonum* del filósofo simplemente persiguiendo su propio beneficio privado”. 41

En cuanto a la universalidad del pensamiento de los economistas clásicos, debería enmarcarse dentro de la perspectiva general de la Ilustración. El discurso de Smith es claramente una expresión de esa perspectiva. Él ve en una cierta estructura organizativa del sistema económico, la encarnación de un principio de libertad individual: perfecto en sus características esenciales y, por lo tanto, no necesita ningún cambio. Las proposiciones de los economistas clásicos son válidas, como Ricardo subraya más tarde, “en todos los países y en todos los tiempos” 42: este es el “cosmopolitismo” y la a-temporalidad de la ciencia económica. De hecho, la armonía de un equilibrio natural fue el concepto inspirador de la Ilustración en cualquier rama del pensamiento, no solo en la economía. Su validez universal hace que la teoría económica clásica esté esencialmente separada de la experiencia histórica real y de los modos de organización productiva (un punto que será fuertemente cuestionado por la Escuela Histórica Alemana así como por Marx, véanse las Secciones 1.10 y 1.11). De

hecho, con la excepción de muchas muestras específicas tomadas del pasado, mencionadas instrumentalmente por Smith, para dar evidencia y más énfasis a sus propias tesis, de validez universal, 43 su análisis histórico se limita a unas pocas páginas en el Libro V de la riqueza, donde hace una descripción estilizada, tentativa y conjetural de la evolución del desarrollo económico del hombre enumerando sucintamente estados sucesivos y diferentes de la sociedad, desde cazadores hasta pastores y campesinos, hasta el hombre dedicado a la manufactura y el comercio. 44

Si dirigimos nuestra atención a los aspectos internacionales y al comercio exterior, se evidencia el “cosmopolitismo” de los economistas clásicos (diríamos “globalismo”), y por tanto su ataque al proteccionismo y las políticas mercantilistas, a favor del libre comercio. Consideremos el siguiente pasaje del ensayo de Hume sobre la balanza comercial: “Nuestros celos y odio hacia Francia no tienen límites, y el sentimiento anterior, al menos, debe reconocerse como muy razonable y bien fundamentado. Estas pasiones han ocasionado innumerables barreras y obstáculos al comercio ... Pero, ¿qué hemos ganado con el trato? Perdimos el mercado francés para nuestra fabricación de lana, y trasladamos el comercio de vino a España y Portugal, donde compramos licor mucho peor a un precio más alto ... Cada nuevo acre de viñedo plantado en Francia, para abastecer de vino a Inglaterra, exigiría que los franceses tomaran el producto de un acre inglés, sembrado en trigo y cebada, para subsistir; y es evidente que, por lo tanto, tenemos el control del mejor producto”.45

Cincuenta años después, Ricardo retoma este tema y crea un “modelo”: su conocido caso de estudio del comercio anglo-portugués (formalizado en la “teoría de la ventaja comparativa”) muestra una situación de equilibrio que, una vez alcanzada, es la más económicamente eficiente y estable para ambos países 46: si la producción de telas en Inglaterra requiere el trabajo de 100 hombres durante un año, contra 120 hombres necesarios para producir vino, y si la viticultura en Portugal requiere solo el trabajo de 80 hombres, mientras que para la producción de telas se necesitan 90 hombres, será en Portugal. interés en producir solo vino (aunque la producción de telas cuesta menos que en Inglaterra) e importar telas de Inglaterra: con el trabajo de 160 hombres, todos dedicados a la viticultura, Portugal habrá obtenido vino y tela, frente a los 170 necesarios en para producir ambos en su mercado interno. 47Esta situación, que traspone a nivel internacional lo que Smith había escrito sobre la fábrica de alfileres, es, como se mencionó, eficiente y bien equilibrada, y no necesita ningún cambio (a menos que, hay que agregar, nos preocupe el hecho de que Portugal seguirá siendo un enorme viñedo e Inglaterra quedará asfixiada por el humo de sus fábricas de telas). El economista clásico elogia el libre comercio porque permite que cada nación maximice su propio producto, dados ciertos recursos y capacidades productivas. La Friedrich List alemana objetará este modelo al observar que este equilibrio evita que la economía menos avanzada cambie su estructura productiva y, por lo tanto, aumente sus ingresos a largo plazo.

Un sistema monetario estable, alejado de los caprichos del soberano, es una

condición previa para que el libre mercado autorregulado funcione sin problemas. Los fundamentos teóricos del dinero estable son proporcionados por David Hume, en su ensayo sobre el dinero. 48 Es una enunciación magistral y concisa de la “teoría cuantitativa del dinero”: “los precios de todo dependen de la proporción entre las mercancías y el dinero, y ... cualquier alteración considerable de cualquiera de ellos tiene el mismo efecto de aumentar o disminuir los precios ... Es sólo el excedente [de una mercancía], en comparación con la demanda, lo que determina el valor”. 49

Si el stock de dinero no solo está compuesto de oro, sino también de papel crédito, y si el crecimiento del componente papel es excesivo, la estabilidad monetaria se ve comprometida. Para limitar el aumento del crédito en papel (circulación del papel), provocado por la búsqueda de beneficios del sistema bancario, debe hacerse obligatoria la convertibilidad del papel en oro. 50 El requisito de convertibilidad priva al soberano del poder de modificar a su discreción el stock de dinero y encaja perfectamente con el funcionamiento de un mercado autorregulado. 51 La teoría cuantitativa del dinero se integró así en la corriente principal de la conducta monetaria ortodoxa, formando el núcleo central del análisis y la política monetaria clásica del siglo XIX.

Institucionalmente, algunas leyes proporcionaron los pasos necesarios para hacer de Gran Bretaña un país de libre comercio y patrón oro, implementando así el liberalismo en la forma más avanzada: la Ley para la reanudación de los pagos en efectivo de 1819 (después de las guerras napoleónicas que habían obligado al Reino Unido suspender la convertibilidad del oro) y el Bank Charter Act de 1844, para una promulgación completa del patrón oro; y el Bill of Repeal (Importation Act) de 1846, que abrió el mercado británico al abolir la protección asegurada por las Corn Laws.

En la economía clásica de Smith, Ricardo o el francés JB Say, la maximización del producto no puede verse obstaculizada por la falta de demanda, porque cualquier actividad económica genera ingresos, en forma de salarios, rentas, ganancias, que son iguales al valor del producto. . Las recesiones económicas no se deben a una caída de la demanda, sino a factores exógenos al sistema económico, a “externalidades”, como guerras o interferencias (del gobierno, por ejemplo) que perturban el libre funcionamiento de las fuerzas del mercado. Esta es una afirmación que será negada por economistas tan diversos como Marx y Keynes.

Cualquier bien tiene demanda por su utilidad. Pero, ¿cómo se evalúa su precio en el mercado? El valor tiene dos significados diferentes, a veces expresados por la utilidad de ese bien, y a veces por el poder de comprar otros bienes que la posesión de ese bien en particular transmite: por lo tanto, de cualquier bien, el valor en uso debe distinguirse del valor de cambio. . 52

El valor de uso de un bien está relacionado con la utilidad que una persona obtiene al usar ese bien; mientras que el valor a cambio está vinculado a su precio. El primer tipo de valor, la utilidad de los bienes, explica los impulsores

económicos de la sociedad; el segundo, el valor de cambio, explica que cualquier sociedad solo puede funcionar gracias al sistema de precios.

Smith y Ricardo están, con distintos acentos, de acuerdo sobre cómo se determina el valor de intercambio de una mercancía. Smith escribe: “[Su valor] es igual a la cantidad de trabajo que permite [a una persona] comprar ... El trabajo, por lo tanto, es la medida real del valor de cambio de todas las mercancías ... Lo que todo vale realmente para el hombre quien lo ha adquirido, y quien quiere deshacerse de él o cambiarlo por otra cosa, es el trabajo y la molestia que puede ahorrarse y que puede imponer a otras personas”. “Parece evidente que el trabajo es la única medida universal de valor, así como la única exacta”. 53Y Ricardo: “Si la cantidad de trabajo realizado en mercancías regula su valor de cambio, todo aumento en la cantidad de trabajo debe aumentar el valor de la mercancía, como toda disminución debe bajarlo”. 54 Esta “teoría del valor trabajo” será el punto de partida de la reflexión y la crítica de Marx y, por razones opuestas, será criticada como “no científica” por los economistas “marginalistas” (o neoclásicos) de la segunda mitad del siglo XX. Siglo XIX. Si el valor de cambio de una mercancía se explica en términos de una teoría de costos, como el valor de la fuerza de trabajo empleada en el proceso de producción, ¿cómo explicar el origen de la renta y la ganancia?

De hecho, la proporcionalidad entre la variación en la cantidad de trabajo y la del valor de una mercancía existiría en ausencia de maquinaria empleada en su producción. 55 Por tanto, el valor de cambio de una mercancía depende no sólo del trabajo empleado, sino también del capital empleado en la producción y de la tierra sobre la que insiste el capital. El capital y la tierra deben incluirse en el proceso de determinación del valor de cambio de una mercancía. 56Al respecto, Smith dice que este valor de cambio incluye los precios “naturales” de los tres factores de producción —tierra, trabajo y capital, lo que significa rentas, salarios y ganancias— que compensan el costo de producción de una mercancía. El precio “natural” puede diferir del precio de “mercado”, pero solo por la razón de que el precio de mercado tiene en cuenta las desviaciones accidentales y temporales del primero. 57 Pero los economistas clásicos no adoptaron un criterio para determinar el precio natural del capital y la tierra. 58Con referencia al sector agrícola, a la renta de la tierra, Ricardo, quien mantiene una visión de las clases sociales (factores de producción) antagónica, a diferencia de la visión complementaria de Smith, observa que la tierra tiene rendimientos disminuidos (como demanda). aumenta, se cultivan tierras menos fértiles), de modo que capitalistas y rentistas compiten para quitarles a los trabajadores una parte cada vez mayor del valor de la mercancía. Este contraste fundamental entre capital y trabajo abre el camino a la crítica radical marxista: la tendencia histórica de la tasa de ganancia a disminuir, a menos que se explote más intensamente el trabajo (véase la sección 1.11 más adelante y el capítulo 3).

Sin embargo, en lo que respecta a las ganancias, si abandonamos el concepto de precio natural de los factores de producción, queda indeterminado cómo se puede dividir el valor de una mercancía entre ellos y, en particular, entre ganancias

y salarios. No podemos ir más allá de la afirmación general de que el precio de una mercancía es más alto cuando se necesita más trabajo para producirla. “Este fue el problema que desconcertó a Ricardo”.⁵⁹ Este tema recibirá más atención de Karl Marx y más tarde de Piero Sraffa. Sraffa es considerado como el economista que pudo reconciliar a Marx y Ricardo, los puntos de vista marxista y clásico (ver Capítulo 3).

El positivismo y John Stuart Mill

En esta y las siguientes Sectas. (1,3 - 1,5) nos ocuparemos de la tendencia a considerar la disciplina económica como una “ciencia”, desconectada de cualquier base o trasfondo “filosófico”. Relacionamos esta tendencia con la afirmación generalizada del positivismo: en sí mismo —debe subrayarse— una corriente filosófica de pensamiento bien definida. La afirmación de esta tendencia es coherente con algunos desarrollos amplios que caracterizaron el siglo XIX: un período prolongado de paz internacional después de las guerras napoleónicas (las guerras fueron pocas y circunscritas), estabilidad monetaria, grandes avances en las ciencias naturales y físicas, fuerte progreso tecnológico. En suma, una época relativamente tranquila que dio a la actividad económica unos rasgos de constancia y consistencia similares a los observados en el mundo natural y, por tanto, susceptibles de ser formalizados en “leyes” científicas.⁶⁰ Surgió una ciencia de la economía, que afirmó estar totalmente desconectada de las cuestiones éticas, políticas, sociales y más bien puesta al mismo nivel que las ciencias naturales.

Una lectura diferente lleva a considerar este enfoque científico como coherente con las estructuras sociales existentes, bien consolidadas en esa época “tranquila”. Estas estructuras eran las de una sociedad individualista, y el criterio científico significaba la afirmación de los valores burgueses del liberalismo económico.

Según la definición de Hobsbawm, el positivismo es un “hijo tardío de la Ilustración del siglo XVIII”.⁶¹ Queda por ver qué de la Ilustración conservan los positivistas y qué se deja de lado. Ciertamente mantuvieron la ruptura intelectual masiva con el pasado que había sido el foco de los pensadores ilustrados. Sin embargo, la relación de causa-efecto en el comportamiento humano fue vista por los positivistas con el mismo enfoque seguido por el científico en ciencias naturales. En las ciencias naturales, cualquier visión hermética de un universo espiritual había sido “finalmente reemplazada por modelos de la naturaleza vista como materia en movimiento, gobernada por leyes capaces de expresión matemática. Esta entronización de la filosofía matemática, a su vez, sancionó la nueva afirmación del derecho del hombre sobre la naturaleza, tan sobresaliente para el pensamiento ilustrado”.⁶² Se trata de una visión que asumió un paradigma interpretativo basado en la comprobabilidad de cualquier hipótesis. El positivismo introdujo conceptos y métodos propios de las ciencias naturales en la investigación social.

Pero la Ilustración tuvo también otro lado, basado en hipótesis y teorías que no tienen el estatus no controvertido de hechos verificables o falsables o proposiciones matemático-lógicas: el lado “ideológico”. Existía la convicción “de que existían ciertas metas humanas objetivamente reconocidas que todos los hombres ... buscaban, a saber, la felicidad, el conocimiento, la justicia, la libertad y lo que se describía un tanto vagamente pero que se entendía bien como virtud; que estos objetivos eran comunes a todos los hombres ... Además, la naturaleza humana era fundamentalmente la misma en todos los tiempos y lugares; las variaciones locales e históricas no eran importantes”.⁶³ Como hemos visto, esta fue la esencia de la Ilustración Moderada en la base del liberalismo del siglo XIX.

El hombre económico, el *homo oeconomicus*, guiado por una visión utilitarista estricta y científicamente medida, el *homo* que investigan los economistas positivistas y neoclásicos, no parece encajar plenamente en la visión más amplia del hombre social, como la concibió Adam. Herrero. Paradójicamente, el positivismo parece privar a las ciencias sociales, en particular a la disciplina económica, de cualquier trasfondo filosófico. Pero, como veremos, las inferencias de la filosofía social que pueden extraerse de ella están lejos de ser insignificantes.

Entonces, es legítimo preguntarse cómo la filosofía del positivismo llegó a influir en la economía y hasta qué punto fue relevante esta influencia. La disciplina que abrió un vínculo entre esta nueva filosofía y la economía fue la sociología, y el hombre que inició la sociología fue Auguste Comte. El filósofo y economista político que, por así decirlo, tomó el toro por los cuernos fue John Stuart Mill. El *Cours de Philosophie Positive* de Comte se publicó en 1835, su *Système de politique Positive* en 1851-1854, y *Auguste Comte and Positivism* —la respuesta de John Stuart Mill al positivismo— siguió en 1865.

Mill se siente realmente atraído por el enfoque de la filosofía de Comte, pero sigue siendo un discípulo de la Ilustración, y esto crea una considerable incomodidad para aceptar sus conclusiones. Veamos la clara explicación de Mill de los puntos principales del positivismo y las razones de su disensión parcial pero decisiva. Según la filosofía positiva, somos incapaces de conocer la esencia de ningún hecho, nuestro único conocimiento se limita a los fenómenos, a lo que nos aparece como “hecho”, y este conocimiento es relativo, en el sentido de que de cualquier hecho solo conocemos su relación con otros hechos, en forma de sucesión o semejanza. Estas relaciones, si son constantes, ya sea por secuencia o semejanza, revelan la causa de los hechos y se denominan “leyes”. La teoría se formula después de que se han observado los hechos; no debe crearse una teoría para observar hechos. Esto significa una prevalencia del razonamiento inductivo de la experiencia sobre la deducción de paradigmas, o incluso más de postulados. Un ejemplo interesante de investigación protopositivista lo da el economista clásico Robert Malthus en *Principios de la población*: en realidad parte de los postulados (con respecto a los elementos esenciales de la vida humana), pero su propósito es explicar cuánto está incrustada la esfera social en los sistemas biofísicos y ambientales. sesenta y cinco

Podríamos agregar que en la economía clásica, como se describe en la Sección anterior, el concepto de “leyes” no estaba conectado a ningún “naturalismo”. Los adjetivos “natural” o “normal” se usaron en realidad, pero solo para significar algo definido en las condiciones más simples posibles, o simplemente “evidente por sí mismo” o “habitual”, de todos modos sin ninguna referencia a las ciencias naturales. Comte, en cambio, quería usar el término en su significado “apropiado”: también las humanidades tienen leyes naturales definidas en términos de causalidad natural.

Las ciencias —como investigación de relaciones constantes entre hechos, es decir de “leyes” de las que deben depender todos los fenómenos— son clasificadas por Comte en un orden ascendente, en el que cada ciencia representa un avance en la especialidad o un aumento en la complejidad con respecto a la ciencia precedente en la serie. Son seis, a partir de las matemáticas, 66 y derivada hasta la sociología, o ciencias sociales, que se define como la ciencia, los fenómenos de los que dependen de, y no se pueden entender sin, las principales verdades de todas las otras ciencias.

Cada ciencia se mueve, a su vez, en tres etapas: teológica, metafísica y positiva. Según Comte, sólo en el estado positivo, la mente humana, reconociendo la imposibilidad de alcanzar conceptos absolutos, abandona la búsqueda de las causas internas de los fenómenos y se limita al descubrimiento, a través de la razón y la observación combinadas, de leyes reales. que gobiernan la sucesión y semejanza de fenómenos.

De hecho, la teología y la metafísica son consideradas por Comte como no científicas, porque no miran las causas, es decir, las relaciones entre los hechos mismos, sino que ven los hechos como adscritos a causas “celestiales” u “ordenanzas divinas” (como en teología), oa “abstracciones realizadas” (como en metafísica). La etapa positiva, según Comte, ha sido alcanzada ocasionalmente en sociología a veces en el pasado (por autores tan diversos como Montesquieu, Maquiavelo, Adam Smith, Bentham), pero esta etapa positiva en sociología aún no se ha desarrollado completamente. La ciencia social se ha desarrollado hasta ahora solo hasta la etapa metafísica, y tiene que ser “actualizada” a la etapa positiva, según él.

Debe observarse que esas “abstracciones realizadas” parecen reacias a dejarse de lado. En otras palabras, la etapa positiva de la sociología conduce a una fuerte mezcla de ciencia y filosofía. Herbert Spencer acuñó el término de “supervivencia del más apto”. 67 Utilizando el lenguaje de la biología, mezcló la felicidad utilitaria benthamita, el progreso humano y la necesidad de que el gobierno se adapte al interés propio del hombre en una especie de ciencia que equipara lo “correcto” con lo “natural”. Esto significa que el liberalismo se confunde con la biología”. 68 “Los pontífices del positivismo, Comte y Spencer, se revuelcan en la metafísica, pensando estar fuera de ella”. 69

A diferencia del carácter ahistórico de las obras de los economistas clásicos, Comte atribuye una importancia decisiva al método histórico. “La comparación

histórica de varios estados consecutivos de la humanidad no es solo la principal herramienta científica de la nueva filosofía política: desarrollada, demostrará ser la base misma de la ciencia. Es aquí donde la ciencia sociológica se distingue claramente de la ciencia biológica”. Este llamado a la historia puede parecer bastante extraño, cuando pensamos en el enfoque muy diferente seguido por la casi contemporánea Escuela Histórica de Economía Alemana (ver Sección 1.10). Más adelante en el mismo texto, sin embargo, Comte parece alejarse de este pasaje cuando escribe que el método histórico es “equivalente al de la comparación zoológica en el estudio de la vida individual”. “La secuencia necesaria de varios estados sociales corresponde exactamente, desde el punto de vista científico, a la coordinación gradual de varios organismos, teniendo en cuenta las diferencias de las dos ciencias: la serie social ... no puede ser ni menos real ni menos útil que la serie de animales”. 70 De nuevo, hay una *sequitur* de las ciencias naturales a las sociales.

En este punto, Mill entra en escena, y observa que debemos explicar la filosofía de la ciencia, a diferencia de la ciencia misma: una tarea que Comte —dice Mill— no ha cumplido. Por filosofía entendemos el conocimiento científico del Hombre como ser intelectual, moral y social, es decir, la ciencia misma considerada no en cuanto a sus resultados, sino en cuanto a los procesos mediante los cuales la mente los alcanza: la lógica de la ciencia. 71 El hombre no puede ser visto como una “pieza de maquinaria” y estudiado mientras estudiamos la producción de fenómenos físicos. Es cierto —admite Mill— que, para el Hombre, la regla del deber ha sido durante mucho tiempo dictada por una autoridad divina (etapa teológica) o, más recientemente, considerada como un corolario de algunos Derechos Naturales, como en Rousseau, a quien Mill ignora. (etapa metafísica). 72 Pero “Comte niega resueltamente el derecho moral de todo ser humano... a erigirse como juez de las cuestiones más intrincadas que pueden ocupar el intelecto humano”. “Todo lo que pasa por los diferentes nombres de revolucionario, radical, democrático, liberal, librepensador, escéptico... todo pasa con él [Comte] bajo la denominación de metafísico... sin validez permanente como verdad social”. Según Mill, “hay una doctrina positiva... que reivindica la participación directa de los gobernados en su propio gobierno, no como un derecho natural, sino como un medio para fines importantes, en las condiciones y las limitaciones que esos fines imponen”. 73

Para enfatizar este punto, Mill da un ejemplo: “Tomemos por ejemplo la doctrina que niega al gobierno cualquier iniciativa en el progreso social, restringiéndolos a la función de preservar el orden ... una opinión que, en tanto, fundamentada en los llamados derechos del individuo, él [Comte] justamente lo considera puramente metafísico; pero no reconoce que también se sostiene ampliamente como una inferencia de las leyes de la naturaleza humana y los asuntos humanos y, por lo tanto, sea verdadera o falsa, como una doctrina positiva”. En otras palabras, Mill identifica — *horribile dictu* para los oídos de un positivista — doctrina metafísica y positiva. Walras y Pareto afrontarán el mismo problema, con una visión “positiva” opuesta (véase la sección 1.5).

¿Cómo aborda Mill, al mismo tiempo un gran economista político y un defensor del liberalismo, el concepto utilitario? “Considero la utilidad como el máximo atractivo en todas las cuestiones éticas; pero debe ser utilidad en el sentido más amplio, fundada en los intereses permanentes del hombre como ser progresista”. 74 Apoya el libre comercio, pero —agrega— “el libre comercio es un acto social... se apoya en un terreno diferente al principio de libertad individual”. Como límites al libre comercio cita: “qué cantidad de control público es admisible para la prevención del fraude por adulteración; hasta qué punto deben aplicarse a los empleadores las precauciones sanitarias o los arreglos para proteger a los trabajadores empleados en ocupaciones peligrosas. Tales preguntas involucran consideraciones de libertad, solo en la medida en que dejar a la gente sola es siempre mejor, *ceteris paribus*, que controlarlos: pero que puedan ser legítimamente controlados para estos fines, es en principio innegable”. 75

Estos comentarios de Mill suenan incompatibles con la conclusión de Comte sobre la etapa positiva de la sociología: “no hay libertad de conciencia ... en astronomía, en física, en química, incluso en fisiología”, es decir, en otras ciencias; y ¿por qué debería haber tal libertad en sociología? Cuando la política llegue a una etapa positiva y se encuentren nuevas doctrinas, habrá una “opinión establecida” y no se necesitará libertad. “El incompetente tribunal de la opinión común es radicalmente irracional, y cesará y debe cesar una vez que la humanidad haya vuelto a decidirse por un sistema de doctrina”. Una filosofía diferente es “no sólo incapaz de ayudar a la necesaria reorganización de la sociedad, sino un serio impedimento para la misma”. 76

El razonamiento de Comte acaba siendo una especie de negación del liberalismo. Finalmente admite que no se necesita libertad cuando prevalece una opinión científica bien establecida (cuando se alcanza una etapa positiva en las ciencias sociales), de modo que el libre pensamiento será solo un obstáculo innecesario para la reorganización de la sociedad. Este tipo de conclusión puede que no haya tenido un gran número de seguidores en el campo de la disciplina económica, pero ese enfoque “científico” se convirtió, y desde cierto punto de vista sigue siendo hoy, “una parte del valor comercial de la economía”. 77

La filosofía positivista es una brecha entre dos etapas de evolución de la disciplina económica en la segunda mitad del siglo XIX. Prepara el terreno sobre el que florecerá la escuela neoclásica entrante a principios del siglo XIX, al centrarse en el individuo y considerar su actividad social y económica como gobernada por “leyes”, para ser descubierta científicamente, de manera similar a las metodologías de las ciencias naturales. En este proceso, la “economía política” de la Escuela Clásica da paso a la nueva ciencia de la “economía” de la Escuela Neoclásica. ¿Fue el proceso coherente con la idea del liberalismo? ¿E implicó una ideología diferente, específicamente un conservadurismo político y social implícito? ¿Cómo fue evaluado este cambio de rumbo por observadores de diferentes orígenes?

Maurice Dobb, el economista marxista, escribió que es necesario un componente de clase para explicar la afirmación repentina y casi sin oposición del

pensamiento neoclásico: “No pasaron muchos años después de la publicación de ‘Das Kapital’ antes de que surgiera una teoría del valor rival. levantarse y con notable poca resistencia para conquistar el campo. Esta era la teoría de la utilidad [neoclásica, marginal], que parece haber germinado simultáneamente en varias mentes”. 78 La nueva teoría se enmarcó directamente para proporcionar una respuesta sustituta a las preguntas que Karl Marx había planteado en su *Capital*. “Aunque sólo por el efecto de la negación, la influencia de Marx en la teoría económica de finales del siglo XIX parecería haber sido mucho más profunda de lo que está de moda admitir”.79 La teoría neoclásica centrada individualmente habría sido —según esta interpretación— un intento de dar una respuesta “científica” a las contradicciones de clase social marxista, el “socialismo científico” de Marx.

Una severa crítica a Comte vino —en el lado opuesto— de un libertario como Hayek, quien calificó a Comte incluso más antiliberal que el prototipo del exponente del Estado ético: “No hay en Hegel tales fulminaciones contra la libertad ilimitada de conciencia como encontramos a través de las obras de Comte, y el intento de Hegel de utilizar la maquinaria del Estado prusiano para imponer una doctrina oficial parece muy dócil en comparación con el plan de Comte para una nueva “ religión de la humanidad ” y todos sus otros esquemas de reglamentación completamente antiliberales. que incluso su antiguo admirador JS Mill finalmente tildó de liberticida”. 80

Se ha argumentado que en su uso del término “ley”, Comte confunde descripción con prescripción 81 : una “confusión” que parece frecuente con los científicos sociales y particularmente con los economistas.

Robert Heilbroner pensaba que este desarrollo intelectual, de la economía política a la economía, tenía que ver con la evolución del sistema capitalista: un sistema caracterizado por “clases bien delimitadas [como] condición natural y necesaria para cualquier orden social estable” (lo que él llama “la visión política aristocrática”) fue desplazada por un sistema que refleja una perspectiva cada vez más democrática y minimiza, o incluso niega, la presencia de clases sociales. 82

El esquema neoclásico, basado en la teoría de la utilidad marginal, desencarnado de la estructura de la sociedad, hizo que esta estructura fuera teóricamente irrelevante. La división de clases, esencial para comprender tanto la escuela clásica como el marxismo, desapareció en una configuración microscópica de la sociedad económica; esa misma configuración que, más tarde, Keynes atacaría a través de su visión macroeconómica.

Se podría argumentar que el positivismo, al asumir un enfoque mecanicista del funcionamiento del sistema social y económico, donde los agentes individuales persiguen su utilidad óptima interactuando con otros, sin solidaridad ni comunalidad de intereses, termina favoreciendo a la clase de los burguesía individualista (esto será muy evidente con Walras y Pareto). El positivismo favorece la conservación y fortalecimiento de las posiciones sociales actuales. Dentro del

liberalismo, deberíamos esperar las convulsiones del siglo XX para ver desafíos a las estructuras sociales preexistentes y diferentes enfoques filosóficos por parte de pensadores “liberales”. Con esto, no queremos restar importancia al hecho de que el sistema económico explicado por los economistas neoclásicos y puesto en práctica mediante políticas consistentes con este marco intelectual, Una estructura de la sociedad no lo hubiera permitido.

Utilidad marginal: Jevons y Marshall: ¿estamos en el campo del liberalismo?

Por tanto, el paso de la teoría clásica a la neoclásica puede verse como un cambio de visión del orden social; el primer orden caracterizado por una sociedad estructurada en tres clases -trabajadores, terratenientes, capitalistas- y el segundo considerado como un lugar de interacción de agentes económicos únicos, personas y empresas, atomísticamente consideradas como máquinas racionales: una interacción que determina transacciones recíprocas destinadas a maximizar su utilidad individual.

La utilidad se analiza y mide, mientras que otras motivaciones del comportamiento del hombre son irrelevantes, desde un punto de vista económico. Mientras que los economistas clásicos habían considerado el valor como una característica objetiva de las mercancías, los economistas neoclásicos centran su atención en las propiedades subjetivas de las mercancías, que se refieren al consumo y la demanda. La medida de la utilidad se realiza con el método de “pequeños incrementos”, es decir, observando el “principio marginal”: la demanda de un determinado bien se incrementa hasta el punto en que un pequeño incremento adicional de ese bien trae al comprador más pérdidas. que la ganancia de satisfacción. Los individuos que toman sus decisiones libremente deberían lógicamente llegar a la conclusión de que la libre competencia conduce a la maximización de la utilidad para ambas partes involucradas en el intercambio. La maximización de la utilidad alcanzada en un intercambio libre se extiende mediante procesos matemáticos al bienestar máximo para toda la economía, en una situación de equilibrio. “La teoría de la utilidad marginal... pone el énfasis principal en un complejo de problemas que los economistas clásicos pasaron por alto con demasiada ligereza, a saber, la base para la determinación del valor y el precio”.⁸⁴

De hecho, es necesario otro supuesto para completar la teoría basada en la utilidad: el mercado donde se compran y venden bienes y servicios debe operar en competencia perfecta. Si el mercado está abierto a cualquier participante, el número de empresas que operan en el mercado es tal que ninguna empresa por ningún cambio en la producción dentro de su capacidad puede afectar el precio de mercado de un producto básico.

Por tanto, el modelo neoclásico se basa en dos conceptos principales: la maxi-

mización de la utilidad en cualquier transacción libre y una estructura de mercado basada en la competencia perfecta. Lo que está fuera de este modelo no le interesa al economista, es un problema de justicia “distributiva” que incide negativamente en la perfección teórica de un mercado de justicia “conmutativa”, que es un mercado que asegura la maximización de la utilidad para las partes involucradas. en la transacción.

Podemos seguir atribuyendo a los economistas del cambio de siglo, la etiqueta general de “liberales”, pero parece que las preocupaciones éticas se limitan al backstage; Los aspectos políticos e institucionales se dan por sentados y no merecen una mención especial. Como se mencionó anteriormente, este enfoque es consistente con un conservadurismo social implícito. La visión de la Ilustración centrada en el individuo racional permanece, pero el Hombre es más una máquina de calcular que una persona con preocupaciones morales y utilitarias. La cuestión de si puede haber una oportunidad justa para liberar al mundo de los dolores de la pobreza no puede ser respondida por la ciencia económica, aunque la respuesta dependa de hechos e inferencias que son difíciles de ignorar por el economista moral.

William S. Jevons comienza criticando la teoría anterior de la economía política, sistematizada por Ricardo, y completada en sus detalles por JS Mill: “No había nada en las Leyes del Valor que quedara [para Mill] o cualquier otro escritor futuro para aclarar arriba”. 85 Este tipo de agotamiento surge de “la importancia exclusiva atribuida en Inglaterra a la Escuela Ricardiana”, y ha llevado al “actual estado caótico de la Economía”, 86 de modo que “Muchos se alegrarían si la supuesta ciencia colapsara y se convirtiera en un cuestión de historia, como la astrología, la alquimia y las ciencias ocultas en general”. 87

El cambio de rumbo de Jevons se deriva de su opinión de que, si bien las opiniones predominantes hacen del trabajo en lugar de la utilidad el origen o la causa del valor ..., la reflexión y la investigación repetidas me han llevado ... a la opinión algo novedosa de que el valor depende enteramente de la utilidad. . 88 La utilidad puede medirse en términos cuantitativos, y “como [la economía] se ocupa de las cantidades, debe ser una ciencia matemática en la materia, si no en el lenguaje”. 89 La economía se acerca a la mecánica estadística (véase más arriba la misma terminología utilizada por Comte).

De hecho, el utilitarismo no es tan novedoso como afirma Jevons, ya que él mismo cita a Bentham como su defensor más asertivo: “No dudo en aceptar la teoría utilitarista de la moral ... la felicidad de la humanidad como criterio de lo que está bien o mal”. 90 La novedad relevante del pensamiento de Jevons es que, dado el carácter cuantitativo de la cuestión observada, él piensa, como otros economistas neoclásicos, que la utilidad tiene solo un significado físico (placer por adquirir y dolor por evitar), de modo que se puede expresar en formas cuantitativas, más apropiadamente en formas matemáticas. Estrictamente conectado a la “utilidad” está el concepto de “felicidad”. Dejemos la palabra al propio Jevons: “el objetivo de la Economía es maximizar la felicidad comprando placer... al menor costo del dolor... He intentado tratar la Economía como un Cálculo de

Placer y Dolor”. 91 Más tarde se observó, burlonamente, con referencia a la economía de Maffeo Pantaleoni, 92 que en su obra “el principio hedonista se discute como más apropiado para un libro de cocina o para un Kama Sutra que para la economía política”. 93 Jevons admite que hay cuestiones de la mayor importancia, como la seguridad de una nación, o el bienestar de grandes poblaciones, pero que “no es mi propósito investigar aquí”. 94

Si pensamos en Alfred Marshall como el prototipo de esta nueva visión, la presencia del positivismo de Comte es bien visible. De manera similar a Keynes, quien, como veremos más adelante, extrae sus “notas de filosofía social” al final de su Teoría general, Marshall dedica el Apéndice C de su obra magna, *Principles of Economics*, 95 al “Alcance y método de la economía”, y comienza citando a Auguste Comte. Si bien se distancia de él al enfatizar que la economía debe mantener un “papel distintivo” de la sociología (“toda la gama de la acción del hombre en la sociedad es demasiado amplia y variada para ser analizada y explicada por un solo esfuerzo intelectual”), Marshall permanece en un modo positivo al enfatizar que las fuerzas económicas se combinan mecánicamente y que la economía es una rama de la biología interpretada de manera amplia. Y concluye: 96

Alfred Marshall se centra en la “demanda” como el principal determinante del valor de cambio. La demanda de una mercancía está relacionada con su utilidad para el individuo que la compra, y la utilidad disminuye marginalmente a medida que aumenta la disponibilidad de la mercancía. Marshall, en el otro extremo, no ve el lado de la “oferta”, es decir, el costo de producción, en particular los costos laborales, como el criterio del valor. Mientras que los clásicos observaron que existe un solo precio “natural” de una mercancía, esencialmente derivado de su costo, de modo que cualquier precio de “mercado” no puede ser otro que una divergencia temporal del natural, con Marshall cualquier distinción entre natural y de mercado el precio desaparece; el precio —el valor de cambio— de una mercancía está determinado por el cruce de las curvas de su oferta y demanda en el mercado. 97 Marshall observa que las condiciones de la demanda tienen mayor importancia en la determinación del precio de un bien, particularmente en el período corto, cuando las condiciones de su oferta no pueden cambiarse; mientras que solo a largo plazo, cuando se pueden realizar más o menos inversiones, las condiciones de oferta tienen mayor relevancia, porque pueden ajustarse a cambios en la demanda: “la influencia del costo de producción sobre el valor no se manifiesta claramente excepto en períodos relativamente largos”. 98

Como hemos subrayado anteriormente, el sistema económico neoclásico sólo puede funcionar sobre la base de la competencia perfecta, donde la formación de precios no se ve obstaculizada por obstáculos que limitan la oferta y la demanda de un bien. Marshall parece tocar el lado ético cuando dedica algo de espacio a la “competencia”. Admite que se puede ver bajo diferentes perspectivas: como resultado del egoísmo, adquiriendo así un “mal sabor”; o como resultado de la deliberación, que es tan esencial para el mantenimiento de la energía y la espontaneidad. Quiere considerar que el término no implica ninguna cualidad

moral, sino que simplemente pone en evidencia el hecho indiscutible de que los negocios y la industria modernos se caracterizan por hábitos autosuficientes, previsión, deliberada y libre elección;99

Se observará de paso que fue en los lejanos Estados Unidos donde se introdujo la primera ley de disciplina de la competencia con la Sherman Antitrust Act de 1890, el año de publicación de los Principios de Marshall .

La transición al positivismo o la aceptación del positivismo por parte de los economistas neoclásicos se sufrió, en cierta medida: por un lado, su mismo rechazo del término “economía política” en favor de “economía”, casi para implicar que el primero término indicaría una subordinación de la economía a la política, significa intentar enmarcar la disciplina como una ciencia positiva libre de juicios de cualquier otro tipo; En el otro extremo, particularmente con Alfred Marshall, los aspectos éticos, expulsados por la puerta, vuelven a entrar por la ventana a través del convencimiento de que el objetivo primordial del hombre es el impulso de una mejora constante del propio carácter y de las relaciones intrapersonales. . 100

La economía como ciencia pura: Léon Walras y Vilfredo Pareto

Léon Walras, investigando el problema de las raíces del “valor”, ataca frontalmente la visión de los economistas clásicos (como la de Smith, Ricardo, McCulloch) según la cual el trabajo es el origen del valor, porque esta teoría no atribuye valor a las cosas que , de hecho, tienen valor; pero tampoco está satisfecho con la identificación de valor con utilidad, que es una definición demasiado amplia. El valor de un bien, y por tanto su precio, viene dado no solo por su utilidad sino también por su escasez (rareté). 101

Su teoría pura de la economía estudia el valor —definido como antes— en las relaciones de intercambio, y aborda el problema del “valor en el intercambio” como un fenómeno natural, sujeto a las “leyes” del intercambio. Por tanto, el método de las ciencias naturales es útil para la economía. Además, estos fenómenos son mensurables y la economía pura debería ser una rama de las matemáticas. La ciencia económica, que de todos modos debe mantenerse separada de la ciencia social (de acuerdo con Marshall), no tiene una connotación moral, no tiene un verdadero interés en la ética. 102

Walras perfecciona el marginalismo hasta el nivel de un equilibrio general del sistema económico, expresado matemáticamente como una visión sinóptica de las operaciones interdependientes del sistema en un régimen hipotético de competencia totalmente libre. Su complejo conjunto de ecuaciones es al mismo tiempo una descripción del sistema y una receta de cómo debe organizarse: como hemos visto, un enfoque no infrecuente del positivismo.

La definición de intercambio de Walras es totalmente coherente con la perspectiva utilitarista: “El intercambio de dos mercancías entre sí en un mercado perfectamente competitivo es una operación mediante la cual todos los poseedores de una o de las dos mercancías, pueden obtener la mayor cantidad posible de beneficios. posible satisfacción de sus deseos de acuerdo con la condición de que los dos productos se compren y vendan al mismo tipo de cambio en todo el mercado”. 103 De esta manera, se logra un máximo relativo de utilidad social, con la condición de que el mercado donde se realiza el intercambio sea un mercado perfectamente competitivo, con un precio único para la mercancía en cuestión, y organizado de tal manera que no exista ningún impedimento. al libre flujo de compradores y vendedores.

A pesar de todo esto, se ha observado que el equilibrio estático de múltiples ecuaciones del modelo de Walras parece “profundamente moralista, al menos en términos de la perspectiva moral individualista y burguesa característica de la cultura europea del siglo XIX”. El equilibrio de Walras es “no solo una idea analítica, sino también una idea ética, que constituye un pilar indispensable de la justicia social”. 104 Si la justicia a cambio (una “justicia conmutativa”) es la única forma de justicia que un economista puede concebir, y cualquier corrección a la distribución de la riqueza está fuera de sus límites, el proceso libre de determinación del precio único es la forma más eficiente de lograr justicia. Se puede ver cómo se puede estirar el concepto de ética.

Si el enfoque de Walras se considera correcto, se siguen pocos corolarios: los precios y las cantidades de bienes producidos en libre competencia y los precios uniformes son los mejores que se pueden obtener; Se descarta cualquier posibilidad de que un comerciante se beneficie del intercambio a expensas de su contraparte. 105

Por supuesto, sería posible que el comprador obtuviera una mayor utilidad a través de un precio más favorable y más bajo, y que el vendedor obtuviera de manera similar una mayor utilidad a través de un precio más alto, pero este resultado, por supuesto, requeriría múltiples precios. Según Walras, de esta manera se podría lograr un aumento efectivo de la utilidad social, pero debemos suponer que los vendedores ricos tendrán que renunciar a algunos lujos, mientras que los compradores pobres podrán pagar las necesidades: un problema que queda fuera de la economía pura. , ya que tiene que ver con la distribución de la riqueza y la ética social.

El tema de la distribución de la riqueza es, por tanto, relevante, pero pertenece a disciplinas que no coinciden con la economía. De los dos problemas fundamentales que tiene que afrontar cualquier doctrina económica, la producción de riqueza y su distribución, esta última tiene dificultades para abrirse camino a través del pensamiento neoclásico. Habrá que esperar la evolución de la disciplina económica, y las metamorfosis del liberalismo, más adelante en el siglo XX cuando nuevas instancias sociales traerán nuevamente a primer plano el “tema distributivo”.

Pareto es un ejemplo destacado de positivismo aplicado a la economía. Al igual que Jevons, su crítica de la Escuela Clásica — nada más que un “género de literatura” - carece de atractivo: “Estos economistas literarios, aunque han compuesto obras de gran valor, hasta ahora no han podido persuadir a la mayoría de sus lectores y, lejos de ganar terreno, lo pierden día a día. Con la excepción de Inglaterra, el reino del libre comercio principalmente porque es del interés de ciertos empresarios, el resto de países civilizados se inclina cada vez más hacia el proteccionismo. El socialismo de Estado y el socialismo en general avanzan día a día. Quizás la ciencia económica sea prácticamente tan inútil como la economía política literaria: en realidad no puede ser más inútil que eso, y merece, al menos, el mérito de comprender las verdaderas causas de los fenómenos”.¹⁰⁶

Su positivismo descansa sobre tres pilares: analogía entre ciencias sociales y ciencias naturales; definición de “valor” solo en términos relativos, lo que significa que el valor de algo solo puede definirse en relación con otras cosas, un punto ya enfatizado por Comte cuando habla de la esencia de los “hechos” (ver arriba); ausencia de consideraciones metaeconómicas —o, para usar sus palabras, ideologías— en su *Weltanschauung*. A pesar de esta ausencia, lo que surge de sus reflexiones es un determinismo implícito, casi panglosiano, que termina como una forma de conservadurismo: la adopción de un enfoque “científico”, lejos de significar neutralidad en la filosofía económica, esconde fuertes implicaciones políticas.

El positivismo de Pareto está claramente definido en su *Corso di economia politica*, donde afirma que la dependencia recíproca de los fenómenos económicos y el equilibrio general de un sistema económico presentan analogías sorprendentes con el equilibrio de un sistema mecánico. ¹⁰⁷ Como la mecánica racional se dedica al estudio, en abstracto, del equilibrio de fuerzas y su movimiento (mientras que la mecánica aplicada, acercándose a la realidad, estudia el mismo objeto pero en determinadas condiciones concretas: de ahí las ciencias físico-químicas), la pura política La economía se dedica al estudio, en abstracto, del *homo oeconomicus*, una entidad que actúa solo por motivaciones utilitarias: sobre una base de ofelimitad, como dice Pareto (mientras que la economía política aplicada se dedica a seres que se aproximan al hombre real, actuando bajo diferentes motivaciones). Pero, lo que es más importante, sería un error suponer que el hombre real puede escapar a las leyes de la economía pura.

En cuanto a la utilidad, como base sobre la que actúa el *homo oeconomicus*, Pareto es positivista cuando va incluso más allá de otros pensadores neoclásicos, atacando el concepto neoclásico de utilidad marginal. Walras se inclinó hacia el concepto de *rarité* (ver arriba); Pareto se basa en el concepto “ordinal” de ofelimitad: coherentemente con la filosofía de Comte, cualquier objeto puede ser valorado no per se, atribuyéndole un número cardinal absoluto (el valor de esta pluma es, para mí, 3; y este valor de silla es, para mí, 5), pero solo en relación con los demás, es decir de manera ordinal (esta silla es para mí más valiosa que esta pluma, y no se puede agregar nada más). ¹⁰⁸ Siguiendo este

razonamiento, y mediante índices ordinales de ofelinidad, construye “curvas de indiferencia” que conducen al equilibrio económico general.

Mientras que otros economistas neoclásicos prefirieron evitar el tema de la distribución de la riqueza, como “no científico”, y mientras Walras identificó el equilibrio estático general de su sistema como asegurando la “justicia conmutativa”, si no la “justicia distributiva”. Pareto aborda más abiertamente el tema de la distribución, que ganará cada vez más peso en el pensamiento económico, durante el siglo XX, con respecto a la producción de riqueza. 109 Su “enfoque científico” parte de una observación estadística inductiva: la distribución de la riqueza no cambia sustancialmente, independientemente de las diferentes regiones, períodos de tiempo, organizaciones, incluso teniendo en cuenta factores desconocidos (peligro) que pueden influir en la distribución de la riqueza en ambos sentidos. En términos matemáticos, si en un sistema de ejes cartesianos informamos sobre los niveles de ingreso en abscisas, y en ordenadas el número de personas cuyos ingresos exceden un cierto nivel (Pareto usa escalas logarítmicas), y si se dibuja una curva, es una línea recta, y esta línea tiene, para todos los países interesados, la misma inclinación hacia las abscisas, de alrededor de 56 grados. La inferencia de esta observación es que, a pesar de cualquier peligro, esta distribución constante de la riqueza depende de la naturaleza del hombre.¹¹⁰ Esta drástica afirmación está perfectamente en línea con el enfoque científico (positivista): las ciencias sociales en la cima de las ciencias naturales.

La inferencia de Pareto a partir de esta “ley” es que “a largo plazo —como norma y en promedio— [una disminución de la desigualdad de ingresos] es imposible ... Para obtener, en promedio, una disminución de la desigualdad de ingresos de forma general, permanente así, es absolutamente necesario un aumento de los ingresos totales, en relación a la población”.¹¹¹

Unos años más tarde, sin embargo, Pareto se volvería menos rígido: “estas conclusiones no pueden extenderse más allá de esos límites [basados en datos del siglo XIX, con respecto a poblaciones civilizadas]. Es sólo una inferencia más o menos probable de que, en otras épocas y poblaciones, quizás podamos observar formas más o menos parecidas a la que hemos encontrado”.¹¹²

La inevitabilidad de tal distribución del ingreso, con el determinismo que implica, ha sido criticada desde varios sectores. Pigou observa: (1) que incluso una pequeña diferencia en la inclinación del ángulo puede tener consecuencias importantes en términos de distribución del ingreso; y (2) Que con el tiempo la pendiente de la curva ha disminuido (como en Prusia), con una mayor igualdad en la distribución del ingreso. “Construir sobre [las comparaciones de Pareto] cualquier ley cuantitativa precisa de distribución es claramente injustificable”.¹¹³

Einaudi, alrededor de medio siglo después, escribirá que “la norma constante de distribución de la riqueza solo es válida dentro de sociedades donde hay una falta de instituciones que estén conscientemente dispuestas a cambiar esa distribución”.¹¹⁴

Y Schumpeter volvió dos veces a esta “ley”: en Diez grandes economistas, observó que “Dado que hasta tiempos muy recientes la distribución de los ingresos por paréntesis se ha mantenido notablemente estable, ¿qué podemos inferir de esto? Este problema nunca ha sido atacado con éxito”. 115Y luego, con bastante sentido común, escribió: “Independientemente de lo que se pueda pensar de las medidas estadísticas diseñadas para [la distribución del ingreso], esto es cierto: que la estructura de la pirámide de ingresos, expresada en términos de dinero, no ha cambiado mucho durante el período cubierto [Reino Unido en el siglo XIX, en su caso], y que la proporción relativa de sueldos más sueldos también ha sido sustancialmente constante a lo largo del tiempo ... La medida de distribución de ingresos (o de desigualdad de ingresos) ideada de Vilfredo Pareto está abierto a objeciones. Pero el hecho en sí mismo es independiente de sus defectos que él asumió”. 116

Más recientemente, Picketty escribe que “el juicio de Pareto estaba claramente influenciado por prejuicios políticos: era sobre todo cauteloso con los socialistas y lo que él consideraba sus ilusiones redistributivas ... El caso de Pareto es interesante porque ilustra la poderosa ilusión de la estabilidad eterna, a la que el El uso acrítico de las matemáticas a las ciencias sociales conduce a veces”. 117

Podemos agregar que sería más sencillo mencionar la distribución invariable del ingreso como una evidencia histórica, un caso específico, y no llamarlo una “ley”. 118

Más allá de cualquier determinismo en la distribución del ingreso, como se ha descrito hasta ahora, Pareto agrega que cualquier intento de alcanzar una distribución diferente sería ineficaz en términos de bienestar total. El bienestar colectivo aumenta, según Pareto, solo si se puede mejorar la situación de alguien sin empeorar la situación de nadie.

La “optimización” de Pareto no ayuda a elegir entre diferentes asignaciones óptimas de Pareto en las que las distribuciones de ingresos son diferentes. Para hacer esta elección, necesitamos algunos principios que son juicios de valor, que no se pueden deducir del conocimiento objetivo sobre la “naturaleza” del mundo.

La “eficiencia de Pareto” u “optimalidad” representa, de hecho, la extensión al bienestar económico social del concepto de ofelimity. Si el ingreso total se mantiene sin cambios, la pérdida que sufren los altos ingresos debido a la redistribución del ingreso es mayor que la ganancia obtenida por los de bajos ingresos. Pareto da el ejemplo de Prusia: “Si los ingresos superiores a 4.800 marcos se redujeran a esa cantidad, y la diferencia se repartiera entre quienes reciben un ingreso inferior a 4.800 marcos, cada uno de ellos no recibiría nada más que unos cien marcos”. Ninguna acción de política pública puede ser una mejora de Pareto. “El objetivo de lograr un óptimo de Pareto es intrínsecamente muy conservador ... [Desvía] la atención de la cuestión de si la distribución actual de la riqueza es tan desigual que debería cambiarse”. 119

Su conclusión de filosofía política es: “El socialismo de Estado es más útil para

los políticos, pero sus consecuencias económicas consisten en un derroche de riqueza y, de tal forma, empeoran, más que mejoran, las condiciones de las personas". 120 Cuanto más se concentran los ingresos, mayor es la pérdida para los que tienen altos ingresos que la ganancia para los de bajos ingresos. La optimalidad de Pareto termina siendo una visión profundamente antiliberal. 121

Desde el punto de vista de Pareto, esta conclusión no solo sería aceptable, sino la única correcta: sería la conclusión "científica". De hecho, en una ciencia que ha alcanzado su etapa positiva, una teoría sólo puede formularse sobre la base de lo que puede demostrarse lógica y experimentalmente. Si consideramos verdadero lo que está de acuerdo con el sentimiento de uno, estamos fuera de la ciencia y entramos en el campo de la falsa teoría o ideología. La ideología es como un programa ético-político disfrazado de teoría científico-filosófica, como un juicio de valor transformado en un enunciado fáctico. La ideología puede ser eficaz si responde a los propios propósitos; o útil, si responde a determinadas necesidades sociales. Pero la verdad, la eficacia y la utilidad no se pueden mezclar ni entrelazar recíprocamente, porque solo la primera se basa en la lógica y la experimentación, mientras que los otros dos se basan en opiniones religiosas o metafísicas. Una teoría "verdadera" desafía cualquier juicio de eficacia y utilidad. 122

Hemos mencionado anteriormente el encanto ambiguo de la teoría del valor trabajo sobre Karl Marx. Pero como hemos hecho al conectar la economía clásica y, en cierta medida, la neoclásica con la Ilustración, no podemos pasar a Marx sin partir del historicismo, de la centralidad del Estado y de las ideas económicas que, más o menos explícitamente, derivan de esta Weltanschauung.

Historicismo: nacionalismo económico y socialismo marxista

Ahora podemos volver a la primera sección de este capítulo y pasar de la corriente de pensamiento que ve al individuo racional en el centro de la atención del economista, a la otra línea filosófica que ve a la sociedad y, para ella, al Estado. —Como personificación del orden racional.

La perspectiva del razonamiento económico es, de hecho, muy diferente si su filosofía se basa en la asunción de la racionalidad del Estado. La visión teórica más completa de la idea del Estado como máxima expresión de la racionalidad se puede encontrar en Georg Hegel. La idea de Estado tiene sus raíces en la historia. A través de su evolución histórica, el Estado encarna progresivamente la idea de libertad. Según Hegel, la libertad se realiza objetiva y positivamente solo por el Estado: es a través del Estado que el individuo disfruta de su libertad. La voluntad arbitraria y subjetiva del soltero no es, de hecho, Libertad. Todo lo que es el hombre, se lo pertenece al Estado: sólo en el Estado el individuo indi-

vidual encuentra la razón de su existencia. La racionalidad del proceso histórico, que se desarrolla en forma dialéctica de tesis, antítesis y síntesis: está dirigido teleológicamente a la plena puesta en práctica del concepto de libertad. Hay una especie de astucia de la razón, que progresiva, providencialmente, trabaja a lo largo de la Historia: no debemos mirar las acciones y los hechos simplemente como aparecieron para quienes fueron sus protagonistas y, como tales, vinculados a sus intereses y pasiones particulares: Hegel degrada las motivaciones personales a meros accidentes de un proceso esencial y necesario.¹²³

Hegel ayudó a establecer el Estado moderno como un objeto privilegiado de investigación y reflexión. No es solo el lugar de la soberanía y el poder; es el motor que hace la historia, o incluso la encarnación de la historia misma. Este tipo de “idealismo estatista” habría estado bien en la mente de los políticos alemanes, así como de los historiadores y economistas: Bismarck escribió en 1882: “La rotación de los individuos es irrelevante ... El Estado y sus instituciones sólo son posibles si se los imagina como personalidades idénticas permanentes”. ¹²⁴

La visión hegeliana es, por tanto, determinista, porque no admite desviaciones de un camino que conducirá, finalmente, a arreglos políticos y administrativos que realizarán plenamente esa libertad. “La Historia del Mundo, con todos los escenarios cambiantes que presentan sus anales, es este proceso de desarrollo y realización del Espíritu; esta es la verdadera Teodicea, la justificación de Dios en la Historia”.

Es notable la distancia entre la visión de la Ilustración, que pone en su centro la racionalidad del individuo, y el historicismo, que ve al Estado en su evolución como la encarnación de la racionalidad. Esta sistematización determinista de la idea de Estado deja de lado el aparente caos de los derechos democráticos del individuo y favorece el principio abrumador según el cual la libertad no puede existir sin la organización del Estado. En el Estado todos los componentes del cuerpo político están conectados, y sólo dentro del Estado tiene sentido la libertad de que disfruta el individuo. El Estado es la culminación del individuo como entidad acabada. La idea abstracta y ahistórica del hombre libre es producto de la Ilustración, que surgió mucho después del Estado.

Se ha debatido si se puede considerar a Hegel como un economista político y si se puede inferir una doctrina económica de sus escritos. ¹²⁵ No es nuestra intención abordar este tema, pero sería difícil negar que la centralidad del papel del Estado a lo largo de su evolución histórica tuvo un peso considerable en quienes sintieron la influencia del pensamiento de Hegel, también en el campo de la economía política. Dentro de la disciplina económica, seguir un enfoque hegeliano significó la adopción de una perspectiva bastante alejada de la seguida por los economistas clásicos. Además, la adopción de una perspectiva historicista acaba por considerar la doctrina clásica de la economía, paradójicamente, como historicista en sí misma, “bajo la apariencia de sus abstracciones y lenguaje matemático”. ¹²⁶ Desde este punto de vista, el “mercado”, punto de referencia constante para los economistas clásicos, lejos de responder a un esquema lógico-deductivo (propio de la Ilustración), es el resultado de un largo

proceso histórico, es decir de las leyes. de una sociedad capitalista, tal como surgieron históricamente. Considerar el mercado como una entidad desvinculada del proceso histórico puede deberse al hecho de que, para usar la palabra de Marx, el economista “vulgar” no siempre es consciente de la visión filosófica que hay detrás de su propio pensamiento. Por ejemplo, “Ricardo nunca reflexionó históricamente sobre su propio pensamiento ... Nunca toma una perspectiva histórica ... y ve como naturales e inmutables las leyes de la sociedad en la que vive ... Ricardo no era un utilitarista, no porque tuviera otra filosofía, sino porque no tenía”. 127

Podemos ver cómo la sistematización hegeliana está en el origen tanto del nacionalismo económico como del socialismo marxista. Ambos se centran en la centralidad del Estado y en el papel de la investigación histórica como necesaria para comprender sus estructuras económicas, así como sociales y políticas (una investigación que a menudo toma en los hegelianos un giro determinista); ambos desprecian (ninguna otra palabra es apropiada) el “cosmopolitismo” (globalismo, en el lenguaje moderno) de la Ilustración y las teorías económicas clásicas. Ambos comparten el carácter teleológico de la historia, que se encamina —como fin último— hacia la armonía de todas las naciones, la libertad de comercio entre iguales y la paz universal (en opinión de los nacionalistas), y hacia la emancipación del hombre (en opinión de los socialistas). Y ambos, una circunstancia que no es teóricamente relevante,

Sin duda, debemos evitar cualquier confusión de premisas filosóficas y razonamiento económico. El nacionalismo económico y el socialismo marxista no pueden compararse con el pensamiento filosófico hegeliano, del mismo modo que la escuela clásica de economía no puede identificarse íntegramente con la filosofía de la Ilustración. El problema económico al que se enfrentan las tres corrientes de pensamiento es, en el primer caso, la explicación del funcionamiento de un mercado libre (y, como subproducto, el surgimiento de Inglaterra como potencia hegemónica); en el segundo caso, el análisis histórico del crecimiento económico (teniendo especialmente en cuenta el atraso de Alemania); en el tercer caso, la investigación sobre la condición subordinada de la clase obrera, sólo removible volcando el orden social existente.

La Escuela Histórica Alemana está profundamente impregnada de nacionalismo económico; y de particular interés —se cita con frecuencia en los debates actuales sobre el resurgimiento del nacionalismo, o si preferimos el “soberanismo” - es la figura de Friedrich List. La historia económica de las naciones, desde su crecimiento hasta su decadencia, que está sustancialmente ausente en el trabajo de los economistas clásicos, ocupa el escenario central en el análisis de List. No es difícil ver la huella de Hegel (aunque List nunca cita a Hegel, al menos en su Sistema Nacional de Economía Política) en varios aspectos de su obra: en el papel central del Estado, que es el principal motivo de oposición a los economistas británicos; en el análisis histórico que impregna su investigación; en el reconocimiento de que el objetivo último de todas las naciones es su unión, la paz perpetua y la libertad universal de comercio. 128

“Friedrich List - escribió el economista e historiador italiano Marcello De Cecco - es el opuesto intelectual de Smith y Ricardo. Estos últimos intentan establecer la economía política como un ejercicio de lógica, un estudio de la consistencia interna de los sistemas lógicos formulados de manera abstracta; el primero intenta sumergirse en la realidad de la historia económica y extraer de ella las lecciones más importantes. Su trabajo, mucho más que el de Smith, es una investigación sobre las causas reales de la riqueza de las naciones. Para él, la economía es una de las artes del arte de gobernar ... [List] es un académico que entiende que el libre comercio no es una verdad revelada, sino solo una forma de política económica ... Si [otros] países quisieran modernizar sus economías, convertirse en tan políticamente poderoso como Gran Bretaña, pensó que deberían combinar proteccionismo y corporativismo,¹²⁹

Aquí nuevamente notamos dos polaridades en el pensamiento económico; como observa Lunghini: “Walras [el economista neoclásico] muestra un marco teórico que, por primera vez en la historia de la ciencia económica, abarca toda la estructura lógica de la interdependencia de las cantidades económicas. Toda la concepción y la técnica son rigurosamente estadísticas [pero] son válidas solo para un estado estacionario. [La otra polaridad es] la teoría del desarrollo económico, que rechaza la idea de que solo las externalidades pueden explicar el cambio de un sistema económico de un equilibrio a otro”. 130

Uno puede preguntarse si la evaluación de De Cecco, de una irrelevancia sustancial de las ideas de List en la disciplina de la economía, es correcta o debería ser algo matizada. En este sentido, parece oportuno distinguir el papel de List en la evolución de la economía dominante, y su papel en influir en las políticas económicas y comerciales de países importantes y, en primer lugar, de Alemania. Desde el primer punto de vista, encontramos en la obra de List —y de otros economistas, particularmente de nacionalidad alemana, que vinieron después de List— ese aspecto tan agudamente observado por Schumpeter: la dificultad de conciliar una visión centrada en el Estado y en el análisis histórico con la construcción de modelos teóricos basados en la racionalidad del comportamiento individual. La Escuela Histórica Alemana nunca pudo —ni quiso— apuntar a esa perfección teórica abstracta que combina, en una lógica aparentemente rigurosa, todos los factores que influyen en cualquier transacción económica en una determinada sociedad. Esta Escuela carecía de una teoría comprensiva coherente, y esto fue un obstáculo para quienes quieren encontrar una explicación racional de todo. Por lo tanto, estaba en desventaja con respecto a la economía clásica o incluso a la economía marxista. La visión opuesta, la clásica, o mejor, la visión neoclásica del libre mercado, claramente prevaleció, se convirtió en la corriente principal, dejando poco espacio para aquellos que querían seguir rutas alternativas de investigación. Desde esta perspectiva, el comentario de De Cecco es absolutamente apropiado. Esta Escuela carecía de una teoría comprensiva coherente, y esto fue un obstáculo para quienes quieren encontrar una explicación racional de todo. Por lo tanto, estaba en desventaja con respecto a la economía clásica o incluso a la economía marxista. La visión opuesta, la clásica, o mejor, la visión neoclásica del libre mercado, claramente prevaleció,

se convirtió en la corriente principal, dejando poco espacio para aquellos que querían seguir rutas alternativas de investigación. Desde esta perspectiva, el comentario de De Cecco es absolutamente apropiado. Esta Escuela carecía de una teoría comprensiva coherente, y esto fue un obstáculo para quienes quieren encontrar una explicación racional de todo. Por lo tanto, estaba en desventaja con respecto a la economía clásica o incluso a la economía marxista. La visión opuesta, la clásica, o mejor, la visión neoclásica del libre mercado, claramente prevaleció, se convirtió en la corriente principal, dejando poco espacio para aquellos que querían seguir rutas alternativas de investigación. Desde esta perspectiva, el comentario de De Cecco es absolutamente apropiado. dejando un pequeño espacio para aquellos que querían seguir rutas alternativas de investigación. Desde esta perspectiva, el comentario de De Cecco es absolutamente apropiado. dejando un pequeño espacio para aquellos que querían seguir rutas alternativas de investigación. Desde esta perspectiva, el comentario de De Cecco es absolutamente apropiado.

Más adelante, mencionaremos la influencia de List y la Escuela Histórica en las políticas económicas de diversos países, y nuestras conclusiones serán algo diferentes. Pero para ver la importancia de List, y del socialismo marxista, en el discurso político y económico del siglo XIX y más allá, es necesario mencionar la situación sociopolítica de Alemania hacia mediados de ese siglo.

Alemania y Gran Bretaña en el siglo XIX

Alemania tiene un papel primordial en los análisis tanto de la doctrina socialista de Engels y Marx como de las teorías de List y de la Escuela Histórica. Y una gran relevancia tiene también el papel de Gran Bretaña, la potencia hegemónica del siglo XIX, con la que se compara enfáticamente a Alemania.

La principal diferencia entre Alemania y Gran Bretaña, una diferencia a menudo enfatizada en los escritos de List, particularmente cuando critica a Adam Smith y su “escuela”, a la que llama “escuela cosmopolita (Kosmopolitische)”, se puede encontrar en el hecho de que Alemania fue aún en busca de su propia identidad nacional, a pesar de que Prusia apareció como la principal fuerza impulsora hacia la unidad, mientras que Gran Bretaña, para entonces bien consolidada como una entidad política única, había sido capaz de crear un entorno propicio para una burguesía individualista e ingeniosa, y a la revolución industrial entrante.

Vale la pena recordar cómo la burguesía británica miraba al pueblo alemán hacia mediados del siglo XIX: “Gran Bretaña estaba acostumbrada a ver a Alemania como una especie de pariente pobre, atrasado y bastante cómico ... Henry Mayhew, el cofundador de Punch, solo podía esperar hacer la pobreza y el atraso de Alemania en general imaginables para sus lectores comparándola con el más irremediablemente miserable de los países, Irlanda ... Karl Marx, él mismo un solicitante de asilo alemán en Londres, [escribió sobre la importancia

de los alemanes trabajadores]: el propósito de esta importación es el mismo que el de la importación de culis indios a Jamaica, es decir, la perpetuación de la esclavitud ... nadie sufriría más que los propios trabajadores alemanes, que constituyen en Gran Bretaña un número mayor que los trabajadores de todas las demás naciones continentales. Y los trabajadores recién importados,¹³¹

Más allá de las observaciones específicas, la evidencia estadística parece indicar que, en 1820, el producto nacional de Gran Bretaña era un 38% más alto que el de Alemania (incluso siendo difícil comparar los dos países, Alemania todavía estaba fragmentada en estados más independientes, de muy diferente tamaño, población y economía). Más aún, sobre una base per cápita, el producto de Gran Bretaña era más de un 60% más grande que el de Alemania. ¹³² Pero la educación científica y técnica proporcionada por los gobiernos alemanes con visión de futuro llevó, en Gran Bretaña, a la ansiedad y el interés en ese país, que hasta 1870, el año de la victoria alemana en la guerra con Francia, había sido ignorado en gran medida. ¹³³ Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el PIB alemán ya había alcanzado y superado al británico. Esta dinámica habla en voz alta de la ambición alemana de ser el primero en Europa, y uno puede preguntarse si List entendió bien de antemano los términos del tema en juego y sugirió la política económica adecuada.

Por lo tanto, es útil comparar los enfoques teóricos de List y Smith, que están influenciados por condiciones sociales muy diversas. Smith mira a una sociedad bien consolidada en su red existente de relaciones económicas y sociales. Explica a sus lectores cómo funciona esta sociedad; y si los componentes individuales de esta sociedad pueden explotar su potencial sin ser obstaculizados por obstáculos de ningún tipo, no se necesitan cambios importantes en la estructura social y económica y el cuerpo político.

El estado se limita, en la obra de Adam Smith, a un papel bastante secundario, está casi ausente salvo en circunstancias particulares; pero su presencia no es necesaria. En Smith hay un optimismo fundamental que ciertamente es de naturaleza ilustrada, pero al mismo tiempo es diferente del francés. *Egalité* no es un tema que merezca una atención abrumadora, y quizás el gran crítico de la revolución francesa, el conservador Edmund Burke, ¹³⁴ habría estado de acuerdo con la visión de Smith de lo que debería ser la Ilustración.

El trabajo de List nos lleva a la introducción del historicismo pleno en la investigación del economista, y es necesario situar su enfoque en el contexto político y social en la base de su libro más importante: El sistema nacional de economía política. ¹³⁵ Parece apropiado dedicar las siguientes dos secciones a una sinopsis de los principales conceptos del libro, teniendo en cuenta lo lejos que están de la corriente principal de la economía actual y, al mismo tiempo, lo cerca que están de los amplios debates económicos y políticos de hoy.

La economía política como sistema de “economía nacional”

Es útil comenzar diciendo que List nació intelectualmente como liberal, y que su enfoque nacionalista tiene su origen en su observación de las políticas económicas del país del que fue invitado temporal: Estados Unidos. 136 Allí, Alexander Hamilton, el primer secretario del Tesoro de la Confederación, siguió una política intervencionista y protectora para deshacerse del antiguo país de origen, Gran Bretaña. De ahí la atención de List a los pequeños estados alemanes pertenecientes a la Zollverein (unión aduanera), cuya finalización fue fuertemente defendida por él; y, de ahí, su esperanza de que se introdujeran derechos de protección para estimular tanto el crecimiento como el libre mercado dentro del Zollverein. 137

List es crítico con Smith, porque no reconoce que otros “sistemas de economía política”, basados en el concepto de “nación”, pueden reemplazar la eficiencia de una economía globalizada. Según Smith, escribe, la mayoría de las regulaciones gubernamentales para promover el bienestar son innecesarias. La visión de Smith significa que la nación no es más que una invención léxica que solo existe en la mente de los políticos. La “economía nacional” es, en cambio, según List, la ciencia que, al comprender correctamente los intereses y las circunstancias que involucran concretamente a naciones específicas en un momento determinado, enseña cómo una sola nación puede llegar a ese estado de desarrollo industrial que, una vez alcanzada, también permitirá la unión con otras naciones en igualdad de condiciones, mientras que la libertad de comercio internacional será posible y útil como consecuencia.

El interés nacional británico es que, habiendo alcanzado Gran Bretaña, como nación bien diferenciada e independiente, un alto grado de desarrollo industrial, la libertad de comercio es para ellos una oportunidad. El excedente de capital que tienen disponible los impulsa a exportar sus leyes y actividades económicas a países lejanos. Toda Inglaterra se está convirtiendo en una inmensa ciudad industrial. Gran Bretaña está civilizando a Asia, África y Australia, y se crean nuevos estados siguiendo el modelo británico. Los franceses, españoles, portugueses son “razas improductivas” y acaban por dar sus mejores vinos a los británicos, guardándose lo peor para ellos [la teoría ricardiana de la ventaja comparativa viene a la mente]. En el tipo óptimo de arreglo, según los británicos, Francia mantendría algunas fábricas, Alemania exportaría a Gran Bretaña juguetes, relojes de cuco, escritos filosóficos y quizás algunas tropas para ser asesinadas en los desiertos de Asia o África. Entonces es necesario que las naciones menos desarrolladas surjan “artificialmente” [es decir, por sus propios esfuerzos, para ser protegidas adecuadamente], al nivel que ya ha alcanzado Gran Bretaña. 138

La doctrina de Smith —escribe List— se hunde en el materialismo, el particularismo, el individualismo. La idea smithiana del “valor de cambio” de una

mercancía debe ser reemplazada por el concepto de “capacidad productiva”. En sentido amplio, el gasto en educación, promoción de la justicia, defensa de la nación, contribuye a esa “capacidad”, al formar el “capital mental del género humano”. La “escuela popular” smithiana nos hace creer que el Estado, el organismo público, no debe ser tomado en consideración por la economía política. Según esa escuela, el hombre que cría cerdos es un miembro productivo de la comunidad, pero el que educa a los hombres es un mero improductivo. 139 La nación debe sacrificar parte de su riqueza material con el fin de obtener ganancias en cultura, capacidad profesional y habilidades organizativas. Pero una nueva potencia industrial no puede surgir si no está protegida. Si una pérdida de valor se deriva de los derechos de protección, esta pérdida se compensará con una mayor capacidad productiva que proporcionará una gran cantidad de bienes materiales e independencia en caso de guerra. 140

El ejemplo, dado por Smith, de la fábrica de alfileres como modelo de división del trabajo, tiene, según List, el significado opuesto: no es una división, sino una unión de energías, inteligencias y capacidades para un objetivo común de producción. . La razón para trabajar juntos en esa fábrica no es la división del trabajo, sino su cooperación y unidad. Y esto es cierto no solo para una sola fábrica, sino para toda la potencia industrial y agrícola y para toda la economía de la nación. La industria y la agricultura deben unirse en una sola confederación, bajo la égida del Estado. 141 [Esta mención de los intereses compartidos de todos los que participan en el proceso de producción (del capital y del trabajo), un interés sometido al interés superior de la nación, parece una anticipación de la doctrina corporativa, que es atractiva para los regímenes autoritarios y también presente , no por casualidad, en algunos debates actuales: un punto sobre el que volveremos más adelante].

Si el interés individual debe estar sujeto al interés de la nación, no hay lugar para políticas de *laissez-faire*, *laissez-passer* (una expresión -observa List- que no suena menos agradable a los ladrones, estafadores y ladrones que al comerciante , y por eso es dudoso que pueda adoptarse como máxima), 142 y por la idea de que la política debe mantenerse alejada del ámbito económico. 143

El interés nacional se mantiene entre los intereses del individuo y de la humanidad entera, y la nación existe en oposición a otras naciones que tienen el mismo grado de libertad. Sin embargo, la nación no puede ser pequeña, debe crearse a través de alianzas, como ha sido el caso de Gran Bretaña o Estados Unidos, o el Zollverein alemán., la unión aduanera. El proteccionismo, más o menos intenso según las diversas industrias, se adopta correctamente si el desarrollo económico de un país se ve obstaculizado por presiones competitivas provenientes de países más avanzados. Con respecto a Alemania, List observa que protegerá su propia industria, y esta protección solo se reducirá cuando el país haya alcanzado un nivel de crecimiento que le permita hacer frente a la competencia externa, aunque sea cuidadosamente contenida. List agrega con desdén que la teoría de la libertad de comercio internacional es correcta sólo para aquellos países, como Portugal, [El Reino de] Nápoles, Turquía y otros

“bárbaros y medio civilizados” [!] - que son lo suficientemente “tontos” como para no perseguir la industria desarrollo a través de un nivel adecuado de protección.

La economía de un determinado pueblo se vuelve coincidente con la de una nación cuando el Estado abarca a toda la nación, y el grado de independencia de una nación puede medirse sobre la base del tamaño de su población, territorio, riqueza y poder, la relevancia de sus instituciones y el nivel de su civilización. Solo así se puede establecer una nación estable y políticamente influyente.

Lista: proteccionistas, mercantilistas, fisiócratas y la idea de Europa

Si dejamos de lado el lenguaje a veces intemperante de List (típico, sin embargo, de su propio ímpetu político), su “sistema de economía política” se basa en un análisis histórico bien elaborado de las políticas y doctrinas económicas, que parece estar en armonía con el muy posterior enfoque seguido por Schumpeter, mencionado al comienzo de este ensayo.

List piensa que el proteccionismo es una necesidad, pero también está condicionado a circunstancias específicas determinadas históricamente. Y aquí notamos una Lista “liberal”. La protección solo se justifica para aumentar la actividad manufacturera de una nación, y solo hasta el punto en que la nación, gracias a un territorio extendido, una gran población, recursos naturales importantes, agricultura avanzada e instituciones políticas bien desarrolladas, pueda competir en el mismo nivel que otros países desarrollados. Por tanto, el proteccionismo es fundamental. Puede consistir en cuotas o derechos de importación.

144

Todo el sistema listiano está conectado con la doctrina mercantilista, y contrasta obviamente con la fisiocrática, que, a su vez, tuvo una influencia notable en Adam Smith. El crecimiento de las grandes monarquías europeas estimuló la producción y el comercio nacionales, gracias a los aranceles sobre los bienes importados, y este desarrollo de una industria nacional fue acompañado por la consolidación de las libertades nacionales. Se reforzaron las instituciones políticas, se incrementó la recaudación de impuestos, así como la población y el poder militar. List dice que este modelo de crecimiento —el “sistema industrial” - fue teorizado para Inglaterra por James Steuart y para Venecia por Antonio Serra, pero encontró su promulgación más completa en Francia, con JB Colbert, el ministro de finanzas de Luis XIV. List se queja, sin embargo, de que el mercantilismo ignoró el lado internacional,¹⁴⁵

Los capítulos finales de El Sistema Nacional están dedicados a la cuestión europea. Lo que la gente llama “el mantenimiento del equilibrio de poder europeo [una referencia implícita a Gran Bretaña] no tiene nada que ver con los intentos de las naciones menos poderosas de imponer un freno a la invasión de los más

poderosos”. Si consideramos el interés abrumador que las naciones continentales tienen en común, el de oponerse a la supremacía marítima de los británicos, estaremos convencidos de que nada es tan necesario para estas naciones como una unión, y nada más ruinoso que las guerras continentales.

El sistema continental de Napoleón era demasiado franco-céntrico; buscó la humillación de otras naciones europeas en beneficio de Francia, en lugar de buscar su elevación e igualación; destruyó el comercio entre los fabricantes europeos y los países tropicales, obligando a los primeros al uso de artículos sustitutivos. Mientras tanto, sin embargo, es posible mirar hacia adelante en una unión más estrecha, tanto comercial como política, de Alemania, Holanda, Bélgica y Suiza. Este poderoso organismo nacional podría fusionar instituciones y dinastías, con Alemania como el “punto central” de una alianza continental duradera y garante de una paz duradera. Nuevamente, estamos bastante cerca de los debates actuales. 146

Vale la pena observar que incluso los economistas del libre mercado no podrían descartar fácilmente el argumento de List a favor del proteccionismo. List encontró oídos comprensivos en Alfred Marshall. Marshall, crítico, como hemos visto, de la escuela clásica, escribió que los economistas alemanes tenían razón al criticar la “estrechez insular y la autoconfianza de la escuela ricardiana. En particular, les molestaba la forma en que los defensores ingleses del libre comercio asumían tácitamente que una propuesta que se había establecido con respecto a un país manufacturero, como Inglaterra, podía trasladarse sin modificaciones a los países agrícolas. El genio brillante y el entusiasmo nacional de List derrocó esta presunción; y demostró que los ricardianos habían tenido muy poco en cuenta los efectos indirectos del libre comercio” 147: una admisión implícita, por Marshall, de que la economía clásica no puede ser válida en todo momento y lugar.

Historicismo económico alemán

Hay varias características que hacen que el trabajo de List sea excéntrico con respecto a la Escuela Histórica de Economía Alemana. Schumpeter, que coloca a List en el sistema clásico y no en la Escuela Histórica, parece por un lado menospreciar la contribución de List, quejándose de la falta de análisis riguroso y de su lenguaje periodístico; por otro lado, para subrayar el aspecto innovador de su trabajo, más arraigado en la sociología económica que en la economía propiamente dicha. Con List, “el conjunto de hechos del crecimiento nacional, tan olvidado por los ‘clásicos’, emerge en una formulación sumamente acertada y fue aplicado por primera vez de manera concreta que incluso los empresarios modernos, que no tenían uso del misticismo romántico, podría comprender, especialmente en los campos de la política arancelaria ... En este contexto, la contribución de List a la sociología económica es de primera importancia:148

Si recordamos la observación de De Cecco de que la influencia de List en los

estudiantes de economía fue tan débil como la de Smith y Ricardo fue fuerte, esto debería matizarse porque el robusto movimiento teórico que se desarrolló en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX tomó fuerza de las ideas de List; pero también es cierto que este movimiento languidecía desde el inicio del nuevo siglo y puede considerarse prácticamente extinguido tras la Primera Guerra Mundial. En este período, la opinión académica imperante en Alemania adoptó doctrinas y métodos del pensamiento económico neoclásico, dando vida a nuevos desarrollos con la Escuela Austriaca y luego con el ordoliberalismo alemán (Capítulo 2).

La Escuela Histórica de Economía Alemana se fortaleció en paralelo con el nacimiento del Estado unitario alemán y el establecimiento del Reich. Como se mencionó anteriormente, List siguió siendo una figura excéntrica, porque su trabajo precedió a la Escuela al menos por un par de décadas, y también por su insistencia específica en la protección de la economía nacional como instrumento necesario para hacerla competitiva internacionalmente. Pero fue el principal representante de la Escuela Alemana, Gustav von Schmoller, quien dedicó a List su atención y elogio: “Friedrich List fue el primer economista que reunió, con gran estilo, los desarrollos económicos en Europa y América, investigaciones históricas con observación, extrayendo de sus hallazgos una teoría importante de la evolución socioeconómica ... Aunque básicamente siguió siendo un gran agitador,¹⁴⁹

Posteriormente, Schumpeter dedicó algunas páginas a la Escuela Histórica; y, más recientemente, las vicisitudes de la Escuela han sido reevaluadas por un historiador de la Alemania moderna, Erik Grimmer-Solem. Ambos comparten la idea de una relativa vaguedad de su alcance y heterogeneidad de los escritores que se consideran pertenecientes a la Escuela, por lo que la Escuela misma sigue siendo vista como un “enigma”. Su nacimiento se explica por el alto nivel alcanzado por la historiografía en la vida intelectual de Alemania; allí, la importancia de la historiografía era aún mayor en comparación con otras ciencias sociales, mientras que, por otro lado, la economía teórica, tal como la expresaba la Escuela Clásica, nunca había echado raíces. Una línea de demarcación entre las dos escuelas, dentro de los límites en los que se pueden trazar, se encuentra en su metodología: inductiva, y basada en la observación, recopilación y análisis de hechos históricamente determinados, en el caso de la Escuela Histórica; y deductivo, basado en premisas generales de validez universal, en el otro caso. La Escuela Alemana considera en cambio estas premisas de carácter dudoso, fundamentalmente precientíficas y destinadas a ser reemplazadas por una seria investigación de los hechos; para ser más específicos, son premisas que, si bien reflejan situaciones históricamente determinadas, reciben de la economía clásica una validación general, atemporal. fundamentalmente precientíficas y destinadas a ser reemplazadas por una seria investigación de los hechos; para ser más específicos, son premisas que, si bien

reflejan situaciones históricamente determinadas, reciben de la economía clásica una validación general, atemporal.

Si recordamos la distinción básica, mencionada al comienzo de este ensayo, entre asumir al individuo o al Estado como el motor primario racional de la vida social y económica, las siguientes palabras de Schmoller no dejan dudas sobre dónde se posiciona la Escuela Histórica: “La idea de que la vida económica ha sido siempre un proceso que depende principalmente de la acción individual, una idea basada en la impresión de que se trata simplemente de métodos para satisfacer las necesidades individuales, es errónea con respecto a todas las etapas de la civilización humana”. 150

Las dos escuelas se odiaban (hemos mencionado anteriormente los ataques frontales lanzados por List contra la “escuela cosmopolita”). Schmoller era propenso a caricaturizar la otra escuela como una doctrina egoísta disfrazada de ciencia económica; en el lado opuesto, en opinión del economista neoclásico Carl Menger, la Escuela Histórica era “un amorfo objeto de burla” (Grimmer-Solem).

Sin embargo, el rechazo de la economía clásica va acompañado de una oposición significativa a las teorías socialistas, en particular a las de Marx y Lassalle. “Marx considera al hombre como un autómata de las condiciones tecnoeconómicas; en realidad, es el hombre quien determina estas condiciones según ideas y propósitos superiores. Cualquier modo de producción, cualquier relación de clase, cualquier forma de propiedad, aunque dependa de la técnica, no puede explicarse más que por referencia a causas espirituales y morales”. 151 Odiar el marxismo es aparentemente sorprendente, dado su rechazo de la economía clásica y el fuerte componente social de sus ideas. “Aunque simpatizaron con la descripción socialista de la injusticia, desde el principio se sorprendieron por la falta de fundamento empírico de sus teorías y la impracticabilidad de sus programas políticos. Contrarrestar a Lassalle ... fue especialmente urgente porque profetizó la desaparición de Mittelstand [empresas medianas y burguesía media, cuyo papel estos economistas consideraban central en la política y la economía alemanas]. Un compromiso con el empirismo, la filosofía moral y el reformismo liberal fue claramente visible en los escritos de los economistas históricos en la década de 1860 y principios de la de 1870”. 152

Schumpeter enumera los criterios de investigación seguidos por la Escuela Alemana.

Relatividad, según la cual es insostenible la idea de que existen reglas prácticas generalmente válidas en el campo de la política económica.

Unidad de la vida social, para la que existe una correlación inseparable entre todos sus elementos: en consecuencia, la Escuela tiene un desprecio por los economistas que nunca se inclinan hacia el próximo campo, permaneciendo aislados en su propio dominio.

El antirracionalismo, que ve una multiplicidad de motivaciones en el comportamiento humano, y atribuye una importancia relativamente menor a una per-

cepción meramente lógica en lo que respecta a este comportamiento [¿es este el “comportamiento irracional” de las teorías más recientes?].

La evolución, un criterio —observa Schumpeter— no desconocido para Marx: según este enfoque, no es gratificante aislar fenómenos y reconstruir condiciones efectivas sobre una base meramente intelectual, más bien es necesario mirar las correlaciones individuales, es decir: no en general. causas de los eventos sociales, sino en las causas concretas de los eventos específicos en los que estamos interesados.

Punto de vista orgánico: la economía no se puede dividir en una aglomeración de individuos económicos independientes, los eventos económicos no son simplemente el resultado de componentes individuales. 153

Los escritores más jóvenes de la Escuela —entre ellos, no sólo Gustav Schmoller, sino también Lujo Brentano, Adolf Held y Georg Knapp, por nombrar algunos— estaban de hecho más influenciados por el método estadístico que por las ideas del movimiento romántico y el Filosofía hegeliana. En este sentido, mientras los principiantes de la Escuela (la llamada “vieja” Escuela Histórica) todavía estaban imbuidos de la “filosofía de la historia” (la de Giambattista Vico, por ejemplo), los economistas antes mencionados estaban más alejados de la influencia hegeliana, mirando más directamente a desarrollos fácticos como la rápida urbanización, la ola de industrialización (en la que Alemania fue un segundo poderoso, después de la primera ola liderada por Inglaterra), el crecimiento de los sindicatos y el socialismo. Insatisfecho por las respuestas dadas por las doctrinas económicas de la ortodoxia clásica, sometieron estas doctrinas a verificaciones empíricas, combinando los instrumentos históricos y estadísticos. “No hay duda de que la centralidad de la ‘cuestión social’ en los asuntos públicos alemanes significó que la economía en Alemania seguía siendo una economía política que abarcaba una amplia gama de fenómenos sociales y cuestiones políticas. Pero esto tampoco fue particularmente novedoso para la supuesta”Escuela Histórica“. Después de todo, la economía clásica, marxista y nacionalista estaba ligada a programas políticos discretos: la economía de Smith, Ricardo, Marx y List eran bases analíticas sobre las que se construían sus respectivos programas de cambio político”. “No hay duda de que la centralidad de la ‘cuestión social’ en los asuntos públicos alemanes significó que la economía en Alemania seguía siendo una economía política que abarcaba una amplia gama de fenómenos sociales y cuestiones políticas. Pero esto tampoco fue particularmente novedoso para la supuesta”Escuela Histórica“. Después de todo, la economía clásica, marxista y nacionalista estaba ligada a programas políticos discretos: la economía de Smith, Ricardo, Marx y List eran bases analíticas sobre las que se construían sus respectivos programas de cambio político”. “No hay duda de que la centralidad de la ‘cuestión social’ en los asuntos públicos alemanes significó que la economía en Alemania seguía siendo una economía política que abarcaba una amplia gama de fenómenos sociales y cuestiones políticas. Pero esto tampoco fue particularmente novedoso para la supuesta”Escuela Histórica“. Después de todo, la economía clásica, marxista y nacionalista estaba ligada a

programas políticos discretos: la economía de Smith, Ricardo, Marx y List eran bases analíticas sobre las que se construían sus respectivos programas de cambio político”.¹⁵⁴

Con la Escuela Histórica surgen dos ideas centrales, que se unifican por la relevancia que se le da al análisis histórico y la centralidad del Estado: la urgencia de una reforma social, por alejada que sea de las ideas revolucionarias marxistas, y una revalorización de las políticas mercantilistas, incluyendo proteccionismo.

En cuanto a la reforma social, a diferencia de los economistas clásicos, cuyo programa político era minimalista (la “mano invisible”, la eliminación progresiva de las barreras comerciales), la ética social pedía una mano visible, fundada en la sociabilidad natural y la acción moral constructiva del hombre. “La cuestión principal del día era, en opinión de Schmoller, una cuestión de justicia: cómo superar las crecientes desigualdades, fortalecer a los medios y crear una mayor movilidad entre clases, una cuestión que no era únicamente económica sino también moral y cultural”. ¹⁵⁵ Hizo hincapié en el interés común de trabajadores y capitalistas; los trabajadores bien pagados hubieran sido más confiables; también luchó por el reconocimiento oficial de los sindicatos; y creyó en la pequeña empresa, que más fácilmente habría realizado esa comunión de propósitos.¹⁵⁶ Es notable que haya, en List, la misma relevancia de un interés compartido de las clases sociales, aludiendo al corporativismo (ver arriba, Sección 1.6).

Las políticas de reforma social pueden explicarse, al menos en parte, por la presión del movimiento socialista en vigoroso ascenso. Por un lado, el autoritarismo de la Corona alemana y del gobierno (mayoritariamente de Bismarck) llevó a la Ley Antisocialista de 1878, según la cual el Partido Socialista debía cesar cualquier actividad y las asociaciones socialistas debían ser disueltas y sus fondos confiscados. . Por otro lado, entre 1883 y 1889 una serie de leyes crearon un complejo sistema de seguro social que incluía una ley de seguro médico y un plan de compensación para trabajadores; en caso de discapacidad, o después de haber alcanzado cierta edad, se proporcionaba la pensión (los costos relacionados tenían que ser cubiertos, en diferentes casos, por los empleadores, los empleados o el Estado). En 1891, se promulgó una ley de protección para los trabajadores,¹⁵⁷ La reforma social se extendió a las clases medias industriales, que tenían derecho a alguna protección (para confirmar la atención del gobierno a *Mittelstand*). Como veremos más adelante, es comprensible por qué Marx consideró esta aparente colusión entre la Corona y las clases trabajadoras una mina contra la revolución social: una forma reaccionaria de “socialismo feudal”, en sus propias palabras.

Con referencia al mercantilismo, como se señaló anteriormente, List había elogiado las políticas mercantilistas, mencionando en particular al ministro francés Colbert, como una fuerte afirmación del Estado central sobre los localismos y contra el “cosmopolitismo” de la doctrina de Smith. Con List, en el contexto alemán esta visión implicó la adopción de políticas proteccionistas, al menos en la medida en que son necesarias para poner a los países en pie de igualdad y permitir una competencia justa entre ellos. Schmoller, como List, elogia a Colbert

porque “su administración fue, principalmente, una lucha contra las autoridades municipales y provinciales”, pero su visión del proteccionismo es más matizada que la de List. Esencialmente, en su obra *El sistema mercantil*, identifica el mercantilismo con el Estado nacional: el mercantilismo es “hacer Estado y hacer economía nacional al mismo tiempo... La esencia del sistema no radica en alguna doctrina del dinero o de la balanza comercial; no en barreras arancelarias, derechos de protección o leyes de navegación; pero en algo mucho mayor: - a saber, en la transformación total de la sociedad y su organización”. La esencia del mercantilismo consiste en “arrojar el peso del poder del Estado en la balanza de la balanza en la forma que demanden en cada caso los intereses nacionales”. Por lo tanto, según Schmoller, los términos de la relación entre libre comercio y proteccionismo deben contextualizarse: “El libre comercio tiene un sesgo favorable especialmente hacia los intereses de los consumidores, el proteccionismo hacia los intereses de los productores; las industrias de exportación prefieren la primera, el segundo es el preferido por las empresas que aún tienen participación de mercado que explotar. La parte de la agricultura, que puede exportar, es de libre comercio; la otra, abrumada por las importaciones agrícolas, es proteccionista. Los comerciantes prevalecen por el libre comercio, son cosmopolitas; los artesanos son más bien proteccionistas. La mente abstractamente liberal se inclina hacia el optimismo, la proteccionista hacia el pesimismo. Las actitudes de libre comercio siempre tienden a prevalecer en las fases de crecimiento, las actitudes proteccionistas en períodos de estancamiento y decadencia económica. El libre comerciante confía en la división internacional del trabajo, el proteccionista en el desarrollo de las fuerzas nacionales; el primero quiere abandonar las ramas productivas más débiles, teniendo la certeza de que unas producciones nacionales más sanas sustituirán a las otras, mientras que el proteccionista se muestra tímido, quiere actuar de inmediato y defender el statu quo. El libre comercio y el proteccionismo son tendencias antitéticas que existen en todas las economías nacionales en desarrollo”.¹⁵⁸

Estas frases, sin importar cómo se puedan valorar, suenan extremadamente reales hoy en día.

La influencia de las teorías antes mencionadas es visible en las políticas económicas alemanas, primero con la creación del Zollverein de los pequeños Estados alemanes anteriores a la unificación, y luego con el nacimiento del Reich. El Zollverein fue creado inicialmente por un acuerdo entre algunos estados, incluidos Bayern, Württemberg, Baden, en 1820, y se completó bajo la hegemonía de Prusia en 1832. ¹⁵⁹Cuando comenzó la segunda revolución industrial alrededor de 1870, centrada en Alemania (y Estados Unidos), su punto de apoyo estaba representado por la nueva tecnología y la industria pesada, como el acero, los productos químicos, la electricidad y los productos eléctricos, y Alemania protegió a estas industrias incipientes detrás de aranceles elevados. paredes. En general, después de la guerra victoriosa contra Francia en 1870 y el nacimiento del Reich en 1871, bajo Bismarck un fuerte Estado intervencionista dio lugar a la creación de un sistema de “capitalismo organizado”. Hemos mencionado el seguro social y un núcleo del estado del bienestar, pero también cabe men-

cionar la negociación colectiva en los contratos laborales, la cartelización de la industria y la nacionalización de los ferrocarriles. En cuanto al proteccionismo, algunos historiadores también dan importancia al cese de los enormes pagos de reparaciones de guerra por parte de Francia.¹⁶⁰

Pero conviene recordar que, tras la guerra victoriosa, el Reich unificó la moneda e inmediatamente adoptó el patrón oro: un paso de la mayor importancia para el nacimiento de un sistema monetario internacional, cuando solo un país, Gran Bretaña, lo había introducido formalmente. . Esta decisión significó una especie de consagración de Alemania como potencia mundial. El crédito de este movimiento se atribuye a un estadista y economista liberal, Ludwig Bamberg: un reconocimiento de que también existía una disposición liberal en la Alemania estatista, lo que refleja una orientación liberal occidental que nunca había desaparecido por completo (Pierenkemper-Tilly).

Socialismo marxista

El propio Marx quiere aclarar su relación con Hegel. “Por lo tanto, me reconocí abiertamente como alumno de ese poderoso pensador, e incluso aquí y allá, en el capítulo sobre la teoría del valor, coqueteé con los modos de expresión que le son propios. La mistificación que sufre la dialéctica en manos de Hegel, de ninguna manera le impide ser el primero en presentar su modo general de trabajar de manera comprensiva y consciente. Con él se pone de cabeza. Debe ponerse boca arriba de nuevo, si quiere descubrir el núcleo racional dentro de la cáscara mística”.¹⁶¹ De ahí la idea materialista de Marx de que la historia es la negación, la antítesis de la concepción idealista hegeliana de la historia: esto significa que las ideas nacen como un reflejo de las condiciones materiales, y no al revés. ¿Qué queda, en la obra de Marx, del pensamiento de Hegel? Un poco, observa Schumpeter: el método dialéctico, que explica cualquier desarrollo real con el desarrollo conceptual; el método histórico [que aproxima a Marx a la Escuela Histórica]; la forma de expresar sus conceptos con esa oscuridad que es propia de algunas frases de su maestro.¹⁶²

La influencia en Marx de la filosofía hegeliana de la historia, de la Escuela Histórica de Economía Alemana y de la Escuela Clásica fue bien reconocida por Maurice Dobb: “Su análisis de la sociedad capitalista fue abordado desde el punto de vista de una filosofía general de la historia, por la cual se puede decir que se combinaron el énfasis descriptivo y clasificatorio de la escuela histórica y el énfasis analítico y cuantitativo de la Economía Política abstracta”.¹⁶³

Pero la interpretación económica de la historia pertenece a Marx, no a Hegel; el único hegelismo latente de Marx se encuentra en su historicismo dialéctico, en la centralidad del Estado, y en el carácter teleológico de la historia, hacia la emancipación del hombre. Marx y Engels, “habían estado encantados por la dialéctica hegeliana”¹⁶⁴, pero la economía política de Marx tiene como evidencia una impronta ricardiana, en sus referencias a la teoría del valor trabajo

y la división fundamental de la sociedad en diferentes clases sociales. Marx no reconoce la contribución del capital a la creación del producto, que define como “plusvalía”, porque el único valor de un producto lo da el trabajo empleado para crearlo.

Por lo tanto, la explicación de la ganancia, según Marx, no radica en ningún costo de la actividad productiva aportada por el capitalista, sino en la estructura de clases de la sociedad. La relación entre el propietario de los medios de producción y el trabajador depende de esa estructura, determinada históricamente. En una sociedad que admite la esclavitud, el amo toma todo el producto, por encima de la mera subsistencia del esclavo: no existe una cuestión de plusvalía. En una sociedad capitalista, en cambio, el trabajador es formalmente libre, ninguna ley o costumbre lo obliga a trabajar para un maestro. Sin embargo, dado que el proletario carece de medios de producción, debe vender en el mercado su trabajo, que para él es necesario para producir su subsistencia: la fuerza de trabajo es vendida por el trabajador en el mercado al capitalista como si fuera un mercancía, adquiriendo un valor. El capitalista vende el producto a un valor mayor que el valor de la fuerza de trabajo. Como consecuencia, la ganancia del capitalista es el resultado de la estructura de clases de la sociedad capitalista, basada en la distinción fundamental entre capitalista y trabajador.¹⁶⁵

Como se mencionó anteriormente, según los economistas marxistas, la escuela neoclásica y la teoría de la utilidad marginal surgieron como una reacción a la doctrina socialista. Una de las primeras críticas a Marx proviene de Alfred Marshall: “No es cierto que el hilado de hilo en una fábrica... sea producto del trabajo de los operarios. Es el producto de su trabajo, junto con el del empleador y los gerentes subordinados, y del capital empleado; y que el capital mismo es el producto del trabajo y la espera: y por lo tanto, el hilado es el producto del trabajo de muchas clases y de la espera. Si admitimos que es producto únicamente del trabajo, y no del trabajo y la espera, sin duda una lógica inexorable nos puede obligar a admitir que no hay justificación para el interés, la recompensa de la espera.; porque la conclusión está implícita en la premisa, ... Marx de hecho afirma audazmente la autoridad de Ricardo para [su] premisa; pero en realidad se opone a su afirmación explícita y al tenor general de su teoría del valor, como lo es al sentido común”.¹⁶⁷

La concepción materialista de la historia no significa que toda acción humana sea el resultado de motivaciones económicas, o que el surgimiento de la sociedad socialista sea inevitable. En su Manifiesto del Partido Comunista, Marx y Engels se desvinculan de la izquierda hegeliana, a la que incluso antes habían pertenecido, y de un determinismo que da con certeza el advenimiento del Estado socialista; sin la autoconciencia del proletariado, nada podría impedir la explotación de los asalariados por parte de sus amos.¹⁶⁸ “El propio Marx pasó gran parte de su tiempo tratando de organizar un movimiento político revolucionario, en lugar de sentarse y esperar hasta que las presuntamente férreas leyes de la historia le entregaran a la humanidad una sociedad socialista”.¹⁶⁹

En *El Capital*,¹⁷⁰ Marx se inclina a creer que, independientemente de la

conciencia de la clase trabajadora de su condición social como requisito previo para una revolución exitosa, “una ley de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia” puede formularse como una predicción de la necesidad histórica de un colapso del capitalismo. Esta “ley” se puede explicar dividiendo una inversión capitalista en dos categorías:

- Medios de producción —materias primas, máquinas y otros dispositivos— que Marx llama “capital constante”;
- El trabajo, que a su vez se divide en dos componentes: salario, la cantidad de trabajo que se realiza para la producción de la remuneración de los trabajadores, que Marx llama “capital variable” 171 ; y plusvalía, la cantidad de trabajo que se apropia el capitalista. En palabras de Marx, “el trabajo excedente de la fuerza de trabajo es el trabajo gratuito realizado para el capital y, por lo tanto, forma una plusvalía para el capitalista, un valor que no le cuesta ningún rendimiento equivalente”. 172

La tasa de plusvalía es la relación entre la plusvalía y el capital variable y da una medida de la intensidad de la explotación del trabajo por parte del capitalista.

En cambio, la tasa de ganancia es la relación entre la plusvalía y el capital total, constante y variable. La competencia insta al capitalista a hacer su fábrica más eficiente con nueva tecnología, lo que requiere más inversión de capital, y esto eleva la cantidad de capital inflexible o constante en relación con la cantidad flexible o variable (trabajo). Esto significa que, incluso si el nivel de explotación laboral —la plusvalía— permanece igual, la tasa de ganancia tiende a caer.

Marx da un ejemplo: supongamos que el trabajador trabaja tantas horas para sí mismo como para el capitalista, es decir, la relación entre la plusvalía y el salario es del 100%. Sin embargo, la tasa de ganancia depende de la cantidad de capital total empleado en la producción. Si los salarios —capital variable— son iguales a 100, y la plusvalía es igualmente 100, y el capital constante empleado es 50, la tasa de ganancia es $100/150 = 66,6\%$. Pero, como se acaba de mencionar, la competencia insta al capitalista a aumentar la cantidad de capital constante, digamos, a 100. Incluso si la tasa de explotación laboral, es decir, la tasa de plusvalía, sigue siendo la misma (100%), el la tasa de beneficio disminuye: $100/200 = 50\%$, y esta disminución continúa a medida que se tiene que invertir una cantidad adicional de capital constante. 173

La ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia puede contrastarse mediante una disminución de los salarios, es decir, una explotación más intensa del trabajador: un aumento de la plusvalía. En otras palabras, esa “ley” sería defectuosa si el capitalista tuviera la capacidad de reducir los salarios en la cantidad necesaria para mantener constante su razón de ganancia, es decir, para aumentar su plusvalía.

Es lógicamente imposible discutir cuál de las dos tendencias prevalecería. Es posible que Marx, en el Vol. III de El Capital , haya dejado el tema sin resolver:

su método histórico puede haberlo inducido a pensar que cualquier solución dependería de la interacción entre el progreso tecnológico y la configuración de las relaciones de clases sociales en un momento y una etapa determinados. . 174 Pero, si los salarios ya están en un nivel de subsistencia, cualquier disminución adicional sería impracticable. De todos modos, esa “ley”, o “tendencia”, es evidencia de un determinismo hegeliano y, al mismo tiempo, un recordatorio de la influencia de Ricardo en Marx. 175

Marx y Engels observan el estrecho vínculo entre las fuerzas de producción (tecnología, máquinas, capacidades humanas), que están en continua evolución, y el marco legal que las encapsula (derechos de propiedad, relaciones laborales, división del trabajo). La causalidad va del primero al segundo, no al revés (es decir, los modos de producción no están condicionados por las instituciones). La burguesía, que legalmente posee los instrumentos de producción, utiliza los poderes del Estado —de su Estado— para validar la distribución del producto que aprueba, siendo funcional a su interés, y niega a la clase obrera todo el producto al que esta la clase tiene derecho. La burguesía confía en la autoridad de su Estado para que la distribución de productos que aprueba sea aceptada como regla general y cree un sistema de valores: políticos, jurídicos, 176) —cuya observancia general garantiza la distribución del producto impuesto por los capitalistas a la clase obrera.

Pero, “la burguesía no puede existir sin revolucionar constantemente los instrumentos de producción, y con ello las relaciones de producción y con ellas todas las relaciones de la sociedad”. 177 Por tanto, surge una brecha entre los modos de producción y el marco institucional de la sociedad. Este marco, formado por aquellos valores definidos por la clase capitalista, se vuelve obsoleto. Con el nacimiento del socialismo, ese vacío se llena y se define una nueva organización de las fuerzas productivas; Dentro de esta nueva organización, la clase proletaria, que más ha sufrido esa obsolescencia, pone las cosas en su lugar correcto, destruyendo la institucionalidad capitalista, totalmente inadecuada. El nuevo conjunto de instituciones es de hecho el que introduce la propiedad pública, en una sociedad sin clases.

La revolución constante de los instrumentos de producción y por ende de las relaciones de producción, la expansión constante y la explotación de los mercados mundiales que se relacionan con el carácter “cosmopolita” de la producción y el consumo, son fuente de situaciones recurrentes de sobreproducción “epidémica”. —Una demanda insuficiente, en la terminología de Keynes - (“como el hechicero que ya no es capaz de controlar los poderes de ninguno de los dos mundos a quien ha invocado con sus hechizos” - Manifiesto). La burguesía supera esas crisis mediante la destrucción forzada de una masa de fuerzas productivas y la conquista de nuevos mercados (Manifiesto). Paradójicamente, la clase dominante se ve inducida a “restringir aún más el costo de producción de un trabajador, casi en su totalidad, a los medios de subsistencia que requiere para su mantenimiento y para la propagación de su raza”, mientras que los estratos más bajos de la clase media —Pequeños comerciantes, tenderos, artesanos y campesinos—

se van hundiendo poco a poco en el proletariado. 178

El traspaso de la propiedad de los medios de producción de la burguesía al Estado, es decir al proletariado organizado como clase dominante, se producirá de diferentes formas según los distintos países. En el Manifiesto, Marx y Engels ven una transición gradual en los países más avanzados, que en un principio constará de las siguientes medidas 179 :

- Abolición de la propiedad de la tierra, cuya renta se aplica a fines públicos;
- Un fuerte impuesto progresivo sobre la renta;
- Abolición de derechos sucesorios;
- Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes [personas acomodadas que se trasladan al extranjero];
- Centralización y nacionalización del crédito;
- Lo mismo para comunicaciones y transporte;
- Ampliación de fábricas e instrumentos de producción de propiedad estatal;
- Obligación de trabajar;
- Combinación de agricultura e industria y armonización de las condiciones de trabajo entre ciudades y campos;
- Educación gratuita y abolición del trabajo infantil en las fábricas; educación técnica con fines industriales.

Un programa que suena no tan lejos de algunos partidos socialistas o comunistas en el mundo occidental, en particular después de la Segunda Guerra Mundial (El Partido Laborista Británico escribió, en 1948: “Nuestras propias ideas han sido diferentes de las del socialismo continental que surgió más directamente de Marx, pero también nosotros hemos sido influenciados de cien maneras por pensadores y luchadores europeos y, sobre todo, por los autores del Manifiesto”).

En el socialismo marxista, la desaparición del Estado solo debe entenderse como la abolición de una institución burguesa. El Estado se convierte en una institución proletaria, desprovista de cualquier estructura jerárquica, vertical. Marx acepta la visión de Smith y Ricardo de una sociedad dividida en clases. Pero, si bien según los dos economistas clásicos el mantenimiento de clases diferentes es el requisito previo para la creación de nueva riqueza, Marx piensa que solo su abolición puede privar a la clase trabajadora de la subordinación impuesta por la burguesía. En el Estado proletario, “el proletariado organizado como clase dominante”, 180 sus órganos deben ser democráticos, no destinados a mantener el capitalismo como modo de producción. En la sociedad burguesa el Estado es el último protector de la estructura social: “Sólo bajo el amparo del magistrado civil - escribe Smith, y el Manifiesto repite, con un sentido obviamente opuesto - que el dueño de esa valiosa propiedad ... puede dormir una sola noche en seguridad”. 181

La “dictadura del proletariado” no es, en términos dialécticos, la antítesis de la democracia; su antítesis es la “dictadura de la burguesía”, mientras la propiedad

de los medios de producción permanezca en manos de la clase media. Su significado es que “en la dictadura proletaria la sociedad está organizada para que el poder del Estado esté en manos de la clase obrera, que utiliza toda la fuerza necesaria para evitar que sea arrebatada por la clase que antes ejercía su autoridad”. 182

El socialismo marxista se distancia tanto del socialismo reaccionario como del socialismo burgués. Dentro del primero, se hace una distinción adicional entre socialismo feudal y pequeño burgués: ambos son reaccionarios, porque miran al pasado.

En cuanto al socialismo feudal, Marx y Engels se oponen a la izquierda hegeliana, a la que, como se mencionó, ambos habían pertenecido anteriormente. Hay que reconocer, dicen, que la emancipación de los trabajadores no puede ocurrir en todos los países de la misma manera. El capitalismo es una etapa del desarrollo del hombre. El marxismo afirma la naturaleza histórica del problema económico. La izquierda hegeliana, que se calificó como el “verdadero” socialismo alemán, es incapaz de comprender las diversas condiciones históricas de los diferentes países: mientras que, en Francia, el socialismo bien puede tener como objetivo el ataque a la burguesía ya en el poder, porque Francia ya está más allá de la sociedad feudal y aristocrática, en Alemania (que tanto Marx como Engels miran con apasionada atención como su propio país) la clase obrera es todavía inmadura para la revolución, porque el capitalismo alemán aún no está desarrollado hasta el punto de convertir a esa clase en un “proletariado”. El gobierno alemán contempla una alianza entre la Corona y la clase trabajadora a través de medidas de bienestar (ver Sect. 1.10), aparentemente a expensas de la burguesía, pero sustancialmente a expensas del proletariado. 183 En Alemania, la burguesía acaba de empezar a luchar contra la aristocracia feudal y la monarquía absoluta. Luchar por el socialismo en estas condiciones significa retrasar el éxito de la revolución liberal burguesa, asustándolos con la amenaza de un ataque proletario, cuyas condiciones previas aún son inmaduras. 184 En la Alemania del siglo XIX, sólo una revolución liberal consumada contra un sistema feudal puede ser el preludio de una revolución proletaria inmediata y posterior. 185 El “verdadero” socialismo de los hegelianos de izquierda es utópico y abstractamente filosófico: de hecho está infectado, según Marx, por el romanticismo alemán y, por tanto, por un nacionalismo derivado de Hegel y Fichte, que veían la monarquía prusiana como coincidente con el fin último. del absoluto, el fin de la historia.

También reaccionario es el socialismo pequeñoburgués. En este tipo de socialismo mira una clase social que ya está desapareciendo bajo el empuje de la revolución burguesa, que es la clase de los pequeños comerciantes, arrojados al proletariado por la acción de la competencia; ven el momento: el Manifiesto subraya: cuándo desaparecerán por completo como una sección independiente de la sociedad moderna; la misma opinión tiene la clase de pequeños propietarios campesinos, que sufren por la concentración de la tierra en unas pocas manos. Las “últimas palabras” de ambos son: gremios corporativos para la manufac-

tura, relaciones patriarcales en la agricultura. Estas dos clases, en la medida en que todavía existen, siguen siendo una fracción de la clase media, son conservadoras, no revolucionarias, quieren diferenciarse del proletariado y, por lo tanto, son potencialmente reaccionarias. 186

Al mismo tiempo, el socialismo marxista rechaza las ideas de los socialistas conservadores o burgueses, 187 como los owenistas en Inglaterra y los fourieristas en Francia, que apuntan a una burguesía sin proletariado, es decir, a mantener todas las ventajas del modo de producción y de la sociedad burguesa, sin los peligros y las luchas que de ellas resultan. Es una locura cualquier doctrina del socialismo que se base en la buena voluntad burguesa como fuente de cambio. El economista que es un socialista conservador trabaja por mejorar la educación técnica, por la participación en los beneficios, por los subsidios al desempleo causado por los desarrollos tecnológicos. Quiere mitigar las condiciones más duras del capitalismo, sin interferir con la organización y estructura de propiedad del capitalismo. Este tipo de socialismo cree que el avance de la clase trabajadora significa un cambio en las condiciones materiales de vida sin revolución;

El tema del proteccionismo se ve desde la misma perspectiva: aparentemente es una forma de defensa de la industria nacional y por ende del trabajo; en realidad, se basa en una armonía ficticia de intereses entre ellos: una armonía ya demostrada por Smith y Mill como falaz; pero exaltado por List y todavía utilizado para desalentar y reprimir el crecimiento de los sindicatos. 188

En este capítulo hemos demostrado que la economía neoclásica de principios del siglo XIX, en nombre de la “ciencia”, había perdido el valor ético que había sostenido la visión de Adam Smith, según la cual, como se observó recientemente, “intencional La actividad humana de todo tipo se consideraba incrustada en la ética: como conducta, es decir, no meramente como conducta”. 189 Smith había abogado por una sociedad que exaltara la libertad del individuo, convencido de que su acción beneficiaría a los suyos y, en última instancia, al bienestar general, al mismo tiempo manteniendo un marco social donde diferentes clases pudieran coexistir en sus diferentes formas. roles. Este era, esencialmente, el tipo de sociedad liberal según los economistas de la escuela clásica.

La Escuela Neoclásica, y sus teorías de la utilidad marginal que reaccionaron a la Escuela Clásica, y llegaron entonces a prevalecer, querían ir más allá de la economía clásica de Adam Smith, David Ricardo o John Stuart Mill. Los economistas neoclásicos enfatizaron los mercados libres competitivos como un requisito previo para alcanzar una posición de equilibrio. Pero hemos distinguido dos enfoques. El primer enfoque se basó en el “descubrimiento” del precio de mercado correcto a través de la nueva relevancia otorgada a la “demanda” de bienes (Marshall). El segundo sobre la construcción de un equilibrio general del sistema económico, matemáticamente formulado (Walras). 190 En cualquier caso, el “valor de las cosas” pasaría de un criterio objetivo (los costos de producción, y el componente laboral en particular) a uno subjetivo (la preferencia racional individual, expresada por una función de utilidad marginal).

Al estar influenciados por la nueva filosofía positiva, ambos enfoques, el walrasiano y el marshalliano, se definieron a sí mismos como “científicos”, distinguiendo implícita o explícitamente la “verdad” (declaraciones empíricamente verificables y posiblemente sistematizadas en “leyes”) de la “ideología” (que implican valores). más allá de la verificación empírica como ética, conciencia, confianza...). Según el padre del positivismo, Comte, si se identifican científicamente ciertas “leyes” como explicación de un sistema económico regido por el principio de utilidad, ninguna libertad de pensamiento sería más necesaria para abordar los problemas económicos de la sociedad.

Los títulos de las principales obras marginalistas incluían a menudo el adjetivo “puro”, y los prefacios de estos libros se apresuraron a enfatizar su propósito “puramente científico”, simplemente para definir su contenido como desprovisto de cualquier componente relacionado con conceptos exógenos al utilitarismo. En particular, la ética fue expulsada del campo de la investigación en economía, a menos que se la viera como una especie de embellecimiento o componente cuantitativamente menor de utilidad, medido numéricamente. En el mejor de los casos, la justicia conmutativa sustituye a cualquier tipo de justicia distributiva. Según diferentes escritores, o las preocupaciones morales deberían estar fuera de la vista de la teoría del economista, o la moralidad tiene que identificarse con la utilidad personal o la búsqueda de la felicidad material.

Pero una filosofía social implícita no podía eliminarse, y la ideología positiva sonaba como un soporte intelectual de la conservación de las estructuras sociales y económicas existentes. Marx escribió: “[l]a economía vulgar ... busca explicaciones plausibles de los fenómenos más intrusivos, para el uso cotidiano burgués, pero para el resto, se limita a sistematizar, de manera pedante, y proclamar verdades eternas, las ideas trilladas sostenidas por burguesía auto-complaciente con respecto a su propio mundo, para ellos el mejor de todos los mundos posibles”. 191

Si tomamos el punto de observación de un académico, o un hacedor de políticas, hacia fines del siglo XIX, preocupado como podría haber estado por los abrumadores temas del crecimiento económico, la producción y distribución de la riqueza, la independencia y la fuerza de una nación, malestar social generalizado en un mundo cada vez más industrializado, tres grandes corrientes de pensamiento —un liberalismo individualista, nacionalismo, socialismo— estarían presentes en su mente. Habían madurado y luchado entre sí durante gran parte del siglo. Si bien no vinieron de cero y más bien reflejaron el desarrollo de nuevas condiciones económicas y sociales, estas tres corrientes marcaron un corte decisivo con respecto al pasado. Las principales obras de Adam Smith y Marshall, abanderados de las escuelas clásica y neoclásica, se publicaron respectivamente en 1776 y 1890. *fin* - de - siècle environment, salió en 1900, los principales libros de List y Schmoller se publicaron en 1846 y 1890, Marx’s *Capital* apareció en 1867.

La influencia de esas filosofías en el pensamiento económico del siglo XX es el objeto de los dos capítulos siguientes, mientras que el cuarto nos llevará a

cuestiones de actualidad inmediata. El quinto y último capítulo tratará de responder si, y en qué medida, el liberalismo, el nacionalismo y el socialismo —como ideologías económicas— aún pueden proporcionar una guía para las reflexiones y decisiones de académicos y políticos.

Notas

1. Schumpeter (1954, Capítulo I).
2. Esta nueva visión “sacude el chiste de la autoridad, acostumbra a los hombres a pensar por sí mismos, da nuevas pistas, que los hombres geniales pueden llevar más allá y, por la misma oposición, ilustran puntos , donde nadie antes sospechaba alguna dificultad”: Hume (1740). El texto fue reimpresso y precedido por John Maynard Keynes y Piero Sraffa, Cambridge University Press, 1938, ver p. 4 de esta edición.
3. Schumpeter (1954, pag. 23).
4. Marx da esta definición de la economía vulgar : “[Se] ocupa sólo de las apariencias, rumia sin cesar sobre el material proporcionado desde hace mucho tiempo por la economía científica, y luego busca explicaciones plausibles de los fenómenos más intrusivos, para el uso cotidiano burgués, pero para el el descanso se limita a sistematizar de manera pedante, y proclamar para verdades eternas, la trillada idea que tiene la burguesía autocomplaciente con respecto a su propio mundo, para ellos el mejor de los mundos posibles”. La referencia de Marx fue principalmente a la naciente escuela neoclásica. Véase Marx (nd [1867], vol. Yo, p. 58).
5. Schumpeter (1954, pag. 26). Una política económica bullionista se centra en la acumulación de reservas de metales preciosos. El bullionismo puede verse como un mercantilismo temprano. En términos actuales, se traduce en una política orientada a un fuerte superávit en la balanza comercial.
6. Schumpeter (1954, pag. 35).
7. Plumpe2016, pag. 43).
8. Schumpeter (1954, pag. 33).
9. Heilbroner1988).
10. El filósofo italiano Benedetto Croce (1951, págs. 275-277) (publicado originalmente en *La Critica* , 36, 1938).
11. Estoy adoptando esta convincente partición de Fawcett (2014, págs. 120-124).
12. Israel2010, pag. 106).

13. págs. 106-107.
14. Como veremos, una sociedad estructurada en diferentes clases es un punto central en el pensamiento de Smith.
15. Israel2006, pag. 604).

dieciséis. Locke (1690, Capítulo 7, 85).

17. Israel2010, pag. 179).
18. Un grupo político durante la revolución francesa.
19. Israel2014, págs.285 y 368).
20. Israel2010, págs. 63-65).
21. Rousseau1913, págs.83 y 22).
22. pag. 83.
23. pag. 83.
24. de Voltaire1770).
25. Rousseau1913, págs.255, 260, 269, 273, 280).
26. Israel2014, págs. 644-645). Véase también Gioja (1831, pag. 27).
27. Israel2010, pag. 181).
28. Herrero (1811, vol. 2, pág. 50). Es justo agregar que esta redacción es una interpretación del pensamiento de Smith por su editor, William Playfair.
29. Burke1800, pag. 14).
30. Herrero (1853, Parte VI, Sect. II).
31. Bentham1823, págs. 2, 9, 24-25).
32. Un tema bien enfatizado por Hayek, más de un siglo después (ver Capítulo 2).
33. Bentham1823, págs.310, 313, 323).
34. El contraste entre la Ilustración británica, impulsada por la riqueza, y la francesa, impulsada por la igualdad, es quizás el mismo que encontramos en los impulsores de la Revolución Gloriosa Inglesa de 1688 y la Revolución Francesa de 1789.
35. Porter (2000, pag. 261).
36. Porter (2000, pag. 202).

37. Herrero (1811, vol. 2, págs. 19-20).
38. Israel2010, pag. 107).
39. Herrero (1811, pag. 11). Esta frase concuerda perfectamente con lo que escribe David Ricardo: “[la] búsqueda de la ventaja individual está admirablemente conectada con el bien universal del conjunto” (2004, p. 81).
40. Stein1994).
41. Keynes (1926, pag. 11).
42. Ricardo (2004, pag. 76).
43. Véase, por ejemplo, el caso de metayers (coloni partiarrii) en Francia, vol. 1, pág. 276.
44. Herrero (1811, vol. 2, págs. 152-155).
45. Hume (nd [1770]) Discurso V.
46. Ricardo (2004, págs. 82-87).
47. Ricardo (2004, pag. 82).
48. Hume (nd [1770]) Discurso III.
49. Hume (nd [1770], pag. 35). Este énfasis en la demanda en la determinación de precios será descuidado por los economistas clásicos y, más adelante en el siglo XIX, será reafirmado por el contrario por los economistas neoclásicos (ver más abajo).
50. Hume había invocado un ” banco público” que podría destruir el exceso de crédito en papel (Discurso III).
51. Ricardo (1810).
52. Ricardo (2004, pag. 5).
53. Herrero (1811, vol. 2, Libro I, Capítulo V, págs.21 y 25).
54. Ricardo (2004, pag. 7).
55. Ricardo (2004, pag. 19).
56. Ricardo (2004, pag. 48).
57. Ricardo (2004, págs. 48, 52-53); Herrero (1811, Libro I, Capítulo 5).
58. “La abstinencia, es decir, no consumir, fue sugerida por John Stuart Mill y varios otros escritores, como la ‘contribución’ del capital [a la producción]”: Heilbroner (1988, pag. 117).

- 59. Robinson1961, pag. 55).
- 60. Grillete (1980). El ensayo se reproduce en Ford, JL: Time, Expectations and Uncertainty in Economics , Edward Elgar, 1990.
- 61. Hobsbawm1997, pag. 144).
- 62. Porter (2000, págs. 138-139 y 149).
- 63. Berlín (2000, pag. 277).
- 64. Molino (2018). Las citas incluidas en el texto son de las págs. 5–9, 19–20, 22–25, 30–37.

sesenta y cinco. Malthus (1926). Sus postulados son: “que la alimentación es necesaria para la existencia del hombre”, y “que la pasión entre los sexos es necesaria y permanecerá casi en el estado actual”. Su inferencia a partir de estos “postulados” es que “el poder de la población es indefinidamente mayor que el poder de la tierra para producir la subsistencia del hombre”, y que, en consecuencia, “esto implica un fuerte y constante control de la población a partir de la dificultad de subsistencia”(págs. 11, 13-14).

- 66. Matemáticas, astronomía, física, química, biología, sociología o ciencias sociales.
- 67. Spencer1992).
- 68. Fawcett2014, pag. 79).
- 69. Bobbio (1977, pag. 82).
- 70. Andresky1974, págs. 192 y 197). Pareto, positivista convencido, parece tomar distancia de esta asimilación extrema, cuando hace una distinción entre residuos y derivaciones en las ideologías del hombre. Las primeras son expresiones de sentimientos, de instinto, las segundas son expresiones de la necesidad humana de usar la razón. La ideología es una mezcla de impulsos lógicos y no lógicos. Esta es la diferencia básica con los animales, no tienen (no pueden) tener derivaciones, solo instinto. Ver Bobbio, pág. 101.
- 71. Molino (2018, pag. 25).
- 72. págs. 30–31.
- 73. págs. 33–35.
- 74. Molino (2010, pag. 18).
- 75. págs. 138-139.
- 76. Molino (2018, págs. 33-35).

77. Heilbroner1988, pag. 12).
78. La utilidad marginal “es notoriamente una invención de economistas burgueses, posmarxistas y antimarxistas”: Sraffa (2017, pag. 3).
79. Dobb1937a, págs. 24-25).
80. Hayek1955, pag. 203).
81. Andresky1974, pag. 17).
82. Heilbroner, Milberg (1995, págs. 22-23).
83. Heilbroner, Milberg, pag. 23.
84. Schumpeter (1954, pag. 188).
85. Jevons1965).
86. pag. XVI.
87. pag. XVI.
88. pag. 1.
89. pag. VII.
90. pag. 23.
91. págs. 23 y VI.
92. El italiano Maffeo Pantaleoni fue un importante exponente de la escuela neoclásica.
93. Naldi2000, pag. 92).
94. Jevons1965, págs. 25-26).
95. Marshall (1966).
96. págs. 636 y 643.
97. págs. 70–71.
98. pag. 301.
99. págs. 4–8.
100. Dzionek-Kozłowska (2015).
101. Walras1954, pag. 201).

102. Walras hace una distinción entre economía pura (como se mencionó anteriormente); economía aplicada (que se ocupa de las implicaciones políticas de la teoría pura); y economía social (que se refiere a la distribución de la riqueza). Ver Tarascio (1967).
103. Walras1954, pag. 142). La discusión que sigue se basa en Jaffé (1977).
104. Jaffé, pág. 375.
105. Maurice Dobb encuentra aquí una inconsistencia lógica: “[E] aquí parece haber una contradicción hegeliana en la ‘competencia perfecta’ como concepto, ya que, si la competencia funcionara perfectamente y sin fricciones, nunca sería de interés para un vendedor para reducir su precio, sabiendo como él que todos los competidores lo seguirían inmediatamente y lo privarían de todas las ganancias al hacerlo”(1937b, pag. 203).
106. Pareto (1971).
107. Libro II, Sezione 592.
108. Sobre la ofelinidad, véase Libro II, Sezione 642–653.
109. Libro III, Sezione 958.
110. Sezione 962.
111. Sezione 965. Pareto añade: “Una vez más necesito recurrir a las matemáticas para explicar esta proposición”. Parece revestir en una fórmula matemática argumentos que no están suficientemente explicados en el lenguaje ordinario.
112. Pareto (1919, pag. 370). Véase también Findlay Shirras (1935).
113. Pigou2013, pag. 649).
114. Einaudi1967, págs. 244-245).
115. Schumpeter (1997, pag. 120).
116. Schumpeter (1942, págs. 65-66).
117. Picketty2014, pag. 367).
118. El mismo sentido de futilidad de los intentos de redistribuir la riqueza a través de la intervención del Estado se muestra, un siglo antes de Pareto y sin utilizar una sola fórmula matemática, por Robert Malthus. Su objetivo es demostrar que “la inmensa suma recaudada en Inglaterra para los pobres [las llamadas Leyes de los Pobres] no mejora su condición”, es un desperdicio (1926, pag. 71).
119. Cristo1990, pag. 39).

120. Pareto (1971) Sezione 967. Observa Jaffé, en su artículo ya citado sobre Walras: “[La maximización de la satisfacción social de Walras es] esencialmente definitoria ... es nada más y nada menos que una anticipación de la optimalidad de Pareto, con las mismas virtudes y los mismos defectos ... Walras’s El objetivo, incluso en su ‘economía pura’, era prescriptivo o normativo en lugar de positivo o descriptivo”(p. 379). El mismo objetivo es aplicable a la optimalidad de Pareto.
121. Sen (1970).
122. Ver Bobbio (1977, Capítulo III, Sección 6).
123. Hegel1899, págs.105 y 15).
124. Clark (2019, págs.163 y 156).
125. Spirito1939).
126. Lunghini2001).
127. Según Sraffa, citado por Lunghini (2001, pag. 265).
128. Lista (1885, Capítulo XXIX).
129. De Cecco (1971, págs.20 y 25).
130. Lunghini2003, pag. 186).
131. Hawes (2014, págs. 12-15).
132. Maddison2001).
133. Trevelyan1944, pag. 557).
134. “Debo pensar que tal gobierno [el gobierno francés] bien merecía que se elevaran sus excelencias, se corrigieran sus fallas; y sus capacidades mejoraron hasta convertirse en una constitución británica”: Burke (1790, pag. 195).
135. La versión alemana original del libro se publicó en 1844 y se basa en obras escritas por List en las dos décadas anteriores. Ver tribu (1995, pag. 33).
136. List se convirtió en ciudadano estadounidense y luego en cónsul estadounidense cuando regresó a su país de origen.
137. Para una unificación efectiva del mercado interno, List promovió el desarrollo de la red y la tecnología ferroviarias (locomotoras de vapor). En la lista como “americano”: Tribe, págs. 32–65.
138. List, Capítulo XI.

139. GM Trevelyan (1944) correctamente observado: “El Estado prusiano estaba educando a todo el pueblo prusiano. Los gobernantes paternos de Alemania a principios del siglo XIX educaron a sus súbditos, pero les dieron poca libertad política y ninguna participación en el gobierno. El Estado inglés dio a la gente común una gran libertad política y algo de participación en el gobierno, pero dejó que fueran educados por la caridad religiosa privada”(p. 518).
140. List, Capítulo XII.
141. Capítulo XIII.
142. Capítulo XXI.
143. Capítulo XIV.
144. Capítulo XXVII.
145. Capítulo XXIX.
146. Capítulo XXXV.
147. Marshall (1966).
148. Schumpeter (1954, pag. 100).
149. Schmoller (1904, vol. Yo, p. 178).
150. Schmoller (1967, págs. 3-4).
151. Schmoller (1904, vol. II, pag. 1096).
152. Grimmer-Solem (2003, pag. 136).
153. Schumpeter (1954, pag. 179).
154. Grimmer-Solem pag. 33. Más en general, véanse las págs. 19-34.
155. Grimmer-Solem, pag. 139.
156. Schmoller (1904, vol. II, págs. 606-661).
157. Stolper (1967, págs. 44-46).
158. Schmoller (1904, vol. II, pag. 1017).
159. Pierenkemper, Tilly (2004, págs. 8 y 9).
160. Pierenkemper, Tilly, págs. 136-141. Según estos autores, la economía alemana en el siglo XIX estaba más orientada al libre mercado de lo que comúnmente se piensa. El punto de vista diferente estaría sesgado por la opinión prevaleciente, pero incorrecta, de los economistas alemanes, sobre el papel omnipresente del Estado en la economía como factor impulsor de la industrialización: una hostilidad hacia el liberalismo del siglo XIX. Ver Zussman (2002); Stolper (1967, págs. 35-37).

161. Marx (nd [1867], vol. Yo, Libro Uno). Epílogo de la segunda edición alemana del 24 de enero de 1873, págs. 14-15 (www.marxists.org).
162. “Si Marx de hecho hubiera tomado prestados elementos de pensamiento o incluso simplemente su método de especulaciones metafísicas, sería un pobre diablo, no vale la pena tomarlo en serio”: Schumpeter (1954, pag. 119).
163. Dobb1937a, pag. 23).
164. Lasky1948, pag. 14).
165. Dobb1937c, págs. 56-64).
166. La identificación del capital con la “espera”, según los economistas neoclásicos, está bien explicada por Joan Robinson: “[El capital] produce una producción extra que hace posible una gestación más larga. Dado que el capital es productivo, el capitalista tiene derecho a su proporción”(1974, pag. 58).
167. Marshall (1966, págs. 487-488).
168. Lasky1948, pag. 15).
169. Streek2017, pag. 230).
170. Marx (nd [1894]), editado por F. Engels, vol. III, Parte III.
171. Porque se puede ajustar el empleo y la remuneración de los trabajadores.
172. Marx (1956 [1885]), editado por F. Engels, vol. II, parte 1, pág. 22.
173. Marx (nd [1894], vol. III, Capítulo 13, págs. 153-154).
174. Dobb1937d, págs. 109-110).
175. Piero Sraffa escribe en 1947: “El texto disponible de Marx no es claro (tenemos fragmentos publicados por Engels), y está abierto a diferentes interpretaciones. Mi opinión es que la ley de Marx es metodológica y no histórica, por lo que no es verificable estadísticamente. Por lo que sabemos, parece que en cada sociedad capitalista específica la relación entre la plusvalía y la tasa de ganancia son extraordinariamente estables en el tiempo. Esto no está en contradicción con la ley de Marx si esa ‘tendencia’ se entiende como una abstracción particular, es decir, como resultado de un grupo de fuerzas (acumulación), mientras que otras fuerzas (progreso tecnológico, nuevos inventos y descubrimientos) no operan. El resultado es que esta caída de tendencia obliga a los capitalistas a interminables revoluciones técnicas, para evitar la caída de la tasa de ganancia”. Ver Sraffa (2017, págs. 7-8). Sobre Sraffa y la teoría del valor trabajo, ver este ensayo, Capítulo III.

176. Marx (nd [1867], vol. Yo, p. 58).
177. Marx (nd [1867], vol I, pág. 354); Marx, K., Engels, F .: Manifiesto del Partido Comunista , 1872, en Lasky (1948, pag. 126).
178. Lasky1948, págs. 132-135).
179. Marx, Engels, Manifiesto , en Lasky, págs. 151-153.
180. Marx, Engels, Manifiesto , en Lasky, p. 152.
181. Herrero (1811, Libro V, Capítulo I, Parte II, p. 164).
182. Lasky1948, págs. 67-71).
183. Manifiesto , III.I, Socialismo reaccionario: Socialismo feudal; Socialismo pequeño burgués, págs. 153-161.
184. Lasky1948, pag. 51).
185. Lasky, págs. 53–54 y 58.
186. Manifiesto , pág. 139.
187. Manifiesto , III. II Socialismo conservador o burgués (161-166).
188. Lasky1948, págs. 54-55).
189. Normando2018, pag. 183).
190. Heilbroner, Milberg (1995, pag. 25).
191. Marx (nd [1867], pag. 58).

Chapter 2

Metamorfosis del liberalismo en el siglo XX

La visión individualista, impulsada por la utilidad, del siglo XIX es objeto de críticas relevantes en el siglo siguiente, bajo la influencia de diferentes circunstancias: la consolidación del nacionalismo alemán; las estructuras industriales en evolución, con la consiguiente concentración del poder económico y el crecimiento de los sindicatos; la Gran Guerra y, luego, la dificultad de volver a las estructuras sociales y los arreglos económicos y monetarios de antes de la guerra; la Depresión económica y la presión por un papel más importante del Estado; y la afirmación del socialismo marxista en la Unión Soviética. Los desarrollos filosóficos —el idealismo de Croce— enfatizan los contenidos éticos de la idea liberal, que no se considera necesariamente coincidente con el liberalismo económico. Como consecuencia de estas circunstancias, el liberalismo toma diferentes direcciones: el primero enfatiza los problemas de fallas del mercado, distribución de la riqueza, presencia del Estado en la economía. El segundo tiene un acento libertario y antiestatalista, alejándose sin embargo de la Escuela Neoclásica “científica”. El tercero inserta elementos poderosos de la economía de mercado y la competencia en la tradición estatista alemana. Pigou, Keynes y Beveridge pueden considerarse economistas liberales que reaccionan a los desequilibrios de una sociedad liberal: Pigou, al insistir en las “externalidades” negativas del capitalismo, que deben ser abordadas por el Estado mediante el uso de dispositivos coercitivos para dirigir el interés propio hacia canales sociales; Keynes, al enfrentar la incapacidad del sistema para asegurar el pleno empleo y abordar la desigualdad en la distribución de la riqueza y el ingreso, y al enfatizar la economía como ciencia moral; Beveridge, ampliando el campo del liberalismo a través de una larga lista de servicios que depende del presupuesto del Estado proporcionar, incluso más allá del pleno empleo (el Estado del Bienestar). En otra dirección se mueven los economistas de la Escuela Austriaca y su principal exponente, Hayek. Su postura individualista, sin embargo, está lejos

de la clásica *laissez-faire* la actitud científica y positivista de los economistas neoclásicos. Un sistema racional de preferencias, basado en la utilidad y expresado en forma matemática, no es posible, dados los fragmentos dispersos de conocimiento que están disponibles, pero el mercado proporciona la conexión necesaria entre agentes económicos “desinformados” a través del sistema de precios. Para operar, la competencia en el mercado requiere la ausencia de una planificación centralizada: solo un conjunto de reglas básicas destinadas a ser instrumentales para la búsqueda de las necesidades individuales. La Escuela de Chicago, con Friedman, reitera con énfasis esta actitud libertaria, enfocándose particularmente en la constitución monetaria, como un instrumento de estabilidad y de mantener el dinero fuera de la discreción de las autoridades. El ordoliberalismo es un giro típico del liberalismo en la Alemania de entreguerras, cuya influencia parece, sin embargo, duradera y viva en nuestros días. El Estado está en el centro mismo del sistema económico y regula y protege la competencia del mercado. El Estado debe actuar para desproletarizar las estructuras sociales del capitalismo, mejorando la libertad y responsabilidad de los trabajadores y no aprisionándolos en un estado de bienestar. El ordoliberalismo representa un fuerte giro hacia la economía normativa, en oposición a la positiva. Como tal, y de manera similar a la Escuela Histórica Alemana del siglo anterior, es inadecuado para ser estudiado como un “modelo” formal. Es más bien un esquema prescriptivo de estructura y organización del sistema económico, mejorando la libertad y la responsabilidad de los trabajadores y no aprisionándolos en un estado de bienestar. El ordoliberalismo representa un fuerte giro hacia la economía normativa, en oposición a la positiva. Como tal, y de manera similar a la Escuela Histórica Alemana del siglo anterior, es inadecuado para ser estudiado como un “modelo” formal. Es más bien un esquema prescriptivo de estructura y organización del sistema económico.

Palabras clave

- Externalidades pigouvianas
- Keynes
- Estado de bienestar
- Escuela austriaca
- Escuela de Chicago
- Ordoliberalismo

Causas del nuevo pensamiento sobre el liberalismo

Si distinguimos dos temas abrumadores de cualquier doctrina económica, la producción de riqueza y su distribución, el segundo tema emerge con fuerza en el siglo XX, y el liberalismo sufre amplias y profundas metamorfosis.

El siglo pasado vio “profesiones del liberalismo cada vez más extendidas”, 1 pero declararse “liberal” podría insinuar visiones bastante diversas. La cuestión de la distribución de la riqueza, y el tema conexo de un papel más amplio del Estado en la economía, significó, por un lado, avanzar hacia ideas más cercanas al estatismo y al socialismo, como en el caso del socialismo liberal, la economía social de mercado, incluso el ordoliberalismo 2 . ideas a veces vistas como una “tercera vía”, como una alternativa entre el liberalismo y el socialismo. Por otro lado, significó un alejamiento del “cosmopolitismo” de los pensadores clásicos —que había sido un hito del liberalismo decimonónico— hacia una nueva relevancia del interés nacional.

Estas tendencias, sin embargo, no agotaron el amplio campo de las profesiones del liberalismo, porque, al mismo tiempo, un fuerte componente ideológico también estuvo presente en las teorías libertarias que afirmaron el valor ético de reinstaurar la posición central del individuo como agente económico.

Las relaciones entre diferentes corrientes de pensamiento se volvieron borrosas. A menudo dificultaban descubrir la filosofía subyacente de una teoría económica y evaluar hasta qué punto las visiones liberalistas, socialistas y nacionalistas podían converger en la misma persona; Además, la filosofía económica de un escritor podría cambiar y su teoría económica podría verse afectada como resultado. 3

¿Cómo podemos resumir la actitud de una mente liberal a principios del siglo XX, tal como la moldearon las doctrinas económicas clásicas y luego neoclásicas del siglo XIX? ¿Hubo una sabiduría común, o al menos una opinión predominante, del hombre liberal en el cambio de siglo, tal como se plasmó en las convenciones sociales, o incluso religiosas, y en las teorías económicas centradas en el concepto de la utilidad individual del hombre? Keynes ofrece un buen currículum vitae de este consenso, al observar, en 1926: “Trazo la unidad peculiar de la filosofía política cotidiana del siglo XIX hasta el éxito con el que armonizó escuelas diversificadas y en guerra y unió todas las cosas buenas en una sola mano. Hume y Paley, Burke y Rousseau, Goodwin y Malthus, Cobbet y Huskisson, Bentham y Coleridge, Darwin y el obispo de Oxford, fueron todos, se descubrió, alcanzando prácticamente lo mismo: el individualismo y el *laissez-faire* ... la compañía del los economistas estaban allí para demostrar que la menor desviación hacia la impiedad [es decir, un desapego de esa sabiduría consolidada] implicaba la ruina financiera. Estas razones y esta atmósfera son las explicaciones ... por qué sentimos un sesgo tan fuerte a favor del *laissez-faire* y por qué la acción del Estado para regular el valor del dinero, o el curso de la

inversión,⁴

¿Podemos ver esa sabiduría común, tal como la expone Keynes, como una visión realmente liberal? ¿O debería el liberalismo tener un espacio conceptual más amplio (ético, político) y no necesariamente identificarse con el liberalismo económico impulsado por la utilidad que surgió de ese enfoque? Como veremos, Keynes afirmaría explícitamente que la economía es una ciencia moral. ⁵ Encontró “repugnante” la “mezcla de lenguaje hegeliano y biológico”, ⁶ rechazando así tanto cualquier visión estatista como la actitud positivista de los economistas neoclásicos. La pregunta surgió del descontento de varios pensadores, y varios factores contribuyeron a reexaminar la relación entre el liberalismo y esa visión individualista, como sigue.

Factores políticos, económicos y sociales

Hasta que Gran Bretaña mantuvo su posición hegemónica, prevaleció una visión global o “cosmopolita”, parte esencial del análisis clásico y neoclásico. Durante mucho tiempo, el crecimiento del nacionalismo, con el establecimiento y consolidación de estados a menudo poderosos, y el atractivo internacional del socialismo, no fueron suficientes para desafiar esa posición intelectual y política preeminente. La libertad de empresa y la libertad de intercambio en mercados competitivos, y un conjunto de instituciones funcionales a ese sistema económico, fueron el corolario de esta visión.

Pero estaba surgiendo un peso cada vez mayor de Alemania, desafiando la supremacía británica. Alemania se posicionó, al mismo tiempo, como el principal antagonista político de Gran Bretaña y la expresión de filosofías económicas, y políticas económicas, bastante lejos de esa perspectiva liberal imperante en Gran Bretaña. En las últimas décadas del siglo XIX, los intelectuales británicos advirtieron a su propio país que la educación nacional y la disciplina nacional “en el corazón teutónico de Europa” estaban creando un nuevo poder que desafiaba celosamente la “riqueza mal distribuida” de Gran Bretaña. ⁷ Como se mencionó en el capítulo anterior, según las estimaciones de hoy, en los primeros años del nuevo siglo el PIB per cápita alemán superó al británico. Este tipo de estadísticas no estaba disponible para los contemporáneos, pero pudieron ver el éxito de los enfoques intelectuales y políticos alemanes, su peso creciente en la economía internacional y la confianza de Alemania en una visión centrada en el Estado sobre la perspectiva cosmopolita y enfocada individualmente. La Entente Cordiale entre Gran Bretaña y Francia (1904) puede verse desde esta perspectiva.

Al mismo tiempo, una estructura productiva cambiante de los países industriales, bastante alejada de la existente en la Gran Bretaña de Adam Smith, dificultaba la puesta en práctica de un mercado realmente libre, la condición previa asumida por la economía neoclásica para una competencia sin trabas. . De hecho, esta estructura en evolución estaba formada por grandes complejos

industriales y planteaba nuevos problemas que afectaban la concentración del poder económico y la alteración del sistema de precios. De ahí la necesidad de poner barreras a los cárteles y monopolios industriales. La competencia no se puede dar por sentada. Como hemos visto anteriormente (Capítulo 1 Marshall en particular), el tema de la competencia surge en la literatura de los economistas neoclásicos, pero aún con una actitud cautelosa, en la incertidumbre de que la libertad del empresario pueda verse afectada negativamente.

“El sistema en el que [el pueblo estadounidense] tenía confianza —escribe Herbert Stein con referencia al capitalismo de su país en la década de 1920— no era el sistema de libre mercado de competencia atomista, de la Mano Invisible. Era el sistema empresarial, que es otra cosa. Era un sistema, en el que los beneficios fluían del carácter y la sabiduría de empresarios identificables”. 8

En estos nuevos modos de producción los trabajadores tomarían cada vez más conciencia de sus condiciones, no solo en lo que respecta a su remuneración, sino también a sus necesidades de salud y jubilación, y tratarían de alcanzar la igualdad social. Bajo el mismo techo de enormes fábricas, los trabajadores vivían muy cerca y así podían organizarse en sindicatos. Los sindicatos de trabajadores aumentaron sus voces contra “la capital”. Se reclamaría una distribución más equitativa del producto industrial. La visión socialista iba ganando terreno, tanto en la versión marxista como en otras corrientes de pensamiento no tan extremas. Este fue, por ejemplo, el caso de Gran Bretaña, donde poco antes de la Primera Guerra Mundial, grupos de socialistas numéricamente significativos se reunieron bajo la bandera de la sociedad fabiana. 9

La guerra

La Gran Guerra da otro golpe fuerte a la visión económica liberal: vemos intervenciones del Estado en la vida económica para financiar el esfuerzo bélico y organizar a toda la sociedad junto con esquemas funcionales a los propósitos bélicos; se introducen obstáculos al comercio internacional; en todas partes, se registra una expansión anormal de la oferta monetaria y la inflación y, como consecuencia, el patrón oro, el sistema monetario como emblema de la sociedad liberal, se suspende en todos los países involucrados en la guerra, con la excepción de Estados Unidos. . Pero, no por casualidad, “suspensión” fue la palabra, porque todos los gobiernos tenían en mente, una vez cerrado el paréntesis de la guerra, restaurar las condiciones económicas y monetarias que antes imperaban, la libertad de cambio, la globalización perdida.

Sin embargo, son vanos los intentos de los ganadores y los perdedores de volver a las condiciones económicas y sociales de antes de la guerra. No nos detendremos en la evolución política de estos años de posguerra. Basta recordar algunos desarrollos relevantes. No solo el Imperio Ruso había desaparecido totalmente del concierto de las grandes potencias, sino que el Estado soviético se proponía como una alternativa radical al Estado liberal y como un sistema de gobierno

que buscaba una plena puesta en práctica de esa filosofía socialista que hemos descrito. en el capítulo anterior, poniendo patas arriba los arreglos sociales preexistentes, erigiéndose como una antítesis del orden capitalista liberal y finalmente estableciendo un orden proletario sobre una base mundana.

En otros lugares, se estaban produciendo cambios importantes: la difícil reconversión industrial de la guerra a la paz, la inflación duradera, el malestar social, en parte relacionado con el descontento y la ilusión de los veteranos, y también alimentado por la propaganda socialista y por la observación de lo que estaba sucediendo en Rusia. , las reparaciones de guerra golpean a la derrotada Alemania, el peso de la deuda entre los Aliados sobre las finanzas públicas. Todos estos factores dificultaron enormemente cualquier esfuerzo por volver a las estructuras sociales y los acuerdos económicos y monetarios de antes de la guerra. De hecho, hubo un retorno a las instituciones de antes de la guerra, incluida una reconstrucción del patrón oro, pero esto sucedió sobre la base de tipos de cambio que no reflejaban las condiciones económicas y financieras de los respectivos países, y sin embargo en un contexto de difíciles condiciones sociales que dificultaron cualquier “juego según las reglas”, en primer lugar, la deflación de precios y salarios necesaria para que los países sean competitivos internacionalmente. Durante la década de 1920, el globalismo de antes de la guerra se apoyó en cimientos frágiles.

Los movimientos internacionales de mercancías y capitales, alentados por la precaria restauración de tipos de cambio fijos, favorecieron a las economías que habían salido de la guerra en mejor forma (Estados Unidos), o habían sido lo suficientemente astutas para volver al patrón oro con un intercambio competitivo. tarifas (Francia). A las economías más desfavorecidas por el retorno de sus monedas a la paridad del oro a tasas poco realistas, a veces alentadas por razones de prestigio político (ver la “cuota 90” de Mussolini 10), apegarse a esa paridad significaba un ejercicio inútil y costoso, no solo en términos de producción, sino también en términos de deflación interna y malestar social. Lo que pasó bajo el nombre de “guerra de dinero” representó una perturbación mucho más profunda, fue evidencia de la desintegración del orden internacional, atestiguada por el fracaso sustancial de la Sociedad de Naciones. El antiglobalismo, en formas fuertemente nacionalistas y corporativas, y el socialismo, tomaron la delantera.

Todos estos factores crearon un entorno propicio para el éxito de diferentes teorías económicas, apoyadas ambas en la figura abrumadora del Estado: el Estado ético en la raíz del nacionalismo, y el materialismo histórico del socialismo marxista conducente al Estado proletario.

La gran Depresión

El colapso financiero y la consiguiente Gran Depresión fueron una razón más para repensar esquemas anteriores de pensamiento económico. Los economistas

neoclásicos, centrados en las teorías walrasianas del equilibrio general, no tenían la clave para poner estos eventos en sus esquemas lógicos, y sus explicaciones, principalmente monetarias, de la crisis sufrieron irrelevancia. El economista estadounidense Irving Fisher escribió en *The New York Times*, poco antes del colapso, que el mercado de valores había alcanzado lo que parecía una “meseta permanentemente alta”; y después del accidente, agregó que el deslizamiento fue solo temporal. El desconcierto intelectual y político que acompañó al colapso, el colapso de la producción y el sufrimiento social en varias de las principales economías, se han descrito extensamente en otros lugares y aquí no hay necesidad de dedicar más palabras a eso.

La sensación de crisis que había traído el nuevo siglo, la agitación económica y social relacionada con la Primera Guerra Mundial, ya había hecho que el siglo anterior pareciera una larga fase de tranquilidad, estabilidad económica y social, para entonces definitivamente perdida. En este entorno, la Gran Depresión se notó aún más con una sensación de sorpresa no deseada porque, de hecho, había seguido a casi una década de crecimiento económico y euforia financiera. Fortaleció la búsqueda de nuevas formas de abordar estos nuevos desafíos. El pensamiento liberal necesitaba una reevaluación.

La Depresión reforzó el atractivo de las ideologías muy lejos de la idea liberal. Por un lado, los países nacionalistas encontraron en estos desarrollos una confirmación de la necesidad de un papel importante del Estado en la economía, facilitado políticamente por el mismo autoritarismo de sus gobernantes. Por otro lado, la Unión Soviética y los economistas marxistas de todo el mundo podían contemplar con complacencia un crecimiento aparentemente ininterrumpido de su economía hasta la Segunda Guerra Mundial, ciegos ante los horrores de su régimen (véase el capítulo 3).

Basil Blackett, director del Banco de Inglaterra y, con título completo, miembro del establecimiento británico, expresa bien la conciencia de estas nuevas condiciones, quien observó, en 1931: “La difusión de la técnica de la organización sindical y paralelamente al aumento de la conciencia humanitaria y social sobre los problemas de vivienda, salud, saneamiento y condiciones de trabajo en general, han hecho imposibles o inadmisibles muchos de esos brutales ajustes económicos que nuestros abuelos pudieron considerar como consecuencia de la intervención. de una providencia sabia, que utilizó el interés propio ilustrado y la competitividad humana no regulada como su medio misterioso para realizar maravillas en la causa del progreso moral y material”. 11

Desarrollos filosóficos: historicismo ideal

En las primeras décadas del siglo surgieron diferentes visiones del liberalismo, hasta entonces centradas en los factores económicos: después de la Ilustración, el historicismo, el marxismo y el positivismo, nuevas líneas del pensamiento liberal miraron la relación entre Economía y Moralidad, como el “historicismo

ideal”. “Del filósofo italiano Benedetto Croce y sus seguidores, como Robin G. Collingwood en Gran Bretaña.

En cuanto a Economía y moralidad, el problema de la relación entre la Filosofía de la economía y la Ciencia de la economía fue planteado en términos radicales, desplazando a Croce en varias obras, siendo la principal publicada en 1908. 12 Su enfoque de este tema debe ser puesto en el marco de su propio sistema filosófico, que clasifica tanto la economía como la moral dentro de un mismo campo de la “Filosofía de lo práctico”. 13

Para explicar su sistema y cómo está conectado a la economía, Croce se remonta al origen de la economía política en términos bastante similares a los de Schumpeter (ver arriba, Capítulo 1): es en el siglo XVIII cuando los filósofos escoceses, como Hutcheson y Hume, querían “poner la boca” (*mettere bocca*) sobre economía y, a su vez, los economistas no querían descuidar las cuestiones relacionadas con la ética. Adam Smith, a la vez filósofo y economista, es la expresión de esta tendencia. Sin embargo, con el tiempo, los economistas introdujeron el concepto de utilidad como una cuestión de “especulación” individual, desprovista de contenido ético. El núcleo del desacuerdo, que hemos mencionado anteriormente, estaba en el concepto de “valor”: un concepto objetivo, inspirado en instancias morales, con el primero; y una subjetiva, inspirada en consideraciones puramente económicas, hasta el extremo hedonistas, siendo esta última: una diferencia entre “valor como es y valor como, en cierto modo, debe ser”. 14

Con una notable similitud de acentos entre él y los marxistas del siglo XX (cuyas ideas sobre economía política se abordarán en el capítulo 3), Croce: (a) ataca la banalización del concepto de utilidad de los economistas neoclásicos, (b) reduce la ciencia económica a sus esquemas abstractos, y (c) cree que esta ciencia económica específica —abstracta e individualmente utilitaria— no tiene nada que ver con ninguna idea filosófica de utilidad.

Para ser claro en este punto, debe enfatizarse que Croce identifica la economía con las teorías neoclásicas y descuida totalmente otras direcciones alternativas que fueron tomadas por la disciplina económica, la economía keynesiana, por ejemplo. De hecho, no he encontrado ninguna evidencia de la reacción de Croce al pensamiento keynesiano, en particular a la firme visión de Keynes de que la economía es “una ciencia moral”. Es una cuestión de especulación que la reacción de Croce hubiera sido muy comprensiva. 15 Esto explica por qué muchos economistas, incluso respetuosos de Croce como filósofo e historiador, se han quejado con pesar de que Croce no entendía economía.

Sólo confinando la economía en los límites de una ciencia utilitaria individual es posible aceptar la idea de Croce de que las acciones económicas y morales deben mantenerse distintas: la primera tiene que ver con la búsqueda egoísta de la utilidad, como lo explican los economistas neoclásicos; y el segundo, con la búsqueda de un nivel superior de “pensamiento universal” (“utilidad”, en términos filosóficos).

Lo que significa este “pensamiento universal”, el propio Croce subraya que no tiene un contenido específico ¹⁶ ; con certeza, no se resuelve simplemente en el altruismo, la observancia religiosa u otros conceptos similares, ni se limita a un genérico “hacer el bien”, en el sentido común de la palabra. Significa, más bien, ir más allá del propósito egoísta y comportarse de conformidad con el interés general de toda la humanidad, como emergiendo de las circunstancias históricas reales del tiempo y lugar bajo las cuales el individuo tiene que actuar (este es el “ historicismo ideal ”de la filosofía de Croce).

Por muy abstracta que pueda ser esta idea, se comprende mejor si se traduce a terminología concreta —práctica, si queremos—. El enfoque de Croce, en ese momento histórico específico (es decir, en el momento de su escritura, principios del siglo XX), puede verse como “pedagogía política, un intento de educar a la clase dominante italiana para que esté a la altura de sus deberes”. , una invitación a mirar un contexto europeo más amplio y abandonar los sueños nacionalistas y coloniales entonces generalizados. Al mismo tiempo, Croce, un antimarxista intransigente, busca mantener un equilibrio entre los intereses contrastantes de las diferentes clases sociales, sin dar lugar a los impulsos social revolucionarios. ¹⁷

Este es el núcleo del liberalismo en el pensamiento de Croce: los esquemas intelectuales históricamente determinados —también en el campo de la economía— no deben confundirse con ideas de validez universal y atemporal. Aquí cesa toda simpatía por los economistas británicos de la Ilustración, de la escuela clásica. No puede aceptar el esquema ricardiano de ideas que tienen validez “en todos los lugares y en todos los tiempos” (ver arriba, Capítulo 1). ¹⁸

Por eso Croce trae un ataque a todas las teorías económicas desarrolladas en el transcurso del siglo anterior:

Sobre la escuela clásica: “los conceptos empíricos del liberismo (liberismo, como liberalismo económico ¹⁹) fueron elevados al nivel de leyes naturales. Sin embargo, no tenían un valor absoluto, sino simplemente empíricos, es decir, basados en hechos históricos y contingentes. Los economistas que formularon y apoyaron esas ‘leyes’ defendieron, en nombre de la ciencia, intereses particulares de ciertas clases sociales ²⁰ (esto se parece a Marx)”.

Respecto a la Escuela Histórica Alemana: “se soñó, especialmente por los economistas alemanes,... con una ciencia económica fundada en la ética”, pero la Escuela confunde valores económicos y éticos, y en la práctica favorece los intereses de ciertas naciones. ²¹

Y sobre los economistas neoclásicos: “la aplicación de las matemáticas a la ciencia económica se ha hecho similar a la aplicación de las matemáticas a la mecánica; y el homo oeconomicus ha aparecido totalmente similar al ‘punto material’ en la mecánica”... El límite de este enfoque está en el hecho de que la economía basada en el concepto de utilidad descuida las distinciones cualitativas, y no puede dar ninguna relevancia a los hechos morales [que se entiende en el sentido croceano como se explicó anteriormente]. Los dos órdenes de actos son,

en el esquema neoclásico de la “economía pura”, indistinguibles. La economía pura, que trabaja a través del lenguaje matemático, tiene una base sólida, si dejamos de lado el hecho de que no considera ni el más mínimo vestigio del concepto de acción humana. 22 Croce añade: “[En conjunto] la naturaleza de la disciplina económica como disciplina cuantitativa... donde no se puede superar el atomismo de postulados y definiciones, no permite su desarrollo orgánico a partir de un principio superior, que sólo pertenece a la filosofía”. 23

Entre la filosofía de la economía y la ciencia económica no puede haber desacuerdo, porque son conceptos heterogéneos. La filosofía cometería un abuso si invadiera el campo de la economía. Mezclar los dos — piensa Croce — da origen a al menos tres errores: (1) ver el cálculo económico como el único capaz de dar al hombre todas las verdades que necesita: “a los economistas más puros y matemáticos - escribe Croce irónicamente - Me gustaría decir: libérate de las penas de filosofar: calcula, no pienses”; (2) el nacionalismo y el liberalismo económico son hechos históricos, no “leyes”, y los economistas que sostienen la primera o la segunda no son científicos, sino políticos; (3) *homo oeconomicus*, constructor de diagramas y calculador de niveles de utilidad y curvas de indiferencia, se cree que es un animal realmente existente, pero el balance de la vida humana no se puede construir como una cuenta de pérdidas / ganancias, medido según su intensidad o duración. Esto genera “la creencia falaz de que las construcciones matemáticas y el cálculo económico se identifican con la psique real [del hombre] o el Espíritu”. 24

Croce, al identificar la economía con el pensamiento neoclásico entonces imperante, se ve conducido a una actitud escéptica hacia la disciplina económica en general: observa la debilidad filosófica de los principios adoptados por estos economistas como fundamento de sus teorías, y muestra una actitud de superioridad, cordialmente correspondida por los economistas con los que mantuvo largos y duros debates, en particular con Pareto 25 y Einaudi, a pesar de la actitud deferente y generosa de Einaudi hacia el filósofo (véase también el capítulo 5).

Si el acto económico se descarta simplemente como resultado del egoísmo individual, y la disciplina económica se abstiene de considerar sus implicaciones sociales más amplias y profundas, se niega la presencia de cualquier “visión” en el establecimiento de los términos del análisis económico. Esto puede explicar el papel relativamente menor que desempeñaron los acontecimientos económicos en las principales obras históricas de Croce.

Esta larga digresión sobre la relación difícil, casi dolorosa entre Croce y la disciplina económica debería ayudar a definir un enfoque de nuestro tema de las “filosofías económicas” a lo largo de algunos conceptos:

1. Cualquier teoría económica que aspire a escalar por encima del nivel de la “economía vulgar” debe basarse en postulados que en su mayoría son de carácter no económico.

2. no hay una visión única, exclusiva y correcta que sustente la teoría económica, y como consecuencia no puede haber una única teoría económica superior. Sólo una visión que responda al avance del espíritu humano en un tiempo y lugar determinados tiene derecho a ser definida como “liberal”;
3. como consecuencia, el liberalismo puede comprender diversas organizaciones sociales y económicas, cuerpos de instituciones, modos de producción, que no son necesariamente válidos “en todo momento y lugar” (para usar, nuevamente, la terminología de Ricardo, ver Capítulo 1), pero relacionados con las circunstancias históricas específicas en las que surgen y se desarrollan (listas, por así decirlo, para ser reemplazadas por otras cuando llegue el momento).
4. la conexión entre el liberalismo ético y el liberalismo económico tiene, por tanto, sólo un carácter histórico. La dificultad surge cuando el liberalismo económico reivindica para sí el valor de la ley suprema de la vida social e insiste en estar cerca del liberalismo ético, que, a su vez, se considera a sí mismo como la ley suprema de la vida social. “Dos leyes de igual rango y sobre un mismo asunto son demasiadas, una es redundante”. Dado que el liberalismo ético rechaza cualquier regulación autoritaria de la actividad económica como una mortificación de la inventiva humana, avanza en la misma línea del liberalismo económico. Es posible —escribe Croce— que el liberalismo apruebe muchos de los preceptos del liberalismo económico, que han traído tantos beneficios a la civilización moderna; pero esta aprobación se da por motivos éticos, no económicos.²⁶ sino más bien si es “liberal”; no si es cuantitativamente productivo, sino cualitativamente valioso. ²⁷

El verdadero hombre liberal, si seguimos el razonamiento de Croce, tiene en mente un valor ético superior - “universal” - que, según diversas circunstancias históricas, puede subsumir cualquier teoría económica que sea la más adecuada para afrontar la situación contingente que tiene. para afrontar y resolver. ²⁸

El enfoque intelectual de Croce está lejos del del economista, pero las cuestiones filosóficas que plantea responden a necesidades que también son relevantes para la disciplina económica. ²⁹

La afirmación de los Estados totalitarios en las décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial, llevó a Croce a nuevas reflexiones sobre el liberalismo, su fundamento ético y su relación con la disciplina económica. Dio pruebas de lo que debe ser un medio liberal en las circunstancias políticas y económicas específicas de esos años. En 1925, Croce observó: “Es con particular insistencia que escuchamos en estos días que la idea del liberalismo ya se ha extinguido, y que el mundo de hoy y de mañana pertenece a la oposición y lucha entre dos tendencias fundamentales, el socialismo y el comunismo en uno. de lado, y reacción o fascismo del otro”. ³⁰Croce no entró en el dominio de la economía, pero reconoció que la superioridad de la idea liberal radicaba precisamente en la “necesidad de mantener, en la medida de lo posible, un campo de juego libre

para las fuerzas espontáneas e inventivas de los individuos y los grupos sociales, porque sólo de estas fuerzas se puede esperar cualquier progreso mental, moral y económico”. Y agregó, para confirmar al liberalismo como una idea ética que está por encima de cualquier arreglo político, económico o institucional: “A un liberal verdaderamente consciente le suena imposible adherirse a ideales autoritarios y reaccionarios, o comunistas, porque el liberalismo los incluye a todos, dentro de sus límites aceptables”. 31

Vale la pena recalcar nuevamente que, según él, el liberalismo, como idea ética, debe identificarse con la evolución dialéctica de la historia humana misma: dialéctica, porque es capaz de incluir las diversas organizaciones de la economía, la política, el derecho. El liberalismo bien puede aceptar organizaciones de propiedad y producción diferentes y cambiantes. El liberalismo tout court y el liberalismo económico, o “liberismo”, bien pueden coexistir, pero su conexión es de carácter histórico relativo. El liberalismo económico no puede verse como una regla de vida suprema; por el contrario, se puede hablar de un “socialismo liberal”, cuando las medidas que la doctrina económica califica como “socialistas” son coherentes con la visión liberal, definida como antes.³² [“di che lacrime grondi e di che sangue”]. 33

Secciones 2 - 5 de este capítulo tratan formas de liberalismo que hacen hincapié en el contenido ético de la idea, y adoptar una postura crítica frente a dejar hacer. Las secciones 6 y 7 se centran en el aspecto explícitamente libertario del liberalismo; Sin embargo, alejándose de la doctrina positivista relacionada con las ciencias naturales de los economistas neoclásicos, estos pensadores subrayan el valor moral del individualismo económico. La sección 8 está dedicada a esa peculiar forma de liberalismo que es el ordoliberalismo —en su mayoría alemán—.

El estatismo de Rathenau frente al “liberismo” de Einaudi

Con la guerra aún en curso, un singular industrial, estadista e intelectual de Alemania, Walther Rathenau, observó que “de la catástrofe económica mundial más grande de la historia no podemos deshacernos de los arreglos financieros manchados y los viejos dispositivos de expiación como préstamos, derechos y monopolios”. 34 Por tanto, no debemos dar un paso atrás en “interferir en la libertad industrial y los derechos personales, en la colaboración del Estado y la igualdad social, incluso en los trastornos sociales y geográficos”. Rathenau criticó el sistema económico liberal y se basó en la experiencia de la economía de guerra planificada, es decir, en “el sistema de disciplina económica del Estado”. Señaló críticamente que los liberales querían abolir esa “disciplina económica” una vez que terminara la guerra para que “la libertad económica y la superlibertad pudieran ser restauradas, a veces confiando en las necesidades de la empresa privada para encontrar direcciones para nuestra vida colectiva”. 35 En

cambio, buscaba la especialización y la coordinación productiva, lo que podría eliminar las duplicaciones y el desperdicio en la producción de la misma mercancía, eliminar gradualmente la competencia desenfrenada, presagio de gastos inútiles “para atraer clientes”. 36 “No es cierto - escribió Rathenau - que una ansiedad desesperada por ser competitivos nos hace más fuertes ... [S] e que, en el año siguiente, los derrotados intentarán ansiosamente vencer al ganador, sería mejor para ellos alcanzar un acuerdo, en lugar de pelearnos sobre nuestros hombros la lucha por la supremacía en ser capaces e inventivos”. 37 También creía en el proteccionismo en el comercio de productos básicos y en las cuotas de importación. Su programa debería haber sido promulgado a través de sindicatos de profesiones y sindicatos industriales, que deben ser corporaciones reconocidas y supervisadas por el Estado con amplios poderes de intervención. 38 “¡Alguien dirá - agregó Rathenau - que estos son los viejos gremios y las viejas corporaciones de artes y oficios!” En absoluto, respondió. Los sindicatos son un “colectivo” de producción, “donde todos los miembros están unidos orgánicamente ... unidos en una unidad viva ... no una confederación sino un organismo”. 39 Y, sin embargo, “La nueva economía no será una economía de Estado, sino una economía privada sujeta al juicio de los poderes públicos, una economía privada... que necesitará la colaboración del Estado”. 40 Lo que tenemos aquí con Rathenau es una visión pro-estatal, proteccionista y corporativista, que es la antítesis del pensamiento liberal. Como se observará fácilmente, su filosofía es similar a la de List (véase el capítulo 1) y al naciente corporativismo italiano (véase el capítulo 3).

Por tanto, no es casualidad que se pueda encontrar una feroz crítica al libro de Rathenau en la reseña escrita poco después de su publicación por el economista liberal Luigi Einaudi. Refiriéndose al libro de Rathenau, rechazó la idea de que la guerra en curso era “la hoguera del viejo mundo económico”, y observó que el pensamiento de Rathenau era “poco claro, vago, indefinido”. “La guerra actual - escribe Einaudi - no es diferente de tantas otras guerras, salvo la adopción de nuevas técnicas, ... y sus consecuencias serán similares ... La cultura de Rathenau no es realmente profunda, necesita creer en una palabra regeneración ... y él piensa ser el profeta de este nuevo orden económico”. El liberalismo de Einaudi no puede aceptar la creación, bajo la dirección del Estado, de sindicatos profesionales e industriales, o cárteles. “La voluntad de operar de acuerdo con el propio deber, de actuar con sabiduría, 41

Los principales puntos de la visión económica de Einaudi se pueden resumir de la siguiente manera:

- un sistema económico basado en la libre lucha de los agentes económicos;
- el componente moral de esta lucha;
- el rol del Estado en permitir que esta lucha se desarrolle con equidad, sin injerencias pero asegurando la igualdad de oportunidades para todos los actores;

una hacienda pública diseñada para hacer del Estado un factor de producción.

Como veremos, el liberalismo de Einaudi se acerca bastante al de Hayek, en su insistencia en el valor ético de la libertad individual, y al de los ordoliberales, al enfatizar el fuerte papel del Estado.

Podemos considerar por separado los puntos de su filosofía económica.

Respecto al primer punto, Einaudi puede ser visto como perteneciente a la corriente de economistas adheridos a la revolución marginalista neoclásica y, en realidad, no aporta aportes teóricos relevantes a ese esquema lógico, pero su interés no está tanto en el nivel de equilibrio alcanzado por una economía que opera en un régimen de libre competencia, como en la forma en que se alcanza el equilibrio económico. 42 Observa que el equilibrio general walrasiano del sistema económico no puede ser el resultado del funcionamiento espontáneo de los agentes económicos, cuya interacción tiene una explicación mecánica, matemáticamente expresada, sino que se alcanza a través de una lucha interminable de esos agentes económicos, individuos y empresas.

El segundo punto significa que esta lucha tiene un sentido moral, es vista como expresión de libertad. Para dar ejemplos, con referencia a las fuerzas en conflicto de trabajadores y empresarios, Einaudi escribe: “Un industrial es liberal si cree en su propio espíritu de iniciativa... es socialista cuando pide deberes protectores por parte del Estado. Un trabajador es liberal si se une a sus compañeros de trabajo para crear un instrumento común de cooperación o defensa; es socialista si invoca al Estado un privilegio exclusivo para proteger su organización, o pide una ley o sentencia judicial que prohíba las obras a los rompehuelgas ... Liberal es aquel que cree en la mejora material o moral lograda a través del esfuerzo voluntario, el sacrificio y voluntad de trabajar en armonía con los demás; socialista es el que quiere imponer la mejora a través de la fuerza”.43 Por lo tanto, favorece los sindicatos de libre creación como instrumento de esa lucha, pero rechaza enérgicamente los subsidios o la protección que otorga el Estado a uno u otro lado de la lucha. Este aspecto ético de la libre competencia acerca el pensamiento de Einaudi a la Escuela Clásica de Adam Smith; su *Weltanschauung* puede compararse con el enfoque “científico” que mantiene la ética fuera de la economía.

Tercer punto: Einaudi es consciente del papel central, aunque cuantitativamente limitado, del Estado en la economía. Para ello, el propio Estado debe estar en sintonía con el sistema económico libre: no puede ser una entidad autoritaria. Tenemos aquí una inversión del esquema de Croce: según Croce, un Estado liberal puede ser compatible con sistemas económicos que no necesariamente deben identificarse con el liberalismo económico. Según Einaudi, la idea liberal es seguramente ética, pero una sola idea, porque no se puede hacer una distinción entre liberalismo ético y económico, son exactamente el mismo concepto: este es el principal punto de contraste con Croce.

El papel del Estado no es solo de no injerencia en la lucha, sino también de preservar y mejorar la competencia justa. En cuanto al mercado, la intervención del Estado consistirá en primer lugar en combatir los monopolios privados y transformar los monopolios naturales en servicios públicos. En cuanto a los agentes económicos, el Estado tiene un rol proactivo, que es otro aspecto de la visión del liberalismo como lucha: como liberal, Einaudi no puede aceptar el concepto de igualdad absoluta de los agentes (está claro que está más cerca de la visión moderada de Adam Smith, que a la visión igualitaria de la Ilustración radical francesa); pero piensa que la prioridad de un Estado es asegurar la igualdad desde el principio, es decir, en términos de oportunidades que cualquier persona debe tener. Solo este tipo de igualdad puede permitir que una lucha se libere en términos justos. Significa “bajar los picos” mediante la tributación progresiva y “subir los mínimos” mediante la legislación social, en lo que respecta al salario mínimo, la limitación de los horarios de trabajo, la prohibición del trabajo infantil, la protección extendida a los trabajadores no sindicalizados, el seguro contra accidentes de trabajo, la discapacidad y pensiones de jubilación. Esta legislación social, lejos de estar en contradicción con el Estado liberal, es la condición previa para estar más cerca de esa hipótesis abstracta de la libre competencia que es el eje principal del pensamiento económico liberal.⁴⁴

El enfoque de Einaudi parece aquí cercano al pensamiento ordoliberal, madurando exactamente en ese período en Alemania. Los ordoliberales pensaban que, para alcanzar ese esquema abstracto de libre competencia, la competencia de mercado efectiva, lejos de identificarse con el *laissez-faire*, requiere un conjunto de reglas destinadas a colocar a individuos y empresas al mismo nivel en términos de oportunidades para competir.

El cuarto punto es el énfasis que pone Einaudi en el papel del Estado como entidad económica propiamente dicha, cuya actividad se examina tanto como agente productivo, productor de bienes colectivos, como agente optimizador, orientado a la maximización de ingresos. ⁴⁵ Su suposición es que las teorías de las finanzas públicas deben utilizar las herramientas analíticas familiares en el estudio del funcionamiento del sector privado. ⁴⁶ Es uno de los principales exponentes de un grupo que creó una “Escuela Fiscalista Italiana” sobre finanzas públicas. Su investigación contribuyó al crecimiento de esta disciplina como rama de la economía, lejos de un enfoque puramente contable, las finanzas públicas tomaron desde diferentes caminos. Por un lado, los economistas keynesianos miraron el problema desde una perspectiva diferente, y con diferentes resultados, basándose en una fuerte intervención proactiva del Estado en la configuración de la economía (las finanzas públicas “funcionales”, bastante alejadas de las de Einaudi “liberista” vista (véase cap. 5 en este capítulo). por otro lado, también la teoría libertaria de Buchanan de la ‘elección pública’, basado en un papel muy limitado del Estado, se ha visto como estrechamente conectada a la escuela italiana (véase Capítulo 4).

Las dudas de Pigou

La adopción de un concepto ético del liberalismo es, en efecto, necesaria para poner bajo sus alas extendidas las teorías de los economistas que otorgan al Estado un papel central adicional en la configuración del sistema económico. Este rol puede tener diferentes acentos y dimensiones: puede estar relacionado con una alineación de los costos privados y sociales en la producción de bienes y servicios a través de la tributación (como en Pigou), con la gestión macroeconómica (Keynes), con una amplia provisión de servicios a través de gasto público (Beveridge). Esencialmente, el Estado pone remedio a las fallas del mercado, sin su necesaria implicación en la propiedad de los medios de producción, esencia del socialismo. Es preferible la experiencia de la planificación centralizada en lo que sigue siendo una sociedad capitalista, como en la Gran Bretaña de los años treinta, al socialismo real de la Rusia soviética (Pigou); la gestión de la demanda no implica nacionalizaciones (Keynes); la necesidad del socialismo —como propiedad estatal del capital— aún no se ha demostrado (Beveridge). Estos tres pensadores son ejemplos notables de la metamorfosis de una idea que sigue siendo, esencialmente, una idea liberal.

Puede haber cierta renuencia a incluir a Arthur C. Pigou en la lista de pensadores liberales del siglo XX. Por un lado, es ajeno a cualquier especulación de la filosofía social y subraya que su investigación es esencialmente práctica: su impulso no es un impulso filosófico, “el conocimiento por el conocimiento ... ¿Sobre qué base filosófica generalizaciones de este tipo [el leyes de la ciencia económica] resto, aquí no nos preocupamos de indagar”. La razón de la investigación del economista es “el estudio del comportamiento social de los hombres [que conduce a] resultados prácticos de mejora social”, bajo ciertas circunstancias económicas. Uno está casi tentado a dejar de lado a Pigou cuando se trata de “filosofías económicas”. Además, “expone el argumento de su Economía del bienestar en términos de excepciones a la regla de que el *laissez-faire* asegura la máxima satisfacción; no cuestionó la regla”. 47

Por otro lado, sin embargo, está completamente inmerso en esa corriente de pensamiento que no está satisfecho con apoyarse en los esquemas neoclásicos ortodoxos que prevalecen en su entorno de investigación. Su realismo práctico le hace desconfiar de cualquier esquema matemático abstracto, puro y “científico”.

Desde esta perspectiva, Pigou “ayudó [ed] a los economistas a convertir molestas controversias políticas en problemas técnicos”. Él —y Keynes— “establecieron a los economistas como un conjunto de herramientas para ser utilizado por los responsables de la formulación de políticas y fueron pioneros en el papel de los asesores económicos del gobierno”. 48

En Cambridge, donde ocupa la cátedra de economía política que perteneció a Alfred Marshall —en una aparente continuidad de hombres y doctrinas— su enfoque realista lo lleva a mirar un “bienestar económico” con ojos diferentes al utilitarismo de esos esquemas. Como Keynes, Pigou se distancia de la economía

del *laissez-faire*. En *The Economics of Welfare* of 1920 —su obra magna— muestra cierto escepticismo en la suposición optimista según la cual “si solo el gobierno se abstiene de intervenir, automáticamente hará que la tierra, el capital y el trabajo de cualquier país se distribuyan de tal manera que produzcan una producción mayor y, por lo tanto, más bienestar económico que el que podría lograrse con cualquier otro arreglo que no sea el que surge ‘naturalmente’” 49. Incluso si el propio Smith calificó esta libertad natural, al admitir la acción del Estado a las extensiones limitadas, no llegó a partir de darse cuenta de que, Pigou escribe 50 - “el funcionamiento del propio interés es generalmente beneficioso, no debido a una coincidencia natural entre el interés propio de todos y para el bien de todos, sino porque las instituciones humanas están dispuestas de modo que obliguen al interés propio a trabajar en direcciones en las que resulte beneficioso”. 51

Los editores de la edición 2013 de Palgrave de *The Economics of Welfare* 52 señalan que es incorrecto asumir este libro como la inspiración intelectual del Estado de Bienestar británico, tal y como se estableció después de la Segunda Guerra Mundial. 53 En este sentido, no hay duda de que Beveridge debe ser visto como su principal engendrador. Pero esa referencia a que las “instituciones humanas” actúan de manera beneficiosa es una apertura a la relevancia que debe darse al interés público, que corrige el interés propio del individuo. ¿Qué hacen (o deberían hacer) estas instituciones?

Pigou relaciona el bienestar económico con el concepto de “dividendo nacional”, por lo que se refiere al total de “servicios objetivos, algunos de los cuales se prestan en forma de mercancías, otros en forma directa”, puestos a disposición del público. Es el volumen de la producción neta corriente: la adición neta a los recursos de la comunidad disponibles para el consumo o para la retención del stock de capital, después de tener en cuenta el despilfarro del stock de capital real existente al inicio de cada período. 54

Sin embargo, la prestación de estos servicios se ve alterada por costos (o beneficios) que no se reflejan en su precio. Las curvas de oferta y demanda específicas de cualquier producto o servicio —en las que se centró la atención de los economistas neoclásicos— no pueden reflejar esos costos (o beneficios). Aquí está su desapego de su maestro, Marshall, y la contribución duradera de su enfoque “práctico”: lo que ahora se ve como la extraordinaria actualidad de Pigou es su teoría de los costos y beneficios externos causados por la actividad económica. 55 Estas “externalidades” alteran la relación costo / beneficio, visto solo desde una perspectiva privada. 56 El valor total de una mercancía o un servicio debe desglosarse en dos componentes: valor privado y valor social. 57 De esta manera, abandonamos el concepto de valor como relacionado con un bien específico y con un solo agente económico, el valor social debe estar relacionado con toda una comunidad. El valor social mide el costo / beneficio generado por la empresa fuera de sí misma [el ejemplo típico en el discurso actual es la contaminación de las fábricas o, si así lo preferimos, el cambio climático inducido por la industria. Por otro lado, los nuevos bienes digitales, como motores de

búsqueda en Internet, tienen beneficios enormes e incommensurables para los consumidores, un excedente del consumidor 58]. Si la externalidad es un costo, la producción de la empresa es mayor de lo que sería si ese costo externo fuera internalizado; ocurre lo contrario si la externalidad es un beneficio (la producción es menor que en caso contrario). Esta internalización, en ambos casos, alinearía los valores privados y sociales de la producción. Ante la presencia de externalidades, la mejor manera de mitigar las diferencias entre los valores privados y sociales es que el Estado utilice “dispositivos legales coercitivos para dirigir el interés propio hacia los canales sociales”: incentivar la reducción / aumento de las actividades interesadas, y la forma más obvia es la de impuestos / subsidios. 59 Como veremos (Capítulo 4), James Buchanan enfrentará el mismo problema desde una perspectiva individualista diferente: por ejemplo, la elección entre contaminación y crecimiento económico por un lado, y un medio ambiente más limpio por el otro, debe exigirse exclusivamente al consenso individual, no a el estado.

Si pensamos en la abrumadora importancia de los problemas relacionados con el medio ambiente en el mundo actual, la contribución de Pigou no puede subestimarse.

Es importante destacar que incluso si el bienestar económico (que es “económico” porque puede medirse con una vara de dinero) no coincide con el bienestar más general, que también se compone de componentes no económicos, es propicio, en un juicio de probabilidad —Para realzar este último. A pesar de la renuencia de Pigou a entrar en el lado filosófico / institucional, la inferencia que se puede hacer de esta conexión es que las instituciones políticas y económicas coherentes con el bienestar general también deben ser coherentes con el bienestar económico (aunque Pigou escribe que su enfoque es una ciencia positiva de lo que es y tiende a ser, pero no normativo, de lo que debería ser. 60El economista no “defiende ni se opone a ningún programa político”. Se podría agregar que el punto de vista de Pigou es una evidencia de la renuencia de algunos economistas a verse a sí mismos como “economistas normativos” en lugar de “científicos positivos”).

Por tanto, el velo de la economía es particularmente grueso en la economía de Pigou. Pero su filosofía emerge abiertamente en Socialismo versus capitalismo. 61 ¿Cuál de estos dos sistemas políticos es más propicio para la igualación de los valores sociales y privados de los productos? Comienza con su advertencia habitual: “No es asunto de un economista académico, ni está dentro de su competencia, defender o contra cualquier programa político. Pero es asunto suyo, y debe ser de su competencia, exponer de forma ordenada las consideraciones dominantes, en la medida en que sean económicas, relevantes para el argumento”. 62El lector no encontrará nada doctrinario en su libro: el materialismo dialéctico marxista o la inevitabilidad del conflicto de clases sociales. Sólo hay cuestiones prácticas: de la distribución de la riqueza y el ingreso, particularmente en presencia de “una clase que vive de la propiedad, que no sólo no necesita trabajar, sino que de hecho no hace nada ... el espectáculo de esta

clase es repulsivo para las personas del público espíritu” 63 ; y de la asignación eficiente de recursos entre diferentes sectores de producción. ¿Es necesario el socialismo para reducir las desigualdades e ineficiencias?

Puso el tema en el contexto de la política británica. Sobre la distribución, señala que si se introdujera el socialismo mediante la confiscación de los medios de producción, el Estado podría asegurar una gran parte de los ingresos que ahora fluyen en gran parte a los ricos, y retenerlos o redistribuirlos entre los pobres, y se reduciría la desigualdad. Pero si el Partido Laborista británico decidiera comprar esos medios a un valor justo, el socialismo no tendría ningún efecto; simplemente, los accionistas se convertirían en rentistas. 64 La tributación, principalmente a través del impuesto sobre la herencia y el impuesto sobre la renta altamente progresivo, sería entonces el instrumento de redistribución; sin embargo, se vería obstaculizado por el temor a dañar la acumulación de capital. Solo un socialismo confiscatorio sería el único remedio efectivo para reparar los ingresos y la riqueza.

Sobre la asignación eficiente de recursos, Pigou utiliza su concepto de externalidades: señala que, bajo el capitalismo, las externalidades de costos, por las cuales los empleadores arrojan parte de sus costos a los de afuera, les permiten producir más de lo que producirían si estos costos fueran internalizados: el costo no es una carga para el empleador. Pero, en la práctica, la evaluación de este costo y de la consiguiente tributación es difícil y una autoridad central de planificación no tendría una ventaja comparativa en este sentido.

En conclusión —dice Pigou— es preferible un concepto vago de socialismo al capitalismo; pero de nuevo de manera pragmática, si tomamos como socialismo el sistema de la Rusia actual, y como capitalismo el sistema británico, donde el capitalismo coexiste con la planificación central socialista, esta última es preferible, sin embargo -agrega- con un uso extensivo de impuestos y una nacionalización de grandes sectores de la industria británica (el Banco de Inglaterra incluyó, por así decirlo, en 1946).

El liberalismo de Keynes

El librito *Economic Philosophy*, de Joan Robinson, 65 es un excelente resumen de las premisas ideológicas del liberalismo económico en el siglo XIX, preparando así el escenario para las nuevas “reglas del juego” previstas por la “revolución keynesiana”. “La Teoría General sacó a la luz el problema de la elección y el juicio que los economistas neoclásicos habían logrado sofocar. La ideología para acabar con todas las ideologías se vino abajo. La economía se convirtió una vez más en Economía Política” 66 ...“ Keynes devolvió el problema moral a la economía al destruir la reconciliación neoclásica del egoísmo privado y el servicio público ”. 67

De hecho, está claro que, para Keynes, el aspecto ético es fundamental para

la disciplina económica, y esto es suficiente para mantenerla separada de las ciencias naturales. En una carta a Roy Harrod, señala que “En química, física y otras ciencias naturales, el objeto del experimento es completar los valores reales de las diversas cantidades y factores que aparecen en una ecuación o una fórmula; y el trabajo cuando esté hecho es de una vez por todas. En economía este no es el caso y convertir un modelo en una fórmula cuantitativa es destruir su utilidad como instrumento de pensamiento ... la pseudo-analogía con las ciencias físicas lleva directamente en contra del hábito de la mente que es más importante para un economista. propio de adquirir ... se trata de la introspección y de los valores ... de los motivos, las expectativas, la incertidumbre psicológica”.⁶⁸

Es interesante observar que las “primeras creencias” de Keynes, remontándose a sus años universitarios, ya muestran un “escape de la tradición benthamita ... fue este escape de Bentham, unido al insuperable individualismo de nuestra filosofía, lo que ha servido para proteger a todos nosotros desde la reducción final ad absurdum del benthamismo conocido como marxismo” ⁶⁹): un desapego paulatino del pensamiento económico dominante que le llevaría a preguntarse, mucho antes de su Teoría General, si él mismo podría calificarse de “liberal”.⁷⁰

En un artículo de 1933 poco citado, ⁷¹Keynes escribe: “Fui educado, como la mayoría de los ingleses, para respetar el libre comercio no solo como una doctrina económica que una persona racional e instruida no podría dudar, sino casi como parte de la ley moral ... Sin embargo, la orientación de mi mente es cambiado [y] se modifican mis antecedentes de teoría económica”. Entonces, escribe, el proteccionismo del siglo XIX no debe verse como una mancha en la eficiencia y el buen sentido (se parece a List). Muchos países (Rusia, Italia, Alemania y, en parte, Estados Unidos y Gran Bretaña) se están embarcando en una variedad de experimentos político-económicos que van más allá de la maximización de beneficios como guía para las decisiones de inversión. Se revaloriza la autosuficiencia nacional y, con ella, protección arancelaria para levantar el desempleo y los controles de capital a fin de evitar que una tasa de interés demasiado alta para atraer inversiones extranjeras vaya en detrimento de las políticas internas. Los viejos liberales pensaban que servirían no sólo a la supervivencia de los más aptos, sino también a “la gran causa de la paz, la gloriosa fertilidad de la mente libre contra las fuerzas del privilegio, el monopolio y la obsolescencia”. Keynes mira más bien con cierta simpatía los nuevos experimentos económicos, el nacionalismo económico, la autosuficiencia, aunque ve tres peligros: la estupidez del doctrinario (“Mussolini quizás está adquiriendo muelas del juicio”), la prisa, la intolerancia. Existe un peligro claro, o casi seguro, de que estas economías no puedan conectarse con la idea liberal, que es la dificultad para aceptar sus políticas sin una conversión al autoritarismo.

Con respecto a la competencia, la visión crítica de Keynes ya se había expresado en El fin del laissez-faire: competencia como “un estado de cosas en el que la distribución ideal de los recursos productivos puede lograrse a través de individuos que actúan de manera independiente mediante el método de prueba

y error en tales condiciones. una forma en que los individuos que se mueven en la dirección correcta destruirán mediante la competencia a los que se mueven en la dirección equivocada ... Es un método para llevar a los más exitosos a la cima mediante una lucha despiadada por la supervivencia, que selecciona a los más eficientes por la quiebra de los menos eficientes” 72 (Esto suena a Rathenau, o Schumpeter. 73)

Esas nuevas ideas no sólo echaron raíces en países que se estaban moviendo hacia regímenes abiertamente autoritarios, sino que también —como señaló Keynes en su artículo— tuvieron una influencia en países de tradición liberal bien establecida. Sin embargo, en lo que respecta al comercio, el proteccionismo de los Estados Unidos no es nuevo. El país había crecido muy rápido entre el final de la Guerra Civil y 1917 con la ayuda de aranceles estrictos. El atractivo del aislacionismo, después de la Primera Guerra Mundial, fue fuerte. La introducción del arancel Smoot Hawley en 1930 erigió importantes barreras a las importaciones, a pesar de un fuerte superávit comercial. Con respecto al dinero, una postura monetaria muy estricta de la Reserva Federal alentó enormes entradas de capital, sin embargo, esterilizado por el banco central con una política de “dinero administrado” que contrastaba con la “regla del juego” que el patrón oro requería para los países con grandes superávits. El abandono de su paridad oro por la libra esterlina en 1931, y luego por el dólar estadounidense en 1933, marcó el predominio de los intereses nacionalistas y el punto crítico del colapso del patrón oro. El Reino Unido adoptó la Preferencia Imperial en 1932.

Frente a los trastornos económicos masivos y al desempleo, y a los fuertes ataques a la filosofía económica liberal, las reacciones de la disciplina económica fueron dobles: por un lado, la causa principal se vio en una demanda insuficiente de bienes y servicios que el sistema económico es capaz de producir, y por lo tanto en una “falla de mercado”; en el lado opuesto, se atribuyó a las externalidades y la rigidez de los precios un impedimento para que un mercado, por lo demás eficiente, funcionara correctamente. La primera causalidad es la sustancia de la “revolución” macroeconómica keynesiana; este último se queda atrás de una serie de explicaciones que, más allá de las teorías neoclásicas, exploran nuevas vías de un estricto liberalismo económico.

Keynes no tiene nada que objetar a la teoría clásica, dentro de sus propios límites: “Considerada como la teoría de la empresa individual y de la distribución del producto de una determinada cantidad de recursos, la teoría clásica ha hecho una contribución al pensamiento económico que no puede ser impugnada”. 74 Pero Keynes quiere ir más allá de esos límites, y su Teoría general (1936) es importante, ante todo, por el salto cualitativo que da con respecto a las teorías económicas entonces imperantes, en particular a la teoría neoclásica.

Hemos mencionado anteriormente los dos enfoques neoclásicos principales (walrasiano y marshalliano) para la definición de un equilibrio económico, el primero centrado en el sistema económico general y el segundo en muchos mercados individuales. Ambos muestran que la producción total resulta de la interacción de agentes individuales, movidos por sus utilidades y costos marginales. Keynes

pasa de un análisis centrado individualmente al comportamiento agregado de grupos de agentes económicos (consumidores, inversores, rentistas...), cuya demanda no está relacionada con funciones de utilidad individuales. “Es la sustitución de la determinación de precios como tarea esencial de la economía, por la tarea previamente inexistente de determinar el nivel de demanda agregada”. 75 El enfoque agregado de Keynes reemplaza al enfoque sumativo para definir el nuevo objeto de la economía. Se pierde la economía “científica”, “pura” (basada en la utilidad marginal, medida matemáticamente). Se recordará que, según Ysidro Edgeworth, el economista neoclásico, “el principio utilitario de que la política debe dirigirse al mayor bien para el mayor número requiere la suma de la felicidad de individuos separados”. 76

La teoría macroeconómica es la rama de la disciplina económica que analiza todo el sistema económico, como una entidad diferente de la suma total de sus componentes individuales. La invención de la macroeconomía requiere insertar la sociedad y su estructura en el estudio de la economía: una convicción compartida tanto por Marx como por Keynes. 77

La nuestra no es una historia del pensamiento económico, nuestro interés se centra en qué filosofía social descansa el pensamiento de Keynes. Sobre este tema, Keynes no fue explícito, y esto puede explicar por qué todavía se le considera, según una opinión, como un colectivista reacio, o como un socialista liberal según otros, o incluso de otras formas. 78 Es de su análisis como economista que Keynes deriva elementos de su filosofía social, y esto ocurre sólo en el capítulo final de su Teoría general. 79 Por tanto, es necesario dedicar algunas palabras a las principales características de su teoría. 80

Los principales problemas de la sociedad en la que vivimos son, según Keynes, la incapacidad de asegurar el pleno empleo y la desigualdad en la distribución de la riqueza y el ingreso. 81 Por tanto, Keynes incide en los dos temas fundamentales de la disciplina económica en el siglo XX: la producción y distribución de una determinada producción, con un nuevo énfasis en el segundo. Con respecto al empleo, Keynes escribe que depende de los ingresos que el empresario espera recibir de la producción, que busca maximizar con respecto a sus costos. Por lo tanto, aumenta la producción y el empleo solo en la medida en que el aumento de los costos esté más que compensado por una mayor demanda de los consumidores. Los economistas clásicos piensan que la demanda del consumidor es necesariamente igual al ingreso recibido por los factores de producción empleados por el empresario, de modo que la producción y el empleo pueden expandirse *pari passu* hasta llegar a una situación de pleno empleo. Pero — observa Keynes — no se consume toda la producción (la propensión a consumir es menor que “uno”). Un crecimiento en el empleo puede ocurrir solo cuando el monto de las inversiones puede absorber el exceso de lo que se produce sobre lo que la comunidad decide consumir.

La demanda de inversiones por parte del empresario no se suma a la demanda de los consumidores de forma que se asegure automáticamente el pleno empleo. La demanda de inversión depende: (1) del rendimiento esperado de la inver-

sión; (2) Sobre su costo, es decir, sobre la tasa de interés. Cuanto menor sea el rendimiento esperado y cuanto mayor sea la tasa de interés, menor será la demanda de inversiones. Esto bien puede estabilizarse en un nivel inferior al que es coherente con el pleno empleo. La demanda agregada, de consumo e inversión, asociada al pleno empleo es, por tanto, “un caso especial, sólo realizado cuando la propensión a consumir y el incentivo a invertir mantienen una relación particular entre sí”, ya sea por accidente o por diseño. Es deber del Estado actuar de manera que esto suceda por diseño, si ese “accidente” no ocurre.

La otra cara del problema es la desigualdad social, “la paradoja de la pobreza en medio de la abundancia”.⁸² Está relacionada con la diferente propensión a consumir entre las diferentes clases sociales: esta propensión disminuye con el aumento de los ingresos y la riqueza. Los ricos gastan relativamente menos en bienes de consumo. Particularmente en una sociedad que ya es rica, que ya tiene un gran stock de riqueza disponible, esa propensión es relativamente débil, y la debilidad de la demanda del consumidor es un incentivo para reducir la demanda de inversiones: la demanda agregada (para consumo e inversión) es, en consecuencia, bajo, y seguirá una reducción de la producción y el empleo. En resumen, el crecimiento de la inversión y del empleo no depende de una baja propensión a consumir (“lejos de depender de la abstinencia de los ricos”), es decir, de un mayor ahorro, como explican los economistas clásicos, se ve obstaculizado por eso. Hasta que se alcance el pleno empleo,

En el capítulo final de su Teoría general, Keynes pasa a sus “notas de filosofía social”. La primera inferencia de su teoría está relacionada con la desigualdad. Esto se ha abordado a través del esquema de tributación directa, que sin embargo ha encontrado severos límites a la evasión tributaria y sobre todo en la opinión — errónea, como se vio anteriormente — de que una alta tributación desalienta la acumulación de ahorros que se considera necesaria para promover las inversiones. “El crecimiento de la riqueza, lejos de depender de la abstinencia de los ricos, como se supone comúnmente, es más probable que se vea obstaculizado por ella”.⁸³

Su nota de filosofía social es: “Creo que hay una justificación social y psicológica para desigualdades significativas de ingresos y riqueza, pero no para disparidades tan grandes como las que existen hoy. Hay actividades humanas valiosas que requieren el motivo de hacer dinero y el entorno de la propiedad privada de la riqueza para su plena función ... Es mejor que un hombre ejerza una tiranía sobre su saldo bancario que sobre sus conciudadanos ... Pero no es necesario para el estímulo de estas actividades ... que el juego debería jugarse con apuestas tan altas como en la actualidad. Las apuestas mucho más bajas servirán igualmente bien, tan pronto como los jugadores se acostumbren a ellas”.⁸⁴

La segunda inferencia importante, que también tiene consecuencias sobre la distribución de la riqueza, se refiere a la tasa de interés. No es correcto pensar que una tasa alta conduce a mayores inversiones a través de mayores ahorros. Dado que el interés es un factor de costo para el empresario, se realizarán cantidades adicionales de inversión hasta que la eficiencia marginal del capital, definida

como el rendimiento esperado de capital adicional, sea igual a la tasa de interés del mercado. 85 De ello se deduce que esta tasa debe reducirse hasta el punto en que la rentabilidad esperada implique un nivel de inversión coherente con el pleno empleo. En ese momento, el rendimiento esperado será tan bajo que cubrirá poco más que el desperdicio y la obsolescencia de los instrumentos de capital, y “algún margen para cubrir el riesgo y el ejercicio de la habilidad y el juicio”. La consecuencia social de las bajas tasas de interés está relacionada con sus efectos sobre los inversores. Los ricos que disfrutaron de altos rendimientos de sus ahorros se verán privados de dicha renta, es decir, de una renta que no se obtiene con inversiones de riesgo o con su trabajo: “La eutanasia del rentista”. “Veo el aspecto rentista del capitalismo como una fase de transición que desaparecerá cuando haya hecho su trabajo”. 86

En la teoría económica de Keynes, los determinantes del sistema económico no son el ahorro y la inversión (como sugería la teoría clásica), sino la propensión a consumir, la eficiencia marginal del capital y la tasa de interés. 87 Su filosofía económica implica la intervención del gobierno en campos hasta entonces abandonados principalmente a la iniciativa privada, y una ampliación de las funciones tradicionales del Estado, en particular para aumentar la demanda agregada (por influencia de la propensión a consumir e invertir) y a bajar la tasa de interés. , para compatibilizarlos con el objetivo del pleno empleo. Por otro lado, el objetivo de Keynes es salvaguardar las ventajas del individualismo, de la eficiencia económica basada en la descentralización de decisiones y la interacción de los intereses privados, siempre que estas ventajas estén contenidas dentro de los límites antes mencionados. De hecho, cuando gracias a esos “controles centrales” la economía se acerca al pleno empleo, la teoría clásica se vuelve aplicable. Este individualismo libertario sigue siendo importante: 88 Y, en lo que respecta a las inversiones, es importante que la intervención del gobierno aborde el volumen de las inversiones, no su dirección (que es decisión de la iniciativa privada: “hay, por supuesto, errores de previsión; pero estos no serían evitados centralizando las decisiones”. 89)

Incluso recientemente, Keynes ha sido etiquetado como “planificador”. 90 Considerando su filosofía como se describe aquí, esta etiqueta es incorrecta. Una demanda agregada con pleno empleo no implica ni nacionalizaciones, ni orientaciones de producción hacia bienes y servicios específicos, ni fijación de precios fuera de esquemas de mercado. En la Teoría General Se resuelven las propias perplejidades expresadas en su artículo de 1933: la expansión del papel del Estado no llega al colectivismo ni a la planificación; y defiende las elecciones individuales en nombre de la eficiencia y rechaza el autoritarismo en nombre de la libertad. ¿Estamos lejos, quizás, de la frase de Croce, antes mencionada, de que “Para un liberal verdaderamente consciente le suena imposible adherirse a ideales autoritarios y reaccionarios, o comunistas, porque el liberalismo los incluye a todos, dentro de sus límites aceptables”?

Un aspecto del pensamiento keynesiano que merece especial atención está relacionado con las relaciones internacionales. Hoy es recordado como uno de los

promotores de la cooperación internacional, organizada bajo la bandera del Sistema de Bretton Woods. Pero es necesario mencionar una actitud nacionalista, como reacción al colapso del orden internacional del patrón oro, actitud que enfatiza la capacidad reactiva de su propio país ante la Gran Depresión e incluso lo acerca a ideas mercantilistas. Hay un aspecto, no enfatizado, en la visión de Keynes: su acento en el carácter doméstico de sus propuestas, que es complementario a su rechazo del patrón oro. No es casualidad que, en el capítulo 23 de la Teoría general titulado Notas sobre mercantilismo, recuerda, en analogía a lo que Friedrich List había escrito un siglo antes, cuatro puntos: (1) “El pensamiento mercantilista nunca supuso que hubiera una tendencia autoajutable por la cual la tasa de interés se establecería al nivel apropiado, más bien pensando que una tasa de interés indebidamente alta era el principal obstáculo para el crecimiento de la riqueza”; (2) “Los mercantilistas eran conscientes de la falacia de la baratura y del peligro de que la competencia excesiva pueda volver los términos de intercambio en contra de un país”, de ahí la protección del mercado interno; (3) “El deseo del individuo de aumentar su riqueza personal absteniéndose del consumo ha sido generalmente más fuerte que el incentivo al empresario de aumentar la riqueza nacional empleando mano de obra en la construcción de activos duraderos”, de ahí la necesidad de bajar la tasa de interés; (4) los mercantilistas eran conscientes de que el proteccionismo podría llevar a la guerra, pero —escribe Keynes— “su realismo es mucho preferible al pensamiento confuso de los defensores contemporáneos de un patrón oro fijado internacionalmente y del *laissez-faire* en los préstamos internacionales, que creen que es precisamente estas políticas que mejor promoverán la paz”.⁹¹

Keynes, en resumen, no duda en criticar las “teorías defectuosas” de la City de Londres, cuando piensan que para mantener la rígida paridad de las divisas —es decir, para mantener el equilibrio de las cuentas exteriores— la “tasa bancaria”, si es necesario, debe ajustarse al alza, hasta niveles totalmente incompatibles con el pleno empleo. ⁹² Los partidarios del patrón oro no se inmutaron. “Pero el señor Keynes ni siquiera insistiría en una estabilización de las divisas. Si tuviera que elegir entre una fluctuación en el nivel de precios y una fluctuación en las divisas, optaría por la última”. ⁹³

Sin embargo, la convivencia del liberalismo internacional y el interés nacional no había sido un problema hasta que Gran Bretaña fue el director de la orquesta internacional, pero las cosas cambiaron cuando la batuta pasó a manos estadounidenses. Sólo durante la Segunda Guerra Mundial Keynes avanzó hacia la idea de una unión de compensación multilateral que superaría las dificultades y complicaciones de un gran número de acuerdos bilaterales (con Gran Bretaña en el centro de su Imperio); tendría una institución supranacional como cámara de compensación central; se basaría en una nueva unidad monetaria internacional, el “bancor”, que la cámara de compensación emitirá a los países miembros contra el pago de cuotas en oro y monedas nacionales. Este esquema chocaría en Bretton Woods con las políticas centradas en el dólar del estadounidense Dexter White,⁹⁴ Como sabemos, no se creó una unidad monetaria internacional, el dólar ocupó el lugar como la principal moneda de reserva y el sistema de Bretton

Woods permaneció inherentemente inestable. La posición de superávit, y luego deudor, del país hegemónico, Estados Unidos, tuvo como consecuencia escasez y luego exceso de liquidez internacional y transmitió presiones deflacionarias y luego inflacionarias sobre el resto del mundo, hasta su finalización. fallecimiento en 1971.

Estas consideraciones muestran cuán débil es la frontera entre una visión basada en un liberalismo global y otra basada en el interés nacional, y cómo un liberal puede encontrar difícil conciliar las dos visiones en diversas circunstancias. En nuestro caso, la conciencia, madurada después de la Primera Guerra, de que el papel hegemónico de Gran Bretaña había llegado inexorablemente a su fin, empujó a Keynes a elaborar un sistema de cooperación internacional que pudiera contrarrestar la hegemonía estadounidense entrante.

Estado de bienestar de Beveridge

Aún más que en Keynes, es en las obras de Beveridge donde se persigue una visión más amplia del papel del Estado. Es evidente de inmediato que la atención de Beveridge va más allá de los límites de la economía y toca las características esenciales de un Estado liberal. El objetivo del pleno empleo debe ir acompañado de la condición de que se conserven todas las libertades esenciales, y solo un gobierno democrático puede mantener y defender lo que él considera libertades esenciales de los ciudadanos: libertad de escritura, estudio y enseñanza; libertad de reunión con fines políticos y de otro tipo; libertad de elección de ocupación; y libertad en la gestión de los ingresos personales. Es deber del Estado implementarlos. Por lo tanto, esta larga lista significa excluir cualquier solución totalitaria de pleno empleo en una sociedad completamente planificada y reglamentada por un “dictador inamovible”: la necesidad del socialismo aún no se ha demostrado, dice Beveridge. Pero, de manera significativa, no incluye, en estas libertades esenciales, la de la propiedad privada de los medios de producción: si la experiencia mostrara que la abolición de la propiedad privada es necesaria para el pleno empleo, esta abolición tendría que emprenderse.⁹⁵ Un Estado liberal no estaría necesariamente en conflicto con una estructura productiva de propiedad pública (podemos recordar en este punto el liberalismo ético de Croce y la coincidencia no necesaria del liberalismo económico y ético).

Para hacer efectivas esas libertades, no una simple declaración de intenciones, el Estado debe brindar no solo servicios públicos bien establecidos como defensa o policía o justicia, sino también otros servicios como educación gratuita, seguridad social, servicio nacional de salud, infraestructuras. ⁹⁶

Las finanzas públicas, según Beveridge, tienen una variedad de subfunciones: generar una distorsión de los recursos para la satisfacción de los deseos públicos (un objetivo reconocido también por los economistas clásicos, pero ampliado por Beveridge al ampliar la lista de servicios que le corresponde a la Estado a proporcionar); corregir la distribución de la renta y la riqueza; utilizar el instrumento

fiscal para la estabilización del ingreso y el crecimiento: el aspecto distributivo parece tener prioridad sobre el crecimiento (esto es el llamado “financiamiento funcional”, ver más abajo). Incluso un gasto público improductivo, que sin embargo genera empleo, es preferible a una mano de obra obligada a la ociosidad. Pertenece a Beveridge la frase, a veces atribuida a Keynes, de que “es mejor emplear personas para cavar agujeros y rellenarlos de nuevo, que no emplearlos en absoluto”.⁹⁷

Hasta ahora —observa Beveridge— dos principios fundamentales han regido el presupuesto del Estado: mantener el gasto estatal en el mínimo necesario para satisfacer necesidades ineludibles y equilibrar los ingresos y los desembolsos de cada año. Para el logro de esos objetivos más amplios de asegurar la satisfacción de los deseos públicos en un marco de pleno empleo, Beveridge piensa que el presupuesto público debe interpretarse determinando “no sólo los ingresos y gastos del gobierno, sino los ingresos y egresos estimados de la nación como entero”.⁹⁸ Beveridge es keynesiano, porque según ambos el Estado es el último responsable del nivel de los desembolsos totales (la “demanda efectiva” keynesiana) —privada y pública— consistente con una situación de pleno empleo. Beveridge reconoce que se necesitan presupuestos públicos más grandes, porque el gasto total, público y privado, para el consumo o la inversión: la renta nacional debe ser igual a la cantidad necesaria para asegurar que la mano de obra esté plenamente empleada. ⁹⁹ Dentro de este marco macroeconómico, establece tres reglas de las finanzas nacionales, en orden de prioridad: los desembolsos deben dirigirse al pleno empleo; deben estar dirigidos por prioridades sociales, como se indicó anteriormente; sujeto a la primera y segunda prioridad, es mejor proporcionar medios para los desembolsos mediante impuestos que mediante préstamos. ¹⁰⁰ Incluso admitiendo déficits públicos cuando es necesario, Beveridge se muestra reacio a alentarlos, porque el endeudamiento público significa aumentar los ingresos y la riqueza de los rentistas: personas que tienen reclamos contra la comunidad sin contribuir con su propio trabajo. ¹⁰¹ Aquí, Beveridge parece olvidar que una cantidad cada vez mayor de deuda pública estaba en manos de la clase trabajadora, que está lejos de ser definida como “rentistas”.

En resumen, las ideas de Beveridge y las “finanzas funcionales” cuyos principios desarrollaría Abba Lerner ¹⁰² tienen implicaciones más amplias que el gasto deficitario de Keynes, porque tienen un impacto profundo en la estructura y funcionamiento del sistema económico. Las políticas económicas de la posguerra se sienten probablemente más influidas por Beveridge que por Keynes. Y Beveridge, más que Keynes, podría ser visto como el principal objetivo de las críticas de los economistas radicalmente libertarios, y aún más de los ordoliberalistas alemanes (véanse las Secciones 6 , 7 y 8 de este capítulo).

Lerner representa un paso más hacia la ampliación del sector público. Afirmó, al comienzo de su *Economía del control* , ¹⁰³ ese control significa la aplicación deliberada de cualquier política que sirva mejor a la intención social, sin prejuzgar la cuestión entre la propiedad colectiva y la administración o alguna forma de empresa privada. Tres cuestiones están ante la economía de control para re-

solver: el empleo, el monopolio y la distribución de la renta. Hay dogmas tanto de la derecha (el gobierno que no interfiere con los negocios con fines de lucro) como de la izquierda, que establecerían el 100% del colectivismo y prohibirían cualquier empresa privada con fines de lucro como inmoral; pero una economía de control puede cosechar los beneficios de la economía capitalista y la economía colectivista, y la economía del bienestar resultante reconciliará el liberalismo y el socialismo. 104

El fuerte internacionalismo de Beveridge es visible en una cortés controversia entre él y Keynes que se remonta al período de la Gran Depresión, cuando ambos participaron, en 1931, en un ciclo de conferencias sobre La crisis económica mundial y la vía de escape. 105 Keynes había invocado la adopción, por parte del Reino Unido, de un arancel protector, porque -dijo- “es un previo necesario para la recuperación mundial que este país recupere su libertad de acción y su poder de iniciativa internacional”. 106 La respuesta de Beveridge acusó a Keynes de nacionalismo, basado en la pretensión británica de actuar como líder. “Bueno - dijo Beveridge - me inclino a estar de acuerdo en que nosotros [los británicos] somos [los líderes] ... Pero si la justificación para fortalecernos es que somos mejores internacionalistas, para fortalecernos, ... imitando el nacionalismo tonto de los demás, destruye esa justificación”. 107

Las metamorfosis del liberalismo en el siglo XX muestran que una de sus principales características, el “cosmopolitismo” (globalismo), puede perderse o, en cierta medida, debilitarse. Las influencias nacionalistas o socialistas surgen según diferentes circunstancias. Con Beveridge, lo que parece prevalecer es una idea del liberalismo como concepto ético ante cualquier implicación de eficiencia económica. Esta idea supone una intervención activa del Estado para alcanzar objetivos como el pleno empleo y la prestación de una serie ampliada de servicios públicos. Sin estos objetivos, la libertad sería un concepto vacío, no podría concretarse.

La escuela austriaca y el liberalismo de Hayek

“No hay nada en los principios básicos del liberalismo que lo convierta en un credo estacionario —escribe Hayek—, no hay reglas estrictas fijadas de una vez por todas. El principio fundamental de que en el ordenamiento de nuestros asuntos debemos aprovechar al máximo las fuerzas espontáneas de la sociedad y recurrir lo menos posible a la coacción, tiene una infinita variedad de aplicaciones”. 108

Esta frase es evidencia de lo que hemos subrayado al comienzo de este capítulo: las metamorfosis del liberalismo en el siglo XX. De hecho, la Primera Guerra Mundial, la crisis de Wall Street, la Gran Depresión y los desarrollos sociales y políticos relacionados, incluso las nuevas tendencias en el pensamiento filosófico que separaron los conceptos de liberalismo ético y económico, fueron razones para un gran replanteamiento del bien. -visiones económicas establecidas. Pero

no todas las reflexiones iban en la misma dirección: desde luego, no todos en la dirección descrita en los apartados anteriores (en particular, 3 - 5) de este capítulo. A diferencia de los autores que acabamos de mencionar (Keynes, Beveridge o incluso Pigou), otros pensadores liberales reaccionaron a las crisis políticas y al colapso de las principales economías con igual escepticismo hacia ambas ideas de una amplia participación del Estado en la conducción de la actividad económica (que fue criticado como un socialismo progresivo antilibertario), y las ideologías totalitarias, poniendo en pie de igualdad el nacionalismo fascista y el socialismo marxista. El mejor epítome de esta visión está representado por lo que generalmente se identifica como la Escuela Austriaca y la Escuela Americana de Chicago. Los defensores de ambos estuvieron bien representados en la Sociedad Mont Pèlerin, una organización creada en 1947, para elaborar principios destinados a crear y preservar una sociedad libre. El ordoliberalismo alemán merece una mención distinta, por sus peculiaridades.

No hemos mencionado en el primer capítulo al economista político que a menudo se incluye, con Jevons y Walras, entre los tres principales representantes de la teoría de la utilidad marginal, el austriaco Carl Menger. 109 La razón es que Menger ocupa una posición peculiar, siendo al mismo tiempo un exponente importante de la escuela neoclásica y el engendrador de una corriente de pensamiento bastante diferente, la Escuela Austriaca de Economía. Como intentaremos aclarar, aparece más como un hijo rebelde del historicismo alemán que como una expresión de la nueva ciencia positiva en el campo de la economía. 110

Es el momento de mencionarlo ahora, como el iniciador de esa Escuela Austriaca, que se desarrolló en el siglo XX, teniendo a Hayek como probablemente su mayor exponente, y dio un renovado prestigio moral al liberalismo económico. En esta Escuela se incluye un grupo de economistas “liberales” que comprende, además de Hayek, autores como O. Morgenstern, F. Machlup, G. von Haberler, P. Rosenstein Rodan, L. von Mises: economistas de origen austriaco o centroeuropeo , quienes, debido a sus ideas, se trasladaron principalmente a Estados Unidos o Gran Bretaña.

Menger, con Jevons y Walras, reaccionó contra la Escuela Clásica (mayoritariamente británica) de Smith o Ricardo. 111 Como sabemos, la Escuela Clásica apoyó la visión de una teoría objetiva del valor trabajo y no dio relevancia a la teoría subjetiva de la utilidad individual. “Una de las razones por las que las doctrinas clásicas nunca se habían establecido firmemente en Alemania era que los economistas alemanes siempre habían sido conscientes de ciertas contradicciones inherentes a cualquier teoría del valor del costo o del trabajo” 112(la teoría ricardiana). Menger se centró en cambio en el individuo y su utilidad, contribuyendo así a construir su propia versión del marginalismo. El camino de Menger hacia el marginalismo fue, sin embargo, diferente al de los economistas neoclásicos, y no puede explicarse sin considerar su origen cultural: él, licenciado en Derecho en Viena y Cracovia, tuvo que liberarse en primer lugar de los esquemas de la Historia. Escuela de Economía, entonces imperante en Alema-

nia.

Es bien conocido el duro debate de Menger con el director de la Escuela Histórica, Gustav Schmoller. Schmoller criticó a Menger porque, en su opinión, Menger no hizo más que repetir la “ficción errónea y obsoleta” de los economistas del libre comercio británicos: un método deductivo basado en la asunción de proposiciones elementales sobre un hombre abstracto y medio.¹¹³ Menger reaccionó a Schmoller: el error de la Escuela Histórica fue que consideraba la economía nacional, que es un complejo de economías individuales individuales, como, en sí misma, un abstracto, “un todo”: una gran economía en la que la nación debe representar en sí mismo como sujeto productor y consumidor. En cambio, el desarrollo de un sistema económico debería verse, según Menger, como el resultado involuntario del comportamiento de varios individuos que operan en su propio interés.

Habiendo descrito a Menger como un antagonista tanto de la Escuela Clásica (en su mayoría británica) como de la Escuela Histórica Alemana, queda por ver por qué aparece como una figura peculiar también entre los economistas neoclásicos. Como ellos, confiaba en la utilidad individual como una medida subjetiva de valor: exactamente lo que estaban haciendo los economistas neoclásicos en otros lugares. Pero al mismo tiempo, Menger adoptó una posición bien caracterizada.

Se ha observado que, a diferencia de Jevons y Walras, Menger favoreció un enfoque humanista¹¹⁴ que no les pertenece. No nos detendremos en su teoría que, al igual que otros escritores neoclásicos, se centra en una idea subjetiva del valor, en el análisis marginal, en el individualismo metodológico; pero su enfoque también se centra en la elección humana intencionada, en el acto de preferencia como juicio y en la relación entre medios y fines. Jevons y Walras rechazaron la relación medios-fines, en lugar de favorecer la técnica de modelar relaciones complejas como sistemas de ecuaciones simultáneas en las que ninguna variable es causa de otra variable. Menger vio en cambio, a través de la relación causal de medios y fines, la estructura temporal de la producción: el elemento del tiempo había sido descuidado por los economistas neoclásicos,¹¹⁵)

La Escuela Austriaca de Economía se desarrolló en el siglo XX, consolidando su propia postura en el campo cada vez más diversificado del liberalismo y oponiéndose a diferentes puntos de vista liberales, como keynesianos. Esta Escuela agregó vitalidad a la idea liberal a través de un credo radicalmente libertario, donde un tipo específico de ética (de una manera similar a la visión de Einaudi, como se describió anteriormente) sigue siendo un componente básico.

Friedrich von Hayek puede considerarse el principal exponente de este tipo de liberalismo del siglo XX. En oposición a los economistas neoclásicos y a su padre natural, el positivismo, se distancia de su postura “científica” al hacer una revalorización explícita de la “ideología”, que él ve “simplemente [como] el análisis de las ideas y acciones humanas”. No es casualidad que haya escrito una nueva y hermosa Introducción a los Principios de Economía de Menger .

Hayek hace una fuerte contraposición de las ciencias sociales y naturales, justo

lo contrario de los seguidores de la filosofía positivista. Los primeros no tratan de las relaciones entre las cosas, sino de las relaciones entre el hombre y las cosas, o las relaciones entre el hombre y el hombre. Su objetivo es explicar los resultados no deseados o no deseados de las acciones de muchos hombres. Estas acciones -tal como las estudian las ciencias sociales en sentido estricto (solían ser descritas -escribe- como las ciencias morales) - son, de manera consciente o reflexiva, llevadas a cabo por el individuo cuando tiene que elegir entre varios cursos abiertos. a él. El enfoque de las ciencias naturales es objetivo, el de las ciencias sociales y morales es subjetivo y los “hechos” de las ciencias naturales se convierten —dentro de las ciencias sociales— en “opiniones, ideas, conceptos”. Como hemos visto en el capítulo 1 Hayek, en su actitud polémica hacia el positivismo, llega a asimilar a Comte a Hegel, en su postura anti-libertaria, incluso colocando a Comte por debajo del Hegel oscurantista. 116 Este dúo poco acogedor, que se basa en leyes simples para explicar la realidad, lo completa Marx, que se basa en ambos: Comte: leyes naturales; Hegel: principios metafísicos; Marx: interpretación materialista. 117

Dentro del marco de su actitud en gran parte anti-positivista, hay al menos dos elementos que diferencian la visión de Hayek de la de los economistas neoclásicos: (a) un enfoque teórico diferente del concepto de racionalidad en economía; y b) el papel del Estado en un contexto social, político y económico en evolución.

Sobre el primer punto, relativo a la racionalidad, Hayek se distanció de los marginalistas neoclásicos y negó que un orden económico racional resulte del supuesto de que poseemos toda la información relevante, podemos formular un sistema racional de preferencias y conocer los medios disponibles. para ponerlos en práctica. Si este fuera el caso, la solución óptima para la mejor utilización de los recursos disponibles (trabajo, capital, tierra) sería, de hecho, solo una deducción lógica, mejor expresada en forma matemática. Sin embargo, estas condiciones para un orden racional no existen en realidad, ya que sólo hemos “fragmentados fragmentos de conocimiento incompleto y frecuentemente contradictorio”, “el conocimiento de las circunstancias particulares de tiempo y lugar”. 118; Cómo utilizar este “conocimiento que no se le da a nadie en su totalidad”? Según Hayek, el mercado libre es el arreglo económico más eficiente, no porque cada agente económico tenga un programa completo y racional de cualquier comportamiento alternativo posible (la incertidumbre es inevitable), sino porque los conocimientos parciales dispersos están conectados por el sistema de precios. . El mercado proporciona la conexión necesaria entre los agentes económicos y los precios son una información objetiva sobre los recursos disponibles. En el mercado, se crea un pedido espontáneo.

El rechazo de una autoridad de planificación es el *sequitur* necesario : al ser las preferencias individuales poco claras e incognoscibles, la autoridad no puede utilizar ninguna información sobre ellas para gobernar la economía en una determinada dirección. Un plan central está destinado al fracaso porque ningún vehículo puede transmitir a la autoridad lo que es, per se , incierto y cambiante.

La formación del precio correcto requiere un sistema basado en la competencia.

Y esto, a su vez, requiere un papel para el Estado: este es el segundo elemento de diferencia con los economistas neoclásicos. Al papel del Estado —como garante de la competencia más que como planificador central— Hayek dedica gran parte de *The Road to Serfdom*.¹¹⁹ No rechaza la idea de planificación si se refiere al agente económico único, es decir, si significa emplear la previsión y el pensamiento sistemático en la planificación de los asuntos comunes del hombre, sino la tarea del “poseedor del poder coercitivo” (el Estado). se limita a crear condiciones que permitan al individuo planificar con éxito. El pensador liberal está a favor de hacer el mejor uso posible de las fuerzas de la competencia como medio para mejorar la planificación individual, es decir, para coordinar los esfuerzos humanos.

La competencia, subraya, no es seguir un *laissez-faire* dogmático: Hayek reconoce que la estructura de la sociedad ha cambiado drásticamente con respecto al siglo XIX. El *laissez-faire* debe verse en un contexto histórico y como una regla empírica, basada como está en una aceptación pasiva de las instituciones como son, como una “regla cruda” en la que se expresaron los principios de la política económica del siglo XIX. . Pero esos principios fueron “sólo el comienzo”, y seguir confiando en esa regla práctica ha hecho mucho daño a la causa liberal. Hay espacio para una mejora gradual del marco institucional de una sociedad libre. El problema —añade Hayek— es que este avance ha sido lento: ahora hay un campo amplio e incuestionable de actividad estatal.

“El funcionamiento de una competencia no solo requiere una adecuada organización de ciertas instituciones como los mercados de dinero y canales de información, algunos de los cuales nunca pueden ser proporcionados por empresas privadas, sino que depende, sobre todo, de la existencia de un sistema legal adecuado ... diseñado tanto para preservar la competencia como para que funcione de la manera más beneficiosa posible. De ninguna manera es suficiente que la ley reconozca el principio de propiedad privada y libertad de contratación; mucho depende de la definición precisa del derecho de propiedad aplicado a diferentes cosas”.¹²⁰ La competencia definida en esta línea implica que no se puede permitir ningún tipo de acuerdo de organización sindicalista o “corporativa” de la industria: un estado de cosas, un monopolio, correctamente opuesto tanto por liberales como por socialistas.¹²¹

El Camino de servidumbre de Hayek fue escrito durante la Segunda Guerra Mundial, bajo el impulso de los desarrollos políticos y militares, incluso si es el resultado de trabajos anteriores.¹²² Evidentemente se ve afectado por ese clima específico, por la enorme presión proveniente de los estados totalitarios; es una mezcla de reflexiones teóricas e históricas e incitaciones a volver al “camino abandonado” del liberalismo de Adam Smith, Hume, Locke, y al individualismo de Cicerón, Erasmo, Montaigne, apoyándose en las fuerzas espontáneas de la sociedad, contra cualquier forma de coerción.¹²³ Esta ideología estrictamente libertaria y de libre mercado es una guía para Hayek para reflexionar sobre los temas de “planificación y democracia” y “planificación y Estado de derecho”. Y es igualmente duro con las economías “occidentales” y totalitarias. Analicemos

estos dos temas.

Sobre planificación y democracia, la afirmación fundamental de Hayek es que “la democracia es esencialmente un medio, un dispositivo utilitario para salvaguardar la paz interna y la libertad individual”: un dispositivo instrumental, ya que no reconoce a la sociedad y el bien público como la pieza central de la democracia. El objetivo social colectivista, el bienestar general, se realiza a través de un plan único, mediante el cual cada necesidad individual recibe un cierto rango, en una escala de valores definida por el planificador, que es una especie de código ético completo. Un código ético común lo suficientemente amplio como para incluir un plan económico unitario es una inversión de la tendencia a avanzar hacia una ampliación de la esfera de la libertad individual. Este código no solo sería inconveniente desde el punto de vista de la libertad individual,¹²⁴

Hayek sigue un enfoque benthamita de la utilidad cuando escribe que la filosofía del individualismo no asume que el hombre es egoísta o egoísta, sino simplemente que tiene su propia escala de valores, que no debería estar sujeta a ningún dictado de otros. ¹²⁵Esta visión está comprensiblemente en curso de colisión con el sistema colectivista, definido como “la organización deliberada de los trabajos de la sociedad para un objetivo social definido”. Los tipos de colectivismo, ya sean fascismo o comunismo, pueden diferenciarse por la naturaleza de tal objetivo, pero cualquier colectivismo es diferente del liberalismo y el individualismo en su negativa a reconocer una esfera de autonomía donde los fines individuales son supremos. Desde 1931 [la Depresión] —lamenta— Estados Unidos y Gran Bretaña — “Occidente” — se han movido lentamente hacia el socialismo (esta es una crítica severa de los economistas liberales mencionados anteriormente), aunque sabemos que socialismo significa, en el fin, esclavitud. ¹²⁶

Hayek fija entonces un concepto fundamental de Estado liberal: el Estado de derecho, en contraposición al gobierno arbitrario. En virtud del Estado de derecho, “el gobierno se limita a fijar reglas que determinen las condiciones en las que se pueden utilizar los recursos disponibles, dejando a las personas la decisión de los fines con los que se utilizarán”. ¹²⁷ Las reglas se establecen de antemano, como reglas formales destinadas a ser meramente instrumentales en la búsqueda de los diversos fines individuales de las personas. En consecuencia, la discrecionalidad dejada al Poder Ejecutivo del gobierno que ejerce poderes coercitivos se reduce tanto como sea posible.

En el extremo opuesto está el gobierno arbitrario, por el cual el gobierno dirige el uso de los medios de producción a sus fines particulares, a través de reglas sustantivas y siempre provisionales. El gobierno atiende las necesidades reales de las personas y elige entre ellas, según las circunstancias a medida que surgen. Como ejemplo de gobierno arbitrario, Hayek toma el caso de la Alemania nazi ¹²⁸: Los nazis siempre han sido intolerantes con una justicia meramente formal, con el Estado de derecho, es decir, con una ley que no tiene una visión de lo bien que deberían estar determinadas personas. ser y querer una socialización de la ley, atacando la independencia de los jueces e invocando la *Freirechtsschule*.

129 En la Alemania nazi, el Estado Gerechte (el Estado justo), defendido por el jurista Carl Schmitt,¹³⁰ es el sustituto del Estado de derecho.

Es cierto, señala Hayek, que el Estado de derecho tolera las desigualdades económicas. Pero, en una especie de compensación entre desigualdad y pérdida de libertad individual, el péndulo de Hayek se inclina hacia el primero. En su apasionada defensa de la libertad individual y la aversión al bienestar colectivista, llega a reconocer que los valores económicos son menos importantes para nosotros que muchas cosas precisamente porque en materia económica somos libres de decidir lo que consideramos marginal ... la planificación implicaría la dirección de casi la totalidad de nuestra vida. ¹³¹ Esta notación de Hayek da la esencia del Estado liberal, que debe dar libertad a los ciudadanos para elegir, no solo [y no tanto, se podría agregar] en sus elecciones económicas, sino más importantemente en cualquier aspecto de la vida privada y pública, cuando hay que tomar una decisión.

Mientras que un punto de vista croceano podría inducir a pensar que un liberalismo ético puede coexistir con estructuras económicas no liberales (ver arriba), Hayek está fuertemente en contra de la posibilidad de que la democracia pueda sobrevivir si los asuntos económicos fueran dirigidos por una autoridad superior. En este sentido, se puede decir con seguridad que, tanto con Hayek como con Luigi Einaudi, no se puede distinguir el liberalismo ético, económico y político, son solo una idea: una posición que los pone en la corriente del pensamiento que se remonta a el liberalismo del siglo XIX, y toma la forma de un libertarismo que abre una amplia brecha entre ellos y el liberalismo de Keynes o Beveridge.

Hayek hace una observación aguda para motivar el surgimiento del totalitarismo de extrema derecha, de la actual amenaza fascista-nazi. Señala que la teoría socialista, marxista o no, está dominada por la idea de una división de la sociedad en dos clases con intereses comunes pero mutuamente opuestos: capitalistas y trabajadores industriales. Esta contraposición binaria la hacen los socialistas en el supuesto de que la clase media desaparecería. Pero, según Hayek, los socialistas han hecho caso omiso del surgimiento de una clase media nueva y muy grande (compuesta por empleados, trabajadores administrativos, comerciantes, pequeños funcionarios). Contrariamente a las expectativas de los socialistas, esta nueva clase media, la pequeña burguesía, sobrevivió y ganó fuerza, a pesar de que su posición económica se estaba deteriorando frente a los trabajadores industriales. Ambas clases, obreros industriales y pequeña burguesía, estaban asociadas por un odio compartido al sistema capitalista, y en este sentido, según Hayek, ambas eran socialistas, pero los ideales revolucionarios no tenían atractivo para esta clase media, su idea de la justicia era diferente a la del viejo socialismo. El fascismo y el nacionalsocialismo —el resultado político del odio de la clase pequeñoburguesa al capitalismo liberal— son una especie de socialismo de clase media. El conflicto entre estos movimientos políticos, por un lado, y el viejo socialismo, por el otro, debe verse como un conflicto de facciones socialistas rivales. su idea de justicia era diferente a la del viejo socialismo. El fascismo y el nacionalsocialismo —el resultado político del odio de la clase pe-

queñoburguesa al capitalismo liberal— son una especie de socialismo de clase media. El conflicto entre estos movimientos políticos, por un lado, y el viejo socialismo, por el otro, debe verse como un conflicto de facciones socialistas rivales. su idea de justicia era diferente a la del viejo socialismo. El fascismo y el nacionalsocialismo —el resultado político del odio de la clase pequeñoburguesa al capitalismo liberal— son una especie de socialismo de clase media. El conflicto entre estos movimientos políticos, por un lado, y el viejo socialismo, por el otro, debe verse como un conflicto de facciones socialistas rivales.¹³²

Esta visión de Hayek, por singular que parezca, puede compararse con los comentarios de Marx sobre la pequeña burguesía: ambos escritores comprenden plenamente la relevancia social y económica de esta clase. Marx lo vio como reaccionario, adverso al socialismo y estaba convencido de que finalmente desaparecería (ver Capítulo 1); Hayek, por el contrario, ve a esta clase como fortaleciéndose y ganando poder, y como una nueva facción rival del socialismo mismo. Sin duda, Hayek tenía razón al subrayar la importancia no transitoria de la pequeña burguesía y su ideología totalitaria no liberal, pero su asimilación de esta ideología al socialismo puede ser discutible, si por socialismo pretendemos un derrocamiento revolucionario de la clase capitalista.

La escuela de Chicago

La “vieja” escuela de Chicago ha sido opacada durante mucho tiempo por la “nueva escuela”, la defendida por Milton Friedman y George Stigler, quienes vieron la vieja escuela como “intervencionista”, siendo su teoría caracterizada por un conjunto firme de reglas, con que el mercado y sus participantes deben cumplir. Según el Antiguo, la función apropiada del Estado no es prestar servicios ni realizar algunas actividades económicas, sino dar un marco de reglas dentro del cual las actividades económicas de los agentes económicos públicos y privados puedan desarrollarse libremente. Uno de sus principales exponentes, Henry Simons, afirma explícitamente que el suyo es “un esquema coherente de ética práctica, una filosofía político-económica o, si se quiere, una posición ideológica bien definida... libertaria o, en el inglés-continental sentido, liberal”.¹³³ Simons también presta atención al aspecto distributivo del sistema económico, que sin embargo se resuelve en lo que él llama —al igual que Walras— justicia conmutativa ¹³⁴ : “cada uno recibirá según contribuya (o contribuya) a la producción organizada, cooperativa y conjunta , o en lenguaje técnico económico según la productividad de su propiedad, capital o capacidad (incluida la capacidad personal)”. ¹³⁵

Simons da por sentada su oposición al comunismo y al fascismo, pero los verdaderos enemigos de sus ideas son “nuestros reformadores liberales e intelectuales políticamente ambiciosos ... los defensores ingenuos de la economía dirigida o la planificación nacional” (no es difícil identificar a estos reformadores como el Nuevo Distribuidores). ¹³⁶ “Es una responsabilidad obvia del Estado

... mantener el tipo de marco legal e institucional dentro del cual la competencia puede funcionar efectivamente como una agencia de control ... el llamado fracaso del capitalismo (del sistema de libre empresa, de competencia) puede razonablemente ser interpretado principalmente como un fracaso del Estado político en el cumplimiento de sus responsabilidades mínimas bajo el capitalismo”. 137 La responsabilidad de las fluctuaciones económicas pertenece al Estado que desestabiliza el sistema económico al expandir y contraer la cantidad de dinero en circulación (el lado monetario de la teoría de Simons se considerará más adelante).

Con los “defensores ingenuos de la economía gestionada o la planificación nacional ... debemos estar de acuerdo en un punto vital, a saber, que ahora existe una necesidad imperiosa de un programa de legislación económica sólido y positivo”. 138 Sin embargo, este programa va en contra de las políticas de los New Dealers: la legislación debe establecer que el gobierno tiene pocas funciones: mantener el orden interno, hacer la guerra, promover el libre comercio frente a cualquier forma de mercantilismo. A las conocidas libertades rooseveltianas —la libertad de expresión, de culto, de la miseria, del miedo— sólo hay que añadir una: la libertad de empresa, mediante la minimización de las responsabilidades del Estado. 139

“Los objetivos próximos de una política económica tradicionalmente liberal, en las condiciones modernas, pueden definirse en términos de los problemas: primero, del dinero; segundo, de monopolio y regulación; y, tercero, de la desigualdad”. 140

Acerca del dinero, la creciente atención de Simons, y muchos otros, es el signo obvio de la dificultad de reemplazar el antiguo patrón oro con nuevos arreglos monetarios, dadas las implicaciones sociales y políticas de un “dinero sólido”. La administración del dinero implica reglas de juego estables bien definidas por la ley, destinadas a controlar el dinero en cantidad y valor, mientras que cualquier discreción en la administración del dinero debe rechazarse. Estas reglas deberían ser una especie de mandato extraconstitucional o cuasi constitucional. También requerirían una reforma del sistema bancario, que debería separar la función monetaria (que es de carácter público) de la “movilización de fondos para fines de inversión”, es decir, del crédito (que es un negocio privado). 141

Las reglas monetarias también deben afectar la política fiscal, porque es a través de ella que se mejoran; en otras palabras, la política fiscal no debería desestabilizar el dinero. Como consecuencia, Simons tiene una visión crítica de la deuda pública. Cuando se emite como sustituto del dinero, puede surgir inflación si se daña la confianza de los inversores. El dinero no se gestiona fácilmente junto con la deuda (este tipo de constitución monetaria también lo concibe Irving Fisher, quien, como economista puro, no se detiene en la visión filosófica que es la raíz del pensamiento de Simons). 142

Con referencia al segundo objetivo, la regulación del mercado, el mayor enemigo de una democracia liberal es el monopolio, ya sea en forma de grandes

corporaciones, cárteles industriales, agencias de control de precios, o también sindicatos. De hecho, el mejor criterio de eficiencia económica es el sistema de precios. Los precios deben determinarse libremente en cualquier mercado (incluido el mercado laboral): el resultado de compras competitivas por personas libres de utilizar el poder adquisitivo como les plazca. Por lo tanto, Simons es crítico con los sindicatos, porque a través de la negociación colectiva, intentan elevar el nivel de los salarios por encima del nivel determinado por la competencia, reduciendo así las oportunidades de empleo.

La mitigación de las desigualdades, este es su tercer punto, es incompatible con la eficiencia económica. Es cierto que, como consecuencia de un sistema de precios de libre mercado (incluidos los salarios), los individuos se encuentran en circunstancias de ingresos muy diferentes, pero los “problemas de ineficiencia y desigualdad ... son, dentro de límites bastante amplios, distintos e independientes”. 143 La desigualdad es un problema aparte que debe resolverse mediante impuestos progresivos.

Como se mencionó anteriormente, Simons es muy crítico con ese tipo de liberales que ven un papel activo del Estado en la economía, a quienes llama “colectivistas”. Al revisar sus libros, ataca tanto al keynesiano Alvin Hansen como, aún más, a William Beveridge. Refiriéndose a su Pleno empleo en una sociedad libre, Simons escribe que “está escrito por un liberal nominal, radical-reaccionario en sus propuestas sustantivas, libertario en su retórica”, y se queja de que el libro “puede pronosticar o determinar en gran medida el curso de Política británica de posguerra”. Es filosofía política más que economía. Recordando las libertades fundamentales de Beveridge (ver arriba, Sección 3), Simons los compara con la política económica nazi e irónicamente los define como “Una cruzada contra la miseria, la enfermedad, la miseria y la ignorancia, lo cual es bueno si te gusta el esquema alemán de antes de la guerra como forma de vida nacional”; una planificación colectivista donde no hay nada que imponga la competencia. El trabajo de Beveridge no es más que un “esquema hiperkeynesiano de economía estrictamente reglamentada y nacionalismo económico extremo”. 144

Desde la perspectiva fiscal y monetaria, la crítica de Simons se dirige a la discrecionalidad otorgada al banco central: todo el poder —el de emisión y de endeudamiento— debe concentrarse en el Tesoro. El Tesoro, a su vez, debe asegurar la estabilidad monetaria bajo reglas definidas y coherentes, con una mínima intervención en los mercados.

Este punto de vista radical y libertario no podría ser aceptado acríticamente ni siquiera por un economista liberal como Lionel Robbins quien, no muchos años después, escribirá: “La conveniencia de las reglas en lugar de las autoridades, para usar el contraste tan vívidamente planteado por Henry Simons, es absolutamente central para la posición libertaria principal ... [pero] creo que es una deficiencia del caso libertario ... que incluso cuando repudia explícitamente la superficialidad del *laissez-faire* extremo, tiende a sugerir una concepción de gobierno que está demasiado limitada a la ejecución de leyes conocidas, con exclusión de funciones de iniciativa y discreción que no pueden quedar fuera del

cuadro sin distorsión”. Y cita “el ámbito de las finanzas”: “Seguramente sería imprudente... asumir que no puede surgir ninguna situación que no pueda ser tratada por mecanismos puramente automáticos”.¹⁴⁵

¿Qué ha agregado la “Nueva Escuela” de Chicago a la filosofía de Simons? No mucho, aparte de un mayor acento en el “liberismo”. Según su principal exponente, Milton Friedman, “el gobierno es fundamental tanto como foro para determinar las ‘reglas del juego’ como árbitro para interpretar y hacer cumplir las reglas decididas”.¹⁴⁶ Si comparamos las ideas de Simons y Friedman, podemos encontrar similitudes y diferencias. Sobre el problema de la distribución de la riqueza, Friedman está de acuerdo con Simons en el principio de que todo el mundo debería recibir una remuneración proporcional a su contribución al proceso de producción, salvo cualquier forma de igualitarismo. Sin embargo, Friedman se opone a los impuestos con tasas progresivas como instrumento de redistribución de la riqueza (“Me resulta difícil, como liberal, ver alguna justificación para la imposición gradual únicamente para redistribuir la renta”), prefiriendo un impuesto de tasa plana. Las elevadas tasas impositivas nominales parecen “un caso claro de utilizar la coacción para tomar de unos con el fin de dar a otros y así entrar en conflicto frontalmente con la libertad individual”.¹⁴⁷

En cuanto a la competencia, la función de árbitro del Estado significa que debe evitar que se confunda competencia con libertad de colusión: no se puede dejar fuera del mercado a ningún competidor que no sea vendiendo un mejor producto al mismo precio o el mismo producto a un precio más económico. (mientras que en la tradición “continental”, observa, la libertad de empresa significa que las empresas son libres de fijar precios, no de competir en el mismo mercado o de adoptar prácticas para mantener fuera a los competidores potenciales). Pero cuando el monopolio tiene que ser el resultado final como la solución técnicamente más eficiente y hay tres posibles alternativas disponibles: monopolio público, monopolio privado, regulación pública del mercado de un bien o servicio específico, Friedman, aunque reacia, prefiere el monopolio privado.¹⁴⁸ (que preferiría un mercado regulado públicamente). La motivación de Friedman es que la tecnología en rápida evolución podría permitir pasar del monopolio privado a una situación de competencia, mientras que el monopolio público, una vez establecido, sería más difícil de dismantelar.¹⁴⁹

La constitución monetaria de Simons toma con Friedman un carácter más definido. Él piensa que el patrón oro, nunca promulgado completamente en su automatismo implícito y, de hecho, sujeto a la discreción de los gobiernos, no es más adecuado para las condiciones actuales, pero aún más inadecuado es otorgar responsabilidades monetarias y amplios poderes discrecionales a un grupo de tecnócratas, reunidos en un banco central independiente: un arreglo que solo ha traído inestabilidad, medida por las fluctuaciones en el stock de dinero, los precios o la producción. Un liberal tiene miedo de tal concentración de poder. Reglas en lugar de discreción:¹⁵⁰ Estas reglas no deberían abordar un nivel óptimo de precios, lo que dejaría demasiadas maniobras discrecionales a las autoridades, sino el stock de dinero, que debería crecer en un porcentaje

estable, cuantificado por Friedman en alrededor del 3-5% anual. 151

Y aquí está la motivación subyacente de su desapego de Simons: “Muchos liberales anteriores ... escribiendo en un momento en que el gobierno era pequeño para el estándar actual, estaban dispuestos a que el gobierno emprendiera actividades que los liberales de hoy no aceptarían ahora que el gobierno se ha vuelto tan desbordado” . 152

Ordoliberalismo o liberalismo autoritario

El papel del Estado en el esquema ordoliberal es suficiente para distinguir a los ordoliberales alemanes de Hayek y los “austriacos” en general. A primera vista, todos ellos podrían verse como muy similares a los ordoliberales, y ciertamente existía un vínculo de simpatía entre ellos, ligado como estaban por su confianza compartida en la eficiencia de los mercados, en el sistema de precios como indicador de valor de los productos y factores de producción, en la libertad de entrada al mercado y en el énfasis en las opciones individuales. Pero, como veremos, hay diferencias. Estas diferencias enfatizan las peculiaridades de los ordoliberales no solo en relación con los austriacos, sino también con la nueva Escuela de Chicago, reacia a reconocer el papel central del Estado en la economía.

En definitiva, la visión de los ordoliberales se basa en el reconocimiento de la fuerza del Estado en el centro mismo del sistema económico. Su enfoque es coherente con el enfoque intelectual específicamente alemán que intentamos resumir con cierta extensión en el Capítulo 1. (Secs. 6-10), y es un reconocimiento explícito del amplio papel que definitivamente estaba asumiendo el Estado en el gobierno de las economías nacionales en el siglo XX. Es oportuno agregar que, de manera similar a la Escuela Histórica Alemana, el enfoque ordoliberal no puede ser estudiado como una especie de “modelo”, en el sentido que un economista podría atribuir a esta palabra; es más bien un esquema esencialmente prescriptivo sobre la estructura y organización del sistema económico, dentro de un marco político bien definido. Este enfoque requiere una conexión estricta entre economía y derecho: se enfatiza con especial énfasis que el marco legal de un sistema económico debe construirse cuidadosamente, siendo esencial para su correcto funcionamiento.

Se puede plantear un interrogante acerca de si el ordoliberalismo debe incluirse dentro de una definición amplia de liberalismo o si debe estar conectado a un nacionalismo autoritario. Lo que hay que señalar al comienzo de esta sección es que el ordoliberalismo no puede verse como un monolito: algunos ordoliberales centran su atención en un Estado omnipotente (“El Leviatán estaba y tenía que estar allí” 153), otros en la eficiencia de los mercados libres. Un corolario del primer rasgo es el poder abrumador del Estado para dictar leyes en el interés superior de toda la nación, como lo prevén los gobernantes, y el papel

político mínimo atribuido a los individuos, como entidades no politizadas que simplemente tienen que buscar su bien. -ser sin suplicar el apoyo del Estado.

Para entender el ordoliberalismo, acabamos de hacer una referencia al marco intelectual alemán, y aquí viene a la mente el nombre de Carl Schmitt. Schmitt fue un jurista destacado y, si bien no es nuestra intención detenernos en sus pensamientos sobre la disciplina del derecho y el papel del Estado, un hecho que no puede pasarse por alto es que fue un ideólogo y experto constitucional del Estado nazi. Compartió con los primeros ordoliberales el disgusto por la democracia liberal, poniendo más bien énfasis en una visión peculiar y aparentemente contradictoria de un Estado liberal-autoritario, que protege al mercado de las solicitudes de redistribución de la riqueza.

Algunas palabras sobre Schmitt son necesarias, porque su forma de razonar está muy cerca de los primeros pensadores ordoliberales. ¹⁵⁴Distingue el “Estado total”, encarnado por la República de Weimar, y el Estado “autoritario”. Aquí, “total” significa una democracia pluralista, donde la representación parlamentaria refleja una homogeneidad de gobernantes y gobernados, y ya no se centra en los intereses burgueses; mientras que el gobierno es responsable de las emociones y pasiones masivas. La República de Weimar es vista críticamente como el emblema de la crisis de una sociedad de masas desenfrenada en rebelión, que de hecho había “suplantado al Estado liberal”. Demasiado Estado democrático había significado una sobrecarga política y económica excesiva, y de esta manera una contradicción efectiva de los principios liberales. Una línea de separación entre Estado y sociedad resultaría útil para ambos: por un lado, significaría una capacidad efectiva del Estado para gobernar, y por otro, un libre ejercicio de la fuerza de trabajo por parte de todas las personas económicamente activas, donde todos serían tratados por igual en virtud del Estado de derecho. La tarea del Estado es liberar la economía despolitizando las relaciones socioeconómicas. El Estado no debe ser el objetivo de los trabajadores que buscan el bienestar; Los proletarios rebeldes deben transformarse en ejercitantes independientes y dispuestos de su propia fuerza de trabajo: este es “el heroísmo de la pobreza, el sacrificio y la disciplina”. En resumen, una economía libre no es un orden natural, sino el resultado de una práctica gubernamental. El Estado es la categoría predominante de economía política. Los proletarios rebeldes deben transformarse en ejercitantes independientes y dispuestos de su propia fuerza de trabajo: este es “el heroísmo de la pobreza, el sacrificio y la disciplina”. En resumen, una economía libre no es un orden natural, sino el resultado de una práctica gubernamental. El Estado es la categoría predominante de economía política.

Por tanto, era necesario, según Schmitt, restaurar el Estado como una institución independiente de toma de decisiones autorizada (independiente de la

sociedad de masas). En épocas anormales, como las vividas bajo Weimar, no sería posible una democracia real.

En un discurso de noviembre de 1932, en las etapas finales de la República de Weimar, titulado Estado fuerte y economía sana, Schmitt sostiene que en el siglo XX todos los estados tienden a volverse “totales”, pero Weimar era un “estado total cuantitativo”, incapaz de resistir presiones provenientes de partidos y partidos contrarios; el Estado total que se necesita es de tipo “cualitativo”, con control sobre el ejército y la burocracia, mientras que otras áreas se dejan a la autogestión y a la economía libre: un nuevo orden, potencialmente corporativista y autoritario, para preservar la propiedad, pero al mismo tiempo, y de manera un tanto contradictoria, un orden que defendería los derechos liberales tradicionales del hombre frente al Estado, así como defendería al Estado frente a la amenaza de la democracia liberal: una democracia despolitizada, con un marginado parlamento.¹⁵⁵

Al comienzo mismo del Tercer Reich, escribe que la nueva Ley de Habilitación de 1933, que marca el comienzo del Reich de Hitler, aunque se presenta formalmente como un cambio a la anterior constitución de Weimar, débil y “neutral”, representa un cambio radical: la ley ha sido decidido por el parlamento sólo en obediencia a la voluntad del pueblo expresada en las elecciones políticas que se acaban de celebrar; en realidad es un referéndum popular, un plebiscito, que reconoce a Hitler como líder político del pueblo alemán. Se abolieron la libertad de propaganda, opinión, conciencia y actividad, y la neutralidad ideológica de la constitución de Weimar. Esa constitución “de ninguna manera fue capaz de reconocer ni siquiera a un enemigo mortal del pueblo alemán para abolir al Partido Comunista, enemigo del Estado y del pueblo”. 4 de este ensayo.

En cuanto al Estado, Schmitt afirma una unidad fundamental del cuerpo político, que es el resultado de tres estructuras: el Estado mismo, el Movimiento y el Pueblo. No están en posiciones paralelas: el Movimiento es la estructura dinámica y está encarnado en el partido, el partido único de los trabajadores nacionalsocialistas alemanes; sostiene a los otros dos, los penetra y los conduce. El Estado es el miembro estático de esta estructura triádica: la organización del mando, la administración y la justicia. El Pueblo es la vida social y económica de la nación, que crece al amparo y a la sombra de las decisiones políticas.

Todo el mundo liberal ha caído. Como en la Italia fascista, las calles sin salida de la democracia liberal están abandonadas. La constitución democrática liberal típica —observa Schmitt— se basaba en la oposición de dos entidades, ya fueran Estado / sociedad; o Estado / individuo; o poder del Estado / libertad individual; o política / dominio privado. Esta separación tiene por objeto separar el poder del Estado de la sociedad, de modo que esta última pueda controlar al primero, como defensa de la sociedad contra el poder del Estado. La estructura triádica alemana supera esta división. En Alemania, hasta mediados del siglo XIX, el Estado no reconoció esa división y tuvo un papel abrumador, hegeliano. Pero incluso después de eso, con el advenimiento del liberalismo y

el positivismo, el Estado siguió siendo en Alemania un Estado administrativo, con su clase de funcionarios públicos que no era un instrumento, sino una fuerza independiente del propio Estado. Por tanto, la visión hegeliana se mantuvo, y escritores como Adolf Wagner y Gustav Schmoller [el principal exponente de la Escuela Histórica de Economía Alemana, véase el capítulo 1] mantuvo vivo ese gran concepto alemán: la conciencia de que la clase culta e incorruptible de los funcionarios públicos alemanes la hace superior a la sociedad burguesa.

Hay similitudes entre las líneas de pensamiento de Schmitt y la doctrina económica ordoliberal: la visión de Weimar como un fracaso que resulta de la intervención del Estado en la vida económica, de una sobreexpansión social y fiscal, luego seguida de una política deflacionaria y, en general, cambios económicos parciales; actitud crítica hacia la democracia de masas y preferencia por un gobierno autoritario. Schmitt y los primeros ordoliberales también mantienen la forma muy característica de ver a la clase trabajadora como formada por individuos individuales con “fuerza de trabajo libre”, capaces de ejercer sus capacidades sin referencia a intereses comunes y solidaridad de clase, y por lo tanto de ver la sociedad como un conjunto. de relaciones socioeconómicas despolitizadas. Por otro lado, y de manera muy clara, los ordoliberales reaccionan contra el dirigismo,¹⁵⁶

Según los ordoliberales, la “destrucción creativa” de los mercados, adoptada por la economía austriaca, no es suficiente para asegurar el dinamismo necesario para la economía (por ejemplo, la existencia de grandes monopolios se debe, piensa von Mises, a la interferencia del gobierno en la libertad de los mercados; por el contrario, para los ordoliberales, corresponde al gobierno resistir los monopolios creados por los mercados sin trabas). Los ordoliberales piensan que solo la autoridad del Estado puede ejercer la fuerza necesaria para crear un sistema económico eficiente (para los austriacos, este objetivo solo puede ser alcanzado por el sector privado, a través del interés propio de sus componentes). La libertad económica descansa sobre un Estado fuerte, que garantiza un equilibrio social, definido como una situación en la que el individuo está protegido contra la hegemonía de los mercados descontrolados.

El ordoliberalismo nació en el contexto de la Gran Depresión, la crisis de la República de Weimar y la dictadura nazi. Más allá de las diferencias que caracterizan a sus partidarios individuales, generalmente se considera como una forma alternativa neoliberal de economía política al liberalismo del *laissez-faire* y al colectivismo, en sus diversas formas. Se ha escrito que “el dicho de que la economía libre depende del estado fuerte es clave para su postura teórica”.¹⁵⁷ Pero, al mismo tiempo, esta relevancia atribuida al Estado está lejos de las ideas de Keynes o Beveridge: nuevamente, otra evidencia de las metamorfosis del liberalismo del siglo XX.

Los puntos centrales de la filosofía ordoliberal se pueden identificar de la siguiente manera:

la competencia de mercado, lejos de ser espontánea, está definida y

amparada por las regulaciones del Estado: un Estado fuerte, muy diferente del Estado limitado y débil del pensamiento liberal clásico; sólo en un mercado basado en la competencia, regulado y protegido por el Estado, el emprendedor puede operar, con su reconocida vitalidad y energía y liderazgo innovador: no entrará como tal en el debate político sobre las estructuras y transacciones del mercado.

El Estado debe actuar de manera que desproletarice las estructuras sociales del capitalismo. Esta desproletarización apunta a vaciar las estructuras sociales marxistas de cualquier contenido. “La solución a la condición proletaria consiste en el esfuerzo constantemente renovado por eliminar al proletariado mediante una política social acorde con el mercado que, en lugar de aprisionar a los trabajadores en el estado de bienestar, facilita su libertad y responsabilidad, haciendo a cada uno como un propietario. empresario”. 158 Como se dijo anteriormente, el trabajador se integra socialmente en el proceso de producción. Mantiene firmes valores sociales y éticos, arraigados en la tradición, la familia y la comunidad. La imagen de un trabajador desproletarizado y seguro de sí mismo acerca el esquema de los ordoliberales al de Einaudi.

Todo esto representa un fuerte vuelco de la economía positiva, a favor de la economía prescriptiva: el problema no es desarrollar un modelo analítico para explicar el mundo real, sino cambiar el mundo real haciéndolo coherente con el modelo ordoliberal. Este modelo ve la autoridad política como el instrumento necesario para establecer un sistema económico libre.

En 1936 se publicó en Alemania un Manifiesto Ordoliberal, firmado por Franz Böhm, Walter Eucken y Hans Grossman Dörth. 159 Según una orientación profundamente arraigada de la tradición intelectual alemana (véase el capítulo 1), los autores abordan las disciplinas tanto del derecho como de la economía pero, separándose de la Escuela Histórica, piensan que estas dos disciplinas fueron efectivamente desatendidas durante los siglos XIX y XX. Esta negligencia se debió de hecho a la prevalencia del historicismo: por un lado, había observado correctamente, en contra de las ideas de la Ilustración, que en realidad no existe ningún sistema natural de derecho y economía (como lo subraya completa y correctamente List, en el campo de economía, y Savigny, en el campo del derecho). Pero, apoyarse en el historicismo había expuesto esas disciplinas al riesgo de extinción, por su relativismo y fatalismo.

El relativismo está implícito en la afirmación de que el derecho debe ser desarrollado por las “fuerzas internas silenciosas” de la sociedad, no a discreción del legislador: la sustancia del derecho surge de desarrollos históricos y leyes hechas por juristas, que también gobiernan las relaciones económicas. De esta manera, gracias a este enfoque, “el capitalismo siempre ha encontrado formas y medios para triunfar de lege, praeter legem et contra legem”. De hecho, si los engendrados del derecho son esas “fuerzas silenciosas internas”, si el derecho es generado por la sociedad misma y no por la voluntad del legislador, el

derecho mismo no puede reaccionar contra esas fuerzas (por ejemplo, esta concepción de una especie de El poder creativo de los jueces no impidió la creación de grandes carteles industriales, es decir, la negación de un mercado eficiente y competitivo).

Los ordoliberales ven los trabajos de economistas de la Escuela Histórica de Economía Alemana como ejercicios de relativismo, también desde un punto de vista metodológico. Fracasaron por su empirismo, que consiste en observar y recopilar una enorme cantidad de hechos sin notar sus interdependencias. La realidad económica, de hecho, no puede entenderse si se la considera como una masa de eventos no correlacionados. Su relativismo les impidió utilizar la economía política clásica tal como se construyó durante el siglo XIX. Ellos “no sabían cómo utilizar el aparato de pensamiento abstracto de la economía política” y les era “imposible llegar a una comprensión de las interdependencias dentro del sistema económico”.¹⁶⁰ Terminaron en una confianza en el progreso, de sabor hegeliano, justificada por la fe, no sustentada en un esquema lógico.

El fatalismo —observan los autores del Manifiesto de Ordo— es común a escritores tan diversos como Marx y Spengler, el primero determinista, el segundo escéptico: según ambos, las cosas no se pueden cambiar, solo se pueden observar. El conjunto de la vida social, política e intelectual no puede verse como otra cosa que una “superestructura”, superpuesta a una estructura que evoluciona según sus propias leyes, las “fuerzas silenciosas internas” mencionadas anteriormente.

El programa de los ordoliberales tiene como objetivo la construcción y organización de un sistema económico basado en una serie de principios¹⁶¹ :

Adoptar una actitud científica en el estudio del derecho y la economía.

yendo más allá del relativismo del historicismo

al mismo tiempo, reconociendo la importancia de la evidencia histórica

comprender la constitución (estructura) de la economía para decidir cómo se debe reorganizar la actividad económica a través de la legislación. En este sentido, el problema de comprender y diseñar los instrumentos legales necesarios para una constitución económica sólo puede resolverse si el legislador se vale de los hallazgos de la investigación económica.

El pensamiento ordoliberal parte, por tanto, de una crítica tanto del sistema “natural” en el que se basa la economía clásica como del determinismo historicista, pero acaba por injertar la economía clásica en el árbol del historicismo alemán. Esto quiere decir que toma de ambos lo que se considera convincente en sus aportaciones.

Las opiniones expresadas en los aportes de los ordoliberales no son unánimes: algunos insisten en el papel central del Estado, otros en la eficiencia de un

mercado libre y competitivo. Estas diferentes visiones nos devuelven a las dos raíces del pensamiento económico que hemos tratado de describir, siguiendo los pasos de Schumpeter, en el capítulo 1. : uno basado en el individuo, alimentado por la filosofía de la Ilustración, y el otro centrado en el Estado, tal como lo definieron históricamente y lo describieron los filósofos alemanes. Los ordoliberales se basan en ambas visiones, pero prevalece la segunda visión. Probablemente esto se deba al hecho de que el renacimiento del liberalismo en Alemania tiene lugar en los años que preceden y siguen a la Segunda Guerra Mundial, y en Alemania las tradiciones de la disciplina de la economía habían ido en una dirección opuesta a la del liberalismo. de la doctrina económica clásica. No por casualidad, Gustav Schmoller había ignorado esta doctrina como “economía de los vendedores ambulantes”. 162 Aunque el ordoliberalismo era crítico con la Escuela Histórica, como hemos visto, los ordoliberales estaban condicionados por ese mismo historicismo, y el papel del Estado era mucho mayor que en la doctrina clásica.

La tradición historicista y estatista es claramente visible en los escritos de Eucken. Probablemente en ninguna parte más que en un artículo de 1948¹⁶³—Donde se pregunta qué tipo de sistema económico debería construirse en la derrotada Alemania. Su enfoque es típicamente microeconómico. Eucken observa que las reglas que rigen los sistemas económicos de los países industrializados deberían obtener idealmente los mismos resultados que los obtenidos en una pequeña economía de subsistencia cerrada. Cualquiera que gobierne esta pequeña economía debe tener un conocimiento detallado de lo que está sucediendo en toda la economía y ser capaz de evaluar su utilidad. También debería poder dar instrucciones sobre la forma más eficiente de utilizar todos los factores de producción. Todas las interdependencias de la actividad económica en esa pequeña economía son percibidas directamente por el gobernante, que puede tomar correctamente las decisiones adecuadas. 164

De manera similar, existen interdependencias en un gran país industrializado, pero no se detectan fácilmente de manera completa y actualizada. Entonces, lo que se necesita es “alguna medida de escasez”, que indicaría qué bienes escasean y cómo se deben combinar los factores de producción para producir lo que se necesita. Este “indicador de escasez” viene dado, para las empresas y los hogares, por el sistema de precios, y sobre la base del precio los agentes económicos pueden calcular lo que se va a producir y la combinación más eficiente de los factores de producción, de una manera que sea similar a una máquina de calcular. Hasta ahora, Eucken parece seguir la doctrina clásica (como lo ha vuelto a exponer, por ejemplo, Hayek). Pero, dado que los precios se determinan de manera diferente según las diferentes condiciones de los mercados en cuestión, no pueden ser un indicador de escasez en toda la economía. Las interconexiones entre los diferentes elementos de la economía hacen necesario ver cada acto de política económica en el contexto de todo el proceso económico. “Un sistema económico tiene que controlar adecuadamente todo el proceso económico de forma razonable y para ello es necesario que sus componentes individuales se complementen entre sí”.¹⁶⁵

Sin embargo, este indicador de escasez a nivel sistémico debe diseñarse como un instrumento para hacer el sistema más eficiente, no para alcanzar el pleno empleo. De hecho, el objetivo del pleno empleo puede conducir a un empleo de mano de obra en sectores improductivos, mientras que en otros sectores pueden surgir cuellos de botella como consecuencia de la escasez de factores de producción disponibles. Las inversiones deben elegirse bajo el control del Estado en la proporción correcta, en todos los sectores, industrias o incluso regiones o empresas específicas. El control de todo el proceso de producción y, a través de él, la consecución del pleno empleo, es una política sabia; no así una política que busque a priori un pleno empleo que enmascare o ignore el tema de la eficiencia. El Estado ordoliberal es un planificador, no con fines sociales sino para evitar el mal funcionamiento del mercado.¹⁶⁶

En este esquema, la política fiscal está al margen: no hay espacio para ella, es decir, para fines keynesianos o de “finanzas funcionales”. En un orden liberal perfecto, no hay necesidad de políticas de estabilización porque la actividad económica es estable por definición. ¹⁶⁷ Por lo tanto, Eucken no considera el uso de la política fiscal para fines de gestión de la demanda tanto en recesiones cíclicas como en el caso de problemas estructurales: incluso en este último caso, solo se necesitan reformas estructurales, operando del lado de la oferta de la economía, que es haciendo que la oferta sea más eficiente, no gestionando la demanda. ¹⁶⁸

Si miramos la relación entre el sistema fiscal y el sistema económico, hay una diferencia notable entre la taxonomía de Beveridge, que implica un papel activo y funcional otorgado al primero, y la taxonomía aséptica adelantada, unos años después, por un ordoliberal. escritor, Kurt Schmidt, ¹⁶⁹ donde no se prevé un vínculo entre la política presupuestaria pública y el empleo y, más aún, no se menciona el uso de la deuda pública para promoverla.

Los ordoliberales muestran igual renuencia a apoyar un papel activo de la política monetaria. En este sentido, los primeros ordoliberales expresaron, no por casualidad, una clara preferencia por el patrón oro. Friedrich Lutz, en un artículo que se remonta a 1935, ¹⁷⁰ escrito durante los últimos suspiros del antiguo régimen monetario, sigue destacando las ventajas de un sistema de tipos de cambio fijos, de contención del stock de dinero dentro de los límites de la reserva de oro, de una distribución internacional de las reservas de oro en relación con la evolución de la balanza de pagos, y de un mecanismo automático basado en unas pocas reglas de juego precisas, donde no se deja absolutamente nada a la gestión de los bancos centrales. El buen funcionamiento de este sistema implica la exclusión de las políticas monetarias independientes, ligadas a las condiciones específicas del ciclo económico, y del proteccionismo. Lutz reconoce sin embargo la profunda crisis del patrón oro: la pérdida de oro de un determinado país con un déficit en las cuentas exteriores es seguida por una caída, difícil de aceptar social y políticamente, en salarios y precios y al final por desempleo, para recuperar competitividad. Por eso —observa— este régimen ha sido recientemente abandonado por Reino Unido y Estados Unidos (y

sería abandonado al año siguiente por Italia y Francia). El éxito decisivo de las ideas nacionalistas (estamos, vale la pena repetirlo, en 1935) lleva a Lutz a preguntarse si se podría introducir un sistema monetario “controlado a nivel nacional”, como vía de escape del patrón oro. Contempla una serie de medidas técnicas para alcanzar ese objetivo, El éxito decisivo de las ideas nacionalistas (estamos, vale la pena repetirlo, en 1935) lleva a Lutz a preguntarse si se podría introducir un sistema monetario “controlado a nivel nacional”, como vía de escape del patrón oro. Contempla una serie de medidas técnicas para alcanzar ese objetivo, El éxito decisivo de las ideas nacionalistas (estamos, vale la pena repetirlo, en 1935) lleva a Lutz a preguntarse si se podría introducir un sistema monetario “controlado a nivel nacional”, como vía de escape del patrón oro. Contempla una serie de medidas técnicas para alcanzar ese objetivo,¹⁷¹ pero agrega que, como paso preliminar, debe resolverse el problema más general de la alternativa entre una economía libre y una economía planificada. ¹⁷²Este tema no resuelto puede explicar por qué el pensamiento ordoliberal sobre política monetaria nunca fue más allá de un “monetarismo” genérico, es decir, prestar atención a mantener bajo control la base monetaria mediante reglas que excluyen la discreción, políticamente maniobrable, de los bancos centrales, para obtener dinero estable (ver Friedman, arriba). Esta posición va acompañada de una actitud escéptica sobre el uso de la política monetaria para sostener o frenar el crecimiento económico (un uso de la política monetaria que podría denominarse keynesiana) y, en cambio, de la afirmación de la neutralidad del dinero, cuya gestión activa pone en riesgo generando inestabilidad. En resumen, lo importante para los pensadores liberalistas no es la política monetaria, sino una constitución monetaria.¹⁷³ Desconfían particularmente de la expansión de la oferta monetaria a través del crédito bancario, desconfianza que incluso llevó a Eucken a adherirse a la Escuela de Chicago, de la que los ordoliberales estaban, en otros aspectos, principalmente el papel del Estado, bastante distantes.

Alfred Müller-Armack está más orientado hacia el neoliberalismo de la escuela austriaca y, por tanto, menos centrado en la centralidad del Estado. ¹⁷⁴ En primer lugar, en todo caso confirma que el concepto de libre competencia tiene un papel central, no identificable con el *laissez-faire* porque requiere de una serie de garantías institucionales, encaminadas a prevenir restricciones comerciales y controlar monopolios, oligopolios y cárteles, para el beneficio de los consumidores. De esta manera, el sistema económico puede funcionar correctamente y realizar al mismo tiempo una función social. La competencia es un requisito previo de la libertad económica que no se puede encontrar ni generar en la esfera del sector privado.

Müller-Armack también se interesa por el Estado del Bienestar, pero en una perspectiva muy alejada de la de Beveridge. Las salvaguardias proporcionadas por el Estado de Bienestar deben mantenerse, pero cualquier intervención pública debe ser acorde con el mercado. Esto significa una mezcla de libertad de mercado y equilibrio social: una “economía social de mercado”, una expresión familiarizada por las políticas del gobierno alemán, particularmente cuando Ludwig Erhard era ministro de Economía (1949-1963). Al respecto, se reconoce que es

deber del Estado intervenir en la redistribución de la producción -a través del sistema estatal de pensiones, seguros sociales y diversos subsidios a las clases menos acomodadas- pero el gasto social no debe sobrepasar el umbral en que obstaculizaría el funcionamiento del mercado competitivo y la producción de ingresos. Respecto a la fiscalidad, Cumplir con el mismo principio significaría que tasas impositivas demasiado altas, diseñadas para financiar el gasto social, dañarían la producción de ingresos. En un mercado que funcione correctamente, escribe, la creación de nueva riqueza sería suficiente y capaz de tolerar una redistribución considerable de la riqueza sin un aumento excesivo de las tasas impositivas. Una vez más, no se le da ningún papel al financiamiento del déficit público con el propósito de redistribuirlo.

Wilhelm Röpke desarrolla más este tema: la “libertad de la necesidad” de Roosevelt es “un concepto negativo”, porque significa que los necesitados tienen que depender de los demás, es decir, de tomar de los demás, para su propio sustento. Esto también significa que el Estado debe usar su poder de coerción para obligar a otros a sostener a los necesitados. Pero si la fiscalidad alcanza niveles excesivos, los recursos disponibles se agotan, en perjuicio de todos. En una sociedad libre, el mismo objetivo debe perseguirse principalmente de forma voluntaria, a través del ahorro, los seguros y las contribuciones voluntarias. Sólo así se superará la “forma de existencia proletaria”. 175 En la misma línea, Müller-Armack piensa que mantener los tipos de interés artificialmente bajos para facilitar el crédito a los deudores desfavorecidos no es coherente con el mercado, así como congelar las rentas en todo el mercado inmobiliario sin tener en cuenta el grado en que los arrendatarios pueden pagar las rentas, mientras que un sistema de rentas subvencionadas solo para los pobres sería compatible con el mercado. 176

El énfasis puesto por los ordoliberales en los temas políticos en un sentido amplio ha suscitado la pregunta: ¿qué nuevas ideas han aportado a la teoría económica? Se ha señalado que sus temas —como la estabilidad monetaria, el mercado y su regulación, la competencia y la libertad comercial— eran conceptos ya familiares para la economía, y que “la verdadera razón [de su éxito] reside en el corazón mismo de la filosofía de la economía social de mercado... sus teóricos produjeron pocas sugerencias concretas para la prevención del crecimiento excesivo del Estado”. 177 Este es un comentario que solo puede aceptarse parcialmente. Observamos que, por un lado, no encontraremos en su trabajo, por ejemplo, ningún análisis profundo sobre las características de los diferentes tipos de mercados, ni ningún cálculo del efecto multiplicador de un determinado gasto, mientras que, por otro, Por otro lado, la economía dominante, que es analíticamente fuerte, a menudo no está interesada en el aspecto institucional, como un factor exógeno que debe darse por sentado. Los fenómenos que observan los ordoliberales son los mismos que los analizados por los economistas convencionales, pero desde un punto de vista diferente: no les interesan las regularidades legales de comportamiento que demarcan la economía como un campo de análisis social, ni en la construcción de “modelos”. Como se mencionó anteriormente, un “modelo ordoliberal” simplemente no existe. Miran el lado prescriptivo, armados con instrumentos generalmente ignorados por los economistas, como la historia y

el derecho, y están más interesados en una constitución económica que en una macrogestión activa de la economía (se ignora la macroeconomía). Si sus recetas fueron (son) propicias para el bienestar económico, es un tema de debate. Pero lo cierto es que “la prevención del crecimiento del Estado” encuentra en sus teorías condiciones y límites, más estructurados y argumentados que en otros análisis de economistas con diferente bagaje. Y el resultado fue una estrategia nacional del lado de la oferta que utilizó recursos culturales e institucionales tradicionales para asumir un papel principal a nivel europeo y global (como muestran claramente incluso los desarrollos actuales en Europa; pero este es un tema que se tratará más adelante en este ensayo). como la historia y el derecho, y están más interesados en una constitución económica que en una macrogestión activa de la economía (se ignora la macroeconomía). Si sus recetas fueron (son) propicias para el bienestar económico, es un tema de debate. Pero lo cierto es que “la prevención del crecimiento del Estado” encuentra en sus teorías condiciones y límites, más estructurados y argumentados que en otros análisis de economistas con diferente bagaje. Y el resultado fue una estrategia nacional del lado de la oferta que utilizó recursos culturales e institucionales tradicionales para asumir un papel principal a nivel europeo y global (como muestran claramente incluso los desarrollos actuales en Europa; pero este es un tema que se tratará más adelante en este ensayo). como la historia y el derecho, y están más interesados en una constitución económica que en una macrogestión activa de la economía (se ignora la macroeconomía). Si sus recetas fueron (son) propicias para el bienestar económico, es un tema de debate. Pero lo cierto es que “la prevención del crecimiento del Estado” encuentra en sus teorías condiciones y límites, más estructurados y argumentados que en otros análisis de economistas con diferente bagaje. Y el resultado fue una estrategia nacional del lado de la oferta que utilizó recursos culturales e institucionales tradicionales para asumir un papel principal a nivel europeo y global (como muestran claramente incluso los desarrollos actuales en Europa; pero este es un tema que se tratará más adelante en este ensayo). y están más interesados en una constitución económica que en una macrogestión activa de la economía (se ignora la macroeconomía). Si sus recetas fueron (son) propicias para el bienestar económico, es un tema de debate. Pero lo cierto es que “la prevención del crecimiento del Estado” encuentra en sus teorías condiciones y límites, más estructurados y argumentados que en otros análisis de economistas con diferente bagaje. Y el resultado fue una estrategia nacional del lado de la oferta que utilizó recursos culturales e institucionales tradicionales para asumir

un papel principal a nivel europeo y global (como muestran claramente incluso los desarrollos actuales en Europa; pero este es un tema que se tratará más adelante en este ensayo). Pero lo cierto es que “la prevención del crecimiento del Estado” encuentra en sus teorías condiciones y límites, más estructurados y argumentados que en otros análisis de economistas con diferente bagaje. Y el resultado fue una estrategia nacional del lado de la oferta que utilizó recursos culturales e institucionales tradicionales para asumir un papel principal a nivel europeo y global (como muestran claramente incluso los desarrollos actuales en Europa; pero este es un tema que se tratará más adelante en este ensayo). Pero lo cierto es que “la prevención del crecimiento del Estado” encuentra en sus teorías condiciones y límites, más estructurados y argumentados que en otros análisis de economistas con diferente bagaje. Y el resultado fue una estrategia nacional del lado de la oferta que utilizó recursos culturales e institucionales tradicionales para asumir un papel principal a nivel europeo y global (como muestran claramente incluso los desarrollos actuales en Europa; pero este es un tema que se tratará más adelante en este ensayo).

Notas 1. Baffigi2009, pag. 8).

2. Si nos centramos principalmente en su origen.
3. “Cuando los hechos cambian, cambio de opinión”, dijo Keynes, según se informa.
4. Keynes (1926, págs. 14-15).
5. Joan Robinson afirmaría entonces que con Keynes “la economía volvió a convertirse en economía política”.
6. Skidelsky1992, pag. 224).
7. Trevelyan1944, pag. 557).
8. Stein1990, pag. 6).
9. Esta sociedad, que existe desde finales del siglo XIX, tomó su nombre del romano Quintus Fabius Maximus, el cunctator , que es el general de movimiento lento pero tenaz. Sería un símbolo del inexorable, aunque gradual, movimiento hacia el socialismo, en contraposición a la estrategia diversa, de cambios revolucionarios repentinos.
10. 90 liras por libra británica, muy por encima de la tasa de mercado imperante que había llegado a 125 liras por libra.
11. Blackett1932, pag. 96).
12. Croce1973).
13. A diferencia de la “Filosofía del Espíritu”, en la que no nos detendremos.

14. Croce1973, pag. 286). Joan Robinson definió el valor como “una idea metafísica”; con la identificación del valor con el producto del trabajo (Ricardo, y luego Marx), la idea metafísica, dice Robinson, se convierte en una “hipótesis” (1974, págs. 29-30).
15. Al menos en un caso tenemos evidencia de una relación entre los dos: Keynes encargó a Croce un artículo para su serie de informes sobre Reconstrucción en Europa, para el Manchester Guardian, en 1922: La visión de la población de un filósofo. Ver Kelly (2019).

dieciséis. Croce1973, pag. 301).

17. Bodei (2003).
18. Schumpeter, en una línea similar, cuestionó si la competencia perfecta es una construcción teórica o una realidad histórica (1947, pag. 107).
19. En este texto, me atengo, en su caso, a la traducción literal de la palabra italiana como neologismo en inglés.
20. Croce1973, pag. 264). Sin embargo, podríamos seguir el enfoque de Croce y ver la doctrina económica de Adam Smith como “ética”, porque, en las circunstancias históricas de la Escocia de Smith (ese momento y lugar), estaba perfectamente en sintonía con la búsqueda de un sistema económico que definitivamente libraría a ese país. de las prácticas comerciales feudales anteriores.
21. págs. 259 y 264.
22. págs. 255, 256, 257.
23. pag. 260.
24. págs. 262-266.
25. “Los economistas que emplean métodos cuantitativos, embrujados por la evidencia de sus procedimientos y no conscientes de que la suya es una evidencia nula, en lugar de limitarse a la construcción de sus esquemas muy útiles, aumentan la confusión filosofando de manera extravagante: como nosotros puede verlo en uno de los economistas más astutos y eruditos de nuestro tiempo” Pareto (p. 287).
26. “Liberista”, adjetivo de “Liberismo”, “liberalismo económico”.
27. Croce2015, págs. 298-302) [publicado originalmente como ensayo único, 1927].
28. pag. 303.
29. Montesano2003).

30. Luego hablará explícitamente de “nacionalismo” Croce (1955, pag. 283).
31. págs. 284-285 y 288.
32. Croce1941, pag. 163).
33. El verso es del poema “I sepolcri” de Ugo Foscolo, donde escribe que Maquiavelo mostró las terribles consecuencias del poder absoluto y desenfrenado del Príncipe. Lo mismo hizo Marx —escribe Croce— al mostrar las consecuencias de la ganancia capitalista.
34. Rathenau1919, pag. 62). Rathenau, copropietario y presidente de AEG, había sido director de la oficina alemana de Material de Guerra, en el Ministerio de Guerra durante la Primera Guerra Mundial. Luego sería nombrado secretario de Relaciones Exteriores de la República de Weimar, hasta su asesinato en 1922.
35. pag. 20.
36. pag. 54.
37. pag. 85.
38. pag. 64.
39. págs. 68-69.
40. págs. 62-87.
41. Einaudi1918, págs.450-456).
42. Einaudi y col. (2006, págs.5 y 7).
43. Einaudi1972, pag. 6).
44. Einaudi, Lezioni (1964, págs.66-81). Véase también Baffigi, págs. 25-37.
45. Instituto de Nuevo Pensamiento Económico. La tradición italiana , www.hetwebsite.net/net/schools/italian.htm .
46. Einaudi y col. (2006, pag. 17).
47. Robinson1974, pag. 72).
48. El economista (2016).
49. Pigou2013, pag. 127).
50. Citando a Edwin Cannan.
51. pag. 128.
52. Aslanbeigui, Oakes: Introducción: Reclamar a un maestro olvidado (Pigou, La economía del bienestar).

53. pag. XIV.
 54. Vea la Parte II. Sobre el dividendo nacional, Pigou sigue a Marshall y critica a Irving Fisher. Sobre este tema, Keynes cita a Pigou y lo explica en términos más claros (1936, pag. 38).
 55. Vea la Parte II, Capítulos 1 y 2.
 56. págs. 127-130.
 57. págs. 134-135.
 58. Hartford2018). Hartford agrega: “el economista William Nordhaus ha estimado que durante la segunda mitad del siglo XX, las empresas innovadoras generalmente lograron capturar como ganancias solo el 3.7% del valor social que crearon; el otro 96,3% se destinó a otros, mayoritariamente consumidores. Por ejemplo, la penicilina salva la vida por unos centavos”. Si este discurso puede ser válido para las redes sociales, es discutible (ver Capítulo 4).
 59. Pigou2013, pag. 192).
 60. pag. 5.
 61. Macmillan, 1949 [1937].
 62. pag. V.
 63. págs. 15-16. Sobre la distribución, le indigna que el 1% de las personas mayores de 25 años posea el 60% del capital total (p. 13).
 64. Esto recuerda, por ejemplo, la nacionalización de la energía eléctrica en Italia en la década de 1960.
- sesenta y cinco. Robinson1974).
66. pag. 73.
 67. pag. 80.
 68. JMK a R. Harrod, 16 de julio de 1938 (1973, págs.299-300).
 69. Keynes (1949, págs.96 y 98).
 70. Keynes (1925).
 71. Keynes (1933) (Hitler acababa de tomar el poder).
 72. Keynes (1926, págs.28-29).
 73. Sobre Schumpeter, consulte el Capítulo 3.

74. Keynes (1964, págs.339-40).
75. Heibroner, Milberg (1995, pag. 31).
76. Según Joan Robinson (1974, pag. sesenta y cinco).
77. Skidelsky2018, pag. 386).
78. Jones (2013).
79. Notas finales sobre la filosofía social hacia la que podría conducir la teoría general. Es el capítulo 24 de la Teoría general del empleo, el interés y el dinero.
80. Capítulo 3: El principio de la demanda efectiva.
81. pag. 372.
82. pag. 30.
83. pag. 373.
84. pag. 374.
85. pág 136
86. pag. 376.
87. págs. 183-184.
88. pag. 381.
89. pag. 379.
90. Hoerber2017, Capítulo 7).
91. pag. 348.
92. pag. 339.
93. Hawtrey (1931, pag. 102).
94. Steil (2013).
95. Beveridge (1944, págs. 22-23).
96. Ver Beveridge (1942).
97. Beveridge (1944, pag. 147).
98. pag. 135 . Pleno empleo se publicó en 1944, teniendo muy en cuenta la estructura y metodología de un presupuesto de guerra.
99. Consulte la Parte IV y el Apéndice C de Pleno empleo, por Nicholas Kaldor.

100. Beveridge (1944) Parte IV, secc. 2
101. Beveridge (1944, pag. 148). Se tiene en cuenta la “eutanasia del rentista”, mencionada por Keynes.
102. Lerner1944); (1951).
103. Macmillan, 1946.
104. Lerner1946, págs. 1-4).
105. Conferencia de Halley Stewart de 1931.
106. pag. 80.
107. págs. 168-169.
108. Hayek2008, pag. 71).
109. En realidad nació en Galicia, ahora Polonia, pero entonces (1840) formaba parte del Imperio Austriaco.
110. Una de sus principales obras es (1976).
111. Por esta razón, la acusación de Schmoller contra él como economista clásico fue mal dirigida.
112. Hayek, FA: Introducción a los principios económicos de Carl Menger , p. 13.
113. El trabajo de Menger fue descartado por Schmoller como “meramente austriaco” (!). Yagi1997).
114. Klein, P: Prólogo a los principios de Menger , p. 7.
115. Esto recuerda la frase atribuida a Joan Robinson: “No estoy entrenado matemáticamente, luego tengo que pensar”.
116. Hayek1955, pag. 203).
117. págs. 189-196.
118. Hayek1945). Véase también lo citado anteriormente The Counter - Revolution in Science, 1955.
119. Hayek1944).
120. pag. 38.
121. pag. 89.
122. Consulte la Introducción a la edición de Routledge de 2008, editada por Bruce Caldwell.

123. pag. 13.
124. pag. sesenta y cinco.
125. Véase Bentham, más arriba (Capítulo 1).
126. pag. 13.
127. pag. 73.
128. Su libro está escrito en medio de la Guerra Mundial.
129. Esta escuela jurídica otorga a las decisiones del poder judicial un predominio sobre el derecho formal, con el riesgo de poner en peligro el principio de certeza del derecho. La posibilidad de decisiones altamente voluntaristas y arbitrarias es potencialmente explotada por dictaduras.
130. Sobre Schmitt, véase la Secta. 8 (ordoliberalismo).
131. pag. 91.
132. págs. 115-116.
133. Simons1945, pag. 1). Este escrito, como otros citados aquí, se incluye en *Economic Policy for a Free Society* , University of Chicago Press, 1948, publicado póstumamente después de la prematura muerte de Simons.
134. Un término usado por Walras en oposición a justicia distributiva (ver Capítulo 1). Este no es el único significado que se le da al término. Adam Smith se refiere a la justicia conmutativa como “hacer voluntariamente todo lo que podamos con decoro ser forzados a hacer” (*Teoría de los sentimientos morales* , p. 334).
135. Simons1945, pag. 5).
136. Simons1934, pag. 41).
137. pag. 43.
138. pag. 41.
139. págs. 41-42.
140. Simons1945, págs.15-16); (1936, pag. 79).
141. Los requisitos (1936, pag. 79).
142. Fisher (1935).
143. Simons1934, págs.46-47).
144. Simons1945).

145. Robbins1963, págs.48-49).
146. Friedman (mil novecientos ochenta y dos, pag. 15).
147. pag. 174.
148. Consulte la siguiente sección de este capítulo.
149. págs. 26-28.
150. pag. 51.
151. págs. 53-54.
152. pag. 32.
153. Streek2015).
154. Ver sobre este punto Bonefeld (2016).
155. Caldwell2005, págs. 365-366). Caldwell se basa en un trabajo anterior de R.Cristi.
156. Pavo real y Willgerodt (1989, pag. 3).
157. Bonefeld (2012) (<https://eprints.whiterose.ac.uk>).
158. pag. 12.
159. El Manifiesto de Ordo de 1936 (Nuestra tarea), en Peacock, Willgerodt (Peacock, A. 1989).
160. pag. 21.
161. págs. 22-25.
162. Barry (1989, pag. 106).
163. Euken (1948).
164. Se ha observado que “el ordoliberalismo es en el fondo un modelo microeconómico que desautoriza la política macroeconómica porque trata a los países, o incluso a toda una zona monetaria, como si fueran hogares individuales. Tiene sentido que las personas ahorren cuando están endeudadas, como lo hace el proverbial ama de casa suaba en Alemania. Pero si todas las personas recortan el gasto al mismo tiempo, el resultado puede ser un déficit en la demanda que anula los beneficios de las reformas microeconómicas. De vez en cuando es mejor romper las reglas que todos sufrir una miseria que respeta la ley”(The Economist [2015]).
165. Euken (1948, págs.28-29).
166. Bonefeld (2012, pag. 5).

- 167. Zettelmeier (2017, pag. 158).
- 168. Euker (1951).
- 169. Schmidt (1956).
- 170. Lutz (1935).
- 171. Operaciones de mercado abierto por parte del banco central, adopción de un patrón de cambio de oro para “ahorrar” el uso de oro, intervenciones de tipo de cambio por parte del banco central, creación de un banco central internacional (págs. 238-240).
- 172. pag. 241.
- 173. Un ordoliberal como Wilhelm Röpke pidió un retorno al patrón oro (1951).
- 174. Müller-Armack (1956).
- 175. Röpke (1957).
- 176. Müller-Armack (1956, págs.82-86).
- 177. Barry (1989) pag. 121. Streek (2017).

Part II

Entender el liberalismo y neoliberalismo

Chapter 3

Enemigos del liberalismo

Lejos de las alas anchas, el liberalismo, el nacionalismo estatista y el socialismo de Marx ocupan una posición fuerte en la economía política del siglo XX, con una fuerte influencia en las grandes dictaduras europeas. El corporativismo italiano representa una corriente de pensamiento original, en parte construida sobre la Escuela Histórica Alemana del siglo anterior, en parte funcional a los intereses proteccionistas de Italia, en parte basada en el concepto de Estado ético, donde se representan los intereses en conflicto de todas las clases sociales. en las “corporaciones” y reconciliado en el interés superior de la nación. Esto implica una política dirigista y la creación de un conjunto de instituciones cuasi gubernamentales: características que, en un contexto político diferente, volvemos a encontrar en la Italia posterior a la Segunda Guerra Mundial. El marxismo sigue siendo una ideología estática, en comparación con el dinamismo del liberalismo. Esto se debe a que el materialismo histórico es una interpretación de la realidad económica que no admite desviaciones y, posiblemente, al desempeño económico relativamente mejor de la Unión Soviética durante el largo período de Depresión que aflige a los países capitalistas en la década de 1930. La inflexibilidad doctrinaria hizo que los economistas marxistas fueran incapaces de deducir las inferencias apropiadas de los cambios que ocurrían en la estructura de la economía, en los modos de producción. En particular, la competencia —que Marx había visto como la forma predominante de mercado del capitalismo— había sido reemplazada por estructuras monopólicas donde la destrucción creativa del capitalismo era una fuente continua de fuerza (Schumpeter). La supervivencia de las “leyes económicas” en una economía socialista, negada por los marxistas puros, fue en sí misma un objeto de controversia. En el final, Los economistas socialistas veían su disciplina como una ciencia neutral de la gestión económica, reducida a una especie de ingeniero social y búsqueda de la eficiencia. El “socialismo por defecto” es una fórmula que aglutina a dos pensadores bastante diversos y no marxistas, pero con un fuerte sentido histórico, que conduce a ambos a un pronóstico básicamente erróneo: la caída del capitalismo y el advenimiento del socialismo. Schumpeter, criticando a Weber que

había dicho que viviremos con el capitalismo “hasta que se queme la última tonelada de carbón fosilizado”, cree que el capitalismo morirá de una especie de agotamiento, no por una revolución sino como consecuencia del aburrimiento de la clase burguesa y la burocratización de industrias gigantes, donde los administradores reemplazarán al empresario en fuga (a diferencia del propietario de la empresa). La visión cristiana de Polanyi es crítica con el liberalismo económico. La sociedad en su conjunto, a diferencia de cualquier clase social, corre el riesgo de autodestrucción por las fuerzas de la economía de libre mercado, donde desempeñan un papel fundamental. *haute finance*. En una nueva sociedad socialista, el trabajo, la tierra y el dinero se liberarán de las limitaciones del mercado libre. Esta sociedad se apoyará en las tradiciones cristianas, como atestigua el Antiguo Testamento, las enseñanzas de Jesús, el socialismo utópico de Robert Owen.

Palabras clave

- Corporativismo
- Economía marxista
- Schumpeter
- Polanyi

Nacionalismo y corporativismo

El siglo XX vio al liberalismo desafiado por el nacionalismo y el socialismo. Esto fue particularmente relevante en el campo de las doctrinas económicas. De hecho, las metamorfosis del liberalismo en el siglo XX también se debieron a su influencia: los pensadores políticos y económicos liberales fueron a menudo seducidos por estas doctrinas, a veces por el encanto de un Estado omnipresente, otras veces por el impulso igualitario de una sociedad socialista.

A principios del siglo XX, y en particular después de la Primera Guerra Mundial, el nacionalismo significó por un lado la culminación de ese proceso de independencia de varios estados europeos, que había caracterizado el siglo anterior. Por otro lado, el nacionalismo perdió su ímpetu liberal, y en estados más grandes y ya bien establecidos dio un fuerte giro hacia el autoritarismo, incluso apoyando regímenes abiertamente dictatoriales; en estos estados el nacionalismo, como doctrina económica, no hizo más que reafirmar la idea que ya había planteado la Escuela Histórica Alemana de Economía: un sistema económico centrado en un “Estado ético”. Esta mezcla de autoritarismo y nacionalismo económico encontró una expresión muy lograda en Italia: como veremos, el sistema corporativista italiano fue un hijastro del nacionalismo económico dentro de un marco fascista.

Después de la Segunda Guerra Mundial, con la derrota de las principales potencias nacionalistas y autoritarias, el nacionalismo siguió un camino descendente.

A veces se convirtió en un modelo político para áreas subdesarrolladas del mundo que querían deshacerse de su pasado colonial. Sin embargo, el nacionalismo ha vuelto recientemente con fuerza, como reacción a la globalización extendida que acompaña a la expansión del liberalismo económico y a la Gran Recesión que siguió a la crisis financiera de los últimos años. Centrado generalmente en los intereses imperantes de la nación y potencialmente inclinado hacia el mercantilismo o proteccionismo, muestra una línea de continuidad con el antiguo nacionalismo, pero sus características aún no están claras, como veremos más adelante en el capítulo 4 .

Como se considera el socialismo, tuvo una influencia notable en el pensamiento económico de muchos autores de origen liberal, como hemos visto en el capítulo anterior; pero, por otro lado, los economistas marxistas, los intérpretes ortodoxos de la doctrina, permanecieron esencialmente apegados al verbo del maestro, en una especie de inflexibilidad ideológica. Los economistas marxistas Baran y Sweezy escribieron explícitamente sobre un “estancamiento de las ciencias sociales marxistas”.¹ Como Marx, dedicaron sus estudios más a una crítica amplia y destructiva de los regímenes capitalistas de libre mercado, que a ajustar su pensamiento a un entorno social y económico en profunda evolución, a los inevitables cambios incluso en sociedades de orientación socialista. El marxismo sufrió las deficiencias y el colapso final del Estado, que era la principal encarnación del socialismo.

Consideraremos el nacionalismo autoritario de la primera mitad del siglo XX en Sectas. 3.1 y 3.2 , y socialismo marxista en las sectas. 3.3 - 3.6 . La sección 3.7 está dedicada principalmente a dos pensadores no marxistas, Schumpeter y Polanyi, que hicieron el pronóstico fundamentalmente erróneo de un advenimiento del socialismo: una especie de socialismo que no es perseguido realmente por una revolución “necesaria”, sino que sigue el agotamiento “necesario”. del libre mercado, sociedad liberal: una especie de socialismo por defecto. Terminaron siendo más (erróneamente) deterministas que el propio Marx.

En cuanto al pensamiento económico, Italia es quizás el país que en el cambio de siglo estuvo intelectualmente a la vanguardia en la reanudación de las viejas ideas de la Escuela Histórica Alemana, que estaba, a principios del siglo XX, en un camino de decadencia. Sin embargo, sus teorías dieron fuerza a los nacionalistas italianos, dispuestos a afirmar en la arena internacional la posición de su país, que emergía de la reciente lucha por su propia independencia: una posición que Alemania había conquistado en años no muy lejanos. Esos pensadores italianos lucharon contra la visión positivista, individualista y utilitaria de los economistas neoclásicos, y trasladaron el foco de sus reflexiones del individuo al Estado ético que todo lo absorbe, pasando, por así decirlo, de Comte y Marshall a Hegel y Schmoller. desde la visión de la economía como una ciencia a estudiar como ciencia natural, hasta una investigación inductiva, históricamente arraigada, de las condiciones económicas italianas específicas. Como se acaba de mencionar, Italia estaba de hecho en una posición similar a la Alemania de mediados del siglo XIX: “La menor de las grandes potencias”,² pero

ambicioso por ganar esa posición preeminente que, en la retórica de la época, se había perdido durante tanto tiempo, después de las glorias del imperio romano. Y de nuevo de manera similar a Alemania, el Sistema Nacional de Economía Política y el proteccionismo económico de Friedrich List ganaron terreno dentro de los círculos académicos italianos.

En este contexto, si tenemos en cuenta a los grandes economistas italianos de tradición liberal, no se pudo evitar un acalorado debate entre proteccionistas y librecambistas. Originalmente, se centró en el alto arancel que se había introducido en Italia en 1887, y había sido seguido por un fuerte aumento de los derechos de importación sobre el trigo y el azúcar. Esta protección ha tenido consecuencias desiguales en diferentes sectores de la economía italiana. Sin embargo, durante el largo mandato de Giolitti al frente del gobierno italiano, la relevancia de esas medidas había ido disminuyendo: la mayoría de ellas eran impuestos especiales (impuestos por unidad) y, por lo tanto, en una larga fase de aumento del nivel de precios, su efecto se había reducido; Además, la fuerza relativa de la lira en el mercado de divisas contribuyó a que su carga fuera menos pesada. Si bien esta evolución tendió a dar ventaja a los argumentos de los librecambistas, en 1913 el ministro de Agricultura, Industria y Comercio, Francesco S. Nitti, nombró una Comisión Real para investigar todo el asunto del régimen de derechos y los tratados comerciales. .

No nos detendremos en este debate, animado —particularmente en el frente del libre comercio— por algunas de las mejores mentes de la disciplina económica italiana — como Einaudi, De Viti de Marco, Luzzatto, Borgatta, Ricci, todos economistas liberales. Con los ojos de hoy, podemos establecer ese debate en una discusión entre los economistas de la corriente principal y aquellos que se inclinaban por la Escuela Histórica, a quienes los primeros incluso se mostraron reacios a calificar como economistas. Se puede considerar que el primer grupo lleva adelante argumentos analíticos, mientras que el segundo se inclina hacia un enfoque pragmático, que refleja intereses sectoriales concretos y posiciones oficiales. 4

La falta de argumentos analíticos fue, sin embargo, contrarrestada desde el lado proteccionista y nacionalista al enfatizar cuestiones que estaban cobrando nueva fuerza, en particular las ideas que habían caracterizado al historicismo económico alemán: la centralidad atribuida al Estado en el gobierno de la economía, el rechazo de los principios liberales de la doctrina clásica y neoclásica. En el aspecto político, se tuvo muy en cuenta la protección otorgada a la industria alemana bajo el emperador Wilhelm II. Los nacionalistas italianos dieron especial énfasis a los aspectos autoritarios de una política proteccionista, con un giro de pensamiento que luego los llevaría al campo fascista. Una figura destacada en este sentido es Alfredo Rocco, quien, ya en 1914, había sentado las bases de lo que luego se llamaría “doctrina corporativista”.

En un texto firmado conjuntamente por Alfredo Rocco y Filippo Carli, se destacan dos principios: (1) los métodos de producción deben ajustarse a la producción en masa. Esto implica, según ellos, un rechazo a la libre competencia:

“el régimen de competencia es esencialmente un régimen de crisis”, y la lucha por captar clientes solo significa destrucción recíproca. Lo que se necesita es “solidaridad”, “asociacionismo”, que se promulgue a través de los sindicatos industriales (cárteles), que de hecho son el resultado del “malestar general de una competencia desenfrenada y de la sobreproducción”: grandes conglomerados industriales, integrados tanto horizontal como verticalmente 5; (2) La producción nacional debe ser defendida, no solo confirmando, sino también reforzando la protección de la industria, para colmar el retraso actual con respecto a otras economías más avanzadas: una defensa defendida en particular por ciertos sectores industriales, como acero, construcción naval, azúcar. Los autores critican la teoría ricardiana de las ventajas comparativas, porque obliga a los países pobres a mantener indefinidamente su modelo de producción, sin ninguna posibilidad de crecimiento económico que vendría de la diversificación de su economía (un argumento claramente tomado de los escritos de List). 6

List, el teórico del proteccionismo, es visto por Rocco y Carli, precisamente por su batalla contra la Escuela Clásica, como el fundador de la ciencia económica alemana. 7 La principal razón por la que el historicismo económico alemán merece ser elogiado, según estos autores, es su enfoque rigurosamente empírico-inductivo, basado como está en el estudio de la economía nacional de un pueblo específico en un momento específico de su historia. Contra el “cosmopolitismo”, la “sociedad mundana” de la Escuela Clásica (el “globalismo”, en el lenguaje actual), los economistas alemanes habían elaborado propuestas a la medida de la Alemania de su época, encaminadas a promover la intervención del Estado en el ámbito económico y económico. campos sociales. Desde esta perspectiva, Rocco y Carli condenaron tanto el liberalismo como el socialismo, que compartían la idea de “desintegración” 8 de la comunidad nacional, cuyo propósito común los historicistas alemanes y los dos italianos, por el contrario, mantenían en la más alta consideración. 9 Rocco y Carli escriben que “los individuos [deben verse] ya no como un fin, sino como simples instrumentos y órganos de la sociedad nacional” 10 (es como leer a Hegel). Por tanto, rechazan la economía basada en el individuo, en el utilitarismo benthamita, en el materialismo, en el internacionalismo. El principal objeto del análisis del economista debe ser “el estudio de las condiciones de la economía nacional italiana”. Rocco y Carli sostienen que las “causas de [su] inferioridad”, 11 que limitan su capacidad productiva y, en términos más concretos, hacen necesaria la extensión de la protección arancelaria de 1887, dependen tanto de factores “naturales” como “transitorios”. Los primeros están relacionados con el territorio nacional, en gran parte estériles, 12 con escasez de materia prima y no apto para comunicaciones fáciles; mientras que los segundos dependen de la falta de capital y espíritu empresarial, y de la escasez de capacidades técnicas y de gestión.

Este llamado a una fuerte protección aduanera respondió a los intereses no solo de la industria pesada, sino también del estamento militar. No por casualidad, como corolario de su estudio del desarrollo italiano, los dos autores invocaron fuertemente una guerra colonial, con el fin de obtener las materias primas necesarias para las necesidades energéticas nacionales, un nuevo espacio

donde destinar la mano de obra italiana en exceso. y abrir nuevos mercados a los productos nacionales. En conclusión, parece que el nacionalismo económico se basa en el proteccionismo, la concentración monopolística de la producción, la expansión colonial. 13

Pero el significado del corporativismo va más allá de la conducción de una política económica nacionalista y proteccionista, y no puede captarse sin su raíz filosófica: el Actualismo del filósofo Giovanni Gentile. Arremetió contra la visión del Estado que sólo realiza actividades auxiliares en beneficio del individuo y, desde una perspectiva hegeliana y antiliberal, veía al individuo indisolublemente conectado con el Estado, muy lejos del hombre “abstracto” de la sociedad. Ilustración y filosofía liberal. “Una economía corporativista reconocería el carácter social de la producción, con la iniciativa individual regida por las necesidades sociales y los fines sociales” 14 , en el interés superior de la nación.

A diferencia de la opinión predominante que vincula el corporativismo con la tradición hegeliana y estatista, el historiador estadounidense James Gregor encontró en este enfoque un vínculo inesperado con la “Voluntad General” de Rousseau y con el papel del Estado en el campo de la educación ciudadana, de modo que las personas pueden expresarse con una voz colectiva (ver arriba, Capítulo 1). Este sistema educativo estatista haría que los individuos fueran lo más uniformes posible en sus valores y aspiraciones, de modo que se pudiera lograr una armonía de la voluntad general y tomar decisiones compartidas. La acción del gobierno simplemente ejecutaría esta voluntad general, en una especie de “democracia totalitaria”. 15 La visión rousseauiana de que la voluntad del pueblo no puede delegarse en el parlamento es fundamental para la visión corporativista del Estado y resurge en el populismo actual (capítulo 4).

La idea corporativista también es central en el pensamiento de Ugo Spirito, filósofo e ideólogo del régimen fascista: el mundo real, que “históricamente está evolucionando,... ha sido alejado por el economista de las circunstancias siempre cambiantes”. El agente económico ha sido visto como “una especie botánica naturalista: homo oeconomicus , natural y científicamente analizable”. “Contra la economía liberal queremos enfrentar a la economía corporativa. El primero dice que el hombre es todo lo que importa, y que la sociedad, o el Estado, es sólo una garantía para el individuo; el segundo establece que el individuo debe identificarse con el Estado, y que estudiar al individuo significa estudiar al Estado como organismo”. Como sello a estas palabras, la entrada de la Enciclopedia Treccani titulada “Fascismo”, firmada por Mussolini pero probablemente escrita por Giovanni Gentile, dice lo siguiente: “El que dice liberalismo significa individuo, el que dice fascismo significa Estado”. El resultado inevitable es que la distinción artificial entre lo que se concibe como “público” y lo que se concibe como “privado” en la economía nacional va a desaparecer.

Para tener un corporativismo realista fascista real, Spirito concibió un sistema de empresa que reemplazaría a la sociedad anónima liberal: una empresa donde desaparecería la distinción entre propiedad y gestión responsable y entre em-

presarios y trabajadores, en una comunidad que desaparecería. descansar en el interés colectivo, el esfuerzo colectivo, las recompensas colectivas. 17 Si esta posición puede interpretarse solo como una tapadera de los intereses industriales privados, es decir, como una forma de callar a la clase trabajadora, o como un paso hacia una economía socializada, si no socialista, es un tema sobre el que volveremos en la Secta. 3.2. Sin duda, había industriales que temían una evolución bolchevique guiada por los izquierdistas del régimen. Otros se quejaban —entre ellos— de que la ausencia de disturbios y huelgas obreras era una ventaja, pero tener que obedecer las directivas del régimen en sus proyectos industriales era frustrante. 18

Coherente con esta filosofía económica abiertamente antiliberal es la idea de un modelo específico de relación capital-trabajo dentro del Estado corporativo. Hemos visto anteriormente (Capítulos 1 y 2) cómo —para un economista clásico— el salario de equilibrio es el que corresponde a “algo más” que la manutención del trabajador; cómo —para un economista marxista, que se basa en fundamentos ricardianos— hay una identificación del salario con el valor total de lo que se produce (y el reclamo de un trabajador de la reapropiación de lo que se resta por la ganancia capitalista); cómo -para un liberal del siglo XX- el salario tiene que estar alineado con la competitividad de la empresa, o -según otros- ajustado, con la intervención del Estado, con la condición de inferioridad del trabajador frente al capitalista (ya que el poder de negociación de las partes sociales opuestas es diferente).

Por su parte, Rocco y Carli, cuyo objetivo es la “elevación de la clase obrera”, piensan que el salario de equilibrio se puede alcanzar a través de la “corporación” (“Nuestro viejo corporativismo” -escriben- que ha sido abrumado por la just-individualismo naturalista (ley natural), y por la revolución francesa). Los agentes de la economía nacional son solo dos: el Estado y el individuo, y este último, empleador o trabajador, tiene un mandato social, lo que significa que no opera en su exclusivo interés. 19 En consecuencia, los conflictos sociales, que expresan intereses específicos, deben superarse y conciliarse en interés de la nación. La lucha de clases existe, pero el sindicalismo marxista es “antinacional y antiestatal”.

Para prohibir la autodefensa de clase (podríamos decir: un sindicato independiente de trabajadores), es necesario establecer un sistema que lo haga imposible. Este sistema está conformado por dos instituciones: (1) Sindicatos que agrupan a empleadores y trabajadores: sólo este tipo de sindicatos, legalmente reconocidos y sometidos al control del Estado, pueden representar legalmente a todos los trabajadores y empleadores de una determinada industria / sector; (2) Contratos colectivos de trabajo: son estipulados por estos sindicatos y vinculan a todas las personas que pertenecen a ese sector, miembros y no miembros por igual: de hecho, el contrato colectivo encarna la solidaridad de todos los factores de producción y concilia intereses particulares opuestos. ,20). El contrato colectivo sería una solución interclasista a los conflictos laborales.

Estos conceptos están consignados en la Carta Laboral de 1927. 21 La nación

es una unidad ética, política y económica; es un cuerpo que está por encima de los individuos, singularmente tomados o agrupados, que son los componentes de la nación. Las corporaciones son órganos del Estado que constituyen la organización unitaria de las fuerzas productivas, cuyos intereses representan. ²² Estructuradas a lo largo de varias ramas productivas, las corporaciones son el lugar donde los grupos de interés, que en los sindicatos permanecen en líneas paralelas, pueden encontrarse y resolver sus diferencias. Las corporaciones tienen poderes tanto consultivos como normativos, por lo que pueden dictar reglas obligatorias sobre las relaciones laborales y la coordinación de la producción. La iniciativa privada es la más eficiente para atender los intereses nacionales, mientras que la intervención del Estado se da solo cuando falta la iniciativa privada o entran en juego los intereses políticos superiores del Estado. Los sindicatos patronales están obligados a estimular el aumento o elevar la calidad de la producción, disminuyendo los costos. Mientras que, en un régimen de libre competencia, el salario tiende al nivel de los costos de producción, en el régimen corporativo el trabajador puede obtener más pero no por encima del umbral más allá del cual otros resultarían perjudicados.²³ En opinión de Filippo Carli, el “salario corporativo” incorporaría componentes éticos e históricos, sea lo que sea que esto signifique.

Lo que surge del sistema corporativista es lo opuesto a una economía de libre mercado: un monopolio bilateral controlado por el Estado, en lo que respecta al mercado laboral; y un régimen oligopólico, con cárteles y consorcios, para la mayoría de los demás mercados.

Según estudios recientes, a través del sistema corporativista, la distribución del ingreso se hizo menos desigual; durante la Depresión de la década de 1930, los salarios reales estaban protegidos, aunque en una situación de disminución del empleo y la jornada laboral. “Se puede suponer razonablemente que, sin la protección de los contratos colectivos, las cosas podrían haber sido mucho peor para los trabajadores”. ²⁴

Diferentes interpretaciones del corporativismo

Como bien sabemos, el corporativismo no sobrevivió a la experiencia histórica de la Italia fascista. Sin embargo, fue otro giro, uno autoritario, el que dio el nacionalismo en el siglo pasado. Su interpretación puede resultar interesante para comprobar cómo algunas ideas de su organización económica y social siguen afectando a las filosofías económicas nacionalistas o social-liberales de nuestro tiempo. Su interpretación también es útil para verificar si existió una “política económica corporativa fascista”, como sugieren algunos estudios. ²⁵ Mencionaré aquí el punto de vista izquierdista y marxista; la visión dirigista y la visión tecnocrática. Más adelante, revisaré brevemente lo que quedó del corporativismo en la Italia posguerra y posfascista.

Según la primera interpretación, las grandes empresas (industria pesada y finanzas) apoyaron activamente al movimiento fascista y fueron el principal beneficiario del régimen, en un *do ut des* social contract, al mantener los salarios reales no por encima del nivel de subsistencia, ²⁶y por medidas proteccionistas. El corporativismo fue un instrumento para proteger los intereses industriales. La pequeña burguesía, atrapada en el medio entre la gran burguesía y el proletariado, fue víctima de la Gran Guerra, la inflación, la crisis del capitalismo y, por lo tanto, se frustró y se empobreció. Estas personas, sin embargo, no podían ir a la izquierda, su objetivo no era la “lucha de clases”; por el contrario, no querían perder su estatus social, aunque en su mayoría aparente; odiaban el desorden social y tenían un fuerte concepto de nación: “empobrecidos pero no proletarizados”. ²⁷ De nuevo en un *do ut des* bargain, el fascismo les dio una lira fuerte (hasta que duró) que benefició a las clases medias como rentistas, ²⁸y un Estado de Bienestar ampliado: el fascismo como alianza entre la gran y la pequeña burguesía. ²⁹ Su proclamada postura anticapitalista era simplemente demagogia. Y, por supuesto, el Estado ético era una ficción, si no una mera estafa, sobre los hombros de la clase trabajadora.

Michal Kalecki dio una explicación marxista del apoyo de las grandes empresas a las dictaduras fascistas y nazis. ³⁰ Escribe que, en un sistema capitalista de libre mercado, la oposición de la clase capitalista a la gran intervención estatal a través de políticas de gasto público se basa en tres razones: la aversión a la interferencia del gobierno en el problema del empleo; la aversión a las orientaciones del gasto público, que podría extenderse para incluir nacionalizaciones y provocar un desplazamiento de las inversiones privadas; y la aversión a los subsidios al consumo, que van en contra del principio moral de la ética capitalista de “te ganarás el pan con sudor”. Además y sobre todo, en una situación de pleno empleo así creada, la posición social del capitalista se vería socavada por la conciencia de la clase obrera, con huelgas y malestar social y tensiones políticas. Las dictaduras fascistas o nazis eliminan estas objeciones capitalistas poniendo la maquinaria del Estado bajo el firme control de las grandes empresas: la disciplina en las fábricas y la estabilidad política se mantienen con el “nuevo orden, que va desde la supresión de los sindicatos hasta la campo de concentración. La presión política reemplaza la presión económica del paro”.³¹

En cuanto al dirigismo, Ugo Spirito señaló que la economía política del régimen, liberal en su primera fase, luego Estado-socialista en la segunda (cuando los rescates de los grandes bancos fueron decretados por el Estado), se movió en la dirección del “corporativismo integral”. “, Concepto que va “ mucho más allá del liberalismo y el socialismo ”, a través de un alejamiento crítico de la idea liberal del individuo libre, llegando a la identificación de individuo y Estado. El corporativismo resolvía la contraposición del capital y el trabajo mediante su unificación en el interés superior del Estado. ³² El hecho de que cualquier distinción entre propietarios, empresarios y trabajadores se derritiera en un sistema de intereses y recompensas colectivas, explica los temores, antes mencionados, de importantes líderes industriales de que el corporativismo pueda evolucionar hacia una especie de bolchevismo. Aunque, de hecho, las corporaciones fascistas

aparecieron más cerca de los intereses de los empresarios, el resultado fue un foro de “concertación entre productores” 33, una especie de burocratización de la economía.

La visión tecnocrática es un derivado de la interpretación dirigista, en el sentido de que también se basa en una fuerte participación del Estado en la economía. Enfrentado a problemas urgentes y sistémicos, Mussolini se limitó a hablar de labios para afuera al corporativismo y, además, dejó de lado al partido fascista, desconfiando de la competencia y temiendo la “rivalidad de los caciques despreocupados de su partido”. 34 Trasladar el foco del proceso de toma de decisiones a la persona del propio “Il Duce”, tuvo como consecuencia el surgimiento de un grupo de tecnócratas, a menudo personalidades destacadas, vinculados sólo en parte al partido fascista. La perspectiva tecnocrática tiene su expresión institucional en la creación de más de 300 enti pubblici (organismos cuasi estatales), según un nuevo modelo de organización de una administración pública seccional. 35

Estos dos últimos puntos de vista, tomados en conjunto, ven el corporativismo como una “tercera vía” entre el liberalismo económico y el socialismo. Pueden reconectarse a una línea de pensamiento italiana específica, de “economía civil”, que se remonta al pensamiento de la Ilustración (Genovesi, Filangieri) hasta Giuseppe Toniolo y FS Nitti. Siguen un paradigma de bienestar común, cooperación interclasista, distribución de ingresos más equitativa, gran intervención estatal. El homo corporativus respondería a los objetivos de reequilibrar los intereses de las diferentes clases sociales y perseguir una “economía mixta”.

En cuanto a la supervivencia de las ideas corporativas en la república italiana de la posguerra, es posible decir que el énfasis en el trabajo como pieza central del sistema económico todavía es bien visible: la constitución italiana, en su primer artículo, establece que “Italia es una República fundada en el trabajo”; Además, el sistema de contratos colectivos sigue vigente. Sobre la intervención del Estado en la economía, hay que tener en cuenta que esas entidades cuasi estatales e instituciones financieras encarnaban, más que la idea de un Estado corporativo, un mecanismo de desarrollo económico apoyado en una élite tecnocrática apolítica. Incluso si este método no fue inmune a la intromisión, las prácticas colusorias y las presiones políticas sobre los organismos “independientes”, el marco institucional era sólido y, de hecho, duradero, sobrevivió a la caída del fascismo y, nuevamente, caracterizó varias décadas de la recién nacida República Italiana y su economía. Lo que definitivamente terminó con la caída del fascismo fue la actitud proteccionista. La Italia de la posguerra abrió sus fronteras a la competencia internacional: desde este punto de vista, el corporativismo estaba definitivamente muerto.

Cabría preguntarse si en la Alemania nazi ocurrió una experiencia similar al corporativismo italiano. La respuesta probablemente sea negativa, y la experiencia corporativista siguió siendo un producto típico italiano. En el mismo período de tiempo, el ordoliberalismo representó en Alemania el verdadero desarrollo intelectual nuevo en el campo de la filosofía económica. Y si existía un vínculo

entre el profundamente antiliberal Carl Schmitt y el ordoliberalismo (véase el capítulo 2), no se puede encontrar tal vínculo entre él y el fascismo italiano. “El fascismo, en pos de objetivos antidemocráticos, prefiere apoyarse en el apoyo ideológico del Actualismo de Giovanni Gentile y en el Estado ético, mucho más comedido y tranquilizador que el vertiginoso y extremista pensamiento schmittiano”. 36

Filosofía económica marxista después de Marx: sin cambios

Entre las filosofías y teorías económicas por un lado, y las instituciones y políticas económicas por el otro, ha existido constantemente una relación bidireccional. En los capítulos anteriores hemos visto cómo el liberalismo influyó profundamente en la política y la economía entre los siglos XIX y XX, siendo a su vez afectado por los dramáticos acontecimientos de la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión, y por los logros del socialismo y el nacionalismo en el primeras décadas del XX.

En cuanto a la doctrina marxista: ¿tuvo, en el transcurso del siglo pasado, algún tipo de evolución, particularmente a la luz de las tendencias de la economía soviética, es decir, del país que quiso incrustar la idea misma de sus engendrados? Parece que durante mucho tiempo los economistas marxistas no dedicaron muchos esfuerzos a desarrollar la visión marxista más allá de lo que surge de los trabajos de Marx y Engels, y a ajustar esta visión a las circunstancias cambiantes del mundo real, tanto del libre mercado como del socialismo. economías.

El socialismo —en su versión marxista— siguió siendo en el siglo XX una ideología estática, en comparación con el dinamismo del liberalismo, agitado en diferentes direcciones por un continuo replanteamiento intelectual de visiones anteriores o en competencia. Se pueden mencionar algunos factores al respecto.

La ausencia de una actitud autocrítica similar se debe, al menos en parte, a que el marxismo es una doctrina en el sentido estricto de la palabra: el materialismo histórico es una interpretación de la realidad social y económica que no admite desviaciones, no a mencionar perspectivas alternativas. Al leer a los economistas marxistas, incluso a los más abiertos a una visión benévola, aunque crítica, del pensamiento liberal (de los economistas de la escuela clásica, en particular), no se puede evitar la impresión de que, para ellos, la doctrina de Marx tiene un contenido realmente sagrado. es un “credo”, casi un acto de fe: las desviaciones son actos para ser estigmatizados.

Durante la década de 1930, cuando las principales economías capitalistas seguían estancadas tras la Gran Depresión, mientras la Unión Soviética disfrutaba de una fase de crecimiento relativamente benigna e ininterrumpida, Sidney y Beatrice Webb elogiaron al comunismo como una nueva civilización: “Esta transformación fundamental de El orden social —la sustitución de una producción

planificada por el consumo comunitario, en lugar de la obtención de beneficios capitalista de la llamada "civilización occidental" - me parece [sic] un cambio tan vital para mejor, tan propicio para el progreso de la humanidad a un nivel superior de riqueza y felicidad, virtud y sabiduría, como para constituir una nueva civilización ". Y el comunismo no les parecía tan alejado de los valores cristianos, porque las nuevas instituciones "no eran contrarias a la filosofía viva de la religión cristiana". 37 Los líderes políticos de las democracias capitalistas —añadieron— consideraban esa filosofía como la piedra angular de la sociedad, pero de hecho estaba muy lejos del impulso fundamental de una sociedad lucrativa. 38

Los Webb a veces son vistos como "idiotas útiles de Stalin", pero esto es lo que un filósofo liberal como Bertrand Russell escribió en 1920: "Las ideas fundamentales del comunismo no son de ninguna manera impracticables y, si se hicieran realidad, se sumarían incommensurablemente al bienestar". ser de la humanidad ". 39

Se puede dar otra explicación de la inflexibilidad de la doctrina marxista incluso en términos de una perspectiva marxista. Da una importancia esencial a la "estructura" de la sociedad, en contraposición a su "superestructura" (ver Capítulo 1): se podría argumentar que el pensamiento marxista fue —ha sido— incapaz de adaptarse a los cambios ocurridos a lo largo del tiempo en la estructura misma de la sociedad capitalista, es decir, en sus modos de producción. Estaban cambiando en muchos aspectos: en la tecnología en profunda evolución, en las relaciones de capitalistas, gerentes y trabajadores, en estructuras de mercado, en la importancia relativa de diferentes sectores de la economía y clases sociales. Con referencia específica a la naturaleza de la empresa capitalista, la pieza central del sistema capitalista, Schumpeter argumentó que "el proceso de cambio industrial no fue entendido correctamente por Marx ... con él, el mecanismo [del cambio industrial] se resuelve en mera mecánica de masa de capital. 40

Otro aspecto de las estructuras capitalistas no considerado por Marx fue señalado más tarde por dos economistas marxistas, Baran y Sweezy. Observaron que Marx había centrado su atención en una estructura del capitalismo que ya estaba desactualizada en el momento de escribir este artículo: "Marx trató a los monopolios como restos del pasado feudal y mercantilista", y vio la competencia como la forma predominante de mercado en el siglo XIX. Gran Bretaña del siglo. Pero "ellos [los monopolios] se estaban convirtiendo en una característica permanente del sistema; y también sus sucesores [de Marx] no lograron explicar o, a veces, ni siquiera reconocer su existencia". 41 Estas empresas a gran escala, solo por su participación significativa en la producción de una industria, como empresas monopolísticas u oligopólicas, generan una estructura ascendente de precios y un control total de los volúmenes de producción e inversión, de una manera que es "nada menos que devastadora al capitalismo como orden social racional", 42 y en contradicción con la estructura de precios que emerge de un régimen de competencia perfecta inexistente. El capitalismo monopolista genera así una tendencia al excedente, definido como "la diferencia entre lo que

la sociedad produce y el costo de producirlo” 43-levantar. Sin embargo, según Baran y Sweezy, la estructura del capitalismo no cuenta con un mecanismo adecuado de absorción de excedentes, carencia que es estadísticamente visible en las cifras de desempleo y subutilización de los recursos disponibles. Esto, a su vez, es causa de estancamiento, solo contrastado, hasta ahora, por innovaciones técnicas y políticas militares e imperialistas que hacen época. 44

El tema de las estructuras monopolísticas del capitalismo es una constante del pensamiento marxista, pero fue Schumpeter (del que Sweezy había sido asistente de investigación en Harvard), quien en su *Capitalismo, socialismo y democracia* 45 negó la relevancia de la competencia para que floreciera el capitalismo, y más bien atribuido a la “destrucción creativa”, promulgada a través de empresas a gran escala, su fuerza continua (véase más adelante, sección 3.7).

Más adelante desarrollaremos este tema de los “modos de producción” en constante evolución, pero por el momento basta con observar que, a pesar de esta evolución, un marxista podría poner en evidencia que una contraposición esencial y continua de intereses entre el propietario y el trabajador todavía está presente en una sociedad capitalista. El peso cambiante de los empresarios y propietarios dentro de la empresa, el desplazamiento tecnológico de la mano de obra por maquinaria, la ampliación del sector de servicios, la capacidad de los trabajadores para iniciar negocios propios, “la conversión de trabajadores inseguros en consumidores confiados” no serían suficientes deshacerse de una lucha esencial de clases sociales. 46

Esta importancia de la evolución de la “estructura” no fue apreciada por Marx. Además, si la crítica de Marx a la producción capitalista tenía sus defectos, la forma en que la estructura productiva operaría concretamente en una sociedad socialista escapaba a su atención. Un economista marxista observó que “los fundadores del socialismo científico, Marx y Engels, dedicaron todos sus esfuerzos al análisis de la economía capitalista. Hicieron solo unas pocas observaciones muy generalizadas sobre la economía socialista. Por principio, se negaron a profundizar en el problema, por miedo a resultar más utópicos que científicos”. 47

Esta visión escatológica y determinista fue quizás una de las razones por las que el proceso de transición del capitalismo al socialismo, que fue abrupto en Rusia, no solo en términos de tiempo, fue descuidado como campo de investigación. La fase inicial, el “comunismo de guerra” bolchevique, fue la introducción más dura, y lejos de ser gradual, de una sociedad socialista, seguida de una reversión igualmente abrupta a la política opuesta, la Nueva Política Económica-NEP, a su vez abolida después de pocos años. . Además, los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar en 1917 habían ocurrido en un país cuya estructura social y económica estaba lejos de la que Marx imaginaba como un entorno maduro para un resultado revolucionario exitoso. 48La revolución socialista se logró, en pocos meses, antes de lo esperado por Marx, y en un país aún lejos de la fase industrial del capitalismo avanzado. Según él, un requisito previo para el levantamiento socialista era una estructura industrial suficientemente desar-

rollada y un proletariado motivado y consciente de sí mismo: condiciones muy alejadas de las que prevalecían en la Rusia zarista. Esta circunstancia complicó especialmente los problemas organizativos de la transición al socialismo.

La cuestión principal para los economistas marxistas, en el territorio realmente inexplorado de alternativas políticas y económicas que se abría ante ellos, era si, y en qué medida, las “leyes” económicas de una sociedad capitalista serían válidas en un sistema socialista. Sus reflexiones estaban constreñidas por el marco intelectual establecido por Marx, pero no podían permanecer ajenas a la situación real de la economía soviética en el momento de su redacción. Recién en la segunda mitad del siglo XX surge un replanteamiento de la doctrina marxista. “Al igual que en el siglo XVIII, un cambio radical en la organización socioeconómica está generando un cambio radical en la naturaleza y función de la economía”, escribió un economista marxista, Ronald Meek, en 1964. 49 Este replanteamiento se consideró necesario para tener en cuenta la creciente debilidad estructural de la economía soviética.

La doctrina socialista marxista permaneció desconectada de la conducción concreta de la política económica soviética. Como escribió Edward Carr: “El cumplimiento de las promesas escatológicas del marxismo se retrasó, como la Segunda Venida, mucho más allá de las expectativas originales de los fieles”. 50 En particular, la política evolucionó en líneas que tenían más que ver con la evolución de las circunstancias políticas y económicas. De hecho, la política soviética se ha comparado con la conducción de una economía de guerra de un país capitalista. Esencialmente, esta evolución de la política siguió fuerzas endógenas destinadas a construir un poder nacional durante muchas décadas a través de una economía dirigida planificada, basada en una intervención generalizada del Estado, la propiedad pública de los medios de producción, el monopolio del comercio exterior: “El socialismo en un solo país”, según la teoría de Stalin y Bukharin, más que un diseño coherente, de una revolución permanente y universal, como la concibió Marx. 51

Esta dicotomía entre una ideología intransigente y la evolución concreta de las políticas soviéticas a lo largo de los años está bien ilustrada por un observador comprensivo, Rudolf Schlesinger, quien escribe en 1947: “Puede ser irrazonable esperar que los líderes de la URSS declaren abiertamente que ha habido. Ha sido un cambio bastante natural, no solo de la política, sino incluso de las ideas dominantes desde los días de 1917. De modo que el público en el extranjero se enfrenta a dos afirmaciones contradictorias: la de los críticos (principalmente de Trotskyte) de que el régimen soviético ha abandonado sus objetivos originales y concepciones [y] ha degenerado, y la del propio régimen que no sólo sostiene que ha sido fiel a esas concepciones originales, sino que para probar su caso incluso intenta interpretar su pasado a la luz del presente”. 52

En la misma línea, dentro de este marco de economía dirigida, “ha habido una serie de economías soviéticas a lo largo de los años, cada una significativamente diferente de las demás”. La organización de la economía cambió en consecuencia, mientras que “la ideología comunista [fue] interpretada y reinterpretada para

justificar estos cambios organizativos". 53

En resumen, el gobierno soviético trajo producción en masa y ejércitos en masa, aumentó la educación, creó mejores oportunidades para las mujeres, pero también, en una especie de cuenta de pérdidas y ganancias, provocó fallas en los campos de una mejor productividad y un mayor bienestar y, lo que es más importante, pérdidas profundas en términos de hambrunas, asesinatos en masa, uso de trabajo forzoso.

En cuanto al crecimiento real del PIB, si comparamos, con todas las incertidumbres de este tipo de comparaciones, los niveles del PIB en 1913, 54 poco antes de la guerra y la Revolución, y en 1991, al final de la Unión Soviética, el PIB se situó en 1991 en poco más de 8 veces el nivel de 1913. En el mismo período, la economía de Estados Unidos creció más de 11 veces. El PIB estadounidense en 1913 era 2,2 veces mayor que el ruso; en 1991, era 3,1 veces mayor. Desde este punto de vista, el intento soviético de alcanzar y vencer al país archienemigo estuvo lejos de ser exitoso. Pero si limitamos nuestra comparación al período 1913-1939 (año del estallido de la Segunda Guerra Mundial), la conclusión es diferente, porque la divergencia en tamaño de las dos economías se redujo, con respecto a 1913, aunque ligeramente, a 2 solo veces. Este estrechamiento de la divergencia puede explicarse, al menos en parte, por el colapso de la economía estadounidense durante la década de 1930: -29% entre pico y valle, 55

Las principales fases de la evolución de las políticas económicas soviéticas en los 74 años de su poder, desde la revolución de 1917 hasta su colapso en 1991, se pueden resumir de la siguiente manera. 56

Los bolcheviques en el poder

Después de sus promesas hechas durante la revolución, Lenin, en 1917, arrasó con las propiedades de los terratenientes, dando legalidad a la apropiación espontánea de tierras campesinas y sancionando así la expansión de la propiedad privada, en un movimiento no marxista. Pero, en presencia de una grave hambruna y de una fuerte reacción antisoviética (los Ejércitos Blancos y la guerra civil que siguió), cualquier intento de colaborar con lo que quedaba de la clase capitalista llegó a su fin, y el sistema de "comunismo de guerra" Se introdujo poniendo a todos y todo al servicio de la lucha del Estado por la supervivencia militar y económica: se nacionalizaron todas las fábricas y el comercio se convirtió en monopolio estatal; el funcionamiento del mercado basado en el uso del dinero se vio perturbado en gran medida. Un sistema de trueque, salarios pagados en especie, requisa forzosa caracterizó la fase del Comunismo de Guerra.

La NEP

En 1921, el comunismo de guerra fue descartado por Lenin quien, en un cambio total por supuesto, introdujo la Nueva Política Económica-NEP, que aprobó y

alentó el interés propio como un incentivo para la actividad económica, buscando restaurar formas de libre mercado. “Sin capitalistas, pero con la legislación laboral más progresista del mundo, las fábricas estatales funcionaban mejor que en manos privadas”. Esta política dio resultados notables, aunque sólo en 1928 el PIB de la URSS alcanzó su nivel de preguerra. 57

La era de Stalin, y luego Jruschov: una gran acumulación de capital

Tras la muerte de Lenin en 1924, Trotsky y el ala izquierda del partido se opusieron enérgicamente a la NEP, instando a que se volviera a la planificación económica plena y a la rápida industrialización inducida por el Estado. La elección fue por una alta tasa de acumulación y, en consecuencia, por una fuerte contención del consumo. Los campesinos, la gran mayoría del país, soportarían el peso de esta industrialización mediante una compresión de sus salarios reales. Las políticas de derecha, que ponían el acento en el sector agrícola, fueron derrotadas, y bajo Stalin, que había triunfado contra Trotsky en la lucha por la sucesión de Lenin, el recién mencionado proceso de fuerte industrialización se reanudó con venganza, también en vista de lo que se consideraba un conflicto internacional inminente e inevitable. La inversión en bienes instrumentales para la industria fue una prioridad,

Stalin definió la planificación como “no previsiones, sino instrucciones”. El órgano central de planificación fue la Gosplan (Comisión Estatal de Planificación), a cargo de la administración del sistema de precios y la definición de metas de producción física. Los gerentes de las empresas estatales eran responsables ante el Estado, no ante los clientes, siendo incentivados por los volúmenes de producción, no por los costos. El potencial de producción se definió por el stock de capital fijo y la disponibilidad de capital circulante y mano de obra, no por la minimización de costos. Los precios fueron fijados por la autoridad de planificación en relación con los salarios, de tal manera que se lograra la plena utilización de las plantas (por lo tanto, el problema keynesiano de la “demanda efectiva” se consideró inexistente). Los objetivos de volumen y la fijación de precios por parte de los planificadores llevaron a la exageración del desempeño de las empresas o la escasez y las colas de clientes.

La propiedad de la tierra se colectivizó ampliamente desde la década de 1930 (cooperativas como koljós, granjas estatales como sovjós). También con un impulso de la tecnología occidental, la producción industrial aumentó sustancialmente durante la década de 1930. Como se mencionó anteriormente, la Unión Soviética escapó de lo peor de la Gran Depresión que asoló a la mayoría de los países occidentales. 58 Al estallar la guerra, en 1939, el PIB soviético se situó en un nivel alrededor de un 85,5% más alto que en 1928, un logro notable.

Después de las penurias de la Segunda Guerra Mundial, se reanudó la rápida expansión de la economía, favorecida por muchos años de tranquilidad interna

y paz internacional. La Unión Soviética, como otros países de libre mercado, se recuperó de la guerra con relativa rapidez, a alturas de desarrollo económico nunca antes vistas en la historia de ese país.

El gobierno se basó, como antes de la guerra, en el crecimiento de la producción industrial pesada más rápido que la producción de bienes de consumo; se siguió haciendo hincapié en la defensa y las inversiones de capital.

Si bien, hasta la muerte de Stalin en 1953, el aumento de la producción se debió principalmente a un aumento en la cantidad de recursos dedicados a la producción, de 1953 a 1961 hubo un aumento notable en la productividad. “Un tema importante en la planificación soviética y la exhortación pública [se convirtió en] la necesidad de aumentar la productividad de la mano de obra y otros recursos”, 59 mediante la mejora de la tecnología y el uso generalizado de planes de pago de incentivos para los trabajadores.

Desde 1955 hasta su desaparición en 1964, Jruschov dio un nuevo impulso a la economía, tratando de alcanzar un mejor equilibrio entre la producción de bienes industriales y de consumo. Sin embargo, dado el énfasis en la inversión y los bienes de inversión, el porcentaje de bienes de consumo continuó disminuyendo (aún en la década de 1980, la capacidad militar de la Unión Soviética, construida sobre un fuerte complejo industrial orientado a las armas, seguía siendo desproporcionada con respecto a su tamaño económico). . Jruschov también incentivó al sector agrícola, afirmando que la lucha contra el capitalismo occidental no debía ganarse mediante la guerra, sino mediante una carrera de productividad que daría a los rusos un nivel de vida más alto, mientras que gran parte del sistema estalinista de coerción de los trabajadores soviéticos. fue desmantelado.

Acumulación intensiva de capital. Desacelerar

Desde finales de la década de 1960, la economía sufrió un agotamiento de las reservas de trabajadores agrícolas y de recursos naturales. La política económica se desplazó hacia una acumulación intensiva de capital, encaminada a minimizar los costos y aumentar la eficiencia. Este esfuerzo fue sustancialmente infructuoso, debido a los retrasos tecnológicos y la militarización de la economía que llevaron a una especie de confiscación de la innovación por parte de la industria militar. Al mismo tiempo, se produjo un deterioro de la disciplina obrera, alentado por un proceso de desestalinización, un sistema político más abierto y la presión salarial proveniente de una situación de pleno empleo. Abandonando los esquemas anteriores de una economía controlada aislada, el comercio exterior —durante un tiempo un sector relativamente menor de la economía— aumentó, con las exportaciones impulsadas por el petróleo y el gas, y las armas.

Perestroika

Gorbachov, secretario general del partido desde 1985, tenía dos objetivos: reactivar la economía y elevar el nivel de vida de la población. Comenzó por suavizar la planificación central, por la descentralización de las decisiones y la participación de los trabajadores en la gestión empresarial. Algunas leyes deben citarse como particularmente relevantes: la ley sobre la actividad laboral individual de 1986, que inició un sector privado efectivo de la economía; la ley de empresa estatal de 1987, que otorgó autonomía a las empresas estatales, haciendo los planes centrales indicativos y no obligatorios. El sistema de precios dejó de estar controlado por el Gosplan, moviendo la economía hacia un mecanismo de mercado; al mismo tiempo, se buscó una integración más profunda con el comercio mundial. La disminución de la disciplina en el sector laboral se combatió introduciendo la autogestión de los trabajadores, pero eso no fue suficiente: las huelgas continuaron y la inflación creció. La ley de Cooperativas de 1988 favoreció el desarrollo de una clase directiva que realmente se comportó según los mecanismos de una economía capitalista, y la extensión de su actividad de la economía real a la intermediación financiera marcó un paso más hacia una economía de mercado. Con una ley de 1988, también se descentralizó el comercio exterior.

Una clase de administradores prósperos de empresas sustancialmente privatizadas (los “oligarcas”) “desempeñaron un papel central en el colapso de la URSS al financiar la coalición procapitalista y profundizar los desequilibrios económicos”. Los enormes desequilibrios en la estructura salarial y en las cuentas exteriores, que agotaron las reservas de oro y divisas de la Unión Soviética, fueron el golpe final para la Unión, que llegó a su fin el 25 de diciembre de 1991. Después del colapso, esa clase de gerentes habría aprovechó en gran medida las terapias de choque de la Rusia postsoviética en la década de 1990.

Ajustar e interpretar a Marx

El problema del “cálculo económico”, es decir, asegurar el equilibrio entre la disponibilidad y el uso de cualquier bien a través de un mecanismo de mercado, no fue examinado adecuadamente por los planificadores soviéticos. Esta atención inadecuada era coherente con un sistema económico que, en perspectiva, haría del mecanismo de precios un instrumento obsoleto. Sin embargo, cabe señalar que los planificadores eran conscientes de este problema. El propio Stalin hizo dos comentarios relevantes en un pequeño libro, en 1952 60 :

- la nacionalización total no sería posible en la agricultura, donde “las granjas colectivas deberían [más bien] colocarse sobre la base técnica moderna de la producción a gran escala, no expropiarlas, sino al contrario suministrarlas con tractores de

primera y otras máquinas”. Esto implicaría la coexistencia de industrias estatales en las ciudades y granjas cooperativas y colectivas en el campo. Entre estos dos sectores, “el intercambio por compra y venta [es decir, un mecanismo de precio de mercado] debe preservarse durante un período determinado, siendo la forma de vínculo económico con la ciudad la única aceptable para los campesinos. Y el comercio soviético, las granjas estatales, cooperativas y colectivas, debe desarrollarse al máximo, y los capitalistas de todo tipo y descripción [es decir, propietarios privados de los medios de producción] deben ser desterrados de la actividad comercial”.⁶¹

- “Por supuesto, cuando en lugar de dos sectores productivos básicos, el sector estatal y el sector agrícola colectivo, haya un solo sector productivo que lo abarque todo, el derecho a disponer de todos los bienes de consumo producidos en el país, la circulación de mercancías, con su ‘economía monetaria’, desaparecerá, como elemento innecesario de la economía nacional”.⁶²

En dos sectores el mecanismo de precios de mercado seguiría funcionando, al menos por un tiempo y aunque dentro de una economía planificada: el mercado de bienes de consumo (donde los consumidores tenían libertad para elegir bienes en los que gastar sus ingresos), y las relaciones de cambio entre ciudades y campo (donde operaba el intercambio entre industrias estatales y granjas cooperativas). Habría sido, según Stalin, un error si la apresurada abolición de los precios de mercado contribuyese a agravar los problemas de sobreproducción y escasez antes mencionados.

El rígido marco de la doctrina marxista permaneció indiscutido hasta que aparecieron algunas grietas graves en la organización y conducción de la economía soviética.

Puede resultar interesante comparar tres enfoques sucesivos del marxismo de Maurice Dobb, Oskar Lange y Ronald Meek. El enfoque de Dobb que consideramos aquí está relacionado con la situación de la década de 1930, cuando el avance de la economía soviética continuó, relativamente sin ser perturbado por la larga Gran Depresión del mundo capitalista. El proceso de acumulación de capital, favorecido por una gran disponibilidad de recursos y mano de obra, es el trasfondo de la teorización de Dobb. Quiere destacar algunos puntos: el hiato entre los sistemas capitalista y socialista, que es imposible de cumplir con un ajuste del primero, y menos en sentido contrario; la contraposición de la coordinación *ex ante* de la actividad económica bajo el socialismo, y la única coordinación *ex post* inadecuada del sistema de mercado; y el hecho de que la cuestión de la distribución de la riqueza se elimina de raíz en un sistema socialista, al resolver el antagonismo de las clases sociales en competencia. El segundo, de Lange, de finales de la década de 1950, puede leerse frente a las próximas

dificultades económicas que surgieron bajo el liderazgo de Jruschov. Lange se ocupa de los continuos conflictos sociales a pesar de la abolición de las clases sociales, la relevancia, incluso en una sociedad socialista, del concepto de “valor” económico, a evaluar en términos monetarios, y la necesidad de descentralizar las decisiones económicas. El tercero, de Meek, de los años sesenta, es una especie de invitación a repensar en términos similares los problemas económicos que enfrentan los países socialistas y liberales “occidentales”: al mismo tiempo, una negación implícita del hiato mencionado por Dobb en el 1930,

Escribe Dobb, en 1937: “El crecimiento de la economía soviética en los últimos años, además de su capacidad para mantener una tasa de expansión constante ‘boom’ durante una década, los esfuerzos de construcción a gran escala que ha logrado y su sustitución de un estado de escasez de excedentes en el mercado laboral, no sólo han despertado el interés, el estudio y la polémica, sino que han proporcionado una base de comparación concreta que antes faltaba”. 63

La coordinación directa de las partes constitutivas del sistema nunca puede lograrse en una sociedad capitalista, “debido a los derechos de propiedad atomísticos sobre los que [este] sistema descansa”. 64 En el campo de las inversiones, en un sistema capitalista el acto de invertir está guiado por las expectativas de ganancia, y estas se ven afectadas, además de la demanda esperada del producto y la innovación técnica futura, por factores que el emprendedor es mayoritariamente ignorante: rival actos de inversión, actos de inversión complementarios a los propios, monto de ahorros e inversiones en todo el sistema, acumulación futura de capital. Estos dos últimos son de gran importancia y los menos comprendidos, pero en un sistema socialista se convierten en un problema de reparto del trabajo entre varios tipos de producción: la decisión relativa la toma una sola autoridad, para evitar la inconsistencia provocada por la independencia de decisiones separadas. . Presumiblemente,

En una economía capitalista, las “leyes” tienen la forma de afirmar que, dadas ciertas condiciones de naturaleza y técnica y ciertas preferencias de los consumidores, los productores se comportarán siguiendo ciertas relaciones de valor. En una economía socialista, su guía será comportarse de acuerdo con un propósito determinado. Esto debe verse como un postulado, aunque no arbitrariamente determinado sino condicionado por el nuevo tipo de organización social y seleccionado en función de la situación concreta. Dado ese postulado (propósito), la ley económica ya no será la ley ricardiana / marxista del valor del trabajo.

En una sociedad de clases, la acumulación de capital está sujeta a un límite que la retarda, el límite es la resistencia a acercarse a una condición de pleno empleo en el mercado de trabajo, porque el aumento salarial encoge la plusvalía del capitalista. Una sociedad socialista supera el problema de la distribución del excedente: ya no es necesaria ninguna investigación ética sobre esta distribución, gracias a la abolición del beneficio capitalista. En una sociedad socialista, la ganancia deja de ser una categoría de ingresos (el único ingreso es el ingreso salarial) y un incentivo económico, y el único incentivo presumiblemente será aumentar los salarios en mayor medida: el límite lo establecen únicamente los

poderes y consideraciones productivas existentes. de futuros equipos productivos. “Esto es —concluye Dobb— marchar en la mejor tradición de Economía Política”. sesenta y cinco

Esta visión intransigente da paso a una perspectiva más matizada en las reflexiones del economista polaco Oskar Lange, a finales de la década de 1950. Después de la muerte de Stalin y el acceso al poder de Jruschov, escribiendo en 1959 muestra la dificultad que enfrenta la economía soviética para ir más allá de las rigideces anteriores de una economía dirigida y adaptarse a las necesidades emergentes de una sociedad en evolución. .

Los conceptos más relevantes que surgen de la reflexión de Lange parecen ser los siguientes: la persistencia de conflictos sociales en una economía socialista entre diferentes “estratos” sociales más que entre “clases”; la perdurable relevancia de la “ley” ricardiana / marxiana del valor del trabajo y de los valores expresados en términos monetarios; la necesidad de fortalecer el autogobierno y los incentivos a la producción en las empresas, para lograr eficiencia y evitar la burocracia.

Por supuesto, esto puede ser cuestionable. La sustitución del término “estrato” por “clase” significa que no hay dueños de la estructura productiva en una sociedad socialista. Pero la falta de incentivos a las ganancias significó agregar más burocracia que eficiencia (como demuestra ampliamente la evolución de la economía soviética antes mencionada).

El discurso de Lange se realiza en el marco de la doctrina marxista y su lenguaje típico, y teniendo en cuenta las observaciones de Stalin mencionadas anteriormente en esta sección. 66 Observa que es incompatible con la teoría marxista creer que el advenimiento del socialismo ha resuelto todos los problemas de la nueva organización social y económica, como si todas las contradicciones sociales en la vida humana desaparecieran automáticamente en una sociedad socialista. El advenimiento del socialismo no es la “realización del Reino de Dios”. 67 Lange añade que cualquier generalización teórica debe tener en cuenta no solo la experiencia acumulada madurada en décadas anteriores en Rusia, sino también las vicisitudes más recientes de otros países socialistas europeos y China.

Siguiendo la doctrina del materialismo histórico, Lange analiza las contradicciones marxistas (contradicciones entendidas como una incompatibilidad creciente en el tiempo entre magnitudes económicas e instituciones) que son la fuerza motriz del desarrollo social. Son dos:

- el primero surge entre el desarrollo de las fuerzas productivas —trabajo empleado en un mecanismo de producción, combinado con recursos según el estado del conocimiento técnico— y la lucha de clases que caracteriza las relaciones de producción entre obrero y capitalista;
- el segundo es la contradicción entre los modos de producción relacionados con cada tipo de organización social (esclavitud,

feudalismo, capitalismo, socialismo, comunismo) y la superestructura de la economía, como sistema jurídico y político levantado sobre un modo de producción específico, con su correspondientes formas de vida social, política e intelectual. 68

La primera contradicción en una sociedad capitalista aparece en las relaciones de producción, tomando la forma de una lucha de clases de intereses opuestos de trabajadores y capitalistas; en una sociedad socialista, en ausencia de capitalistas, desaparece como tal. Pero el problema reaparece con la segunda contradicción, en cuanto al ajuste de la superestructura a los nuevos modos y relaciones de producción. En este proceso de ajuste, los intereses de los diferentes grupos sociales existentes en la superestructura - que, como se mencionó anteriormente, Lange llama “estratos sociales” para diversificarlos de las “clases sociales” - pueden chocar, por ejemplo con referencia a métodos de economía. gestión u organización política. Derrotando los intereses creados en la superestructura, aún persistentes a pesar de la abolición de las relaciones capitalistas de producción,

En cuanto a las leyes económicas, Lange —confirmando, nuevamente, la visión de Stalin— desconoce la opinión de muchos marxistas (Rosa Luxemburg, Nikolaj Bukharin entre ellos) que piensan que la economía política, como ciencia del capitalismo, no necesita sobrevivir en una sociedad socialista. Al tomar distancia de Dobb, Lange escribe que las leyes económicas todavía existen, con la única diferencia de que deben expresar el funcionamiento de una sociedad diferente y libre, la socialista. La ley económica que organiza el sistema económico depende de las relaciones de producción existentes. Bajo el capitalismo, esas relaciones se basan en la contradicción entre clases sociales, y la propiedad privada de los medios de producción existe para el beneficio del propietario; el modo de producción socialista vence que la lucha y la propiedad existen para la satisfacción de las necesidades humanas.

Además, en una sociedad socialista las leyes del valor y la circulación monetaria continúan operando para determinar el precio de las mercancías que se intercambian entre diferentes propietarios. Hay diferentes formas de propiedad socialista, no solo una, que es la propiedad nacional. Una sola propiedad nacional (un sector estatal que incluyera a todos) podría haber sido posible si la economía rusa hubiera sido una economía capitalista bien desarrollada; pero la necesidad de mantener un sector no estatal de la economía surge del hecho de que la afirmación del socialismo ocurrió en una sociedad capitalista no completamente desarrollada, donde aún sobrevivían formas de producción no capitalistas (como la producción de pequeñas mercancías a través de cooperativas). Estas condiciones históricas particulares hacen oportuno no pasar directamente a la propiedad nacional. Además,

Pero, ¿cómo se intercambian las mercancías dentro de los sectores nacionalizados, es decir, sin un cambio de propiedad? Las transferencias dentro de los sectores nacionalizados se tasan por imputación. Es “un proceso contable refle-

jado hacia atrás a los medios de producción que se utilizan para producirlos” 69 [los bienes que realmente se intercambian]. Mientras funcione esta ley, una junta de planificación socialista podría usar el precio resultante para ingresar los precios apropiados para los bienes de capital producidos e intercambiados en los sectores nacionalizados. Usando esta “imputación”, los planificadores socialistas podrían construir un sistema de ecuaciones de costos e ingresos, y resolver el sistema para la cantidad eficiente de cualquier bien intercambiado en los sectores nacionalizados, para ser producido de tal manera que se minimicen los costos.

Luego, están las leyes que afectan la superestructura de la gestión de una economía socialista (ver más arriba la referencia de Lange a los “estratos”). Bajo el socialismo, el único modo de interacción social es la planificación, dirigida por el propósito del bienestar social. La empresa socialista debe actuar como fideicomisaria del interés social general, y debe ser un organismo autónomo. Por tanto, la planificación requiere mantener incentivos y oportunidades para racionalizar el uso de los medios de producción. La asignación de bienes a través de la planificación debe conciliarse con el respeto de la ley del valor, para evitar que la interacción de la asignación administrativa y la resistencia burocrática de algunos estratos impida a los trabajadores influir en el uso de los medios de producción; Se necesita una participación democrática efectiva, evitando sin embargo que, por ejemplo, los objetivos del plan se fijan demasiado bajos, con el fin de obtener primas de producción más fácilmente; o que se cumplan solo levemente para que no se recauden demasiado el año siguiente.

Escribiendo en 1964, Robert Meek reflexiona sobre la historia de la economía y observa, en una especie de tono positivista, que toda la historia económica está hecha de un intento de liberar la economía de los juicios de valor, es decir, pasar de la economía normativa a la economía positiva. 70 : a partir de Adam Smith, los economistas querían asumir una actitud pasiva hacia la distinción entre lo que es la vida económica y lo que debería ser. El sistema económico apareció como una máquina gigantesca, cuyas interrelaciones objetivas podrían describirse como “leyes”. La nueva ciencia quería cortar los valores morales, los juicios de valor. Las opiniones morales y políticas fueron vistas como excrecencias en esa máquina.

Sin embargo, agrega Meek, los juicios de valor regresaron, de hecho, al análisis económico: no por mera fragilidad humana, sino por razones más profundas: la máquina estudiada por los economistas es muy compleja y no puede haber una sola explicación válida para cualquier parte de ella. Por tanto, se necesitan explicaciones alternativas, y consideraciones ideológicas, morales y políticas son la motivación de la elección de una de ellas. Sin ellos, los resultados de nuestro análisis quedarían de una validez limitada: “un conocimiento incómodo”.

Pero, en los últimos 10/20 años, continúa Meek, están surgiendo dos tendencias para eliminar los prejuicios ideológicos:

- La evolución de ciertas técnicas matemáticas, diseñadas para

ayudar en la solución, por parte de administradores públicos y privados, de problemas difíciles de elección económica;

- La afirmación de la economía del bienestar, como un conjunto de reglas por las cuales diversas situaciones económicas, disponibles para una sociedad, pueden ordenarse y compararse en cuanto a su conveniencia.

Ambas situaciones, que son aún más frecuentes, implican elecciones económicas en las que no se puede esperar que funcione el mecanismo de precios, como foco de la investigación económica.

Como consecuencia de estas tendencias, “el colapso y destrucción de esa compleja máquina es evidente”, señala Meek, tanto en los países comunistas como en Occidente, donde las técnicas de planificación y las grandes y complejas empresas públicas tienden a prevalecer, creando una convergencia de políticas económicas. El resultado es que la economía se está transformando, independientemente del tipo de sistema económico, en una ciencia de la gestión económica, de la ingeniería social, de la eficiencia de la ingeniería. La economía llegó a ser considerada y enseñada como una asignatura de resolución de problemas, un poco como la ingeniería. Surgieron tendencias similares en la academia occidental. Por ejemplo, George Shackle argumentó que, a partir del análisis de insumo-producto de Wassily Leontief a principios de la década de 1930, un esquema de “planificación general indicativa o” la Matriz de Contabilidad Social”podría construirse como“ una compleja red productiva de industrias que se abastecen y recurren unas a otras, cuando la ‘lista de bienes’ final ... podría calcularse ... de un solo golpe (aunque ese ‘golpe’ consistió en la solución de un gran sistema de ecuaciones ”). En estos esquemas de coherencia, que abarcan toda la economía, la economía tiene la mayor esperanza de justificarse ante una herramienta de la mente humana capaz de igualar, aunque no de imitar, los logros de las ciencias naturales ”.⁷¹ La historia económica era irrelevante, ya que por definición estaba desactualizada.

¿Cuál es el papel de los juicios de valor en esta situación? Según Meek y Shackle, parece muy pequeño, simplemente debido a la “eficiencia de los ingenieros” que prevalece. Pero, nuevamente, los criterios de eficiencia, comunes a las economías socialista y capitalista, pueden ser valorados de manera diferente en diversos sistemas económicos, ¿y cuáles deberían adoptarse? El papel de los prejuicios ideológicos permanece, concluye Meek.

Sin considerar lo inconcluso de la solución, las observaciones de Meek son relevantes porque, por un lado, apuntan a una transformación de la ciencia económica en una especie de gestión económica (aparentemente) no ideológica, operando en gran parte a través de técnicas matemáticas. Se trata de un anticipo de las tendencias de la disciplina económica que surgirían en las últimas décadas del siglo; por otro lado, están revelando las dificultades que los esquemas puramente marxistas estaban encontrando en la interpretación de las estructuras socioeconómicas en evolución, incluso dentro del sistema soviético.

La introducción de las computadoras para la planificación económica refuerza un enfoque no ideológico de los problemas económicos, donde se difuminan las fronteras entre las economías de libre mercado y las socialistas. El mercado ya no se ve como un dispositivo transitorio hacia el socialismo pleno, 72mientras que la planificación económica se pone de moda incluso en las economías de mercado, generalmente entre los años cuarenta y sesenta de la posguerra. Lange enfatiza la importancia de las técnicas matemáticas impulsadas por computadora, que pueden cerrar la brecha ideológica entre los economistas liberales y marxistas. “La programación matemática asistida por computadoras electrónicas se convierte en el instrumento fundamental de la planificación económica a largo plazo, así como de la resolución de problemas económicos dinámicos de alcance más limitado. Aquí, la computadora electrónica no reemplaza al mercado. Cumple una función que el mercado nunca pudo realizar”. 73

La desaceleración de la economía soviética hacia fines de la década de 1960 y la aceptación de formas de economía de mercado y, por otro lado, una creciente actitud crítica hacia el capitalismo en las economías liberales occidentales, llevan a los economistas de ambos lados a comparar sus respectivas experiencias y a intentar un intento —que al final resultaría estéril— de avanzar hacia una planificación extensiva en las economías capitalistas y una mayor autonomía en las decisiones empresariales en las socialistas.

Este acercamiento está bien expuesto por Joan Robinson. “La historia ha visto dos métodos de llevar a cabo la acumulación necesaria para instalar tecnología científica. El primero, que ha estado en funcionamiento durante casi dos siglos, se basa en la codicia individual; el segundo, que funciona desde hace menos de medio siglo, se basa en la planificación socialista”. 74Los frutos de la acumulación están ahora disponibles —escribe— pero en cada sistema las instituciones y los hábitos mentales están poniendo obstáculos en el camino hacia su disfrute racional. En los países capitalistas, el igualitarismo, que se ha establecido gracias al proceso democrático, es derrotado por los arreglos legales que favorecen la propiedad y por la aceptación de la estructura de clases, necesaria para fomentar la acumulación. Ahora, la propiedad privada se ha vuelto “ociosa”: tanto los accionistas como los rentistas se dedican al lucrativo negocio de canjear valores entre ellos sin dar una contribución efectiva al proceso productivo. El desarrollo económico no está limitado por la falta de ahorro privado (aquí hay un eco de la economía keynesiana): la industria extrae de sí misma los recursos necesarios a través de fondos de amortización y ganancias retenidas. Pero no se puede confiar en las grandes corporaciones independientes para asegurar el pleno empleo continuo y un patrón constante de desarrollo. La independencia de la industria privada impide que la economía cree órganos de control, en interés general. Es necesario un programa decidido democráticamente, una “planificación nacional”, para superar el sesgo sistemático en el patrón de producción de bienes y servicios que pueden venderse por partes, a fin de proporcionar un margen de beneficio y dirigir la producción hacia bienes de uso colectivo. consumo, que debe financiarse mediante impuestos.75

Con referencia a los países socialistas, el problema —escribe Robinson— es el contrario, incluso con el mismo objetivo de disfrutar de los frutos de la acumulación: mover la producción del sector de la industria pesada y cuidar los intereses de los consumidores. Esto es impedido por un sistema de mando desde arriba que priva al gerente individual de autoridad e iniciativa, haciendo que la planificación sea rígida y torpe, y obstaculiza el progreso futuro. Los cambios para estimular la industria ligera y la agricultura deben realizarse de manera centralizada, pero en detalle debe darse más espacio a las empresas individuales, superando “el horror exagerado del riesgo”. Ajustar el sistema de precios desde la contabilidad de costos y los objetivos de producción en términos físicos hasta la demanda del mercado evitaría la acumulación de bienes no vendibles en los sótanos de las tiendas. 76

De hecho, gran parte de los debates que siguieron en la década de 1970, no solo dentro de la academia soviética, sino también a través de sus discusiones con economistas de países no socialistas, refleja por un lado la intención de los economistas socialistas de hacer su sistema más eficiente en un micronivel, aunque en el lecho procusteano de la doctrina marxista, por otro lado el malestar de los economistas “occidentales”, ante las dificultades del estancamiento del producto y la inflación, y abandonando el “consenso keynesiano”, tras el largo período de crecimiento y la estabilidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Tomó cierto tiempo darse cuenta de que en realidad había terminado.

Las observaciones finales de una conferencia internacional dedicada a estos temas, por el profesor Michael Kaser de Oxford, enfatizaron que “La conclusión más clara a la que ha llegado esta conferencia es que el mecanismo del mercado no ha resuelto los problemas sociales y las externalidades, aunque admitió una divergencia bastante amplia de opinión sobre si pueden corregirse mediante la adaptación de precios o mediante la planificación. En el otro extremo, todos insistieron —concluye Kaser— en el valor y la aplicación real de la microplanificación”. 77

Crítica de Dobb a la economía de libre mercado. La reconciliación de Sraffa entre la economía clásica y el marxismo

En términos de la filosofía económica, la hostilidad de los economistas marxistas se dirige más a los teóricos de la utilidad marginal de la economía neoclásica que a la escuela clásica. Según los marxistas, la teoría del valor del trabajo de la escuela clásica no parece tan anticuada como pretendían los economistas de la utilidad marginal. Los economistas marxistas piensan que la teoría del valor trabajo, incapaz de explicar el funcionamiento de un sistema económico socialista, sigue siendo un instrumento útil para comprender la sociedad capitalista y reconocen esa teoría como el punto de partida del análisis marxista.

Maurice Dobb analiza la economía política del capitalismo. Sabemos — observa— que una teoría científica debe basarse en una abstracción específica, que debe ser adecuada al interés del investigador. Pero una abstracción general debe contener a su vez una dosis suficiente de realismo, con el riesgo de que lo que la abstracción gana en amplitud, lo pierde en profundidad, de modo que los corolarios deducibles de la abstracción serán de significado limitado: aunque se presenten como “leyes” del mundo real, estos corolarios están vacíos de contenido real. Es mejor mantener un pie en el suelo que perderse en la “precisión de la formulación algebraica”. 78

Esa dosis de realismo significa tener en cuenta “las relaciones productivas y las instituciones de propiedad y de clase de las que son expresión”; Los economistas neoclásicos no hicieron eso y llegaron a generalizaciones - “leyes” - consideradas válidas para cualquier tipo de economía de cambio. En una sociedad de clases, las ideas que se derivaban de esa sociedad tendían a asumir un “carácter fetichista” (en palabras de Marx): pueden haber jugado un papel positivo de ilustración como armas de crítica contra ideas e instituciones de una época anterior, pero más tarde se han vuelto reaccionarios y oscurantistas, y la representación de la realidad resultó velada. 79

La realidad —agrega Dobb— es que las llamadas “leyes” de la economía no deben basarse en el aspecto subjetivo de las interrelaciones económicas, como los deseos y elecciones individuales, como hacen los economistas neoclásicos de utilidad marginal, sino más bien. relaciones fundamentales y modos de producción. Las relaciones de clase fueron completamente olvidadas por la doctrina económica cuando surgió el nuevo capitalismo industrial en el transcurso del siglo XIX, dando una nueva conciencia al proletariado industrial. La economía política de Marx es el análisis de esta realidad social y económica, y el pensamiento de Marx traza una línea divisoria entre la Escuela Clásica de Ricardo y los teóricos de la utilidad marginal. En ese momento, la economía se convirtió, como escribe Marx, en una disciplina “vulgar”. 80

La utilidad, la escuela neoclásica se retira en puro formalismo, impotente para emitir juicios sustanciales sobre problemas que son propios de un cierto tipo de sociedad. La economía se convierte en una especie de “álgebra de la elección humana”, una “cáscara vacía”. La visión de la sociedad de Dobb no es en términos de individuos sino de clases sociales, y esto es válido también en la esfera política y económica.

En el ámbito político, el Estado, según la teoría tradicional de la política, es la expresión de la “voluntad general” 81. resultante de la voluntad autónoma de individuos libres e iguales. Asimismo, en el ámbito económico, “la mayoría de los escritos económicos se refieren a la regla del consumidor [la libre elección del consumidor] porque existe como mercado”. Pero esta es una “imagen idílica” (que esconde la estructura de clases de la sociedad), como la pinta la Prensa capitalista en el campo de la política y la industria publicitaria en el campo de la economía. En el primero, el carácter atomista del cuerpo social (el individuo guiado por la utilidad de los economistas neoclásicos) es la antesala de

las dictaduras: escribiendo en 1937 sobre la Alemania nazi, la opinión de Dobb es que pensar de manera diferente “es tan ingenuamente como ver Herr Hitler y su Estado totalitario como producto de una voluntad popular porque celebró un plebiscito”. En el segundo campo, Las valoraciones autónomas del mercado bajo el capitalismo son ilusorias y representan, en sí mismas, un grado muy alto de autoritarismo. Las opciones de los consumidores, aparentemente libres, son en realidad la expresión de la diferencia de estatus económico y social y de la “dependencia de los sin dueño con respecto al dueño”.⁸²

Una armonía esencial de intereses entre clases niega la existencia de una plusvalía marxista y de la explotación del trabajador, y se convierte en “un simple caso de *petitio principii*”. ⁸³

Con los economistas marxistas del siglo XX, los modos de producción y la estructura de clases de la sociedad siguen siendo el supuesto de partida para la teorización económica; y el enfoque fundamental de la producción y distribución de la riqueza —la teoría del valor del trabajo— no se modifica sustancialmente.

La visión de la estructura de la sociedad en diferentes clases y la teoría del valor del trabajo permite un acercamiento del marxismo a la escuela clásica. Como se mencionó, tanto los economistas clásicos como los marxistas ven la estructura de la sociedad dividida en clases sociales. Pero los primeros piensan que estas clases, en sus respectivos roles, contribuyen a crear una condición de bienestar óptimo de otra manera no alcanzable, y por lo tanto ven esta estructura social, incluso como resultado de una evolución histórica, como válida “en todos los tiempos y lugares”. Estos últimos ven esta estructura, solo porque históricamente determinada, como posicionada específicamente en términos de tiempo y lugar: la estructura social y económica del capitalismo, que evoluciona hacia una nueva sociedad socialista una vez que el proletariado derroca a la clase capitalista.

Dentro de esta estructura de clases de la sociedad, tanto Ricardo como Marx reconocen que el valor de una mercancía se basa en el trabajo necesario para producirla. Esto es inmediatamente evidente en una economía de subsistencia primitiva, donde el producto total es justo lo que se necesita para mantener, año tras año, el nivel de producción tal como está, y donde el trabajador toma el control de todo el proceso de producción y obtiene el total. producto de su trabajo. En esta sociedad, los precios de equilibrio relativo de las mercancías tenderían a ser iguales a las cantidades relativas de trabajo necesarias para producirlas (esta es la teoría clásica, o “ley”, del valor del trabajo). Marx está de acuerdo con este análisis: estos son los que Keynes llamó “los fundamentos ricardianos del marxismo”. ⁸⁴

Cuando una clase capitalista entra en escena y se obtiene un excedente de subsistencia, el producto neto debe distribuirse entre los participantes en el proceso de producción, en particular entre el trabajador y el capitalista. La ley clásica del valor podría continuar operando si todo el producto neto fuera al trabajador: los precios continuarían siendo determinados como se indicó anteriormente y no

surgiría ninguna ganancia: una suposición imposible en una economía capitalista. Por otro lado, el producto neto no se puede acumular completamente para el capitalista: en una sociedad de no esclavos, una sociedad capitalista, el trabajador vende su fuerza de trabajo al capitalista a un precio (salario), y el salario no puede ser cero.

En este caso, los precios difieren de la cantidad de trabajo empleado en la producción. Adam Smith dio una respuesta formal, no resolutive: este producto neto se dividiría entre los factores de producción de acuerdo con su respectiva contribución al proceso de producción, resultando en su “precio natural” (Capítulo 1); pero, ¿cómo se puede evaluar este precio natural? ¿Y cómo se determinarían en consecuencia los precios de las materias primas? ¿Cuál es la relación que vincula precios, salarios y ganancias? En particular, ¿se divide el producto neto entre los factores de producción de manera casual o responde a una determinada “ley”? ¿Hay consideraciones éticas a considerar? ¿Hay alguna clase que se lleve más de lo que se merece en relación a su aporte productivo? Estos puntos habían quedado indefinidos dentro de la Escuela Clásica. Joan Robinson escribió: “necesitamos conocer los precios para valorar el excedente que se va a dividir. Este fue el problema que desconcertó a Ricardo”. 85

Marx había resuelto el problema de manera radical. Introdujo el concepto de “plusvalía”, como la cantidad de trabajo que se apropia el capitalista. En palabras de Marx, “el trabajo excedente de la fuerza de trabajo es el trabajo barato del capital y, por lo tanto, forma un supervalor para el capitalista, un valor que no le cuesta ningún rendimiento equivalente” (véase también el capítulo 1). Pero, incluso con Marx, la relación entre el supervalor, los salarios y los medios de producción y, en consecuencia, el precio de la mercancía, sigue sin resolverse.

Los economistas marxistas han abordado el trabajo del economista italiano Piero Sraffa, de la Universidad de Cambridge, como evidencia de una continuidad entre el pensamiento clásico y marxista: una forma de reconciliar la economía de la Escuela Clásica y la doctrina marxista, y la adecuada adaptación del esquema de Marx a un modelo moderno. sociedad capitalista.

Su obra principal fue publicada en 1960: fruto de largos años de reflexiones concentradas en un libro bastante compacto, donde las matemáticas son la forma de expresión predominante. 86 Algunos economistas de la corriente principal vieron el libro de Sraffa como una interpretación ricardiana de la sociedad: existe un vínculo entre su dirección editorial de una edición crítica de las obras de Ricardo 87 y sus propios intereses de investigación. Otros criticaron el esquema de Sraffa como abstractamente lógico pero no respondía a una experiencia verificable.

Lejos de discutir el controvertido “modelo” elaborado por Sraffa (vale la pena repetirlo, esto no es una historia del pensamiento económico), queremos aquí resaltar, detrás del velo de su razonamiento, las “notas de la filosofía social”, para usar la de Keynes. terminología — que se puede inferir de su trabajo. Pero hacerlo requiere algunos indicios de su línea de pensamiento.

Su propósito teórico es llenar el vacío que Ricardo y Marx habían dejado sin explicar: encontrar la conexión lógica que vincula salarios, ganancias y precios, o, dicho de otra manera, resolver el problema de la determinación de precios y, con ello, el problema de la distribución del ingreso entre salarios y ganancias, de una manera diferente a la de los economistas neoclásicos. 88

Sus supuestos 89 son:

que los productos de ciertas industrias deben constituir los insumos de otros: lo que es insumo en una industria es el producto de otra. Cada sector de la economía no puede funcionar si no es conectándose con otros sectores;

que —en línea con la Escuela Clásica— el valor es independiente de la utilidad individual, y por tanto del concepto de “demanda”: no sólo el trabajo de Sraffa ni siquiera entra en los argumentos marginalistas de la teoría neoclásica 90 ; pero también descuida la relevancia macroeconómica de la demanda agregada en el pensamiento keynesiano 91 ;

que “su” sistema económico no depende de cambios en la escala de producción o en la proporción de factores de producción: de esta manera, no se involucra, nuevamente, en cuestiones relacionadas con cambios en el “producto marginal”;

que el rendimiento es constante: la tasa de ganancia, definida como la relación entre la ganancia y los medios de producción (es decir, la inversión del propietario), debe ser la misma en cualquier industria: se distribuye por todo el sistema económico en proporción a los medios de producción empleados en el proceso productivo.

Sraffa analiza la elaboración de Marx de la teoría del valor trabajo. Sin embargo, hace una adaptación al esquema de Marx. Marx había escrito que el “capital variable” 92 es la contribución del trabajador al proceso de producción, y que se divide en dos partes: el “capital de trabajo”, pagado al trabajador como salario, y la “plusvalía”, que es el resto, expropiado por el capitalista. Sraffa no distingue entre capital-trabajo y plusvalía (rechazando implícitamente la visión marxista de que la ganancia es una expropiación de lo que se le debe al trabajador), sino que utiliza el concepto de “producto neto”, que incluye a ambos.

En una sociedad capitalista, este producto neto se divide entre el trabajador como salario y el capitalista como ganancia. A la luz de los supuestos mencionados anteriormente, el punto crítico a examinar es, según Sraffa, la diferente proporción en la que se emplean mano de obra y medios de producción (insumos, como se acaba de decir) en cada industria, porque la ganancia surge como resultado . La ganancia no es una expropiación del trabajador, como en Marx, sino un valor residual que se puede determinar cuando conocemos: (a) el salario, que se ve como resultado de las luchas sociales; y (b) la proporción trabajo / medios de producción.

Si esta proporción es diferente en diferentes industrias, para tener la misma tasa de ganancia, dado un cierto nivel de salarios, la ganancia debe ser mayor donde los medios de producción están en mayor proporción en relación con el trabajo.

Pero esta no es la conclusión, según Sraffa, porque cualquier mercancía se produce utilizando medios de producción que son, a su vez, mercancías producidas a través del trabajo y los medios de producción combinados en diferentes proporciones. Por lo tanto, “los movimientos relativos de los precios de dos productos cualesquiera ... llegan a depender ... no sólo de la proporción de trabajo a los medios de producción por los que se producen respectivamente, sino también de las proporciones en las que esos medios se han producido, y también sobre las proporciones en las que se han producido los medios de producción de esos medios de producción, etc.” 93

El problema que “desconcertó a Ricardo” —las desviaciones de los precios del valor del trabajo— puede resolverse, por lo tanto, observando que la tasa de ganancias sobre la economía en su conjunto se determina tan pronto como conocemos la razón del producto neto (salarios y ganancias) a los medios de producción y la proporción del producto neto que se destina a los salarios. O, en otros términos, cuando se da la proporción del producto neto que se destina a los salarios, la tasa media de ganancia depende del nivel de la relación entre el producto neto y los medios de producción.

No profundizaremos más en el razonamiento de Sraffa. Parece privar a la teoría de Marx del componente ideológico y construir un modelo de funcionamiento de una sociedad capitalista que responde a la economía como una “ciencia”. Al igual que Walras o Pareto, no ve ninguna forma de expresar su teoría más que en una secuencia de ecuaciones: un hábito, o una necesidad, por así decirlo, que se generalizaría cada vez más en la economía. Como se mencionó, su teoría encontró voces críticas de sus colegas en Cambridge, cuya crítica se basa, más que en una consistencia abstracta, en la verificabilidad empírica. 94

Pero esta sería una lectura parcial de su modelo. Sraffa tenía un trasfondo liberal culturalmente sólido; Sin embargo, estaba insatisfecho con la forma en que el capitalismo funcionaba efectivamente en países donde las ideas liberales se interpretaban como una protección pura de intereses privados creados, y simpatizaba cada vez más con las ideas socialistas, estando particularmente cerca de la posición de los comunistas (la de Gramsci, en particular) 95 y de los economistas marxistas. en Gran Bretaña (como Dobb). 96

Su componente ideológico es bien visible cuando, de manera marxista, piensa que la ganancia del capitalista, la recompensa del capital como factor específico de producción, es el resultado de la interacción -o lucha- entre el propietario de los medios de producción y el trabajador que le presta su fuerza. En la práctica, su visión encaja bien en una actitud generalmente crítica hacia el funcionamiento real de una sociedad capitalista dentro del marco institucional de un sistema político democrático. Esta visión daría un sustento teórico a los movimientos políticos de izquierda y a los trabajadores altamente sindicalizados,

en las crecientes tensiones entre el capital y el trabajo que caracterizaron a fines de los años sesenta y setenta. 97

Crítica liberal del marxismo

Las cifras de capitalista, terrateniente y trabajador, y las categorías correspondientes de ganancia, renta, salario, están bien firmes en el trabajo de Adam Smith, y esta “distinción de rangos” —para citar sus palabras en *The Theory of Moral Sentiments*— es la base de la “paz y orden de la sociedad”. 98 La misma relevancia de las clases sociales, pero en sentido contrario, es decir, para mostrar la explotación del trabajador por parte del propietario de los medios de producción, se mantiene en la doctrina marxista.

Con la afirmación del pensamiento neoclásico individualista y sin clases guiado por la utilidad del cambio de siglo, la orientación centrada en la clase tanto de la escuela clásica como del marxismo desaparece. Y durante el siglo XX, el liberalismo de cualquier matiz no se ocupa de las cuestiones básicas de la organización económica en términos de diferentes clases sociales. Sigue siendo ciego a las clases, tal vez bajo la influencia de los valores políticos democráticos que subyacen al liberalismo del siglo XX. 99 Por tanto, la posición adoptada por los economistas liberales sobre el marxismo debe evaluarse teniendo en cuenta que la clase social no forma parte explícita de su vocabulario. Esto no significa que el liberalismo del siglo XX asuma una sociedad sin clases, solo significa que su razonamiento no se basa en esa distinción.

Otro punto a tener en cuenta es que cada una de las diferentes corrientes de pensamiento (metamorfosis) del liberalismo en el siglo XX tiene su propia actitud hacia el marxismo: tenemos por un lado a economistas que enfatizan el tema de la distribución de la riqueza, y por otro a economistas que confían en la maximización del producto, en la producción de riqueza y en la libertad de elección del individuo: la posición de Keynes o Beveridge frente al marxismo no puede ser la misma que la de Hayek o von Mises o Friedman.

Como se mencionó anteriormente, Keynes afirmó con bastante firmeza que su obra principal significaría la destrucción de los “fundamentos ricardianos del marxismo”, pero su actitud hacia el marxismo era más benévola que la de los economistas neoclásicos y libertarios. En palabras de Schumpeter, “no existía un abismo entre Marx y Keynes como el que había entre Marx, Marshall y Wicksell”. 100 En la *Teoría General*, solo hay menciones pasajeras de Marx. Por otra parte, su crítica no se basa en una irracionalidad esencial del sistema económico socialista, en su imposibilidad lógica de alcanzar una situación de equilibrio en el sistema económico, sino en la incapacidad de los socialistas marxistas de su tiempo para comprender la “estructura” en evolución. del capitalismo, es decir, que el capitalismo como se describe en *El Capital* ha cambiado mucho: el capitalismo actual es apenas un recuerdo del antiguo. Stalin —escribe Keynes— “mira hacia atrás a lo que era el capitalismo, no hacia adelante a lo que se está

convirtiendo. 101Ese es el destino de quienes dogmatizan en el ámbito social y económico donde la evolución avanza a un ritmo vertiginoso de una forma de sociedad a otra ... por una razón u otra, el Tiempo y la Sociedad Anónima y la Función Pública han traído silenciosamente la clase asalariada en el poder. Todavía no es un proletariado. Pero un Salariat, sin duda. Y marca una gran diferencia”. Sobre el comunismo, Keynes escribe irónicamente que “se nos ofrece como un medio para mejorar la situación económica, es un insulto a nuestra inteligencia. Pero ofrecido como medio para empeorar la situación económica, ese es su atractivo sutil, casi irresistible”. 102

Beveridge se inclina más hacia el socialismo, cuyas propuestas, tal como figuran en Pleno empleo (capítulo 2), “no son ni el socialismo ni una alternativa al socialismo:... Un control consciente del sistema económico al más alto nivel, un nuevo tipo de presupuesto que requiere la mano de obra como su dato — demanda directa sostenida adecuada de los productos de la industria — organización del mercado de trabajo — éstos son necesarios en cualquier sociedad moderna”. 103

Un libertario radical como von Mises lanza un ataque muy diferente al socialismo de Marx, y esto se puede entender mejor si tenemos en cuenta lo que es el liberalismo, según él. “El liberalismo nunca ha pretendido ser más que una filosofía de la vida terrena... Nunca ha pretendido agotar el Último o Mayor Secreto del Hombre. El pensamiento antiliberal lo promete todo”. 104 De hecho, solo dos visiones se oponen a la organización social y económica de la sociedad. Por un lado, está el liberalismo y la economía de mercado; por el otro, la siguiente lista de organizaciones sociales: Estado de Bienestar, Socialismo, regímenes nazi y fascista, New Deal, incluso —en una edición posterior de su obra— la Argentina de Perón, todos bajo la bandera abrazadora del “socialismo pleno”, sus rivalidades a pesar de. 105Y, más tarde, “Nuestra propia civilización descansa en el hecho de que los hombres siempre han logrado vencer los ataques de los redistribuidores”, donde la redistribución es “la consigna de los socialistas”. 106 A pesar de su significado aparentemente diminuto del concepto de liberalismo (una especie de materia “terrenal”), su concepto es tal que sólo el liberalismo da contenido real a la idea de democracia: “la democracia sin liberalismo es una forma hueca”. 107

En cuanto al marxismo, von Mises, confirmando un juicio generalizado que es común tanto a los economistas liberales como a los marxistas, subraya que, a propósito, Marx no dedicó atención a la organización de una economía socialista. Según von Mises, “el propósito de la prohibición de estudiar el funcionamiento de una comunidad socialista ... realmente tenía la intención de evitar que la debilidad de las doctrinas marxistas saliera realmente a la luz en la discusión sobre la creación de una sociedad socialista practicable”. 108

Pero von Mises es uno de los pocos economistas que brindó con claridad la explicación de la imposibilidad de establecer una contabilidad económica adecuada bajo el socialismo. Observó que en cualquier economía las transacciones se realizan en términos de un medio general de intercambio y no en términos de valores

de uso subjetivos (es decir, en términos de juicios de valor sobre la utilidad de un determinado bien). Lo que quiere lograr una economía socialista es la sustitución de cálculos en especie por cálculos en términos de dinero. Esto es una ilusión y la producción racional de bienes se vuelve imposible. En la producción de un determinado bien de consumo, se debe crear una cadena de suministro de bienes intermedios, a través de todos los establecimientos involucrados en el proceso de producción. El “mando de una autoridad suprema regiría el negocio del suministro”, pero la administración económica no tendría un sentido real de dirección al tomar las decisiones sobre cuánto producir y de qué manera combinar la producción de esos bienes intermedios. En la larga cadena de producción de un bien de consumo a través de una serie de fábricas interconectadas que producen los bienes intermedios, “no hay forma de determinar si una determinada pieza de trabajo es realmente necesaria, si no se desperdicia mano de obra y material para completarla”. ¿Cuál de los procesos alternativos de producción es más satisfactorio? Se puede comparar la cantidad producida, pero no el gasto incurrido en su producción, y debe ser el gasto más pequeño. Lo que se necesita es un cálculo del valor en términos de dinero, no un cálculo técnico del valor de uso.¹⁰⁹

No por casualidad, cuando a finales de la década de 1950, frente a las crecientes dificultades de un buen funcionamiento de la economía soviética, Oskar Lange se volvió hacia el tema de la contabilidad económica en una economía socialista, reconoció, citando entre otros a Ludwig von Mises, que el socialismo no pudo evitar un metro de cálculo que iba más allá de las medidas físicas. Como hemos visto anteriormente (Art. 3.5), tuvo que recurrir al método complicado e ineficaz de valorar la transferencia de bienes en los sectores nacionalizados “por imputación”.

Socialismo por defecto: religión, Schumpeter y Polanyi

Hemos visto, al comienzo de este ensayo, cómo Schumpeter explicó el origen de la economía política. Reconectó esta disciplina a dos raíces: los estudios filosóficos que se centraban en el hombre como entidad social, cuya actividad debía estudiarse a partir de la observación empírica y explicarse mediante una relación causa-efecto; y las opiniones de personas cuyo interés, rico en experiencia empresarial, se centra principalmente en asuntos prácticos y cotidianos relacionados con su actividad económica.

Más o menos en los mismos años de las reflexiones de Schumpeter, otros pensadores prestaron cada vez más atención a esta segunda raíz, es decir, al funcionamiento real del sistema capitalista, a la experiencia concreta de las personas orientadas a los negocios que ponen en práctica el sistema. Esto sucedía cuando la afirmación y el crecimiento del capitalismo, particularmente en las economías

occidentales, estaba teniendo enormes consecuencias en la producción y distribución de la producción, en las relaciones sociales, en las estructuras políticas y en la actividad normativa. En Alemania, Max Weber, estudiando la estructura capitalista de la sociedad, intentó dar una respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué tipo de condiciones psicológicas hicieron el desarrollo de la civilización capitalista moderna? 110

La respuesta, según Weber, debería encontrarse en la revolución religiosa protestante del siglo XVI que generó los movimientos que dieron origen al capitalismo tal como lo vemos. Esas condiciones fueron, en efecto, el resultado de una nueva actitud que las personas religiosas mostraron en el desempeño de sus deberes diarios, en particular su actividad empresarial. Los primeros capitalistas adoptaron un código de conducta económica y un sistema de relaciones, desafiando esquemas de ética social muy diferentes, antiguos y consolidados, y convenciones y leyes preexistentes que también contaban con el apoyo de la Iglesia y los Estados. El ascetismo protestante interpretó los negocios y el trabajo como un “llamado” divino, que debe observarse a través de la capacidad e iniciativa personal. Este llamado no fue visto como una condición en la que el individuo nació, como tal para ser aceptado pasivamente, sino como una ruta elegida por el individuo, a seguir con responsabilidad. Era “lo más característico de la ética social de la cultura capitalista y es, en cierto sentido, la base fundamental de la misma”. Llamar era una obligación que debía cumplirse “no importa ... si aparece en la superficie como una utilización de los poderes personales [del individuo], o sólo de su posesión material”.¹¹¹ La búsqueda de la riqueza era “no solo una ventaja, sino un deber”. Nuevos estándares morales canonizaron como virtudes económicas lo que antes se condenaba como vicios. 112

“El *summum bonum* de esta ética, la obtención de más y más dinero, combinado con la estricta evitación de todo disfrute espontáneo de la vida, está sobre todo desprovisto de cualquier mezcla eudemonista, por no decir edonista”. 113 Esto hizo que el capitalismo protestante moderno específico fuera radicalmente diferente, no solo del capitalismo de otras épocas y lugares (desde China, a la India, al mundo clásico, a la Edad Media), sino también del utilitarismo crudo, según el cual la honestidad, la puntualidad, la laboriosidad, la frugalidad son sólo un excedente innecesario.

¿Cómo esta actitud religiosa hacia la actividad económica llegó a cambiar la estructura económica preexistente? Apoyándose en la iniciativa individual perseguida religiosamente, los calvinistas holandeses se opusieron a cualquier forma de capitalismo monopolista y políticamente privilegiado que representara la base de un fundamento ético social cristiano ... Los puritanos, igualmente, con el mismo espíritu “repudiaron todas las conexiones con países capitalistas a gran escala ... Como una clase éticamente sospechosa, y se enorgullecían de su propia moralidad empresarial superior de clase media”. 114 Eran, específicamente, enemigos apasionados del capitalismo privilegiado de estado, exaltando los impulsos individualistas de comportamiento racional, contribuyendo a industrias nacidas fuera de la asistencia de los poderes públicos establecidos: el

contraste de dos formas de capitalismo era paralelo a los contrastes de carácter religioso. 115

Este impulso original, sin embargo, fue entonces completamente secularizado, se convirtió en el celo del capitalismo moderno, asumiendo una forma hedonista, desprendida del impulso religioso original. De manera fáustica —escribe Weber citando a Goethe— la adquisición de riquezas materiales se convierte en el objetivo principal de la vida, mientras que la “vocación” divina se pierde totalmente. “Los puritanos querían trabajar en una vocación; nos vemos obligados a hacerlo. Porque cuando el ascetismo se trasladó de las células monásticas a la vida cotidiana —continúa Weber con acentos casi marxistas 116-, y comenzó a dominar la moral mundana, hizo su parte en la construcción del tremendo cosmos del orden económico moderno. Este orden está ahora ligado a las condiciones técnicas y económicas de la producción de máquinas que hoy condicionan la vida de todos los individuos que nacen en este mecanismo”, quizás...“ hasta que se queme la última tonelada de carbón fosilizado ”. 117

“En el campo de su mayor desarrollo, en Estados Unidos, la búsqueda de la riqueza, despojada de su significado religioso y ético, tiende a asociarse a pasiones puramente mundanas”. 118

Schumpeter, que incluye a Weber en la Escuela Histórica de Economía de Alemania (véase el capítulo 1), no prestó más que una escasa atención a su tesis. En una nota a pie de página de su *Historia del análisis económico* , explica que el error metodológico de Weber consiste en la adopción del “método de los tipos ideales”: Weber pone al hombre feudal “ideal” contra el hombre capitalista “ideal”, presenta el nuevo espíritu del capitalista: una actitud diferente hacia la vida y sus valores , nacido de la Reforma Protestante — como transición del primero al último Tipo. Schumpeter escribe que se trata de un “problema espurio”, que debe descartarse: este tipo de transición ideal no tiene contrapartida en la esfera de los hechos históricos. “Él [Weber] se propuso encontrar una explicación para un proceso que la atención suficiente a los detalles históricos hace que se explique por sí mismo”. 119

Como se mencionó anteriormente, Weber había concluido que el capitalismo duraría “hasta que se queme la última tonelada de carbón fosilizado”, es decir, indefinidamente. Joseph Schumpeter, en *Capitalism, Socialism, and Democracy* 120 , después de haber observado que cualquier intento de pronóstico social, si se basa en hechos y argumentos, es científico en sus resultados finales, concluyó que el capitalismo no podría sobrevivir.

La idea central de Schumpeter, que el capitalismo morirá por su propio éxito, se presenta de hecho no como una posición ideológica, preanalítica, sino más bien como una visión científica, basada en hechos y argumentos que apoyan ciertas inferencias (ciertamente, escribe, difíciles de probar). como un teorema de Euclides). No es un marxista ideológico, pero su conclusión es la misma que la de Marx. Fue víctima del determinismo, el término aborrecido de todo economista, que sin embargo es más propenso a seguirlo.

El hecho de que un agudo analista social y un gran economista produjera esta predicción y que, al menos hasta ahora, la experiencia parezca estar en conformidad con la predicción de Weber, plantea dudas sobre el carácter científico del pronóstico de Schumpeter o sobre la economía como ciencia, o al menos conduce a estrechar el alcance de la ciencia propiamente dicha —es decir, de conclusiones sustentadas experimental y lógicamente— dentro de la disciplina económica 121 . La experiencia parece respaldar las ideas históricas de la escuela alemana.

Comienza escribiendo que la historia del capitalismo es una de producción incremental, sin afectar sustancialmente la distribución de la riqueza. El éxito del capitalismo, en términos de bienestar, no se debe a una gama más amplia de bienes y servicios producidos (Luis XIV habría permanecido perfectamente feliz incluso sin la invención de la bombilla eléctrica, pudiendo gastar en cantidades ilimitadas de velas y tener a su disposición a todos los sirvientes que los atienden 122), pero hacer fácilmente disponibles bienes y servicios a precios baratos a estratos cada vez más grandes de la población.

Schumpeter luego pregunta si la estructura capitalista de la sociedad fue favorable para su desempeño exitoso. Sobre esto, comienza por observar que la sociedad burguesa se moldea sobre una base económica: el éxito se identifica con el éxito económico. El prototipo del hombre de éxito es el empresario, cuya actividad, según los economistas clásicos británicos, incluso realizada por interés propio, está orientada al interés de todos. Sin embargo, quedaba sin explicar un abismo entre el interés propio y el interés de todos, y se desarrollaron dos corrientes de pensamiento para llenar ese abismo. El enfoque neoclásico, basado en la competencia perfecta y la maximización del producto, teorizó un estado de equilibrio “en el que todos los productos están al máximo y todos los factores se emplean plenamente”. 123 Sin embargo, una segunda vertiente criticó este punto de vista: la competencia perfecta es la excepción; prevalecen la competencia monopolística y el oligopolio. Además, bajo las condiciones previstas por los economistas neoclásicos, ese equilibrio sería generalmente inconsistente con la producción máxima y el pleno empleo (curiosamente, en este punto Schumpeter no hace ninguna referencia a Keynes).

El hecho relevante es que, incluso en aquellas condiciones que hacen de “una edad de oro de la competencia enteramente imaginaria”, en ese tipo de estructura, es decir, en un entorno de grandes empresas en condición cuasimonopolística, la tasa de crecimiento de la producción continuó. sin cesar: “Una sospecha impactante de que las grandes empresas tienen que ver con un mayor nivel de vida”. Esto prueba que el capitalismo nunca es un estado de equilibrio estacionario, sino un proceso evolutivo, un “proceso de destrucción creativa” 124 , al contrario de un estado de calma permanente. El impulso del capitalismo proviene de nuevos bienes de consumo, nuevos métodos de producción, nuevos mercados, nuevas formas de organización industrial, no de una condición de competencia perfecta en el mercado, reputada como buena en todo momento.

¿Por qué esta estructura, basada en grandes empresas y en una competencia

lejos de ser perfecta, ha tenido tanto éxito? Schumpeter analiza la historia económica y política y menciona cinco “circunstancias excepcionales” que favorecen el crecimiento y mejores niveles de vida: una acción gubernamental benevolente que, después de la fase del capitalismo sin restricciones (después de alrededor de 1870), levantó nuevas trabas como sistemas de seguridad social —Pero no mucho para dañar la tendencia anterior; nuevos descubrimientos de oro, que, en un régimen de patrón oro, permitieron condiciones y políticas monetarias adaptativas; Aumento de población; nuevos descubrimientos de fuentes de materias primas, como carbón, petróleo; y la fuerza de las nuevas tecnologías.

Sin embargo, estas condiciones favorables no conducen, según Schumpeter, a mantener un pronóstico favorable para su futuro. “El desempeño capitalista [real] no es... relevante para el pronóstico... Por lo tanto, no voy a argumentar, sobre la base de ese desempeño, que es probable que el intermezzo capitalista se prolongue. De hecho, voy a sacar la inferencia exactamente opuesta”. 125 ¿Por qué?

En consonancia con el estado evolutivo del capitalismo, han estado operando dos factores, adversos al capitalismo. La primera, en la que tanto Marx como Keynes estarían de acuerdo, se denomina “Teoría de la desaparición de las oportunidades de inversión”, 126 según la cual, y en términos generales, los factores excepcionales mencionados anteriormente dejarían de operar gradualmente (Schumpeter no confía en “Pump priming” a través del gasto público en inversión, incluso en déficit).

Luego, y más importante, está la “Evaporación de la sustancia de la propiedad”, 127 que tiene a su vez dos componentes: el lado industrial y el lado del consumidor.

Sobre el primer factor -oportunidades de inversión- Schumpeter piensa en un estado de saciedad de deseos y perfección tecnológica absoluta, con una consecuente mecanización del progreso que afectaría al emprendimiento y a la sociedad capitalista: un estado que está lejos de nosotros, pero cuya perspectiva ya es observable. . El capitalismo, como proceso evolutivo, no pudo sobrevivir. Aquí está el acento en una distinción de roles que está bastante borrosa en la visión de Marx: el empresario y la burguesía.

La función del emprendedor “no consiste esencialmente ni en inventar nada ni en crear las condiciones que explota la empresa ... consiste en hacer las cosas” 128 ; es una función fáctica —el emprendedor como emprendedor— que pierde importancia cuando su trabajo se convierte en una especie de rutina. El progreso económico tiende a despersonalizarse y automatizarse, “el trabajo de las oficinas y los comités tiende a reemplazar la acción individual”. 129 Se trata de “la obsolescencia de la función empresarial”. 130 El empresario no es, per se , una clase social, pero la clase burguesa lo absorbe a él y a su familia y conexiones.

¿Y la burguesía? Schumpeter lo ve, más allá de “los recintos de consideraciones puramente económicas”, como “el componente cultural de la economía capitalista ... su superestructura socio-psicológica”, en términos marxistas. 131

El primero es una parte pequeña pero esencial del segundo; pero, al mismo tiempo, la burguesía depende del empresario. “Entre, está el grueso [de] industriales, comerciantes, financieros y banqueros: se encuentran en la etapa intermedia entre el emprendimiento empresarial y la mera administración de un dominio heredado”. 132 Las industrias gigantes están cada vez más formadas por estos administradores, mientras que el empresario tiende a desaparecer. El empresario que desaparece arrastra a su clase social hacia su propio declive y muerte.

En cuanto al segundo factor del declive capitalista, la evaporación de la sustancia de la propiedad, significa, en primer lugar, la “Evaporación de la propiedad industrial”. 133 El empresario moderno, emprendedor o administrador gerente, “racional y poco heroico”, adquiere paulatinamente la psicología del asalariado que trabaja en una organización cada vez más burocrática: su voluntad de luchar ya no es la voluntad del destructor creativo; la corporación moderna socializa la mente burguesa y eventualmente matará las raíces del empresario. Pero la burguesía no puede salvarse a sí misma tomando el liderazgo del gobierno: nunca se ha acostumbrado a gobernar: “el libro de contabilidad y el cálculo de costos absorben y limitan”. 134 El proceso capitalista, después de haber destruido el marco institucional de la sociedad feudal, se destruye al final a sí mismo.

Conectada a la primera “evaporación” está la “Evaporación de la propiedad de los consumidores” 135 : la desintegración de la familia, *pari passu* con el progreso del capitalismo, hace que las comodidades del hogar burgués sean menos evidentes que sus cargas; la hospitalidad, en lugar de la recepción en casa, se “traslada cada vez más al restaurante o club”. 136 El trabajo y el ahorro para la esposa y los hijos se desvanecen de la visión moral del empresario; este componente hedonista es un factor negativo para la eficiencia capitalista. La familia solía ser la fuente principal del afán de lucro. Esto conduce a “un tipo diferente de *homo oeconomicus*... Que se preocupa por cosas diferentes y actúa de diferentes maneras;... desde el punto de vista de su utilitarismo individualista, el comportamiento de ese viejo tipo sería de hecho completamente irracional”. 137 El horizonte temporal del empresario se reduce a su esperanza de vida.

La desaparición gradual de los “valores” capitalistas lleva a una actitud crítica hacia el capitalismo mismo. La burguesía encuentra que “su actitud [crítica] no se limita a las credenciales de reyes y papas, sino que ataca la propiedad privada y todo el esquema de valores burgueses”. 138 La vida se saca de la idea de propiedad. La propiedad se desmaterializa, se disfuncionaliza y se ausenta. Hay un poder impulsor extraracional y el capitalismo se enfrenta a un juicio donde los jueces ya han expresado una sentencia de muerte. Sin embargo, los agravios y los ataques no bastarían para generar una hostilidad activa hacia el orden social. Debe haber grupos que organicen el resentimiento, lo alimenten y le den voz. El ataque final al capitalismo vendrá de los “intelectuales”, a quienes la propia clase burguesa nutre y defiende, otorgándoles el papel de expresar su propio descontento y frustración. Tienen un interés personal en el malestar social, incluso sin tener responsabilidades concretas en la conducción de los

asuntos públicos. No son profesionales, no tienen la responsabilidad directa del conocimiento de primera mano para los asuntos prácticos, generalmente no son políticos, pero tienen el rol de asesores políticos. Invocan la libertad, una libertad que puede desagradar a la clase burguesa, pero “la libertad que la burguesía desaprueba no puede ser aplastada sin aplastar también la libertad que ella [la misma burguesía] aprueba”.¹³⁹ Schumpeter concluye: “No hay tanta diferencia como podría pensarse entre decir que la decadencia del capitalismo se debe a su éxito y decir que se debe a su fracaso”. ¹⁴⁰

La “visión” de Schumpeter —porque de ninguna otra manera que como visión se pueda definir su pensamiento— parece correcta y profética cuando se ocupa de un declive bien arraigado de los valores burgueses en las décadas posteriores a su libro (en particular, lo que él etiqueta de “evaporación de la propiedad de los consumidores”), pero parece haber pasado por alto totalmente el posterior resurgimiento de los “valores” capitalistas, de la “destrucción creativa” que estamos presenciando, en nuevas formas. Si este desarrollo puede verse de una manera marxista, como un signo de las “estructuras” en evolución del capitalismo o como una poderosa influencia de las “superestructuras” en evolución, de las filosofías económicas del neoliberalismo, lo veremos en el siguiente capítulo.

La actitud crítica de Karl Polanyi hacia el liberalismo económico está arraigada en una visión cristiana, y su análisis político y económico del orden liberal lo lleva a vislumbrar el advenimiento de un socialismo espiritual, cuyos primeros signos —observa Polanyi— ya se pueden detectar en una serie de iniciativas desconectadas, algunas que se remontan al siglo XIX: una especie de socialismo muy alejado de la doctrina del socialismo marxista.

Su obra principal, *La gran transformación*. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo, ¹⁴¹ es más o menos contemporáneo de Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*. Ambos se publicaron a principios de la década de 1940, cuando el impulso de luchar contra las dictaduras se mezcló con un replanteamiento radical de los puntos de vista económicos y políticos establecidos, con un futuro particularmente incierto por delante (el fascismo es el objetivo de comentarios duros en ambos libros, pero particularmente en Polanyi). Ambos reservan escasa o nula atención a Keynes, cuya obra maestra había sido publicada unos años antes. El liberalismo está claramente bajo presión en ambos libros. Ambos se caracterizan por una profunda comprensión histórica de la evolución del sistema capitalista y ven su insostenibilidad final. Ambos consideran una especie de socialismo como el resultado de un proceso gradual pero inevitable, aunque ambos no ven a Marx como una clave decisiva para explicar los problemas de su propio tiempo.

El concepto de “clase”, muy presente en Schumpeter, está ausente en Polanyi, que se apoya en la “sociedad”. La sociedad corre el riesgo de autodestruirse por las fuerzas de la economía de libre mercado. Este último autor tiene una especie de inspiración moral que está totalmente ausente en el primero: los juicios de valor del autor están, con Polanyi, expresados sin reservas y de manera amplia, y contrastan con el enfoque “científico” de Schumpeter: Polanyi nunca

vería el aburrimiento de la clase burguesa y el agotamiento del espíritu animal del empresario como factor principal de la desaparición del capitalismo. Ataca el núcleo de la sociedad liberal, visto como una expresión, o un derivado, del mercado autorregulado y antitético de la sustancia de la democracia. Critica la opinión ampliamente compartida de que nuestra sociedad comenzó aproximadamente con la publicación de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith y que las culturas anteriores son irrelevantes para comprender los problemas de nuestra época. Su análisis del siglo XIX se lleva a cabo, por tanto, no porque la civilización parta de allí, sino porque los problemas actuales (siglo XX) no pueden entenderse sin mirar un rasgo típico de ese siglo: el sistema de mercado autorregulado. Polanyi ve el mercado autorregulado como la “matriz” de todo el sistema liberal y el Estado liberal como su creación. Desde entonces, la economía clásica “acechó a la ciencia del hombre, y la reintegración de la sociedad en el mundo humano se convirtió en el objetivo perseguido persistentemente de la evolución del pensamiento social”.¹⁴² (conviene recordar aquí los “fundamentos ricardianos del marxismo”, como escribió Keynes).

Es bien conocido su esquema de explicación de la estructura política y económica imperante en el siglo XIX, que aseguró los “Cien Años de Paz”. Se caracterizó por cuatro arreglos institucionales: por un lado, el sistema de equilibrio de poder y el Estado liberal, basado en instituciones políticas y nacionales; por otro, el régimen monetario del patrón oro y el mercado autorregulado, que son, a la vez, instituciones económicas e internacionales. ¹⁴³

Entonces, las altas finanzas desempeñaron un papel fundamental, encarnado por la familia Rothschild. No estaban sujetos a ningún gobierno, simbolizaban el principio abstracto del internacionalismo, respondían a las necesidades de los Estados de la época teniendo en cualquier Estado agentes que contaban con la confianza de gobiernos e inversionistas. ¹⁴⁴ Incluso al no estar diseñada como un instrumento de paz, la influencia de las altas finanzas, ejercida sobre los gobiernos nacionales, fue en sí misma un factor alentador de la paz: una guerra general no podría ser funcional para el buen funcionamiento del sistema monetario internacional, el patrón oro, sobre el cual florecerían el comercio y el crédito internacionales.

El problema esencial con este sistema económico (Polanyi parece pensar en el sistema político liberal como una “superestructura” del económico, casi de una manera marxista) fue el error de juicio del liberalismo económico sobre las necesidades sociales, visto solo desde el punto de vista económico. El comportamiento del hombre no es únicamente económico. Este error de juicio no fue por casualidad: una vez establecido, el sistema de mercado puede funcionar correctamente solo en ausencia de interferencia externa de ningún tipo. Este sistema está “controlado, regulado y dirigido únicamente por los mercados; el orden en la producción y distribución de bienes está encomendado a esta autoridad autorreguladora” ¹⁴⁵(No es necesario enfatizar que esta visión del *homo oeconomicus* ya había sido sometida a tensiones incluso por pensadores liberales, quienes, según diferentes corrientes de pensamiento, señalaron, señalarán y señalarán, a

motivaciones no económicas, la irracionalidad en las elecciones u otros factores que influyen en sus acciones).

Para funcionar correctamente, el sistema liberal necesita tres principios: que la mano de obra debe encontrar su precio en el mercado; que la creación de dinero debe estar sujeta a un sistema automático (patrón oro); que las mercancías se comercialicen internacionalmente sin preferencias ni obstáculos. La Revolución Industrial, los contratos laborales gratuitos estipulados sin la protección de ningún trabajador, la abolición de los deberes protectores son términos que definen la sumisión de la sociedad al mercado autorregulado. El hombre, y significativamente la naturaleza, estaban sujetos a las leyes de la oferta y la demanda, tratados como mercancías, como bienes producidos para la venta. La subordinación de los deseos sociales a las leyes del mercado no significa que la separación de las dos esferas haya existido en todo tipo de sociedad en todo momento. “Normalmente, el orden económico es meramente una función del social, en el que está contenido. Ni bajo condiciones tribales, ni feudales ni mercantiles había... un sistema económico separado en la sociedad. La sociedad del siglo XIX ... fue, en efecto, una salida singular”.¹⁴⁶

Polanyi se entrega a una visión benévola de las estructuras sociales pasadas (una especie de *laudator temporis acti*), donde el trueque en lugar del intercambio de mercado, el mercantilismo en lugar del libre comercio parecía responder más directamente a las necesidades sociales y la igualdad: “el mayor número de pobres es ... encontrarse en aquellas [naciones] que son las más fértiles y las más civilizadas”. ¹⁴⁷ La economía, en palabras de Polanyi, debe estar insertada en instituciones no económicas: esto significa que los actos de producción y distribución deben realizarse como una descarga de las obligaciones sociales. ¹⁴⁸

La subordinación de los deseos sociales a los sistemas de libre mercado no podría durar sin una autodestrucción de las estructuras sociales. Incluso el libre mercado y el libre comercio y la competencia requerían, como consecuencia, la intervención externa para ser viable. El marxismo mismo era, según Polanyi, un “mito liberal”: en el marxismo, en realidad, la perspectiva económica liberal encontró un apoyo poderoso. Rechaza la opinión de que la intervención pública es el resultado de una “conspiración colectivista”; La intervención pública y las consiguientes restricciones al *laissez-faire* comenzaron de manera espontánea, como una autoprotección realista de la sociedad, en países de una configuración política e ideológica ampliamente disímil.

En el siglo XIX, la expansión de la economía de mercado comenzó a ser contrarrestada por una reacción contra la dislocación del mercado “que atacaba el tejido de la sociedad”. Robert Owen, a quien Polanyi ve como una figura imponente que presagia una sociedad entrante y diferente, dio una verdadera visión cristiana al decir que la economía de mercado, si se deja evolucionar de acuerdo con sus propias leyes, crearía un mal grande y permanente. Como reacción al liberalismo surgió la necesidad de protección social: legislación protectora, asociaciones restrictivas.

Por tanto, el liberalismo del siglo XIX no fue destruido por la Primera Guerra Mundial, ni por una revolución del proletariado, ni por el fascismo de las clases media y pequeña; no por la tendencia marxista a la caída de la tasa de ganancia, ni por el subconsumo o la sobreproducción, es decir, por una demanda keynesiana insuficiente. El liberalismo fue destruido por las tensiones y tensiones creadas por el conflicto entre el mercado y los requisitos elementales de una vida social organizada, por la reacción de la sociedad para no ser aniquilada por el mercado autorregulador.

Definición de socialismo de Polanyi: “El socialismo es esencialmente la tendencia inherente a una organización industrial a trascender el mercado autorregulador subordinándolo conscientemente a una sociedad democrática”.

Este tipo de nueva sociedad socialista puede desarrollarse en diferentes líneas, con un factor unificador: el trabajo, la tierra y el dinero (los tres principios de la sociedad) serán liberados de las limitaciones del mercado autorregulado: la naturaleza de la propiedad sufrirá una profunda cambiar.

Con acentos religiosos, Polanyi concluye escribiendo que tres hechos representan la “conciencia del hombre occidental”: el conocimiento de la muerte, de la libertad, de la sociedad. El primero es revelado por el Antiguo Testamento, el segundo por las enseñanzas de Jesús, el tercero proviene de nuestra propia vida en una sociedad industrial: a este último no se le atribuye un gran nombre, sino el de Robert Owen. El fabricante británico convertido en reformador social fue el más cercano a una comprensión completa de lo que significa vivir en nuestra sociedad. “Reconoció que la libertad que obtuvimos a través de las enseñanzas de Jesús era inaplicable a una sociedad industrial compleja. Su socialismo fue la defensa del derecho del hombre a la libertad en una sociedad así. Había comenzado la era poscristiana de la civilización occidental, en la que el evangelio ya no era suficiente. Y, sin embargo, siguió siendo la base de nuestra civilización”.¹⁴⁹

La ideología de Polanyi termina por vislumbrar una especie de socialismo matizado, no claramente definido, donde el componente religioso prevalece y deja indeterminados —por no merecer una atención especial— los temas de maximización y distribución de la producción, en beneficio de “una relación distintivamente humana de personas que en Europa occidental siempre estuvieron asociadas con las tradiciones cristianas”. ¹⁵⁰

Su visión bastante singular puede, por un lado, verse como una anticipación de la organización política y económica del Estado socialdemócrata, una especie de prefiguración del Estado de bienestar del mundo posterior a la Segunda Guerra Mundial; por otro, como sociedad utópica que la experiencia de dos siglos ha anulado como alternativa realista. Una crítica al trabajo de Polanyi es, de hecho, que este papel sociopolítico (no económico) que desempeñan los actores de la sociedad no explica por qué se dedican a actividades de producción y distribución, esa es la motivación de esas actividades. ¹⁵¹

Notas

1. Baran y Sweezy (1966, pag. 3).
 2. Para citar el título de un libro de RJB Bosworth.
 3. Fenoaltea (2011, pag. 136).
 4. Fenoaltea (2011, págs. 136-137).
 5. Rocco y Carli (1914, págs. 29-32). Las ideas son casi textualmente las mismas que las expresó Rathenau (véase el capítulo II).
 6. Rocco y Carli, págs. 24-25.
 7. Rocco y Carli, p. 27. Para conocer la influencia de List en Rocco, véase Gregor (2005, págs. 43-48).
 8. Rocco y Carli, pag. 6.
 9. D'Alfonso (2004, págs. 124-127).
 10. Rocco y Carli, pag. 5.
 11. Rocco y Carli, págs. 49-51.
 12. "La tierra baldía, para ser explotada, es una fantasía alegre de nuestros liberales y socialistas".
 13. D'Alfonso, págs.131 y 136.
 14. Gregor, pag. 117.
 15. Gregor, pag. 119.
- dieciséis. Spirito1939, pag. 99).
17. Gregor, págs. 131-133.
 18. Conti (1986, pag. 431).
 19. Rocco y Carli, págs. 56-57.
 20. Informe ministerial a la Cámara de Diputados sobre el proyecto de ley 1926/563, relacionado con la disciplina de los contratos colectivos (en 1939 había alrededor de 8500).
 21. Como se informó en De Felice (1968, págs. 542-547).
 22. Sin embargo, las corporaciones fueron creadas solo por una ley de 1934.
 23. Esta es la interpretación que da Papi (1958, vol. Yo, p. 457).

24. Negri Zamagni (2019).
25. Toniolo1980).
26. Ciocca2007, pag. 203).
27. Guerin1939, pag. 28).
28. Ciocca, pág. 223.
29. Sylos Labini (1975).
30. Kalecki (1943).
31. pag. 425.
32. Spirito1933, págs.97 y 101) y Gregor (2005, capítulo seis).
33. Ciocca, pág. 215.
34. Paxton2004, pag. 122).
35. Merlini1995, pag. 48).
36. Galli2010, pag. 12).
37. Veremos esta inspiración cristiana también en Polanyi (Sec. 3.7 de este capítulo).
38. Webb (1944, págs. XXXVII y L).
39. Russell (1920, pag. 90).
40. Schumpeter (1947, pag. 32). Esa distinción de roles se enfatiza en el libro como una razón del colapso del capitalismo (ver Sección 3.7).
41. Baran y Sweezy (1966, págs.3 y 4). El libro tiene un epígrafe: La verdad es el todo (Hegel). Casi para enfatizar, si es necesario, el origen filosófico hegeliano de la doctrina marxista, y su lenguaje a veces “oscuro” (Schumpeter).
42. Baran y Sweezy, pág. 56.
43. pag. 9.
44. Capítulo 8.
45. Schumpeter (1947).
46. Streeck (2016, págs. 2-3).
47. Lange1959, pag. 1).

48. Sin embargo, Lenin estaba convencido de que lo que Marx había dicho en su ensayo sobre los aspectos constitucionales y políticos de la Comuna de París de 1871 se aplicaba con igual verdad al Soviet ruso de 1917. Véase Webb (1944, pag. 9).
49. Manso1964, pag. 95).
50. Carr (1958, vol. 1, págs. 21-22).
51. “El proceso de degeneración del ideal puro tomó formas específicamente rusas en un contexto ruso ... este proceso, sutil y no declarado, estaba muy avanzado cuando Stalin propuso por primera vez la doctrina híbrida del ‘socialismo en un solo país’” (Carr, *ibid.*) .
52. Schlesinger1947, pag. 10).
53. Schwartz1968, pag. 2).
54. Tomamos 1913 porque el nivel del PIB no está disponible para 1917, el año de la Revolución.
55. Maddison2003, Tablas 2b y 3b).
56. Ver Harrison (2017) y Schlesinger (1947).
57. Maddison, Tabla 3b.
58. Sin embargo, Ucrania se vio afectada por el hambre y la represión soviética de los intelectuales disidentes.
59. Schwartz1968, pag. 26).
60. Stalin1972).
61. pag. 13.
62. pag. 15.
63. Dobb1937a, pag. 270).
64. Dobb1937a, pag. 271).
- sesenta y cinco. Dobb1937a, pag. 338).
66. Lange1959).
67. pag. 2.
68. Marx (nd [1867], vol. I, Parte I, págs.50, 58, 94, 251).
69. Lange, pag. 9.

70. Manso1964).
71. Grillete (1963, pag. 194).
72. “El mercado está encarnado institucionalmente en la actual economía socialista”. Ver Lange (1967, pag. 160).
73. Lange, pág. 161.
74. Robinson1967, pag. 176).
75. págs. 176-178.
76. págs. 178-181.
77. Kaser (1971, pag. 254). La experiencia de la planificación nacional en algunas de las principales economías europeas fue negativa.
78. Dobb1937b, p.131) .El tema de las “leyes” económicas, como caracterización de la economía como “ciencia”, ha sido objeto de debate recurrente, siempre que existen dificultades para ajustarlas a la realidad económica. Cuando esto sucede, lo que era una “ley” se degrada a “regularidad”. Ejemplos notables de leyes económicas defectuosas son la “distribución invariable del ingreso” (Pareto, capítulo I) y la “curva de Phillips” (que mencionaremos en el capítulo 4). 30 años después de la escritura de Dobb, Axel Leijonhufvud, observó que “la distinción nítida ... es uno de los dispositivos que utilizan los economistas para efectuar una separación clara de la economía de las otras disciplinas de las ciencias sociales y para poner los problemas de esta última en el ceteris paribus basurero”. Agrega que esta es una distinción perniciosa si consideramos su artificialidad, y que es sólo gracias a la “abstracción drástica” de la economía pura de la totalidad de otras ciencias sociales que los economistas han podido ir “muy por delante” de esas ciencias sociales en la construcción teórica. Solo esta abstracción y los paradigmas compartidos han permitido que la economía no hierva a fuego lento en discusiones y conflictos interminables (1968, págs. 233-234).
79. Dobb1937b, pag. 132).
80. Marx (sin fecha [1867]), pág. 57
81. La referencia implícita de Dodd es a la Voluntad General de Rousseau, ver capítulo I. Es cuestionable que el pensamiento de Rousseau pueda ser visto como la “teoría tradicional de la política y del Estado”.
82. Dobb1937b, págs.177-178.)
83. Dobb, pág. 182.
84. Lo que Keynes quería “derribar”. Carta a GB Shaw, 1 de enero de 1935 (1973, págs. 492-493).

85. Robinson1972, pag. 200).
86. Sraffa1960).
87. Sraffa1951, 1952, 1953, 1954, 1955: vol. I – X y 1973: vol. XI – índices).
88. Roncaglia2009, pag. 453).
89. Aparte del primero, que impregna todo el libro, estos supuestos se encuentran en el Prefacio del libro.
90. Sraffa escribe que la identificación del concepto de valor con la utilidad marginal es “notoriamente una invención de economistas burgueses, pos-marxistas y antimarxistas” (2017, pag. 3).
91. Roy Harrod escribió una crítica favorable al libro de Sraffa, solo quejándose de que en su texto no hay ninguna referencia a la “demanda”, según la tradición clásica ricardiana (1961, pag. 783).
92. A diferencia del “capital constante”, la maquinaria.
93. Sraffa1960, pag. 17). Véase también Meek (1961).
94. Sraffa ofrece, por ejemplo, la tasa uniforme de ganancia sobre la industria de una manera que es lógicamente rigurosa, pero históricamente sorda. Ver Napoleoni (1963, pag. 201).
95. Ver Naldi (2000).
96. Sraffa2017).
97. Ver Napoleoni (1963, págs. 194-201); más recientemente, Mazzucato (2018, pag. 70).
98. Teoría de los sentimientos morales , pág. 331.
99. Heibroner y Milberg (1995, pág.118).
100. Schumpeter (1947, pag. 112).
101. Como podemos ver, la incapacidad de captar las estructuras en evolución del capitalismo fue —es— una crítica recurrente del pensamiento marxista.
102. La intervención de Keynes en *The New Statement and Nation* (1934, págs. 34-35).
103. Beveridge (1944, pag. 206).
104. Von Mises (1951, pag. 48).
105. pag. 13.
106. pag. 51.

107. pag. 76.
108. pag. 29.
109. pag. 120.
110. Weber(1930). Véase el prefacio de Tawney, RH, pág. 1b. Tawney es el autor de Religion and the Rise of Capitalism , John Murray, 1926.
111. Weber, pág. 54.
112. Tawney, Prefacio , pág. 2.
113. Weber, pág. 52.
114. Weber, pág. 179.
115. Weber, págs. 302-303.
116. Weber estaba “consternado” por el capitalismo moderno (Gregory [2012, pag. 241]).
117. Weber, pág. 181.
118. pag. 182.
119. Schumpeter (1954, pag. 80).
120. Schumpeter (1947). Ver en particular la Parte II, “¿Puede sobrevivir el capitalismo?”
121. No nos ocuparemos aquí de las Partes III y V de su libro, donde Schumpeter es crítico del socialismo mismo, que corre el riesgo de dañar las conquistas del capitalismo y las libertades de las democracias liberales.
122. pag. 67.
123. pag. 78.
124. págs. 82–83.
125. pag. 130.
126. Capítulo XIV.
127. pag. 156.
128. pag. 132.
129. pag. 133.
130. pag. 131.
131. pag. 121.

- 132. pag. 134.
- 133. pag. 158.
- 134. pag. 137.
- 135. pag. 158.
- 136. pag. 159.
- 137. pag. 160.
- 138. pag. 143.
- 139. pag. 150.
- 140. pag. 162.
- 141. Polanyi(1957).
- 142. Polanyi, pág. 126.
- 143. Polanyi, pág. 3.
- 144. “La extraterritorialidad metafísica de una dinastía de banqueros judíos domiciliados en las capitales de Europa”, p. 10.
- 145. pag. 68.
- 146. pag. 71.
- 147. pag. 103.
- 148. Heilbroner1988, págs. 17-18).
- 149. pag. 258.
- 150. pag. 234.
- 151. Heilbroner, pág. 18.

Chapter 4

Neoliberalismo

El Estado de Bienestar que surge de la Segunda Guerra Mundial marca el predominio de la economía keynesiana y las ideas de Beveridge. Sin embargo, el consenso keynesiano en economía adolece de algunos desarrollos económicos y sociales y de un ataque al marco analítico de Keynes. En un entorno en el que las preocupaciones inflacionarias ocupan el lugar del desempleo masivo como tema central para los políticos y los economistas, una contrarrevolución monetarista, una atención renovada por el comportamiento individual y una postura no intervencionista caracterizan la larga fase del neoliberalismo. Encuentra apoyo intelectual en la filosofía económica de James Buchanan y, en el campo de la economía, en los esquemas teóricos de las “expectativas racionales” y las hipótesis del “mercado eficiente”. La confianza en este libertario, El enfoque individualista se ve seriamente afectado por el colapso financiero de principios del siglo XXI y la Gran Recesión. Esta larga crisis proporciona el terreno para el dramático aumento del populismo, cuyas ideologías y posturas económicas —alimentadas por el dramático impacto de las redes sociales— son inciertas, más allá de un nacionalismo genérico y un llamado a la intervención estatal.

Palabras clave

- Neoliberalismo
- Monetarismo
- Expectativas racionales e hipótesis de mercado eficientes
- Populismo

La “situación clásica” de Keynes

¿Qué tipo de liberalismo estaba emergiendo de la Segunda Guerra Mundial? Ni las ideas individualistas, radicalmente libertarias presentadas por Hayek, ni las

teorías de la Escuela de Chicago, basadas en reglas que limitarían la discreción de la autoridad en la gestión monetaria. Fue más bien una visión keynesiana, que fue incluso más allá del campo de la economía, para apoyar un enfoque que favoreciera un papel importante del Estado en la vida social del país. El Estado de Bienestar se estaba estableciendo, de hecho apoyándose más en el diseño de Beveridge que en la macroeconomía de Keynes.

Esta amplia configuración tomó diferentes formas, según la peculiar situación en la que los países habían salido de la guerra y sus experiencias previas. Por ejemplo, en Gran Bretaña, el gobierno laborista de los años inmediatos de la posguerra tomó medidas para implementar el Estado de Bienestar según las líneas trazadas por su creador, en un clima político inclinado hacia puntos de vista benignos de los desarrollos socialistas en otros lugares. La economía británica se gestionó en gran medida mediante controles administrativos. Si bien esta política pudiera explicarse como la adopción de dispositivos necesarios pero temporales en las difíciles circunstancias de la posguerra, en la profesión económica algunos pensaron que los controles deberían ser una característica permanente de la gestión macroeconómica.

En Italia, después de la caída del fascismo y la derrota en la guerra, la reconstrucción económica pudo llevarse a cabo en un mercado libre; pero al mismo tiempo, la presencia del Estado cubría gran parte de la economía y se siguieron aplicando políticas dirigistas, continuación de las prácticas establecidas en la preguerra (ver Capítulo 3). En la profesión económica, la investigación y la enseñanza continuaron basándose en esquemas neoclásicos, a pesar de que los mayores todavía estaban influenciados por el corporativismo y solo los más jóvenes fueron seducidos intelectualmente por Keynes. En Francia, los economistas se dedicaron a la planificación indicativa. Los economistas y políticos alemanes se basaron en gran medida en esa forma peculiar de liberalismo económico que es el ordoliberalismo (Capítulo 2).

Es importante notar que en algunos países importantes, grandes sectores del público y de las élites intelectuales se inclinaban hacia formas extremas de socialismo, todavía atraídos por las experiencias de la Unión Soviética. El lanzamiento del Sputnik, en 1957, fue considerado en Occidente como evidencia de los avances tecnológicos y la superioridad científica (en particular vis - a - vis los Estados Unidos), y poderoso era el señuelo de una sociedad aparentemente más igualitaria y bien educados, mientras que sólo lentamente, las deficiencias económicas y las espantosas consecuencias sociales del régimen soviético (véase el capítulo 3) se hicieron evidentes para los observadores externos.

Aún fuerte como una forma de lucha política en varias democracias liberales (los partidos comunistas todavía tomaban una gran parte del electorado durante la década de 1970), el atractivo ideológico del socialismo se volvió, sin embargo, más tenue. De hecho, el socialismo marxista desapareció gradualmente como una ideología política y económica alternativa, mientras que los logros de una sociedad liberal libre, en términos de innovaciones tecnológicas, crecimiento económico espectacular, niveles de vida en aumento y un gobierno limitado,

fueron evidencia de que la *Weltanschauung* liberal estaba prevaleciendo. sobre el nacionalismo rígido o el marxismo.

En la disciplina económica, los estudios marxistas prosperaron durante un tiempo, también gracias a importantes y brillantes economistas, a los que hemos mencionado en el capítulo 3, pero, paralelamente al declive económico de la Unión Soviética, los economistas marxistas tendieron a encontrar una vía de escape. , abandonando las premisas ideológicas marxistas, y viendo la economía como una especie de ciencia neutral de la gestión económica, de la ingeniería social, que al final aproximaría los esquemas de las economías socialistas avanzadas a los de las economías de libre mercado. El triunfo del liberalismo significó que la disciplina económica se identificara cada vez más como el estudio del capitalismo. 1 Esta economía dominante tendió a desalojar formas alternativas de pensamiento económico. Fue reforzado por los desarrollos políticos y económicos de las últimas décadas del siglo XX. La posibilidad de un colapso estructural del orden capitalista parecía remota, mientras que, como ha escrito un pensador de izquierda, la producción y acumulación ilimitadas de capital productivo confirmaba que el mercado podía asegurar la conversión del “vicio privado de la codicia material en un vicio público”. beneficio ”, y los trabajadores inseguros del sistema de libre mercado se convirtieron en consumidores confiados y prósperos, “ incluso frente a la incertidumbre fundamental de los mercados laborales y el empleo ”. 2

En el lado opuesto del debate, la ideología nacionalista, desacreditada por la derrota de los principales países que habían perseguido su versión más autoritaria, sobrevivió (a veces mezclada con un enfoque marxista: tal vez una evidencia de su origen estatista común) como un medio político y económico. ideología, pero en general se veía desde una perspectiva limitada: como una posible fuerza impulsora de los países subdesarrollados, a menudo de nueva creación, para acelerar su desarrollo económico. Los economistas de izquierda dedicaron muchas reflexiones a las economías de los países subdesarrollados. Esta perspectiva nacionalista y de inspiración social se caracterizó por una preferencia ampliamente compartida por la empresa pública o estatal sobre la privada; por políticas destinadas a sustituir la producción nacional por importaciones, y por la negativa o reticencia a admitir inversiones de capital extranjero, a menos que pudiera ser controlado completamente por el gobierno nacional. La visión liberal, según la cual la confianza en un precio de mercado competitivo sería preferible al control y la propiedad del gobierno; que la eficiencia económica estaría mejor servida por el principio de la ventaja comparativa ricardiana; y que el capital interno en los países subdesarrollados era escaso y, por lo tanto, un cuello de botella para el crecimiento, fue generalmente descartado con argumentos que, al final, encontrarían su principal apoyo en la protección de Friedrich List. Sistema de Economía Política , si no en el Capital de Marx . 3 De hecho, el nacionalismo se caracterizaría por políticas, a menudo mal concebidas, principalmente relacionadas con la redistribución de los ingresos en lugar de aumentarlos, y por un énfasis en lo que se denomina ingresos “psíquicos”, en forma de orgullo por la nación, o incluso peor, en un grupo étnico, incluso en detrimento de los

ingresos materiales. 4 Algunas de estas características las encontraremos en el resurgimiento del nacionalismo en nuestro tiempo, en países económicamente avanzados, como se verá en la secc. 4.6 .

La perspectiva liberal generalizada, reforzada por cambios políticos bien conocidos y radicales que ocurrieron en algunos países importantes, particularmente en los Estados Unidos y el Reino Unido, recibió una bendición no oficial pero muy bien publicitada de un ensayo demasiado famoso de Francis Fukuyama. 5 Esto afirmaba que el “agotamiento total de las alternativas sistemáticas viables” 6 era evidencia del triunfo del liberalismo occidental. Lo que es algo intrigante en los escritos de Fukuyama es que enmarca su visión en una perspectiva hegeliana mal concebida, 7 es decir, en las obras de un autor que hizo que todo el curso de la historia dependiera de la idea del Estado (Capítulo 1).), esa misma idea que, como liberal, Fukuyama mira con sospecha, por decir lo menos.

Curiosamente, sin embargo, mientras Fukuyama ve las ideas del fascismo, centradas en un Estado fuerte que forja nuevas personas sobre la base de la exclusividad nacional, como una promesa de conflictos interminables y derrotas desastrosas, no se reserva una opinión negativa similar para el nacionalismo, según se : “no está claro que el nacionalismo represente una contradicción irconciliable en el corazón del liberalismo ... Sólo los nacionalismos sistemáticos de este último tipo [como el nacionalsocialismo, el fascismo] pueden calificar como una ideología formal en el nivel del liberalismo o el comunismo ... movimientos nacionalistas no tienen un programa político más allá del deseo negativo de independencia de algunos otros grupos de personas y no ofrecen nada como una agenda integral para la organización socioeconómica” 8: esto suena plausible, a la luz del resurgimiento actual del nacionalismo (en la Sección 4.6 de este capítulo se presenta una interpretación más sombría del ensayo de Fukuyama).

En cuanto al liberalismo, sin embargo, debe hacerse una distinción entre diferentes puntos de vista dentro de ese amplio lapso de tiempo que abarca alrededor de 60 años de historia política y económica, entre la Segunda Guerra Mundial y el estallido de la crisis financiera a principios de nuestro siglo: bajo el amplias alas del liberalismo económico, se han producido grandes cambios ideológicos. Esta distinción, quizás aún poco clara cuando Fukuyama escribió su ensayo (1989), es importante, porque estos cambios abrieron el camino a desarrollos muy difíciles —en términos de crecimiento económico, desigualdad social y estabilidad financiera— a principios del siglo XXI. Estos desarrollos, a su vez, han planteado nuevas preguntas, aún sin respuesta.

Como se mencionó al comienzo de este capítulo, en las décadas inmediatas de la posguerra, dentro de la visión liberal, se consideró que el enfoque de Keynes prevalecía y marcaba un punto de partida de otras corrientes de pensamiento generalmente más libertarias. El pensamiento de Keynes, como hemos observado en el capítulo 2 , se consideraba a veces inclinado hacia el socialismo, una especie de liberalismo social que incluía una economía de mercado gestionada, el objetivo del pleno empleo y una sociedad del bienestar; pero mantuvo las principales características individualistas de una sociedad capitalista libre: de

hecho, Keynes pensó que su teoría general señalaría el camino hacia la supervivencia misma del capitalismo, después de la Gran Depresión. A pesar de las interminables revoluciones y contrarrevoluciones que han agitado la disciplina económica después de Keynes, el pensamiento keynesiano, en su sentido más amplio, a veces se representa como el último punto de referencia, o modelo estándar, que por un tiempo mantuvo un amplio consenso no solo dentro de la profesión económica, pero también en cualquier sociedad inspirada por los valores democráticos liberales.

El consenso keynesiano representó el tipo de acuerdo que Schumpeter llama “situación clásica”. 9 No fue el primero, y seguro que no será el último caso de una situación clásica. Schumpeter no da una definición formal de esta expresión, aunque es recurrente en su *Historia del análisis económico*., pero su clara referencia es a la consecución de un acuerdo sustancial y ampliamente compartido en el pensamiento económico (en este sentido, podríamos hablar de un consenso “clásico” con referencia a cualquier disciplina): un acuerdo que se alcanza, de manera más o menos amplia, después de un período de lucha y controversia en la profesión económica y, quizás más ampliamente, en la forma en que la sociedad ve los asuntos económicos. Schumpeter escribe que una situación clásica típica se caracteriza por el hecho de que las “obras principales” que le dan su carácter, exhiben “una gran extensión de terreno común” y sugieren “un sentimiento de reposo”. Este consenso bien establecido crea, “en el observador superficial, una impresión de finalidad, la finalidad de un templo griego que extiende sus líneas perfectas contra un cielo despejado”. 10 Lo que en este ensayo preferimos nombrar una visión, una ideología -como el punto de referencia explícito o implícito del economista que elabora su propio esquema teórico- se convierte en una “situación clásica” cuando se alcanza un consenso suficientemente extendido no solo sobre su construcción teórica, pero sobre todo sobre sus premisas ideológicas.

La complacencia con la que se puede mirar una situación clásica no puede llevarnos a pensar que las ideas y construcciones teóricas que están en la base del “templo” sean realmente “finales”, desvinculadas de situaciones específicas definidas en términos de tiempo y lugar (esto es probablemente el factor principal que separa una situación clásica en las ciencias morales del mismo tipo de situación en las ciencias físicas).

Antes de Keynes, este tipo de situaciones clásicas surgieron, por ejemplo, con la Escuela Clásica de finales del siglo XVIII y principios del XIX, y luego con la teorización sumamente abstracta en torno a la utilidad marginal, aparentemente indiferente a las consideraciones sociales y políticas, de los pensadores neoclásicos de finales del siglo XIX y posteriores: un período en el que se soñaba con los equilibrios más perfectos de la mecánica social. 11

De hecho, en una perspectiva más amplia del cambio histórico, toda situación clásica, en el campo de la economía, tiene en su interior las semillas de su propia evolución hacia algo diferente (signos de decadencia, rupturas a la vista, escribe Schumpeter): una nueva situación clásica que altera radicalmente los objetivos

y métodos de investigación previos. 12

Lo que interesa ahora es ver:

A. qué “signos de decadencia” o “rupturas a la vista” fueron visibles, para observadores posteriores, en la Teoría General de Keynes ; B. qué nuevas actitudes filosóficas, y revoluciones o contrarrevoluciones en la disciplina de la economía, surgieron de ellas; C. si una nueva “situación clásica” resultó de estos movimientos, que caracterizaron las últimas décadas del siglo XX.

Cada uno de estos tres puntos se desarrolla en las secciones siguientes. En términos muy generales, vale la pena recalcar nuevamente que el liberalismo ocupó todo el territorio de la teorización política, institucional y económica, pero emergió una postura libertaria más aguda, apoyada cada vez más en el egoísmo individual. Esta visión fue más amplia que el campo de la filosofía y el pensamiento económicos, extendiéndose al cuerpo político y a la vida social.

Desaparición del consenso keynesiano

En cuanto a las “rupturas en el horizonte” que se detectaron en la obra de Keynes, la crítica a Keynes se deriva en parte de algunos desarrollos de carácter económico y social, ocurridos en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, y en parte de un atentado sobre el análisis de Keynes, al principio dirigido específicamente contra el papel de la inflación en la Teoría General de Keynes , y luego contra los “escombros” de “ese notable evento intelectual llamado Revolución Keynesiana”. 13

Sobre el primer punto, se deben mencionar algunos avances en las finanzas públicas, las relaciones laborales y el activismo gubernamental:

- un papel más amplio de la economía del bienestar, según lo previsto por Beveridge, y la promulgación de una financiación pública “funcional” (véase el capítulo 2): generalmente iban acompañadas de una fuerte expansión de los presupuestos gubernamentales y del gasto deficitario. Estos desarrollos tuvieron un impacto profundo en la economía: no realmente keynesiano, porque Keynes preconizaba el gasto deficitario en una situación de subempleo de recursos, de demanda efectiva insuficiente, como la que prevalecía en los años treinta. Keynes estaba convencido de que un equilibrio con subutilización de recursos podría ser más que una posibilidad accidental, pero argumentó que cuando hay pleno empleo “en la medida de lo posible, la teoría clásica vuelve a cobrar vida desde este punto en adelante”. 14 En el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, en Gran Bretaña, la creencia de que el auge inmediato de la posguerra podría ser temporal y que la

economía recaería en un alto desempleo persistió durante mucho tiempo, dando lugar a gastar más dinero público; además, el desempleo de los recursos siguió siendo notablemente elevado en otros países y la distribución de la riqueza fue desequilibrada. Pero el impulso a la economía del bienestar a veces superó la sostenibilidad financiera, con un alto componente de subsidio e incentivos perversos. La influencia de la política de partidos no fue, a este respecto, despreciable;

- El hábito de “concertación” en la contratación de salarios y otras condiciones de trabajo, entre empleadores y empleados, a menudo negociado por el gobierno: este poder de negociación más fuerte del trabajo contribuyó a la creación de un entorno de trabajo, tanto en términos de niveles salariales como de tasas de empleo. lo cual, como se acaba de observar, estaba bastante lejos de las duraderas condiciones estresantes del mercado laboral del período anterior a la guerra. Estas relaciones laborales, que podrían recordar el corporativismo italiano de la era fascista, en una especie de connivencia del capital con el trabajo, se hicieron frecuentes, sobre todo en Italia (bajo la dirección de gobiernos de los partidos democristiano / socialistas) pero también en otros lugares (en Gran Bretaña). esta política ya era una característica de la administración de Churchill a principios de la década de 1950,¹⁵);
- un creciente activismo de los gobiernos, particularmente en Europa, que no debe confundirse con las políticas macroeconómicas del estado de bienestar, mencionado anteriormente: este activismo tomó diferentes formas, por ejemplo, a través de la “economía social de mercado”, inspirada en el credo ordoliberal, como en Alemania (Capítulo 2), o la “economía mixta” en Italia, donde las instituciones cuasi gubernamentales creadas bajo el fascismo continuaron sobreviviendo y prosperando en el período de posguerra. Este activismo gubernamental incorporó en realidad las tendencias dirigistas y tecnocráticas ya bien visibles en el régimen fascista y fue, de hecho, una de las fuerzas impulsoras de la recuperación económica de la posguerra (Capítulo 3).). Este activismo, que sólo vagamente podría estar asociado con el intervencionismo keynesiano, pareció a muchos observadores libertarios una violación obvia del núcleo mismo del liberalismo, donde los adjetivos “social” o “mixto” coexistirían incómodamente con el sustantivo “mercado”.

En cuanto al segundo punto, el ataque teórico a Keynes, desde un punto de vista analítico, la inflación no había sido un punto central en la Teoría General de Keynes . La inflación rara vez se menciona en ese trabajo. La mención más relevante de la inflación es probablemente cuando señala una aparente asimetría

entre los efectos de la deflación y la inflación sobre la demanda efectiva: “Mientras que una deflación de la demanda efectiva por debajo del nivel requerido para el pleno empleo disminuirá el empleo y precios, una inflación de la misma [de la demanda efectiva] por encima de este nivel simplemente afectará a los precios”.¹⁶ Pensaba en las deprimidas condiciones comerciales de la década de 1930 y en un régimen monetario lo suficientemente estable como para ignorar la inflación como una fuente específica de inestabilidad.

Después de la guerra, el componente doméstico de la inflación reflejó un régimen monetario de dinero “fiduciario” manipulador y discrecional,¹⁷ afectado por los acontecimientos políticos y sociales mencionados anteriormente. Además, el repentino salto en los precios de la energía a principios de la década de 1970, evidencia de condiciones geopolíticas cambiantes, tuvo un efecto significativo sobre el componente externo de la inflación, un componente igualmente irrelevante en el contexto de la Teoría General.

De hecho, las presiones inflacionarias en la década de 1970 estuvieron acompañadas de una desaceleración del producto y el desempleo: una combinación —la “estanflación” — que sería difícil de explicar en términos keynesianos.

Sin entrar en detalles sobre las doctrinas de los economistas keynesianos de la posguerra, parecía que esta falta de atención a la inflación podría ser cubierta por el modelo dado a finales de la década de 1950 por el economista AW Phillips. Vio una tendencia a largo plazo de la tasa salarial (y, por inferencia, del nivel de precios) a estar relacionada, en una relación estable e inversa, con la tasa de desempleo. La “curva de Phillips” no estaba en la Teoría General de Keynes, y fue introducida “no sin oposición por algunos keynesianos”.¹⁸ Y parecía contradecir la situación de principios de la década de 1970, cuando, como se acaba de mencionar, la estanflación significaba alta inflación y alto desempleo, en un contexto de caída o estancamiento del producto. Esa correlación, incluso si aparentemente está respaldada por evidencia estadística histórica, no podría demostrarse en el contexto actual. Fue desacreditado académicamente, como un “tipo de ley” o “regularidad” que no podía resistir la evidencia empírica.¹⁹ Puede haber argumentos para apoyar la tesis de Phillips pero, más allá de los debates académicos, lo más relevante fue el cambiante clima político e intelectual de esos años.

Un análisis cáustico pero agudo del economista canadiense Harry Johnson — un análisis que, si alguna vez fuera necesario implementarlo, sería suficiente para dar evidencia de la mezcla de ideología, teoría y circunstancias sociales y económicas cambiantes— muestra cómo “signos de decadencia” y “rupturas a la vista” en la “situación clásica” keynesiana fueron explotadas por una visión y construcción teórica diferente.²⁰

Según Johnson, los factores que explicaron el éxito de la Teoría General pueden atribuirse, por un lado, a la existencia de un importante problema social y económico —el desempleo y la depresión— que la ortodoxia anterior (la economía neoclásica) había tenido. no ha podido resolver, evidenciando en

cambio una confusión general y una evidente irrelevancia; por el otro, a su relevancia social superior y distinción intelectual (apelando a la iconoclasia juvenil de las generaciones más jóvenes de economistas), aunque Keynes incorporó de manera novedosa y confusa algunos elementos válidos de la teoría tradicional. 21

Johnson observa que la revolución de Keynes se convirtió en una ortodoxia establecida, una “situación clásica”, podemos decir, principalmente a través del trabajo de sus seguidores. Ellos (lo que significa la profesión en general) elaboraron el análisis de Keynes, desarrollado en un conjunto dado de circunstancias históricas, en “un conjunto atemporal y sin espacio de principios universales 22 ... y así establecieron el keynesianismo como una ortodoxia [en sí] lista para el contraataque”. 23

No es de extrañar que en un entorno en el que las preocupaciones inflacionarias reemplazaran al desempleo masivo como tema central para los responsables de la formulación de políticas y los economistas, 24 no sería inesperado un resurgimiento del interés por el dinero. La crítica de la Teoría General estimuló inicialmente una renovada atención a las teorías alternativas ya establecidas y, luego, a nuevas investigaciones basadas en el comportamiento del individuo. Ambos desarrollos dan evidencia adicional de que la teorización económica nunca es realmente “final” y permanece inevitablemente conectada a condiciones sociales e intelectuales específicas que pueden prevalecer en ciertos momentos y lugares. Sin embargo, la “contrarrevolución monetarista” y las teorías posteriores (que en general se denominan Nueva Economía Clásica: véase la sección 4.4) .), no eran solo una cuestión de renovado interés científico en el comportamiento de los agregados monetarios y en las elecciones racionales de los individuos; también fueron evidencia de un cambio de la ideología económica predominante contra la ortodoxia keynesiana.

La opinión ampliamente aceptada es que este poderoso cambio intelectual puede etiquetarse con el título de neoliberalismo. Se ha proporcionado una definición amplia y aceptable de este cambio: “El neoliberalismo es, en primera instancia, una teoría de las prácticas económicas políticas que propone que el bienestar humano se puede promover mejor liberando las libertades y habilidades empresariales individuales dentro de un marco institucional caracterizado por fuertes derechos de propiedad privada, mercados libres y libre comercio. El papel del Estado es crear y preservar un marco institucional adecuado a tales prácticas”. 25 Por lo tanto, el neoliberalismo puede ser visto como un intento-cierto, no es la primera en la historia política y económica a revertir el avance del Estado en nuestra vida diaria.

En el aspecto económico, una especificación importante, si no particularmente nueva, es que el neoliberalismo no solo se caracteriza por una postura no intervencionista, sino que se basa en la presunción de que a cada agente solo le importa su utilidad y no le importa la utilidad de otros. Esto se expresa como una afirmación “positiva”, una afirmación “científica”. Frente a esta afirmación, el sentimiento de “simpatía”, al que me refiero también como “confianza”, de

Adam Smith, que es la base de un sistema de libre mercado que funcione bien, se convierte en una ilusión.

El neoliberalismo tiene varias implicaciones, a veces subsumidas bajo la expresión “fundamentalismo de mercado”: en las relaciones laborales entre empleador y empleado, se pone en el mismo nivel su respectiva fuerza contractual; en cuanto a la organización del mercado, el neoliberalismo refuerza un concepto darwiniano de predominio de los más aptos y más eficientes, hasta el extremo de anular el mismo concepto de mercado y la emergencia paradójica de posiciones de renta; las relaciones comerciales internacionales se rigen por un globalismo que niega formas de protección nacional o regional bajo cualquier circunstancia; Las políticas fiscales y monetarias tienen que ser coherentes con (o restringidas por) reglas que implican su neutralidad sustancial con respecto al buen funcionamiento de los mercados sin obstáculos.

Refiriéndose a los Estados Unidos, Paul Samuelson, en 1997, caracterizó su economía como la “Economía implacable” y su trabajo como una “Fuerza laboral acobardada”. La primera característica, marcada por una retirada de un Estado de bienestar ilimitado, contaba la “misma historia”, aplicada a la América posterior a Reagan, o al “caso extremo” de la británica Margaret Thatcher, o a la mayor parte de Europa occidental, Escandinavia, o Australia. La segunda característica, el mercado laboral acobardado, se refirió a una fuerza laboral intimidada como una indicación de cuán “se han vuelto los receptores de ingresos inciertos”, pero también a que “los empleadores también corren en la misma carrera. La competencia despiadada, que demanda constantemente, ‘¿Qué has hecho por mí últimamente?’, Es lo que nos pone a todos en una especie de ansiedad visceral”. 26

Las siguientes dos secciones están dedicadas al lado político y al lado económico del neoliberalismo.

Actitudes filosóficas: constitucionalismo económico

El primer aspecto a considerar, para explicar el alejamiento de la situación clásica keynesiana, es el poderoso y penetrante cambio intelectual que, en la segunda mitad del siglo XX, afectó la teorización política sobre el gobierno y la economía. Fue un largo hilo de pensamiento que se desarrolló en continuidad con Hayek y los “austriacos”, es decir, ese grupo de economistas, muchos de origen o ascendencia centroeuropea, 27 que afirmaron la necesidad de preservar —o volver a— Estructuras sociales y económicas centradas en el individuo que opera en una economía de libre mercado, mientras se mantiene una actitud escéptica hacia la intervención del Estado, vista como un camino hacia regímenes autoritarios, paternalistas o incluso liberticidas (ver Capítulo 2). Este cambio dio a los sistemas económicos capitalistas una marcada postura libertaria.

Para poner al neoliberalismo en su contexto intelectual, vale la pena recordar

dos corrientes de pensamiento. Ambos se desarrollaron en la segunda parte del siglo XX y es posible verlos como esquemas en competencia. A costa de una simplificación excesiva, se basan, respectivamente, en la “simpatía” y el “egoísmo”. La diferencia básica es que “los libertarios restauraron los derechos al individuo, pero no las obligaciones”. 28 “En las versiones más extremas, el dinero [se convirtió] en la medida del bienestar, y la justicia [no era] más que eficacia”. 29 A pesar de ciertas aparentes similitudes, estos dos enfoques vieron la organización de la sociedad de formas muy diferentes, y es inmediatamente claro que el segundo punto de vista ha prevalecido.

Nos referimos aquí al contractualismo de John Rawls y al contractualismo de James Buchanan. Ambas pueden verse como teorías políticas de la legitimidad del gobierno y como teorías morales sobre el origen o el contenido legítimo de las normas morales. La legitimidad de la autoridad política se basa en el consentimiento de los gobernados. Este consentimiento consiste en un mutuo acuerdo que legitima las normas morales. 30 En las filosofías de Rawls y Buchanan, un contrato social, éticamente basado, es de hecho el vínculo básico entre los miembros de una sociedad, y es la justificación para su convivencia. De modo que ambos pertenecen al liberalismo, ampliamente definido.

Sin embargo, si entramos en el campo de la economía propiamente dicha, la relevancia efectiva del pensamiento de Buchanan ha sido ciertamente mayor. Hay dos razones para eso:

- No podríamos encontrar en Rawls una conexión con enfoques teóricos específicos en economía, su pensamiento está más en sintonía con la organización política del Estado que con su sistema económico, mientras que en Buchanan hay un *sequitur* evidente del pensamiento político a las consecuencias económicas. . 31 Y su pensamiento político y económico está más en sintonía con las circunstancias imperantes en su tiempo.
- Pero, lo que es más importante, el modelo de sociedad liberal que podría sugerir Rawls estaba sufriendo la misma sensación de crisis y desaparición que, en el campo económico, caracterizaba a la economía keynesiana.

En ambos casos, estamos lejos de cualquier filosofía orientada al Estado, mientras que el hombre en su individualidad es el centro de atención del filósofo. Si volvemos a las raíces filosóficas de las teorías del contrato social que son el trasfondo de ambas, nos vienen a la mente dos nombres: Immanuel Kant y Thomas Hobbes. Kant está detrás de las reflexiones de Rawls, Hobbes detrás de las de Buchanan.

Kant tiene una visión fundamentalmente benevolente del hombre actuando en sociedad, cuya ética se expresa en tres proposiciones (los “imperativos categóricos”) que especifican su deber: (1) actuar racionalmente: cualquiera que sea

el fin particular de su acción, debe querer su fin particular sólo si puede subsumirse bajo un orden universal, es decir, un orden en el que todas las acciones racionales posibles pueden converger; (2) como corolario: actuar de una manera que trate a la humanidad —de su propia persona y de cualquier otra persona— siempre como un fin y nunca como un medio; (3) actúa para que tu voluntad se convierta en regla universal. Por “regla universal”, Kant quiere decir que la ley deriva de la misma razón que vive en todo hombre, que por tanto está obligado a observarla. 32

Este marco moral está presente en el pensamiento de Rawls, y es necesario comprender la base del contrato social, tal como lo concibe Rawls en su *A Theory of Justice*. 33 Él ve este contrato no en un sentido histórico, ni surgir de un supuesto estado primitivo de la naturaleza, sino surgir, con “un cierto nivel de abstracción”, de una “situación puramente hipotética”. Es una posición original de igualdad, donde los principios de la justicia se eligen detrás de un velo de ignorancia, y son el resultado de un acuerdo o negociación entre los miembros de la sociedad. Aquí está la conexión con Kant, porque Rawls ve a los individuos como personas morales, como “seres racionales con sus propios fines”, pero también “capaces de un sentido de justicia”. 34 Rawls ve a cada persona como racional y desinteresada con respecto a todos los demás miembros de la sociedad, pero esto no significa que esa persona sea egoísta, solo significa que no se interesa por los intereses de los demás. Afirma dos principios: “igualdad en la asignación de derechos y deberes básicos; Las desigualdades sociales y económicas, por ejemplo, la desigualdad de riqueza y autoridad, son solo si dan como resultado beneficios compensatorios para todos, y en particular para los miembros menos avanzados de la sociedad ... Puede ser conveniente, pero no es justo, que algunos deban tener menos para que otros prosperen”. 35 Estamos bastante lejos de la optimalidad de Pareto.

Por lo tanto, la racionalidad no debe considerarse “en el sentido estricto, estándar en la teoría económica”, escribe, es decir, como tomar los medios más efectivos para los fines de uno; la racionalidad, según Rawls, está bastante lejos del concepto de utilidad, como se entiende generalmente. Dados los “fuertes y duraderos impulsos benevolentes” del hombre, el principio de utilidad tal como se pretende generalmente es “incompatible con la concepción de la cooperación social entre iguales para el beneficio mutuo”. 36

El contrato social suena diferente, que acaba siendo mucho más influyente en la disciplina de la economía de su época, en el pensamiento de Buchanan. En su forma más simple y clara, un predominio de la posición individualista es expresada por Buchanan y Tullock, quienes, al inicio de su obra principal, *El cálculo del consentimiento*, rechazan explícitamente tanto la teoría orgánica del Estado, para la cual el Estado ha “Una existencia, un patrón de valores y una motivación independiente de los seres humanos individuales que reclaman ser miembros”: una visión, dicen, “opuesta a la tradición filosófica occidental” 37; y la visión marxista, que encarna la explotación de una clase dominante gobernada, ya sea de propietarios de factores de producción o de aristocracias. Entonces, habiendo

descartado tanto el nacionalismo como las teorías inspiradas en el socialismo, “nos quedamos con un concepto de colectividad puramente individualista”. 38 Su análisis se realiza en términos de “individualismo metodológico”, que encarna un compromiso filosófico y un juicio ético, 39 y rechazan cualquier tipo de enfoque de clase o grupo de la economía.

La economía constitucional de Buchanan (y otros) representa un poderoso intento de construir sobre el pensamiento liberal de Hayek y los austriacos, y de construir un esquema intelectual de reconciliación de los intereses individuales con los intereses de los demás individuos, que son miembros de la misma política. comunidad. Esta reconciliación no se basa en un sentido de confianza mutua, lo que podría llevarnos de regreso a Adam Smith. Es una reconciliación en la que el Estado asume un papel, que es, sin embargo, sólo el de garante. El papel del Estado es mínimo, en términos de funciones a desempeñar, pero también fundamental para permitir la plena realización de las potencialidades de las personas. La teoría de la economía constitucional de Buchanan tiene un fuerte acento institucional, como trasfondo de sus puntos de vista libertarios, y de hecho se basa en dos pilares:

Aunque los comentaristas de Buchanan han insistido a menudo en la naturaleza espontánea de un sistema de economía de mercado basado en los derechos de propiedad privada, la libertad de contrato y la estabilidad monetaria, 40 el aspecto más intrigante de la teoría de Buchanan es que su firme postura de economía de libre mercado debe reconciliarse con las limitaciones que puedan surgir como resultado del proceso político. Esta construcción teórica requiere de la estrecha colaboración de economistas, juristas y politólogos, 41 y tiene como objetivo definir lo que debe ser el Estado (en una afirmación explícita de la economía normativa versus la positiva). Los dos pilares deben examinarse en breve.

En cuanto al pilar libertario, el autor identifica la racionalidad con la utilidad subjetiva que persigue el individuo como entidad separada, una racionalidad que no debe confundirse con alguna investigación de la verdad absoluta, y una utilidad ni necesariamente de naturaleza hedonista e interesada: el hombre puede ser egoísta, altruista o una combinación de dos. La elección racional no significa que el individuo, necesariamente, haga elecciones de acuerdo con su interés económico; significa que “el individuo autónomo es... presume que es capaz de elegir cualquier alternativa de manera suficientemente ordenada”, en una escala de preferencias que no incluye la clasificación entre buenos y malos. 42 En una especie de ponderación de las cosas elegidas entre sí, simplemente, “el precepto central de la racionalidad establece únicamente que un individuo elige más en lugar de menos de bienes y menos en lugar de más de malos”. 43 (Sin embargo, la frontera entre lo bueno y lo malo es inexplicable).

Todo esto puede parecer superficialmente similar al pensamiento de Rawls, ambos enfocados en el individuo; pero la diferencia esencial es que, mientras Rawls, a la manera kantiana, ve una ley moral universal que se deriva de la racionalidad común de todo hombre, Buchanan ve al individuo como el único juez de su

propio comportamiento moral.

Igualmente subjetivo es, en Buchanan, el concepto de costo, en relación con la utilidad racional. “El costo es lo que el tomador de decisiones sacrifica o renuncia cuando toma una decisión. Consiste en su propia valoración del disfrute o la utilidad que anticipa tener que renunciar como resultado de la selección entre cursos de acción alternativos ... En una teoría de la elección, el costo debe contarse en una dimensión de utilidad” 44 : un concepto notablemente similar a el “costo de oportunidad” de los economistas neoclásicos.

Buchanan examina el problema de la elección con referencia al individuo individual: la elección privada, ya los individuos que interactúan con otros en un grupo organizado: la elección colectiva. En ambos casos, el individuo que toma una decisión, a un costo (definido como arriba), busca maximizar su utilidad. En el caso de una elección privada, se realiza una transacción de intercambio en el mercado; mientras que en el caso de la elección colectiva, se expresa como el ejercicio del poder de voto político.

En el proceso de elección privada, el individuo hace elecciones dentro de ciertas limitaciones que se le presentan, es decir, que están determinadas exógenamente; mientras que, en el proceso de elección colectiva, la elección que hace el individuo no está dentro, sino dentro de las limitaciones: estas limitaciones están determinadas por los mismos individuos que participan en el proceso de votación. Son aceptadas por el individuo a cambio de beneficios que se anticipan frente a las mismas limitaciones impuestas a los demás miembros de su misma colectividad.

Buchanan y Tullock examinan el aspecto ético de la elección tanto privada como colectiva. En el primero, es decir, en un intercambio privado, se alcanza la máxima utilidad en un mercado con competencia perfecta; mientras que en este último, es decir, en un proceso político, se obtiene la máxima utilidad cuando se alcanza la unanimidad. (Su análisis tiene como objetivo establecer los límites de la ética cuando el intercambio privado ocurre en un mercado no competitivo, o terceros se ven afectados negativamente; y, en un proceso político, cuando las decisiones se toman por mayoría, imponer costos a los disidentes. votantes.)

En cuanto a la elección colectiva, Buchanan contrasta la “economía ortodoxa” [su referencia es principalmente a la teoría neoclásica] y su “economía constitucional”. La economía ortodoxa —escribe— ve las limitaciones sobre las que el votante tiene que expresar su preferencia, no como resultado de su propia elección, sino de elecciones impuestas por el gobierno: el gobierno impone estas limitaciones como bienes públicos. Los votantes se convierten en cautivos intelectuales de “filósofos políticos idealistas, que adoptan variantes de la mentalidad platónica o helena”. 45El surgimiento de la teoría macroeconómica acaba de reforzar esta actitud, centrando la atención en los macroagregados (como el PIB, el empleo, el nivel de precios...), y eligiendo para ellos niveles objetivo considerados objetivamente buenos. Se ha considerado que los gobiernos pueden hacer esta elección, siguiendo el consejo de economistas o filósofos sociales, en una búsqueda idealista del bien único.

Pero, añade Buchanan, de la economía ortodoxa al socialismo el paso no es tan difícil de escalar. Citando al filósofo John Dewey, Buchanan y Tullock escriben: “un factor significativo en el apoyo popular al socialismo ... ha sido la fe subyacente de que el cambio de una actividad del ámbito de lo privado al de la elección social implica el reemplazo del motivo de la ganancia privada por la del bien social ... En la esfera política, la búsqueda de la ganancia privada por parte del participante individual ha sido casi universalmente condenada como ‘mala’ por los filósofos morales de cualquier tipo”. 46

La economía política constitucional toma una dirección diferente: las reglas y limitaciones institucionales no pueden delegarse. Es necesario utilizar el paradigma del intercambio individual, en contraposición a la búsqueda idealista del bien único. La elección colectiva se convierte en nada más que el comportamiento participativo de los miembros individuales. La selección de reglas o instituciones está sujeta a evaluaciones deliberativas y elecciones explícitas por parte de los miembros de la colectividad. 47 La propia definición de bienes públicos debe basarse en un enfoque voluntario. La Economía del Bienestar de Pigou, que ve al gobierno como la entidad desinteresada que corrige las fallas del mercado en nombre de un bien público (Capítulo 2), se invierte por completo.

Podríamos preguntarnos, al margen de la elección colectiva de Buchanan frente a las “externalidades” de Pigou, cómo se debe enfrentar el tema del cambio climático: solo adoptando medidas aprobadas por la elección colectiva de los individuos, o por el Estado que utilizaría “dispositivos legales coercitivos para dirigir el interés propio a los canales sociales”?

Para pasar del pilar libertario al pilar estatal de su construcción, el sustento filosófico de Buchanan es la “filosofía política contractualista” de Spinoza, Locke, pero sobre todo de Hobbes, que justifica la coacción del Estado solo con el acuerdo de los sujetos sujetos. lo. Hobbes escribe: “Autorizo y renuncio a mi derecho de gobernarme a mí mismo, a este Hombre, o Asamblea de hombres [el Leviatán], con la condición de que tú [los otros miembros de la colectividad] renuncies a tu derecho sobre él y autorice todas sus acciones de la misma manera”. 48 El esquema de Buchanan es similar, pero tanto el origen de la devolución de la coerción al Estado como el propósito de la coerción son diferentes. Hobbes ve la necesidad de la devolución en los instintos básicamente malos de los hombres, Buchanan parece confiar en que el hombre sea bondadoso. Además, el propósito de la coacción es, para Buchanan, deshacerse del poder absoluto del soberano, lo opuesto al Leviatán de Hobbes, por el bien de las elecciones colectivas individuales: “[La] tradición intelectual inventó el individuo autónomo despojándose de el capullo comunitario”. 49 Los contractuales anteriores insistían en el aspecto de la coerción, dice Buchanan, porque no tenían idea de la eficacia del orden de mercado. Fue Adam Smith quien, más tarde, confiando en la eficacia del mercado, vio el papel correcto para un Estado mínimo protector. 50

En este marco intelectual, ¿cuál es el papel del economista político? 51 Buchanan comienza rindiendo homenaje a la revolución positivista ya la economía “positiva”, en contraposición a la “normativa”, suscribiendo así el concepto de que

el economista “positivo” mira lo que es, no lo que debería ser. En consecuencia, el lugar del economista en las cuestiones de política no puede ser otro que indirecto. Pero, de hecho, pasa a la economía normativa. Se adhiere a la regla de Pareto de la “optimización”: la optimización en una sociedad significa que cualquier cambio posible desde una determinada posición da como resultado que algunos individuos empeoren; o si lo preferimos, cualquier cambio es óptimo solo si todos están mejor, o si alguien está mejor y nadie está peor. Este es un caso típico de economía positiva, pero también es, escribe Buchanan, una proposición ética, un juicio de valor.

¿Cómo se puede reconciliar esta proposición, la optimalidad como declaración de valor, con la economía positiva de Pareto? La reconciliación se realiza quitando el contenido del juicio de valor del economista, y dejando ese contenido a la elección individual, que es, por definición, ética.

Observa que persiste una ambigüedad en el contenido que se debe dar a los “más acomodados” y los “más desfavorecidos”. La contribución de Buchanan a este tema es que la eficiencia, una posición de “mejor situación”, es la posición que se elige voluntariamente. Mientras que la economía del bienestar generalmente ha asumido que el economista-observador es omnisciente y, por lo tanto, capaz de leer las preferencias individuales, la economía constitucional coloca al economista en una presunción de ignorancia. Su criterio de eficacia no puede ser otro que presuntivo. Es de suponer que su eficacia conservará las características paretianas. “La economía política es, pues, positivista en un sentido diferente de la economía positiva concebida de manera más estrecha”. 52 El economista político presenta un posible cambio, pero solo si se llega a un consenso, de lo contrario no resultará un beneficio sino un daño. El comportamiento observable de los individuos como tomadores de decisiones colectivos es la única prueba de bienestar. “El comportamiento político de los individuos, no el desempeño o los resultados del mercado, proporciona los criterios para probar las hipótesis de la economía política”. 53

No existen valores sociales aparte de los valores individuales. El economista político formula hipótesis sobre los valores de los individuos, manteniéndose éticamente neutral. Los valores se pondrán a prueba en la acción colectiva de todas las personas involucradas en la decisión. Las consecuencias de este enfoque son trascendentales, y el campo de las finanzas públicas permite una implementación fructífera del enfoque de la economía constitucional: el ejemplo típico que se da es la coerción estatal en materia de impuestos y gasto público, que encuentra su legitimidad económica sólo en el proceso de elección colectiva. 54 Sin embargo, esto puede llevar a conclusiones inconsistentes con la optimalidad de Pareto y con cualquier visión ideológica de libre mercado, aunque consistente con una democracia liberal. “[I]n comportamiento individual puede ser totalmente coherente con una reducción en los ingresos o la riqueza personal medidos”. “Una política que combine impuestos progresivos sobre la renta y gasto público en los servicios sociales puede obtener un apoyo unánime aunque el proceso implique una reducción de los ingresos reales medidos de los ricos”. 55

De esta manera tenemos una paradoja: en nombre del individualismo, la economía constitucional puede llegar a conclusiones bastante diferentes a las sugeridas por los economistas positivos. La eficiencia acaba siendo lo que surge del consentimiento individual, del proceso de acción colectiva.

Buchanan advierte a los economistas contra el abandono de la neutralidad: su postura de libre mercado, que implica ganancias mutuas del comercio, puede presentarse solo como una recomendación, porque solo las preferencias individuales, tal como se expresan en la acción colectiva, tienen una relevancia decisiva.

Por lo tanto, podemos tener reglas, ya que han surgido de acciones colectivas, que no son funcionales para una economía de libre mercado. Este es el caso examinado por Richard Posner, un teórico del derecho de la elección pública, con respecto a la constitución estadounidense (pero el mismo análisis podría aplicarse a otros). La alineación de las reglas y el interés privado es difícil de lograr, particularmente en el caso de reglas cuya formulación está especialmente protegida, porque son centrales para la vida, no solo la vida económica, de una colectividad. Posner ha considerado la relación entre la constitución y el crecimiento económico, y su alineación con la lógica económica implícita de un mercado libre.

El punto importante aquí es que, dentro de su contexto democrático más amplio, la constitución bien podría no ser completamente consistente con la visión económica libertaria de los economistas constitucionales. “Como cualquier forma de constitucionalismo agresivo..., el enfoque económico libertario [a través de la interpretación de la constitución o su enmienda] disminuye el papel de la democracia, potencialmente dramáticamente”, escribe Posner.⁵⁶ Según él, “para captar la naturaleza y el alcance de la tensión entre el *laissez-faire* y la teoría política o jurídica democrática es necesario distinguir entre dos concepciones políticas fundamentales que a veces se confunden: gobierno limitado y gobierno democrático. Los defensores del gobierno limitado quieren que el gobierno sea relativamente impotente y, en parte por esta razón, no están muy interesados en cómo se elige a las personas que dirigen el gobierno; su interés es preservar una gran esfera para la acción privada libre de interferencias gubernamentales. Los defensores del gobierno democrático quieren asegurarse de que el gobierno esté de alguna manera en manos del pueblo y confían en que, si se coloca allí, se puede confiar en que promoverá el bienestar general.”⁵⁷

La tensión entre un gobierno limitado, inclinado hacia el individualismo, el libre intercambio y el comercio por un lado, y el gobierno democrático, por el otro, inclinado hacia el bienestar general sobre la base de la acción colectiva, muestra hasta qué punto una “situación clásica” de consenso generalizado en materia institucional. las estructuras orientadas al neoliberalismo encuentran dificultades para emerger (más tarde, después de la crisis financiera de 2008, la confianza de Posner en los mercados libres se vio notablemente afectada).⁵⁸

Nueva economía clásica

Pasando a las contrarrevoluciones económicas que reaccionaron al consenso keynesiano, la misma postura libertaria marca una evolución de la disciplina de la economía, en primer lugar implicando una reevaluación de la doctrina monetarista, y en segundo lugar poniendo un nuevo énfasis en la lógica del comportamiento económico individual en economías de libre mercado, a través de modelos altamente sofisticados. Como se mencionó anteriormente, el primer enfoque atacó el análisis insuficiente de la inflación de Keynes; el segundo, partiendo del comportamiento racional del individuo, va más allá y proclama la “Revolución Keynesiana” como un “desastre”. En este sentido, la “hipótesis de expectativas racionales-REH” y la “hipótesis de mercado eficiente-EMH” han cobrado especial importancia, también con consecuencias de gran alcance para el desempeño de las economías y los mercados financieros.

Según el enfoque de Johnson, que mezcla de manera interesante ideología, doctrina y conveniencia, el contraataque monetarista necesitaba encontrar (1) un problema social importante, y (2) una teoría que tuviera que ser “académica y profesionalmente exitosa en reemplazar al revolucionario anterior. teoría”. El monetarismo ganó fuerza cuando la inflación se convirtió en una seria preocupación social, incluso en los Estados Unidos con la escalada de la guerra de Vietnam; y la teoría cuantitativa del dinero se consideró una explicación científica plausible de la inflación extremadamente alta. Este nuevo interés implicó un reexamen de esa teoría. La figura que estaba asumiendo una posición preeminente era Milton Friedman; y en general la Escuela de Chicago que hemos mencionado en el Capítulo 2 ganó terreno.

La “teoría cuantitativa” —para evitar críticas que habían afectado su formulación anterior: que supondría una tendencia automática al pleno empleo (manifiestamente en conflicto con la experiencia actual) —fue reinstalada como una forma de dar una explicación, y un política, en lugar del keynesianismo. El monetarismo de Friedman reexaminó críticamente la teoría, seleccionando relaciones cruciales que permitirían obtener resultados a partir de ciertas variables.

59

El presidente del banco central estadounidense, Paul Volcker, proporcionó el ejemplo más sobresaliente de lo que se llama “monetarismo práctico, a diferencia del teórico”, a fines de la década de 1970, al reducir la cantidad de dinero en presencia de una inflación severa. La inevitable recesión que sobrevino, profunda y duradera, y el comportamiento impredecible de los agregados monetarios, que dificultaron la determinación de una medida de dinero satisfactoria para orientar la política, llevaron a un cambio de política monetaria, no solo en Estados Unidos, hacia control de otras variables, como tasas de interés y metas de inflación.

60

El monetarismo, sin embargo, atrajo una atención renovada con la difusión del pensamiento libertario de Buchanan y otros. Si, dentro del pensamiento de

Buchanan, dejamos de lado la teoría de la elección colectiva y sus implicaciones para el correcto funcionamiento de una colectividad, que es la originalidad sobresaliente de su enfoque, el punto relevante que permanece en su trabajo es una confirmación de un arraigado liberalismo. Ideas sobre la centralidad del individuo, que es libre de elegir sobre la base de su propia escala subjetiva de preferencias, una escala determinada por la intención de maximizar su utilidad, como quiera que se entienda. Ésta es, de hecho, la sustancia del neoliberalismo, reafirmada en diversas formas por un gran número de pensadores políticos y economistas.

En el campo de la disciplina de la economía, el comportamiento individual se coloca cada vez más en el centro del análisis económico, y el comportamiento de toda la economía se examina sobre la base de las elecciones racionales de los individuos, que se toman utilizando toda la información disponible. Un intento de entender cómo funciona toda la economía —una economía de libre mercado— sobre esa base de comportamiento, se hace matemáticamente, de la misma manera que lo hicieron Walras o Pareto un siglo antes. Se construyen modelos econométricos. Un modelo econométrico es un sistema de ecuaciones que conecta ciertas variables consideradas importantes para el funcionamiento de una economía de mercado. Estas conexiones se determinan sobre la base de las elecciones “racionales” de los agentes (la racionalidad guiada por motivaciones utilitarias, según la definición de Buchanan). El modelo también tiene en cuenta factores exógenos no de mercado,

Una vez que se resuelven las ecuaciones, el modelo produce un resultado que da un valor a las variables macroeconómicas significativas, como el producto, el empleo, los precios. El modelo finalmente tiene que ser validado por la coherencia de su salida con la experiencia real. Si este es el caso, el modelo es “científico” en el mismo sentido que un modelo construido dentro de las ciencias físicas: lógicamente coherente y confirmado experimentalmente. Ciertas proposiciones económicas se vuelven científicamente “verdaderas”, libres de declaraciones de valor.

Está lejos de nuestra intención dar una descripción de la construcción de estos modelos y de los esquemas teóricos relacionados; más bien es nuestro propósito mostrar que la validez —si la hay— de estos esquemas está condicionada a la aceptación de sus premisas ideológicas y a la existencia de instituciones cuyo funcionamiento es funcional al esquema teórico, de manera que la experiencia pueda validar las predicciones que el esquema pretende ceder. 61

La elección racional de Buchanan puede verse como el trasfondo filosófico de dos esquemas teóricos, recién mencionados: la “hipótesis de expectativas racionales-REH” (Robert Lucas y Thomas Sargent se encuentran entre sus principales exponentes) y la “hipótesis de mercado eficiente-EMH” (Eugene Fama), que se han vuelto predominantes tanto en macroeconomía como en la explicación del comportamiento de los mercados financieros: un tema, este último, de abrumadora importancia, dada la expansión de las supraestructuras financieras sobre la estructura real de la economía, y la considerable disrupciones que pueden

provenir, y han venido, de mercados financieros disfuncionales.

¿La elección racional de Buchanan depende del supuesto de que la elección se realiza basándose en la experiencia pasada (según la cual las personas asimilan y reaccionan a su experiencia real a lo largo de los años), o en las expectativas racionales actuales de la evolución de las variables que explican los agentes ’? ¿interesar? El tema de las expectativas es fundamental para la REH.

Un documento del Banco de la Reserva Federal de Minneapolis ⁶² dio una descripción clara del nuevo enfoque —expectativas racionales— mostrando cómo las predicciones, incorporadas a las ecuaciones del modelo econométrico que representan el comportamiento de los individuos, arrojan resultados diferentes de los obtenidos por la metodología anterior, no basados en expectativas. Tomemos las estimaciones de inflación: las personas toman decisiones sobre sus compras no en función de lo que ha sido la inflación en los últimos años, sino de cómo se espera que evolucione la inflación en el futuro y, en estas expectativas, se ven afectadas por cambios en las políticas gubernamentales. “Para evaluar con precisión los efectos de diferentes políticas económicas, ... se debe incluir un modelo mucho más sofisticado de las expectativas de las personas en la estructura de los modelos econométricos. El principio de modelado propuesto se basa en la teoría de las expectativas racionales”. ⁶³

El supuesto implícito de que cualquier influencia del gobierno (o del banco central) en el comportamiento espontáneo del mercado perturba las expectativas y, por lo tanto, crea fluctuaciones indebidas en la actividad económica, se explica en un artículo de la misma Revista, unos meses después, escrito por Lucas y Sargent. . ⁶⁴ Al observar el fracaso de las políticas keynesianas basadas en el uso extensivo de herramientas monetarias y fiscales, quisieron “reabrir los temas básicos de la economía monetaria”, recordó la teoría neoclásica preexistente, basada en dos postulados conductuales: que “los mercados claro” ⁶⁵ y que los agentes actúen, hagan su elección, en su propio interés; pero agregó que se supone que cada agente tiene información limitada. Por tanto, los agentes cometen errores; pero, también, todo el mundo comete el mismo error. (Se puede observar que se trata de una simplificación que supone que todos los individuos son idénticos, o al menos que las diferencias entre ellos se anulan entre sí, de modo que podemos concebir un “agente representativo”). A partir de sus expectativas racionales, se determina un cierto nivel de precios y producción. Un observador ajeno al mercado no puede ganarle al mercado y la autoridad (el banco central), como observador ajeno al mercado, no puede actuar de manera diferente. Un cambio inesperado e impredecible en la oferta monetaria, realizado por la autoridad, cambia los niveles de precios y producción con respecto a lo que hubieran sido de otra manera. Este cambio inesperado crea fluctuaciones comerciales y choques imprevistos. Por tanto, lo que se necesita son “reglas de juego estables, bien comprendidas por los agentes económicos”. El activismo en la política monetaria o el financiamiento del déficit fiscal tiene la “capacidad de perturbar”. Se debe seguir la regla del X por ciento defendida por Friedman, con respecto a los cambios en el stock de dinero.

Esta es probablemente la conexión más visible y operativa entre el monetarismo de Friedman y la nueva “hipótesis”.

La hipótesis de las expectativas racionales ve los resultados macroeconómicos como una agregación del comportamiento de todos los agentes. Esta base microeconómica permite remontarnos a los neoclásicos de finales del siglo XIX al XX y al equilibrio de Walras (Capítulo 1). La macroeconomía tiene sus raíces en las matemáticas; y en rigurosas micro fundaciones. La Hipótesis es una negación de las relaciones sociales, que no solo arroja sospechas sobre cualquier intervención gubernamental, sino que también niega relevancia a cualquier conexión social entre agentes económicos (individuos o empresas). 66

En los mercados financieros, las expectativas racionales están arraigadas en los precios de los activos financieros. Dado que los rendimientos de los activos son inciertos, la elección racional, que determina el precio del activo, no se puede hacer más que confiando en toda la información disponible (la EMH). Una inferencia que podría extraerse de esta afirmación es que, si la información estuviera completa, el pronóstico de los agentes sería óptimo y los precios serían, por definición, correctos. Dado que la información es más o menos incompleta, los precios pueden ser diferentes de lo que serían de otra manera. La sobrevaloración o subvaloración consecuente implica rendimientos mayores o menores que los resultantes de la previsión óptima. En este caso, sin embargo, aparecerían oportunidades inexplicables de ganancias y el arbitraje haría converger las elecciones de los participantes del mercado en el pronóstico óptimo.

Sin embargo, según tengo entendido, esta no es la inferencia correcta que deduciría un teórico de la EMH. Según él, los precios siempre son correctos, en relación con la información disponible, y las autoridades deben en cualquier caso abstenerse de interferir en su determinación. Ésta es una distinción importante al tratar de explicar las causas de las crisis financieras.

La “hipótesis de las expectativas racionales” fue ganando terreno progresivamente y, en asociación con la “hipótesis del mercado eficiente”, dio un sustento significativo a una interpretación y comprensión específicas del comportamiento de los mercados financieros. Ambos demostraron ser extremadamente exitosos en términos de correspondencia entre las predicciones y los resultados reales. Sobre esta base, se crearon instrumentos financieros innovadores, beneficiando en primer lugar a sus engendrados y usuarios.

Esta correspondencia fue facilitada por los formuladores de políticas, quienes desarrollaron un entorno institucional favorable en el que este enfoque teórico podría tener resultados coherentes, al reducir cualquier interferencia del gobierno que pudiera alterar las expectativas racionales de los individuos y restringir las preferencias espontáneas del mercado financiero. En general, con el fin de aliviar las circunstancias ambientales en las que las expectativas racionales podrían no verse obstaculizadas, se buscó una intervención no gubernamental en la asignación de capital. En el campo de la política monetaria, se siguió una orientación monetaria predecible y los bancos centrales proporcionaron orientación

de política futura (información sobre las intenciones futuras de política monetaria 67) fue adoptado. En general, parece seguro que durante las últimas décadas del siglo, el control de la inflación y las finanzas públicas “sólidas” ganaron una prioridad cada vez mayor sobre el pleno empleo y la protección social. Relacionado con este cambio estuvo la tendencia de crecimiento de la deuda del sector privado de la economía a niveles sin precedentes: la financiarización de la economía creció fuertemente, en particular su componente privado.

Si aceptamos el punto de vista, mencionado en nuestro Prefacio, de que la economía “positiva” (a diferencia de “normativa”) puede calificar como ciencia en la medida en que su precisión, alcance y conformidad con la experiencia de las predicciones que produce, una pregunta puede ser planteado: ¿hubo algún impedimento que impidiera que la hipótesis de las expectativas racionales — y la tesis de la hipótesis del mercado eficiente— pronosticara y, por lo tanto, posiblemente previniera, el colapso de los mercados financieros en 2007-2008? Vale la pena informar el siguiente extracto de un libro publicado justo después de la caída del mercado:

“Los mercados financieros privados no pueden funcionar correctamente a menos que exista suficiente información, informes y divulgación tanto a los participantes del mercado como a los reguladores y supervisores relevantes. Cuando los inversores no pueden valorar adecuadamente los nuevos valores complejos, no pueden evaluar adecuadamente las pérdidas generales que enfrentan las instituciones financieras, y cuando no pueden saber quién tiene el riesgo de los llamados desechos tóxicos, esto se convierte en una incertidumbre generalizada ... Por lo tanto, una vez que la falta de recursos financieros la transparencia del mercado y el aumento de la opacidad de estos mercados se convirtieron en un problema, se sembraron las semillas para un desastre sistémico en toda regla”. 68

Esto implicaría que, antes del colapso, “toda la información disponible” era de hecho extremadamente escasa, por lo que no habría sido posible la autocorrección del mercado.

Pero, según Eugene Fama, este no era el tema en juego. En realidad, la pregunta que planteé anteriormente —la prevención del colapso del mercado financiero— probablemente esté mal concebida. Los precios de mercado eran constantemente correctos, eso es coherente con la información disponible, y Fama no se queja de escasez de información. No ve en el colapso del mercado una falla de mercado de la EMH, la EMH sale bastante bien de este episodio; observa que “los mercados financieros fueron una víctima de la recesión [económica], no una causa de ella”, pero lo cierto es que la actividad económica es “la parte que no entendemos”; culpó a la interferencia del gobierno en el mercado: el gobierno causó la crisis de las hipotecas de alto riesgo 69 y sus remedios “demasiado grandes para fallar” para las fallas bancarias respaldaron implícitamente esos precios de mercado.70

Cándido, protagonista de la novela homónima de Voltaire, medio muerto bajo las ruinas de una Lisboa totalmente destruida por un terremoto (1755), es consolado por su compañero, el filósofo Pangloss, que dice que “todo esto es lo mejor; porque, si hay un volcán en Lisboa, no puede estar en ningún otro lugar; porque es imposible que las cosas no estén donde están; porque todo está bien” 71 (el volcán en cuestión es la actividad económica).

Cabe señalar que, ya en 1997, un Samuelson desencantado comentaba irónicamente los “dogmas modernos de Lucas”: “la historia económica posterior a 1978 [el año en que se formuló la REH] habla en contra de la confirmación *ex post* de las especulaciones *ex ante* de esa Escuela”. 72 No había necesidad de una mayor confirmación, por el colapso financiero de 2008, de una teoría que en verdad era defectuosa.

Dado que el concepto de información parcial disponible parece similar al de “incertidumbre”, tal como lo considera Hayek (ver Capítulo 2), uno puede preguntarse si la perspectiva ideológica es la misma. Hayek no se basa en la racionalidad del mercado, no se puede concebir un sistema racional de preferencias, dadas las piezas de información meramente dispersas que tienen los agentes, pero, sin embargo, piensa que el sistema de precios es la forma más eficiente de conectar esas piezas. Tanto si no podemos confiar en la racionalidad del mercado (Hayek) como si podemos (Fama), la *Weltanschauung* libertaria es la misma. En una perspectiva opuesta, Keynes consideró la incertidumbre en el contexto del mercado: separó el riesgo, que se puede describir en términos de probabilidades y, por lo tanto, calculable, de la incertidumbre, que no puede. 73 Creía que la incertidumbre es el origen de las fallas del mercado y, por lo tanto, la motivación para la intervención del gobierno.

¿ Una nueva “situación clásica”?

Hemos hecho esta breve incursión en la teorización sin ninguna intención de suscribir ni de rechazar su contenido, sino de mostrar el estrecho vínculo entre, por un lado, un fundamento ideológico: la confianza en que un enfoque libertario, apoyado en una sociedad organizada a lo largo de *Un homo oeconomicus* egoísta , y escéptico de la intervención del Estado, puede dar mejores resultados en términos de bienestar (la visión como emergente del neoliberalismo) y, por otro lado, la construcción de modelos que expliquen de manera positiva y neutral el comportamiento real de el sistema económico.

La visión neoliberal no encuentra ninguna inconsistencia entre el colapso del mercado y el núcleo de la teoría de que “los mercados siempre son correctos”. Quienes apoyan un papel mucho más amplio del gobierno en la estimulación de la economía y la regulación de los mercados financieros tienen una opinión diferente. Sin embargo, tras la perturbación financiera y económica que siguió al colapso del mercado de 2008 y las medidas políticas adoptadas en esta última dirección tras la crisis, una actitud inversa está cada vez más presente en las

políticas económicas y la regulación del mercado. Por ejemplo, en el campo de la regulación financiera, vemos en el Reino Unido una tendencia a volver al “enfoque basado en principios” anterior a la crisis en contraposición a una regulación prudencial más detallada.

Si nos centramos en el significado polivalente de “racionalidad”, no es de extrañar que la disciplina de la economía se aleje cada vez más de ser una ciencia social (moral), y se convierta en una ciencia del comportamiento individual, para enmarcarse dentro de la categoría de lo natural. ciencias. El positivismo de Comte parece gozar de una completa venganza. Incluso el “comportamiento irracional” (Robert Shiller) puede subsumirse bajo el mismo techo, si lo vemos como un intento de entender un sistema económico a través de las motivaciones del comportamiento humano. Hace muchas décadas, el economista George Shackle observaba: “es evidente que, por un lado, la economía tiene una frontera con la psicología, o más bien, que entre ellos hay una tierra de nadie clamando por ser explorada y apropiada, que podríamos llamar física económica”. Y da un ejemplo:⁷⁴ Ahora, el estudio de la neuroeconomía está progresando, quizás fusionando la economía con la ciencia médica; y los restos de la economía política pueden quedar definitivamente abandonados.

Si se puede ver la filosofía del neoliberalismo y la teorización económica que ha estado prevaleciendo en el cambio de siglo actual, lo que se conoce con el nombre de Nueva Economía Clásica (esencialmente, un renacimiento de la Escuela Neoclásica “Walrasiana” ⁷⁵). como una “situación clásica” en un sentido schumpeteriano (este es nuestro punto [c], planteado anteriormente), es muy dudoso, al menos por un par de razones:

- Se siguen aplicando nuevos enfoques keynesianos. Según una versión keynesiana, dada la rigidez (o rigidez) de los salarios, que evita su caída incluso cuando los recursos laborales están desempleados, sería suficiente eliminar esa rigidez, y la economía funcionaría de manera eficiente, de manera similar al modelo neoclásico. . El papel del gobierno sería, en esta versión, activo, pero principalmente dirigido a restaurar el buen funcionamiento del modelo neoclásico.
- Según otra versión keynesiana, posiblemente más cercana a la “original”, la rigidez salarial puede ser útil y ayudar a la estabilización económica: bajar los salarios para restablecer el equilibrio significaría recortar el gasto de los consumidores, exacerbar cualquier recesión, provocar deflación, y específicamente quiebras si, como fue el caso en las circunstancias de principios de la década de 2000, hay demasiada deuda en el sistema económico.
- Un eco de la polémica entre el monetarismo, o en general la Nueva Economía Clásica por un lado, y el keynesianismo de segunda versión por el otro, se puede escuchar en el debate actual,

dentro de la Unión Europea, entre una política monetaria “orientada al Bundesbank” y las políticas anti-austeridad, gestionadas por la demanda, invocadas para superar el estancamiento actual. La pandemia parece fortalecer estas últimas políticas.

- Después de la crisis financiera de 2008 y la Gran Recesión que siguió, la secuencia que vincula la ideología, las nuevas teorías económicas, las políticas económicas y el colapso financiero y la recesión económica no se puede descartar fácilmente. Desde allí, hasta detectar una conexión causal en lugar de una simple secuencia de eventos, el escalón no fue difícil de escalar. “No fue un accidente que aquellos que defendieron las reglas que llevaron a la calamidad estuvieran tan cegados por su fe en el libre mercado que no pudieron ver los problemas que estaba creando. La economía había pasado ... de ser una disciplina científica a convertirse en la mayor animadora del capitalismo de libre mercado”. 76

Desde estos eventos, ha habido una fuerte tendencia no solo a restablecer a Keynes en su papel apropiado tanto en la historia del pensamiento económico como, quizás más importante, en una visión verdaderamente liberal de la sociedad, sino también a invocar nuevamente el políticas económicas que defendió con tanto éxito durante un período de tiempo relativamente largo. El puesto más destacado al respecto se encuentra en el libro Keynes. El regreso del maestro , donde Robert Skidelsky, “el” biógrafo de Keynes, no duda en definirlo, con cierto énfasis, como “el pensador económico más importante del mundo”. 77Mi visión relativista de toda la disciplina de la economía, que habrá surgido de estas páginas (y más de eso en el siguiente capítulo final), me incomoda con este tipo de afirmaciones. Pero antes de eso, no puedo evitar ocuparme de lo que parece ser una especie de subproducto de la Gran Recesión y preguntar qué tipo de filosofía económica, si la hay, se esconde detrás del “populismo”.

Mientras tanto, podemos decir con seguridad que la disciplina de la economía parece incapaz de captar de manera adecuada todas las características complejas de nuestra sociedad: todavía no tenemos las líneas perfectas de un templo griego a la vista. Esta disciplina hace todo lo posible para merecer su denominación de “ciencia lúgubre”.

El populismo como subproducto del neoliberalismo

Puede parecer extraño que un ensayo dedicado a las filosofías económicas deba ocuparse del populismo. La respuesta inmediata a una pregunta sobre qué tipo de pensamiento económico tiene en mente un populista sería un rotundo

“ninguno”. Pero el populismo no debe ser descartado meticulosamente, y una respuesta más articulada requiere que miremos:

A. el rasgo principal que diferencia al populismo de la democracia liberal: que es, sobre todo, la forma en que se adquiere y se ejerce el poder político. En general, el primero invoca alguna forma de democracia directa, mientras que el segundo se basa en la democracia representativa; B. las raíces ideológicas del populismo; C. las motivaciones que se esconden detrás del auge del populismo; D. el impacto de las redes sociales en el populismo.

Se puede inferir una postura económica populista una vez considerados estos temas.

- Populismo y democracia liberal

Sobre la adquisición y el ejercicio del poder político, los argumentos tanto de los liberales como de los populistas se centran en las élites, pero el papel de las élites se ve de otra manera:

- Según los populistas, las élites se oponen necesariamente al pueblo. Sus miembros utilizan su poder para promover sus intereses personales, con el objetivo de obtener una ganancia a expensas de la gente. Así es como hoy en día los populistas utilizan y entienden principalmente la palabra “élite”. Casi por definición, el comportamiento de las élites no puede ser otro que “malo”: son una minoría, pero tienen el poder, y explotan al pueblo económicamente como de otras formas. Este comportamiento es visto a la luz de una teoría de la conspiración, y esta visión se refuerza a sí misma: la democracia representativa esconde complots contra el pueblo. El remedio a esta situación es el derrocamiento de las élites y una transferencia del poder directamente al pueblo. En términos constitucionales, el resultado de este proceso es eliminar gradualmente, o al menos marginar, representación del pueblo a través de un órgano electo (el parlamento) y encomendar directamente al pueblo las decisiones pertinentes. La distinción entre funciones ejecutivas y legislativas acaba siendo al menos borrosa.

Si las decisiones políticas las toma directamente el pueblo mismo o si se confían a un líder designado por el pueblo, es una cuestión que merece un examen más detenido. Si bien el populismo puede enmarcarse dentro del concepto de democracia directa, la propia idea de democracia directa se torna vaga cuando el líder termina desapegado de la voluntad del pueblo. Sobre la base de un mandato supuestamente fiduciario que le dio el pueblo, el líder podría creer implícitamente que es superior a los demás en saber lo que es “bueno” para la comunidad y decidir en consecuencia.

- La visión liberal también ve a las élites como un grupo que ejerce el mando, pero también las considera como personas que, debido a su selección por parte del pueblo a través de un proceso electoral, o dada su experiencia específica en ciertos campos, están constitucionalmente encargadas de la gobernanza del gobierno. organismo público. Institucionalmente, el parlamento es visto como un organismo elegido democráticamente por los ciudadanos, no simplemente como un ejecutivo de decisiones ya tomadas directamente en otros lugares. Las funciones legislativas y ejecutivas están separadas, y cualquier posible intrusión en cada uno de los otros campos está limitada por “controles y contrapesos”. El parlamento está a cargo de redactar y aprobar las leyes, que el poder ejecutivo del gobierno tiene la tarea de observar e implementar a través de la acción política. Además, la competencia particular requerida para determinadas tareas pertenecientes a la esfera pública, implica encomendar a determinadas personas, que se supone que tienen esa competencia, la ejecución de esas tareas: pensemos en el poder judicial o en la banca central, por ejemplo. Si el parlamento, el gobierno o las autoridades independientes han cumplido o no, en un caso específico o en un conjunto de circunstancias, con sus tareas debidamente, en perjuicio del pueblo, es un asunto que debe analizarse dentro del sistema constitucional actual. de la democracia representativa.
- Raíces ideológicas de los movimientos populistas

Las formas de populismo tienen importantes padres filosóficos. Podemos llevar a dos pensadores, muy lejanos en tiempo y lugar (Jean-Jacques Rousseau y James Buchanan). Con ellos se invoca la democracia directa radical, aunque con una implicación muy diferente del Estado en la vida de la sociedad. De hecho, estos dos nombres son relevantes porque nos llevan a las dos corrientes de pensamiento en las que se basó originalmente toda la construcción de la economía política: la primera, basada en la centralidad de la sociedad en su conjunto, o del Estado; y el segundo, apoyado en el punto de vista individualista, centrado en el individuo como agente racional. Además, me viene a la mente un tercer pensador: Carl Schmitt, y su identificación del líder como dictador: su nombre resuena cada vez más en los debates actuales sobre el populismo.

En la teoría de Rousseau, la Voluntad General es la expresión del cuerpo político, el Estado, que es una entidad moral y el fundamento de la convivencia humana. La voluntad general significa que la soberanía se encuentra en el pueblo en su conjunto, y que la soberanía es indivisible. Rousseau rechazó la moderación política, el relativismo, el tradicionalismo y el entusiasmo por el modelo parlamentario británico, expresado por pensadores tan diversos como Montaigne, Voltaire o Hume. Los adversarios de Rousseau pensaban, por el contrario, que la democracia pura y directa era lo más parecido a la anarquía. En la “incesante

batalla entre la Revolución de la Razón y la Revolución de la Voluntad”, la corriente principal del pensamiento de Rousseau, la “revolución de la voluntad”, lo convirtió en un paria en su sociedad, y se opuso a los republicanos democráticos que hacer la revolución francesa de 1789-1793. 78 Al mismo tiempo, Rousseau veía la dictadura solo como un remedio extremo que la democracia directa puede adoptar en circunstancias excepcionales; sólo más tarde Marat y Robespierre, que tenían a Rousseau en alta estima, darían un giro populista a la visión de Rousseau. 79

La Voluntad General, siendo ella misma la esencia del Estado, entra en consideración cuando el asunto a resolver involucra el interés de toda la comunidad y, definido como antes, debe distinguirse de la voluntad de todos. El primero tiene en cuenta sólo el interés común, mientras que el segundo tiene en cuenta el interés privado y no es más que la suma de voluntades particulares, según Rousseau. 80

El Discurso sobre economía política de Rousseau, que sigue al Contrato social, ayuda a comprender mejor cómo operaría la Voluntad General en interés de toda la comunidad. En este sentido, define tres reglas de economía política. El primero dice que la Voluntad General debe seguirse como una especie de solución por defecto en la que el legislador debe apoyarse. El legislador, escribe Rousseau, tiene una infinidad de detalles de administración y economía que cuidar, pero debe seguir “dos reglas infalibles”: el espíritu de la ley [implicidad, la Voluntad General que es el origen de cualquier ley] debe decidir en casos particulares que no pudieran preverse; y se debe consultar explícitamente al testamento general siempre que falle esta prueba.

La segunda regla es fundamental para comprender mejor la autoridad sobre la que descansa la Voluntad General y enfatiza la centralidad de la educación pública. El Estado tiene el rol de educador público de la ciudadanía: “formar ciudadanos no es un trabajo de un día, y para tener hombres es necesario educarlos cuando sean niños” 81, para que “tengan en cuenta su individualidad sólo en su relación con el cuerpo del Estado y ser conscientes, por así decirlo, de su propia existencia meramente como parte de la del Estado”. 82 De esta manera, podrían llegar a identificarse en algún grado con este gran conjunto, a sentirse miembros del país. Más allá de cualquier forma de educación privada, a partir de lo que los niños puedan recibir de sus padres, la educación es “aún más importante para el Estado”. 83

La tercera regla, que afecta más directamente al campo de la economía política, es que la provisión de necesidades públicas es una inferencia obvia de la Voluntad General, y el tercer deber esencial del gobierno. “Si a un rico le roban, toda la fuerza policial se pone inmediatamente en movimiento... qué diferente es el caso del pobre. Cuanto más le debe la humanidad, más se lo niega la sociedad”. 84 Para recaudar impuestos de manera verdaderamente equitativa y proporcionada, la imposición no debe ser “en proporción simple a la propiedad de los contribuyentes, sino en proporción compuesta a la diferencia de sus condiciones y lo superfluo de sus posesiones”. 85

Estas palabras hicieron de Rousseau, durante mucho tiempo, el héroe insuperable simultáneamente de izquierda y derecha, un estatus que ningún otro pensador había alcanzado. El enfoque de Rousseau en el Estado como entidad suprema, del cual la Voluntad General es la expresión, significó una aversión a las ideas de cosmopolitismo, universalismo y la búsqueda de la paz universal, que fueron componentes básicos de los filósofos británicos de su tiempo.

Diferente, y expuesta dos siglos después, es la visión de Buchanan, 86 que se basa en gran medida en la doctrina del constitucionalismo que hemos mencionado en la Secta. 4.3 . Critica el sistema representativo cuando otorga amplios poderes de discreción a la asamblea electa, el parlamento: esto es típico de la situación en la que un sistema político se basa en la votación por mayoría, con una agenda abierta. El peligro es que un mayoritarismo abierto es muy vulnerable a la manipulación demagógica, a lo que podríamos llamar la dictadura de la mayoría. Otro peligro deriva de la “agenda abierta”, es decir, del campo de acción extremadamente amplio abierto a las decisiones parlamentarias. 87

Más bien, Buchanan piensa que lo que se necesita es un acuerdo general entre todos los ciudadanos sobre la necesidad de “limitar la agenda para la acción colectiva”: el parlamento debería poder aprobar leyes solo en una gama limitada de asuntos. Esto no requiere ningún acuerdo de preferencias entre los votantes, significa lo contrario: dado que no se puede alcanzar un consenso sustancial sobre la mayoría de los posibles temas de elección, cada persona querrá estar de acuerdo con reglas que limitan la acción política y, por lo tanto, el rango de coerción que la política implica necesariamente. Esta es esencialmente una forma a través de la cual los individuos obtienen protección contra la extensión potencial de la coerción colectivizada. “[E]l constitucionalista se apoya exclusivamente en el demos”, 88 en el pueblo, y en ese sentido se afirma la democracia directa.

Como se mencionó anteriormente, adoptar solo decisiones políticas que sean aprobadas por consentimiento unánime equivale en principio a aceptar la distribución actual de la riqueza: significa adoptar solo políticas que representen “mejoras de Pareto”.

La democracia representativa e indirecta tiene que ser de hecho limitada en opinión de Buchanan, restringida a los estrechos límites impuestos por la acción colectiva al gobernante: “se politizarían menos actividades bajo la democracia directa que bajo la indirecta”. 89 Por ejemplo —agrega— este sistema reduciría de manera plausible la “legislación de barril de cerdo”, que es la tendencia a adecuar el gasto público a los intereses locales, utilizando los ingresos de todos los contribuyentes. El problema de la relación principal-agente, que es típico de la democracia representativa indirecta, se minimizaría con el sistema que acabamos de describir.

Pero Buchanan plantea una pregunta adicional: ¿cómo aplicar las reglas de la democracia directa en colectividades donde ya existe “una constitución”, con características históricamente determinadas, muy alejadas de los principios que

él defiende? 90 En esta situación, la democracia directa puede asumir un significado diferente del modelo estilizado que acabamos de describir. Abogó por “disposiciones para iniciativas populares y referendos [que] puedan funcionar para prevenir acciones colectivas que de otro modo podrían implementarse”. 91

Buchanan está firmemente convencido de que esta forma de democracia directa es consistente con la verdadera esencia del liberalismo clásico, que requiere que se minimice el tamaño del sector público en la interacción económica y social. Es crítico de la democracia liberal generalmente defendida por otros liberales, promulgada a través de un sistema político representativo. Toma el ejemplo de un posible debate entre una propuesta de aprobación por supramayoría en el parlamento de aumentos de impuestos, y una propuesta alternativa que sometería esta decisión a un referéndum popular: los socialistas de cualquier tipo se opondrían a la primera propuesta sobre principios supuestamente democráticos, porque se violarían los derechos de las minorías; pero no pudieron oponerse a la segunda, por estar basada en el propio electorado.

Está claro que las posiciones intelectuales que se basan, respectivamente, en las filosofías de Rousseau y Buchanan se traducen en ideologías económicas de un tipo muy diferente. El primer teórico se basa en una visión global de la identificación del individuo con el Estado. ¿Estamos lejos de la afirmación de Hegel —varias décadas después de Rousseau— de que es a través del Estado como el individuo disfruta de su libertad? (Capítulo 1). Lo que surge del contrato social de Rousseau y el discurso de la economía política No es solo la centralidad del Estado en la educación pública, sino también un sistema económico orientado a la tributación progresiva y al igualitarismo, y una perspectiva política y económica basada en las necesidades e intereses nacionales, y desconfiado de cualquier forma de globalización. Buchanan, por el contrario, ve la democracia directa ligada a su constitucionalismo, y como la verdadera encarnación de un genuino pensamiento liberal, basado en un papel extremadamente reducido del Estado y, paralelamente, en un amplio territorio para la expansión de la libre iniciativa. , ya que las pocas limitaciones derivadas de la coacción por parte del Estado son en sí mismas el resultado de la elección colectiva del hombre.

La ilustración de diferentes enfoques filosóficos de la democracia directa podría terminar con Rousseau y Buchanan. Pero, como se señaló anteriormente, el nombre de Carl Schmitt también se menciona con frecuencia en este debate. “Los juristas chinos, los nacionalistas rusos, la extrema derecha de EE. UU. Y Alemania, así como la extrema izquierda de Gran Bretaña y Francia, se basan en el trabajo del principal teórico del derecho de la Alemania nazi”, durante mucho tiempo. considerado “como más allá de lo pálido”. 92

El argumento que puede vincular a Schmitt con Rousseau y Buchanan es que los tres exaltan la democracia directa sobre la democracia representativa. Pero Schmitt va mucho más allá de esta contraposición, porque el resultado de su esquema intelectual es una forma de gobierno que abandona el concepto mismo de democracia, al recortar cualquier mandato permanente que el pueblo le dé al líder. Al comienzo del Tercer Reich, escribe que la nueva Ley de Habilitación

de 1933, que marca el comienzo del Reich de Hitler, aunque se presenta formalmente como un cambio a la anterior constitución de Weimar, débil y “neutral”, representa un cambio radical: la Ley ha sido decidida por el parlamento sólo en obediencia a la voluntad del pueblo expresada en las elecciones políticas que acaban de celebrarse; en realidad es un referéndum popular, un plebiscito, que reconoce a Hitler como líder político del pueblo alemán. 2 .

La dictadura implica un “estado de excepción” 93 , que es la suspensión de la ley y la limitación de la libertad individual. En el estado de excepción, soberano es quien decide sobre la excepción; la excepción separa la norma de su aplicación, para preservar su sustancia y hacerla efectiva. La dictadura soberana es el órgano de un poder constituyente. Por ejemplo, Schmitt vio este poder constituyente en la Revolución inglesa del siglo XVII, cuando Cromwell estableció una dictadura militar que no dependía de ningún organismo superior, y la transformó en un poder soberano genuino, ya no delegado ni provisional, sino permanente y absoluto. 94 Schmitt teorizó la dictadura como un régimen anónimo (un régimen fuera de la ley): su estado de excepción significa la suspensión del estado legal, acompañada de restricciones a la libertad personal y la eliminación de ciertos derechos fundamentales, para establecer un nuevo orden. 95

Schmitt opone la legalidad a la legitimidad. El primero alcanzó su máxima expresión en el liberalismo del siglo XIX, pero no tiene un contenido efectivo, ya que resultó impotente en la República de Weimar en Alemania. El Estado ya no podía limitarse a la aplicación de la ley, sino que exigía decisiones urgentes y contundentes que solo podía tomar un líder que ejerciera una dominación carismática. Su acción encontraría en sí misma legitimidad: “el ethos del derecho tenía que dar paso al patetismo de la acción”. 96

El choque entre un liberal que apoya la democracia directa y un populista extremo que al final aísla la autoridad del dictador del control de la gente que lo había elegido, es bien visible en la crítica de Buchanan a los dictadores populistas, 97 es decir, a “aquellos que, en el mismo tiempo, pretenden ser defensores de la democracia, en cierto sentido electoral, y temerosos del demos. Las personas que pertenecen a este grupo se opondrán con vehemencia a la democracia directa en todas sus formas, y querrán restringir el papel del pueblo a la selección de los gobernantes ... Una vez elegidos electoralmente, no hay pretensión de que el gobernante esté ‘representando’ al pueblo en todo ... Y dado que cualquier gobernante está implícitamente modelado como haciendo el bien, no debería haber una base razonada para imponer límites o restricciones a su acción”. 98 Esta visión de Buchanan puede verse como un rechazo sin reservas a cualquier régimen fascista, si tenemos en cuenta el origen electoral de los sistemas de gobierno de Mussolini o Hitler, o de los más recientes.

Causas del aumento del populismo

Si pasamos del territorio de la filosofía política a las motivaciones que están detrás del auge del populismo, su predominio está estrictamente conectado a fases de descontento, empobrecimiento y antagonismo de clase. En el siglo XX, vemos que en tiempos caracterizados por dificultades económicas y sociales, provocadas por guerras o crisis económicas profundas, amplios estratos de la población pudieron encontrar una doctrina, un credo que supuestamente liberaría al pueblo de las penurias y guiaría a la población. personas hacia niveles más altos de bienestar, justicia social y una afirmación del orgullo nacional. Este credo se encontró en el nacionalismo, y el nacionalismo fue personificado por un líder “schmittiano” que eliminaría a las élites liberales anteriores de sus puestos de mando y dejaría de referirse al pueblo por su autoridad continua. No es necesario recordar aquí detenidamente el nacimiento del fascismo en Italia y del nacionalsocialismo en Alemania. Ambos se basaron principalmente en el apoyo de la pequeña burguesía, una clase fuertemente golpeada por la inflación y la pérdida de posición social, y desmoralizada por las dificultades de la Primera Guerra Mundial y sus secuelas: una clase que esperaba recuperar, a través de un dictador, una posición primaria en sus respectivas naciones.

El socialismo soviético puede verse en sí mismo como una versión extrema de una dictadura de tipo schmittiano. Si consideramos sus estructuras políticas, la principal diferencia con respecto a los otros dos regímenes es que el socialismo soviético fue el resultado de una revolución obrera en un país todavía semifeudal, donde las estructuras liberales estaban en su infancia: un país golpeado por pérdidas masivas de guerra, mientras que la propaganda bolchevique logró convertir el conflicto en una vergonzosa guerra imperial. Pero el líder indudablemente tenía una posición schmittiana.

De manera igualmente incuestionable, ninguna democracia de ningún tipo podría atribuirse a ninguna de estas estructuras políticas. Solo los países que se apoyaban en una tradición liberal de larga data, que se habían movido gradualmente hacia sistemas constitucionales liberal-democráticos, pudieron resistir estas tendencias populistas.

Para trasladarnos al presente, ¿qué queda del pensamiento de esos dos teóricos de la democracia directa, en la ola populista generalizada de nuestros días? ¿Y atrae la doctrina schmittiana a los populistas actuales? En primer lugar, parece que las formas de democracia directa teorizadas por Buchanan —democracia directa como instrumento para lograr un “gobierno pequeño” y devolver al individuo el poder de decisión— encuentran una audiencia muy restringida. Lo que podría haberse teorizado en el apogeo del neoliberalismo, como un paso más para liberar a las personas y las empresas del Leviatán, ha perdido cada vez más atractivo en grandes estratos de la población. Una predicción formulada por los críticos marxistas cuando se publicó el ensayo de Fukuyama parece plausible: que “es poco probable que el actual triunfo global del capitalismo liberal sea un asunto duradero.”⁹⁹

Hay, más bien, un atractivo genérico para el Estado, que se basa sólo en unos pocos factores: ingresos estancados o en declive; globalización; frustración de la clase media. Como resultado, el populismo económico toma una forma definida por Barry Eichengreen en los siguientes términos: “un enfoque de la economía que enfatiza la distribución mientras resta importancia a los riesgos para la estabilidad económica de los fuertes aumentos en el gasto público, las finanzas inflacionarias y las intervenciones gubernamentales que anulan las funcionamiento del mercado”. 100 Dentro de la Unión Europea, los populistas han cuestionado las políticas que se inclinan hacia la austeridad y posiblemente la deflación. 101 Particularmente en la eurozona, un amplio programa de inversiones, basado en títulos de deuda con garantía conjunta, ha despegado muy recientemente en medio de la pandemia; y queda por ver si seguirá siendo una medida única.

Consideremos los factores que están detrás del populismo actual, partiendo del estancamiento de los ingresos y su supuestamente desigual distribución. La cola de la reciente Gran Recesión sigue moviéndose, no solo en la Unión Europea, sino en todas las democracias liberales en general, con políticas de austeridad y deflacionarias que impiden una recuperación sustancial, o más bien contribuyen al estancamiento o disminución de los ingresos, en varios países. Esta tendencia hacia una producción estancada o decreciente va acompañada de lo que varias estadísticas indican que es una desigualdad creciente, que ha revertido una tendencia anterior y opuesta a principios del siglo XX. 102

No es sorprendente que las formas de democracia directa, que podrían recordar la visión rousseauniana de la Voluntad General, parezcan estar en sintonía con los sentimientos de grandes estratos de la población. Sin embargo, uno puede dudar en hablar, al referirse a los desarrollos actuales, de una visión ideológica “estatista” bien articulada como subyacente a las tendencias populistas actuales. Más allá de la crítica confusa de la democracia representativa, ¿hay algún indicio de esquemas ideológicos de algún tipo que puedan apoyar iniciativas políticas coherentes basadas en formas directas de democracia? Es casi en broma que se pueda citar el hecho de que la plataforma electrónica a través de la cual los miembros del movimiento “5 estrellas” en Italia expresan su voto, lleva el nombre de “Rousseau” (el filósofo podría estar revolcándose en su tumba).

En el ámbito internacional, el populismo puede verse como un subproducto de la globalización. La globalización crea un “espacio monetario descentralizado”, no organizado ni controlado por una autoridad central. Este espacio tiene dimensiones geográficas, económicas, competitivas y financieras: el dinero se mueve con poca fricción y bajos costos; las personas y las empresas pueden comprar bienes y servicios en todo este espacio con barreras limitadas o nulas; en consecuencia, el mercado global está abierto a la competencia más feroz; y los activos financieros se pueden comprar a través de las fronteras. 103

La globalización, con estas características, ha abrumado política, social y económicamente a los países capitalistas occidentales. En referencia a este último punto, ha llevado al emprendimiento de esos países a trasladar enormes inversiones directas hacia áreas que cuentan con una fuerza laboral relativa-

mente calificada, pero que aún se encuentran en un estado atrasado en términos de niveles de ingresos y salarios (me viene a la mente el continente asiático). Los bienes producidos en esas áreas se exportan a los países avanzados de Occidente, a precios bajos. En consecuencia, en estos países, el tamaño de la economía, en particular del sector industrial, afectado por las enormes importaciones, no puede crecer y, a menudo, se contrae; y el poder de negociación de su mano de obra y sindicatos se ve afectado en consecuencia. La reducción relativa del sector industrial no va acompañada de una reducción paralela del sector de servicios, menos afectado por la competencia extranjera, estando más orientado hacia el interior; pero, aquí, es la estructura descentralizada del sector de servicios lo que hace a los sindicatos intrínsecamente más débiles (como ejemplos extremos, ver “Uber” o “Deliveroo”).

Cualquier impulso por mejores niveles de vida, tanto en el sector industrial como en el agrícola, se ve frustrado por la presencia potencial de trabajadores que vienen de las regiones más pobres, principalmente de África. Esta mano de obra de bajo costo podría posiblemente ser considerada como un factor positivo por los industriales para recuperar la competitividad en el mercado global (y, más aún, por los compasivos humanitarios de izquierda). Pero, al mismo tiempo, la presión de la inmigración actúa como una especie de tapa sobre las demandas de cualquier mano de obra local por salarios reales más altos. De ahí que gane terreno la fuerte postura antiinmigratoria adoptada por esta fuerza de trabajo y el nacionalismo, que exige el levantamiento de nuevas barreras, tanto a los bienes como a los trabajadores.

Tales fuerzas pueden desacreditar la democracia representativa y producir un llamado a un líder - ¿un líder schmittiano? - que podría proteger al país de enemigos opuestos: las limitaciones de las políticas económicas dirigidas a la estabilidad y sostenibilidad de la deuda y, a nivel mundial, la erosión de las cuotas de mercado para la producción nacional y la presión de la inmigración masiva. Ambos conducen a una mayor atención al interés nacional: el primero, desde un punto de vista de izquierda, en el sentido de una mayor intervención del Estado en la economía; los segundos, desde una perspectiva de derecha, buscando proteccionismo y barreras a la inmigración. Me viene a la mente el gran proteccionista del siglo XIX, Friedrich List (Capítulo 1), así como el ordoliberalismo alemán (Capítulo 2), en particular con referencia a la política económica de la UE.

Un tercer factor del auge del populismo mencionado anteriormente es la frustración de la clase media. También deben tenerse en cuenta factores no económicos. “Las antiguas distinciones de intereses económicos y de clase no han desaparecido, pero están cada vez más superpuestas por una más amplia y flexible: entre la gente que ve el mundo desde cualquier lugar y la gente que lo ve desde algún lugar”.¹⁰⁴ En otras palabras, a menudo existe la sensación de haber sido dejado atrás por aquellos que han podido progresar socialmente. Esta sensación de haber quedado atrás, se extiende a personas que no tienen motivos concretos para quejarse desde el punto de vista económico. Las personas de ingresos

medios, que tienden a diferenciarse de la “clase trabajadora”, han desarrollado un sentimiento de ira hacia las élites, de exclusión de los grupos sociales y culturales que realmente importan en la vida de una comunidad: no lo es, estrictamente hablando. , cuestión de ingresos y riqueza, pero de ascenso al éxito social y la meritocracia; es una especie de ansiedad por el estatus social. Nuestra sociedad neoliberal, al exaltar “el éxito” y poner a ciertas personas en lo más alto de la escala social, una escalera, vale la pena repetirlo, que no necesariamente está vinculado a clases sociales bien definidas, ha generado inexorablemente un sentimiento de frustración en esos grandes grupos de población que, aunque lejos de la base de la escala económica, tienen un sentimiento de no “pertenencia”. Esa gente ve la meritocracia como un fraude a expensas de los excluidos.¹⁰⁵ Una vez más, este no es un hecho sin precedentes. Como se mencionó anteriormente, si retrocedemos en la historia y pensamos en el fascismo italiano y el nazismo alemán, y en su pequeñoapoyoburgués, es razonable establecer comparaciones convincentes. Y nuevamente, un territorio creciente aparece cubierto por la larga y siniestra sombra de Carl Schmitt. Esta búsqueda de un líder que pueda dar a la gente un sentido de satisfacción social y orgullo nacional es más fuerte en países donde la tradición liberal de democracia parlamentaria es débil o inexistente.

El impacto de las redes sociales

Pero hay otro aspecto del populismo que merece consideración, cuyas implicaciones económicas y sociales pueden ser de mayor alcance que las mencionadas anteriormente. Supongamos que, de alguna manera, el populismo puede generar una suerte de Voluntad General, aparentemente en el sentido rousseauniano. Un factor importante que ha recibido mucha atención recientemente es el impacto de las redes sociales. Pueden plantearse dos preguntas al respecto: cómo se forma el consenso en la era actual de las redes sociales; y si podría haber un líder “schmittiano” oculto que podría conducir este consenso en direcciones que están lejos de los impulsos nacionalistas, y más bien señalar serias distorsiones en el sistema de mercado y el proceso político.

El embrutecimiento de la mente mediante el uso de breves mensajes electrónicos, de “tweets”, de opiniones o insultos demasiado claros (a menudo anónimos), de “me gusta”, de imágenes de cualquier tipo, de emojis, está enmascarado por sus Aspectos muy entretenidos y de rápido alcance: parece que nunca hubiéramos tenido tal nivel de libertad de expresión, de satisfacción instantánea y un enorme poder para influir —todos juntos— en cómo se desarrollan las cosas en nuestro mundo: un sueño de democracia directa. Los nombres fantasiosos e infantiles que se le dan a estas redes sociales no hacen más que aumentar su atractivo: ¡todo es tan simple, como un juego de niños! Y las utilizamos incluso cuando hablamos de los temas más complejos que tenemos ante nosotros, ya sean políticos, sociales o de contenido altamente técnico, y, en general, en el total desconocimiento del tema específico en cuestión, cualquier resultado es posible.

La falta de experiencia y competencia específicas es una cuestión de orgullo, más que una desventaja (un político británico, un ex miembro del gabinete, ha dicho recientemente que la gente “ha tenido suficiente de expertos”). Paralelamente va la circulación decreciente de los periódicos y otros medios: como sabemos, pueden estar disponibles en Internet, pero sus historias son demasiado largas y elaboradas, y nos obligan a dedicar un tiempo a ejercitar la mente: es mucho más sencillo. y más rápido para confiar en un “tweet”.

Esto sería suficiente para motivar una visión crítica de estas redes: la costumbre que tenemos ahora de simplificar los temas más complicados que tenemos ante nosotros, y por tanto polarizar, en extremo, diferentes posiciones (incluso sin considerar el tiempo perdido en interminables charlas).). Debe intentarse un análisis de costo-beneficio. Los indudables beneficios de estas redes deben evaluarse teniendo en cuenta los aspectos críticos antes mencionados. Admito que este análisis nunca se llevará a cabo: incluso si ignoramos su enorme impopularidad, ¿quién debería ser el juez imparcial de los resultados?

En un discurso pronunciado en octubre pasado en la Universidad de Georgetown, 106 Mark Zuckerberg, CEO de Facebook, presentó su filosofía a la audiencia. Colocó su red en la corriente principal de la democracia estadounidense, con apelaciones apasionadas a la Ilustración, la Primera Enmienda, los padres fundadores, Martin Luther King, un fallo de la Corte Suprema, The New York Timesy #MeToo (que “se volvió viral en Facebook”). Quiere que “más personas compartan sus experiencias... dando voz a todos”. “Muchas de las historias que la gente ha compartido hubieran sido ilegales incluso si las hubiera escrito”. Esto “empodera a los que no tienen poder y empuja a la sociedad a mejorar con el tiempo ... con Facebook, más de dos mil millones de personas ahora tienen una mayor oportunidad de expresarse y ayudar a otros ... a escala. [Esto] es un nuevo tipo de fuerza en el mundo ... un quinto poder junto con las otras estructuras de la sociedad. La gente ya no tiene que depender de los guardianes tradicionales de la política y los medios para hacer oír su voz”.

Facebook —continúa Zuckerberg— coloca a las personas en la mejor posición posible para enfrentar las tensiones sociales vinculadas a los cambios económicos masivos que surgen de la globalización y las nuevas tecnologías, las consecuencias de la crisis financiera de 2008 y la reacción polarizada ante una mayor migración. Facebook hace todo lo posible para contrarrestar el terrorismo, la pornografía, la violencia organizada, la interferencia en las elecciones políticas y no fomentar los contenidos polarizados, que conducen a comunidades antagónicas (agrega: “los votantes más polarizados en las últimas elecciones presidenciales fueron las personas menos propensas a usar Internet”).

Quiere evitar el riesgo de “poner en peligro a la gente”. Los usuarios están protegidos por un equipo de 35.000 empleados, dotados de sistemas de IA que pueden detectar el riesgo de autolesión en minutos, con especial foco en el bienestar de las personas; mientras que una Junta de Supervisión Independiente está disponible para apelar “nuestras decisiones de contenido”. Su conclusión: “Creo en las personas”.

Ese discurso expone claramente las dudas sobre la democracia representativa tradicional. Tampoco menciona nunca la “democracia directa”, sino que parece hablar de la suma de determinadas voluntades. Esto es diferente de la Voluntad General de Rousseau, que mediante una interpretación de “demos” puede identificarse con el Estado (ver arriba). Por otro lado, no se sugiere ningún apoyo para un liberalismo libertario inspirado en Buchanan.

Hace algunos años, una escritora británica, Eliane Glaser, planteó una perspectiva crítica, generalmente en relación con Internet. 107Ella, distanciándose de la opinión predominante, según la cual los años posteriores al ensayo de Francis Fukuyama habían dado evidencia de que el pronóstico de Fukuyama era rotundamente erróneo (que en realidad la historia no puede terminar), se preguntó si Fukuyama, paradójicamente, tenía razón. Según ella, en lugar de considerar la prevalencia de la democracia liberal occidental, Fukuyama en realidad estaba presentando “una forma de encubrir la política de derecha con un disfraz benignamente incontestable”. Señaló el papel decisivo de Internet. En su opinión, “el capitalismo pretende amar el libre mercado; en realidad, manipula mercados para las élites ... [L] a derecha ha construido sistemáticamente un movimiento ideológico que se presenta como todo menos sistemático, todo menos ideológico”. La política se presenta como una cuestión de optimización tecnológica, de hacer un buen trabajo con lo que nos ofrece la tecnología en constante avance. “En una era post-ideológica... ¿Internet es un síntoma o una causa? Cuando cada persona en un vagón de tren está mirando un pequeño dispositivo iluminado, es casi una visión de mal gusto de la distopía ... el consumismo digital nos vuelve demasiado pasivos para rebelarnos ... Si lo aceptamos como inevitable, de hecho conducirá al final de la historia, En más de un sentido”.

En la medida en que esta visión pueda conducir a una sociedad despolitizada, este tipo de sociedad podría terminar siendo un instrumento de un dictador schmittiano: no más feliz de tener frente a él grandes y vociferantes reuniones de personas que lo aplauden, como en los regímenes fascistas de nuestro pasado—, pero muchedumbres silenciosas que siguen en sus pequeños dispositivos sus direcciones y favorecen inconscientemente sus propios intereses.

Este modelo de sociedad se ve claramente en las reflexiones de David Runciman. En una visión aún más sombría y extrema, Runciman, en *How Democracy Ends*—Presenta al lector la guerra que una democracia liberal tiene que librar constantemente contra los excesivos poderes corporativos del mercado y su tendencia a mezclarse con las instituciones políticas. Con el tiempo, y particularmente en nuestros días, esta lucha ha cambiado y se ha vuelto más difícil. Observa que, para las instituciones de la democracia, el peligro de perder el control de los gigantes corporativos del pasado es menos crítico con referencia a los gigantes corporativos de hoy, representados por las redes sociales. Escribe que “son bestias muy diferentes de Standard Oil. Monopolizan muchas cosas a la vez. Producen cosas de las que hemos llegado a depender de nuestra vida diaria; influyen en lo que nos decimos, dando forma a lo que vemos y oímos”.

Si esta interpretación extrema fuera correcta (un fuerte “sí”, lo admito), la estructura económica de la sociedad se basaría en un sistema cuasi-monopolista, en el que pocos gigantes corporativos de las redes sociales tendrían el poder de abordar nuestras elecciones de alguna manera aparentemente imparciales pero sustancialmente guiados por ellos mismos. Esto sería cierto no solo con referencia a las elecciones de nuestros consumidores, sino también a nuestras preferencias políticas.

En el capítulo 2 de este ensayo, mientras se abordan las “externalidades” de Pigou, el hecho de que los servicios de redes sociales se proporcionen casi de forma gratuita a sus consumidores se menciona como una especie de “externalidad positiva”, el excedente de un consumidor, medido por la precio de mercado que los consumidores pagarían de otro modo. La objeción a este razonamiento es que, como en muchos otros casos, las necesidades de los consumidores son creadas artificialmente por las mismas empresas que proporcionan el producto adecuado, y que, por otro lado, existe un excedente del productor generado por la enorme cantidad de datos que están disponibles. a él.

Una de las principales tareas que tiene ante sí la clase política, tal como lo expresan nuestras instituciones representativas, es hacer frente a este inminente desarrollo económico y social, y dar evidencia de que miran el problema, cuidando eficazmente la democracia liberal que les ha tocado. están llamados a defender, y evitando una simple impresión de colusión con los poderes que están llamados a regular. Ésta es la única forma de rescatar a una democracia representativa de todas las acusaciones —a menudo, justamente levantadas— de haber “traicionado” al pueblo. Lo que viene inmediatamente a la mente son algunos temas que son fundamentales para la supervivencia, tanto política como económica, de una sociedad liberal, y deberían llamar la atención de los consumidores y los reguladores sobre problemas que ya están maduros para ser resueltos:

mala conducta en materia de competencia y legislación antimonopolio;

protección de la privacidad, que es un enfoque sin escrúpulos de los derechos de privacidad;

la elusión fiscal mediante la explotación de paraísos fiscales;

papel de las redes sociales como editores. Este problema se deja de lado al describir la red como una “plataforma”. Lo que esta palabra significa en terminología jurídica no me queda claro. Como cualquier editor, las redes sociales no deben ignorar la responsabilidad de lo que se hace público en la red.

Pero, sobre todo, está el problema de la enorme concentración de poder económico y político, como lo atestigua la abrumadora participación de la valoración del capital de estas empresas de tecnología sobre el valor total del mercado de valores.

Notas

1. Véase De Cecco, capítulo I.
 2. Streek2016, págs. 1-3).
 3. Véase, por ejemplo, Johnson (1965) y Levi-Faur (1997).
 4. Johnson, págs.172 y 183.
 5. Fukuyama (1989).
 6. pag. 3.
 7. Si la admiración de Hegel por Napoleón, al derrotar a Prusia en la batalla de Jena, significa que vio ese evento como “el fin de la historia”, es discutible. Fukuyama escribió como activista político para el Departamento de Estado de EE. UU. Más que como historiador.
 8. págs. 9 y 14-15.
 9. De todos modos, Schumpeter, escribiendo en 1954, no usa este término con referencia a la Teoría General de Keynes .
 10. Schumpeter (1954, pag. 754). Es en este sentido que tenemos que entender el adjetivo “clásico”: nada que ver específicamente con la “Escuela Clásica” de Adam Smith y otros economistas (incluso si, de hecho, la suya era, de una manera schumpeteriana, una “escuela clásica” situación”).
 11. Se trata de “situaciones clásicas”, según Schumpeter.
 12. Ibídem.
 13. Lucas y Sargent (1979, pag. 1).
 14. Keynes, Teoría general , pág. 378.
 15. Este factor es enfatizado por Heilbroner y Milberg (1995, cit, pág. 57).
- dieciséis. Teoría general , pág. 291.
17. Ver, sobre este último punto: Leijonhufvud (1983) (el autor es un keynesiano medio arrepentido).
 18. pag. 5.
 19. La “curva de Phillips” se definió como “un hallazgo empírico en busca de una teoría” (James Tobin, citado por Heilbroner y Milberg, cit, p. 52).
 20. Johnson (1971).

21. págs. 5-6.
22. Por ejemplo, uno de los keynesianos estadounidenses, Alvin Hansen, planteó la teoría del “estancamiento secular”, para enfatizar que una insuficiencia de demanda efectiva siempre prevalecería, sería “estructural”.
23. Johnson, pag. 6.
24. En Italia, por ejemplo, donde la inflación cruzó en un punto el nivel del 20%, un comentario generalizado fue que la democracia no podría sobrevivir si la inflación se mantuvo por mucho tiempo por encima de esa tasa.
25. Harvey (2007, pag. 2).
26. Samuelson (1997). De alguna manera más amable que Samuelson, George Stigler escribió: “La competencia es una mala hierba, no una flor delicada”.
27. “Luego hibernando, como una secta exótica, en los Estados Unidos y Gran Bretaña” (Streek, cit, p. 154). Pero el británico Lionel Robbins es uno de ellos.
28. Collier2018, pag. 13).
29. Deaton2020, pag. 2).
30. Enciclopedia de Filosofía de Stanford (plato.stanford.edu/contractarianism).
31. “La causa utilitaria fue promovida por economistas; la causa de los derechos fue promovida por abogados”, escribe Collier, p. 13. Pero esto no es del todo cierto: Richard Posner, un jurista, estaba muy cerca de las opiniones libertarias de Buchanan; Joseph Stiglitz, solo por nombrar un economista, está más cerca de Rawls.
32. Kant1981 [1785], págs. 12-13).
33. Rawls (1971).
34. pag. 17.
35. pag. 13.
36. pag. 13.
37. Pero de esta manera descuidan, al menos, a GF Hegel.
38. Buchanan y Tullock (1965 [1962], págs. 111-112).
39. pag. 266.
40. Véase, por ejemplo, Boettke (2011).

41. Buchanan y Tullock hablan de la “naturaleza interdisciplinaria del libro” (p. VI).
42. Hay un acento benthamiano en esto (ver Capítulo 1).
43. Ibidem, págs. 13-14.
44. Buchanan1999 [1969], págs. 41-42).
45. Buchanan1990).
46. Buchanan y Tullock, cit, pág. 20.
47. Buchanan1990, cit, págs. 4-7).
48. Hobbes’s (1909 [1651], pag. 132).
49. Buchanan1990, pag. 12).
50. Ibidem, pág. 12.
51. Buchanan1959).
52. pag. 127.
53. pag. 128.
54. Musgrave1969).
55. Buchanan, pág. 130.
56. Posner1987, pag. 21).
57. pag. 22.
58. Posner2009).
59. Milton Friedman escribió que el desempeño de la economía como ciencia debe ser juzgado por la “conformidad con la experiencia de las predicciones que produce”. Se reformuló la teoría cuantitativa enfatizando el dinero como un activo que se puede comparar con otros activos, dentro de un “análisis de cartera”, un análisis del balance de las personas, es decir, del tipo de activos que quieren tener. Ver Friedman (1968 [1964], págs. 357-359).
60. Ver Axelrod (2011, capítulo 5) y Volcker (2018).
61. Según la definición de Milton Friedman de la economía como una disciplina positiva (ver Prefacio).
62. Los individuos se asumieron implícitamente como “demasiado tontos”. Ver Anderson (1978).

63. pag. 5.

64. Lucas y Sargent, cit.

sesenta y cinco. Es decir, la oferta de cualquier bien encuentra una correspondencia exacta con la demanda.

66. Heilbroner, Milberg, cit, págs.81 y 83.

67. Según la definición del Banco Central Europeo.

68. Acharia y col. (2009, pag. 5).

69. La crisis de los préstamos se extendió a personas con historial crediticio empañado.

70. Cassidy2010).

71. de Voltaire1937 [1759], pag. 22).

72. Samuelson, cit.

73. Keynes (1937).

74. Grillete (1953, pag. 227).

75. Porque, en realidad, poco tiene que ver con la Escuela Clásica de Smith o Ricardo.

76. Stiglitz (2009, pag. 238).

77. Skidelsky2009).

78. Israel2014, pag. 21). Véase también Kelly (2015).

79. Israel, cit, págs.23, 216, 348 y 358.

80. Rousseau, JJ: El contrato social , cit, págs. 22-23.

81. pag. 267.

82. pag. 268.

83. pag. 269.

84. pag. 280.

85. pag. 281.

86. Sobre la democracia directa de Buchanan como antítesis de la de Rousseau, véase Shearmur (2010).

87. Buchanan2001).

88. pag. 237.
89. pag. 238.
90. Este es un tema que ya hemos tocado en la Secta. 4.2 , cuando se trata de la preocupación de Buchanan por una constitución históricamente creada, cuyo contenido real puede estar lejos de los principios de una economía de libre mercado.
91. pag. 239.
92. Rachman2019).
93. Schmitt (2013 [1921]).
94. Traverso (2016, págs. 95-96).
95. pag. 238.
96. págs. 228-230.
97. Sin embargo, Buchanan no menciona explícitamente a Schmitt (quizás, en el momento de escribir, 2001, el nombre de Schmitt no estaba tan de moda).
98. Buchanan, Democracia directa, liberalismo clásico y estrategia constitucional, cit, p. 236.
99. Marxism Today , noviembre de 1989.
100. Eichengreen (2018, pag. 5).
101. Vale la pena recordar que, en la Alemania de entreguerras, las políticas liberales ortodoxas del canciller Brüning favorecieron implícitamente la tendencia del electorado a inclinarse hacia la extrema derecha.
102. Desigualdad de ingresos, medida con el coeficiente de Gini

Reino Unido

EE.UU

Francia

Italia

Alemania

2010

33,66

45,60

30.30

34,70

28.00

1980

25,70

37,85

32,56 (1979)

32,50

24,73 (1978)

Fuente ourworldindata.org

103. Pringle2020, pag. 113).

104. Goodhart (2017, págs. 3-4).

105. Kuper (2020).

106. Zuckerberg (2019).

107. Glaser (2014).

108. Runciman (2018, págs. 132-133).

Part III

Visiones alternativas

Chapter 5

La filosofía económica desde mi perspectiva

El último capítulo investiga el vínculo entre liberalismo e historicismo (Benedetto Croce), en la interpretación de la actividad económica. Significa que las elecciones, incluso las económicas, que tenemos que hacer, son históricamente específicas y requieren continuamente nuevos enfoques y soluciones. Las acciones individuales, así como las instituciones y políticas, se desarrollan históricamente y ninguna de ellas debe tomarse como valores a mantener indefinidamente. “Una sociedad libre permite una gran variedad de opiniones encontradas” (Isaiah Berlin). Un sistema económico puede considerarse liberal si es coherente con la afirmación de la libertad individual, como emergente en circunstancias históricas específicas. Las creencias anteriores, vistas como la respuesta final a los problemas económicos, han sido decepcionadas: una sociedad capitalista es liberal aunque adaptativa. El equilibrio entre la libertad negativa, que da prioridad al interés personal irrestricto y los fuertes derechos de propiedad del individuo, y la libertad positiva, que reserva un amplio papel al Estado, debe ser reevaluada adecuada y continuamente de acuerdo con las circunstancias históricas cambiantes. La disciplina de la economía probablemente se beneficiaría de las inyecciones de historicismo e institucionalismo, saliendo de esquemas de teorización demasiado abstractos, aunque formalmente perfectos.

Palabras clave

- Historicismo
- Libertad positiva y negativa
- Institucionalismo

Una visión liberal

Hemos visto en el capítulo 2 que el filósofo italiano Benedetto Croce quería reconstruir los cimientos del liberalismo, convencido como estaba de la insuficiencia de la teoría liberal convencional, tal como maduraba en el siglo XIX. Esta teoría se basó en el orden natural de la Ilustración o en los principios utilitarios del positivismo.

Croce reaccionó contra lo que llamó “la orgía de la regularidad abstracta” y los “equilibrios más perfectos de la mecánica social”, que estaban detrás de la construcción teórica de los científicos sociales y, en el campo de la economía, de los economistas de la economía clásica y Escuelas neoclásicas: esquemas que se consideraron válidos en cualquier lugar y siempre, según los primeros; o como “leyes” que responden a regularidades inmutables del mundo físico, según este último. ¹

Croce creía que en el historicismo se podía encontrar una base nueva y persuasiva para el liberalismo. Sin embargo, lo que tenía en mente era el historicismo ni del hegeliano dialéctico ni del marxista materialista. Ambas versiones quieren conducir a ciertos objetivos definidos que se realizan a través del proceso histórico: la afirmación del Estado como encarnación de la racionalidad y la libertad, o el advenimiento de una sociedad sin clases gracias a la revolución proletaria. Y, por eso, ambos son deterministas, porque consisten en una predicción histórica de lo que necesariamente va a suceder: una aproximación a las ciencias sociales que asume la predicción histórica como su objetivo principal. ²

Lejos de cualquier determinismo de este tipo, el historicismo significa, según Croce, que no podemos esperar una organización social específica que será la etapa final del progreso humano, una especie de equilibrio permanente tanto en la vida social como económica.

Su “historicismo ideal” significa que las situaciones problemáticas que tenemos frente a nosotros, las elecciones que tenemos que hacer en cualquier campo de actividad, son históricamente específicas y siempre requieren nuevos enfoques y soluciones. Este punto de vista puede verse como —y, en cierto modo, es— relativista. Como tal, aunque lejos del determinismo, parece también socavar cualquier confianza en los estándares permanentes suprahistóricos, que nos guían en nuestras decisiones: estándares permanentes que a menudo se consideran esenciales para el liberalismo.

El punto central de las reflexiones de Croce es que los desarrollos históricos se realizan a través de instituciones, políticas y acciones individuales, pero ninguno de ellos debe tomarse como una fuente absoluta de valores que deben mantenerse indefinidamente. El liberalismo de Croce se centra en la supremacía del individuo, en su conciencia y capacidad moral para actuar de conformidad con su sentido de la justicia (esto nos recuerda a John Rawls, que escribe sobre los hombres como seres racionales morales, con fines propios pero capaces de un sentido de justicia). ³Detrás de nuestro comportamiento concreto, siempre hay

“una voz que nos dirige hacia lo que debemos hacer, cuál es nuestra misión y nuestro deber: una voz que puede diferir para cada uno de nosotros, porque la historia necesita pensamientos diferentes y opuestos, que la historia misma cuidar de mediar y armonizar”. 4 Este punto de vista está en sintonía con la definición de sentido común del hombre liberal, como paradójicamente la describe el poeta Robert Frost: “un liberal es un hombre demasiado amplio para ponerse de su lado en una discusión”. 5

Esto significa reconocer, a la luz de la conciencia histórica, la diversidad y los desacuerdos políticos, considerándolos como una fuente de cambio y crecimiento. De esta manera, “Liberty - escribe Croce - no está ligada a ningún entorno particular de instituciones o tradiciones o condiciones económicas o cualquier otra cosa; todo esto [la libertad] puede utilizar para sus propios fines, según lo sugiera la situación y el proceso histórico”. 6 “La verdad nunca es definitiva, porque toda verdad pone la premisa de nuevas posiciones intelectuales y, con ellas, de nuevas dudas, problemas y nuevas verdades”. 7 Un liberal nunca alentará la esperanza de lograr soluciones permanentes: “Quien refuta o satiriza a los apóstoles de la paz y la igualdad universales, lo hace para oponerse a los medios ingenuos e inadecuados que utilizan por la vaguedad e imposibilidad de sus supuestos; pero no refuta ni satiriza el trabajo honesto, perseguido por los buenos gobernantes en todo momento, para reducir en sociedades específicas desigualdades específicas; o por políticos sabios, para evitar conflictos armados y guerras”. 8

¿Qué pueden significar estas palabras abstractas, aparentemente abstrusas, en términos políticos? En las circunstancias históricas que habían acompañado décadas de debates intelectuales sobre el liberalismo, y en los tiempos turbulentos del siglo, “Croce buscó restablecer las bases del pluralismo liberal y la tolerancia, y mostrar, en respuesta a la arrogancia del totalitarismo, por qué una medida de humildad debe rodear el compromiso político”. 9 En la misma línea, Isaiah Berlin escribió, muchos años después: “La idea de que puede haber dos caras de una pregunta, que puede haber dos o más respuestas incompatibles, cualquiera de las cuales podría ser aceptada por hombres racionales y honestos - esa es una noción muy reciente”. “El mérito de una sociedad libre es que permite una gran variedad de opiniones encontradas sin necesidad de supresión”. 10

¿Cómo puede esta teorización ser relevante para el polémico campo de las ideologías y visiones económicas como se discute en este ensayo? Como enfatizamos en el Capítulo 2, Croce trató de elevar el liberalismo por encima de cualquier visión que pueda prevalecer históricamente en un momento y lugar específicos, y observó que un sistema económico específico puede considerarse liberal si es consistente con la necesidad de afirmar la libertad individual y el pluralismo en diferentes circunstancias históricas.

Por lo tanto, Croce pensó que la cuestión de la libertad económica en un sistema capitalista (liberalismo económico, o “liberismo”, como lo hemos llamado antes) podría, o no, ser consistente con el liberalismo tout court : la respuesta proviene solo de las circunstancias históricas particulares. vivimos con. En las circun-

stancias de su propio tiempo, “trató de flexibilizar el liberalismo [económico] socavando su persistente antiestatismo y, en particular, su vínculo de larga data con la economía del *laissez-faire*”. 11

El choque entre el economista “liberalista” Luigi Einaudi y Benedetto Croce sobre el tema del liberalismo es un ejemplo interesante de un difícil diálogo entre el filósofo liberal y el economista liberal. Este debate se prolongó durante la década de 1930 y se hizo más directo y vehemente en las páginas de la *Rivista di storia economica* a principios de la década de 1940. Croce destacó la diferencia entre liberalismo y liberismo, que veía como la doctrina del *laissez-faire*. Los sistemas económicos son históricamente específicos y ninguno de ellos tiene derecho a pretender ser moralmente privilegiado e implícitamente superior. La teoría económica no puede ser, per se, una teoría de una sociedad liberal.

¿Qué inferencias podemos extraer de la adopción de una perspectiva histórica liberal, como la que acabamos de mencionar, sobre los problemas económicos concretos que tenemos ante nosotros hoy? Puede ser útil, en este punto, recordar la distinción, descrita al principio de este ensayo, entre una visión centrada en el individuo como agente racional y una visión del Estado como encarnación de la racionalidad, una visión en la que el individuo siempre ocupa el segundo lugar. La segunda visión está incrustada en ese tipo de historicismo que Croce quería rechazar, y será evidente que un enfoque croceano lo descartaría como antiliberal, porque niega la supremacía del individuo en todos los aspectos de la vida social y económica.

¿Dónde se puede encontrar un equilibrio? Berlín hizo una útil distinción entre libertad negativa (que significa: ¿cuántas puertas están abiertas para mí?) Y libertad positiva (que significa: quién está a cargo, para que mi desarrollo personal y participación plena en la vida de la colectividad ¿Se puede realizar mediante la intervención del Estado?). La libertad negativa se mide por la ausencia de obstáculos para hacer lo que quiero hacer, mientras que la libertad positiva se mide por el alcance de la intervención del Estado en la vida social y económica de un país y por los usos que se le da a dicha intervención. “El ejercicio incontrolado de una libertad destruye la otra”. En términos de libertad negativa, es decir, sin ninguna intervención del Estado, esta libertad ilimitada puede ser tergiversada y puede, en extremo,¹² La libertad positiva, igualmente, puede torcerse y conducir a la sociedad autoritaria o totalitaria. En estos dos extremos, el liberalismo está completamente descartado. Evitar estos extremos determina el grado de liberalismo en la sociedad. “Debe haber un equilibrio entre las dos [libertades], sobre el cual no se pueden enunciar principios claros”. 13 Y, en opinión de Berlín, el concepto de libertad positiva —aunque, en sí mismo, esencial “para una existencia decente” - ha sido históricamente más abusado y pervertido que el de libertad negativa en el mundo moderno.

Volviendo a Croce, su rechazo a una sociedad estatista —ya sea representada por el Estado ético o por el Estado proletario marxista— significaría una firme oposición a la versión extrema de la libertad positiva, que necesariamente va acompañada de una coacción totalitaria. Pero si nos inclinamos hacia la libertad

negativa, el problema es hasta qué punto podemos inclinarnos hacia ella.

Herbert Stein, escribiendo en 1990 y en cierto modo celebrando el colapso del comunismo, enfatizó que “hay que traer una nota de realismo” a la celebración. El núcleo central del capitalismo es la libertad, pero la libertad absoluta es imposible, y nuestras adaptaciones [del capitalismo estadounidense] no han ido todas en la misma dirección, algunas han sido guiadas por políticas públicas, otras por comportamiento privado. “La genialidad del sistema es que ambos han tenido la libertad de adaptarse”. 14 Con un enfoque similar, Douglass North estudió las interacciones de los actores (individuos o grupos) y los arreglos institucionales (formas organizacionales) al considerar estas organizaciones como una parte integral del análisis económico en lugar de una adición descriptiva al análisis. 15

La mayoría de los pensadores políticos y economistas liberales, cualquiera que sea su filosofía política y económica, definitivamente estarían de acuerdo con la idea de una “sociedad adaptativa”. La sociedad necesita diferentes corrientes de pensamiento, y en la disciplina de la economía, el énfasis puede ponerse en diferentes momentos y lugares en una u otra vertiente:

- Por un lado, la ambición individual se considera la fuerza impulsora de las economías de libre mercado. La orientación estatal obstaculizaría y limitaría el individualismo. Esto significa que debe darse al individuo una amplia posibilidad de perseguir sus propios objetivos, de modo que pueda tener éxito en sus esfuerzos y su recompensa económica pueda maximizarse, sin verse obstaculizado por las limitaciones públicas, a costa de no dar prioridad a los menos favorecidos. Este pensador liberal cree en los incentivos del mercado como un poderoso instrumento de crecimiento. Opinará que un gran énfasis en la libertad “negativa” puede conducir a un nivel de crecimiento que eleve sustancialmente el nivel de vida de todos, a pesar del hecho de que persisten o incluso aumentan grandes brechas en la distribución del ingreso y la riqueza. También podría pensar que la intervención del Estado es a menudo ineficaz,
- Por otro lado, otro pensador liberal, particularmente cuando los tiempos son duros, observará los estratos desfavorecidos de la población y observará que grandes grupos de pobreza y desigualdades cada vez mayores exigen una intervención estatal más profunda, con el fin de elevar su nivel de protección, en el costo de la adopción de políticas que reserven un amplio papel al Estado: una realización más completa de la libertad “positiva” a través de formas que pueden incluir políticas fiscales redistributivas, regulaciones más estrictas, propiedad pública de los medios de producción y ampliaciones de la seguridad pública. neto.

Este tipo de opciones bien pueden permanecer dentro del territorio del liberalismo. La democracia representativa, en el aspecto político, es el arreglo institucional que puede asegurar adecuadamente la libertad de tomar estas decisiones económicas fundamentales, pero diferentes.

¿ Hacia dónde iría ahora un liberal?

Teniendo en cuenta esta distinción entre libertad negativa y positiva, cabe preguntarse si el neoliberalismo, como se discutió en el capítulo anterior, puede haber conducido a un abuso de la libertad negativa. Creo que de hecho lo ha hecho.

Recordemos algunas características que hemos considerado inherentes al neoliberalismo. Son: relaciones laborales en pie de igualdad, independientemente de la diferente fuerza contractual del empleador y del trabajador; una organización de mercado darwiniana, que posiblemente conduzca a la supresión de la competencia de facto y al surgimiento de posiciones de renta, y una concentración extrema del poder económico; globalismo en el comercio y los movimientos de capital que explota el arbitraje de los costos laborales y posiblemente perjudique la inversión y la producción a nivel regional; neutralidad de las políticas fiscal y monetaria con respecto al comportamiento de los agregados macroeconómicos. En general, los sistemas económicos se basan en estructuras reguladoras más suaves y en la reducción del sector público.

Agreguemos que, como es bastante obvio, en la mayoría de los países avanzados estas características del fundamentalismo de mercado no han destruido estructuras existentes y bien consolidadas, particularmente en lo que se refiere a la denominación general de Estado de Bienestar. Un neoliberal tendría razón al decir que el impacto de las características antes mencionadas ha sido diferente de un país a otro y, en general, exagerado. Pero la penetrante “ansiedad visceral”, que afecta tanto a los trabajadores como a los empresarios (según las fuertes palabras utilizadas por Paul Samuelson hace más de veinte años, véase el capítulo 4), no ha hecho más que aumentar.

Isaiah Berlin, mirando hacia atrás en el siglo XX, tenía suficiente terreno, como hemos visto, para comentar los abusos de la libertad positiva. El nacionalismo y el totalitarismo fueron experiencias bastante recientes e, incluso cuando los gobiernos democrático-liberales estaban a cargo, una sobreextensión de la red de seguridad pública era un tema de debate y preocupación. Hoy, los temas en juego son diferentes. La pregunta es si errar por el lado de la libertad negativa —con énfasis en fuertes derechos de propiedad privada, mercados libres y libre comercio— ha ido demasiado lejos, en la dirección de lo que Berlín llamaría “libertad pseudo-negativa”. Este tipo de libertad termina alejándose del liberalismo, aunque adoptemos una definición de liberalismo bastante amplia y que abarque diferentes perspectivas.

La relevancia de esta pregunta surge incluso cuando, dejando de lado el aspecto ético del liberalismo, miramos la experiencia económica real y nos preguntamos si se ajusta a las predicciones de la Nueva Economía Clásica (que podemos ver como el trasfondo teórico del neoliberalismo). Si se tiene en cuenta que el desempeño de la economía “positiva”, es decir, de una ciencia económica que pretende ser independiente de las posiciones éticas, debe ser juzgado por la conformidad de la experiencia con las predicciones que produce (según Milton Friedman, ver el Prefacio de este ensayo), es claro que la experiencia económica y financiera real, consistente con los esquemas adoptados por las teorías de expectativas racionales y mercados eficientes, no estaba en conformidad con las predicciones que arrojaban estas teorías.

Las políticas neoliberales que han prevalecido durante mucho tiempo podrían haber encontrado una legitimidad plausible si sus resultados hubieran implicado una mejora general de las condiciones económicas y sociales. Aparentemente, no ocurrió nada, en presencia de tasas de crecimiento muy modestas, o estancamiento o declive a menudo en la mayoría de los países avanzados, y de desigualdades en ingresos y riqueza que solo han empeorado. Incluso en el campo que puede verse como un “territorio natural” para una verificación experimental de las teorías de eficiencia del mercado, es decir, el buen funcionamiento de los mercados financieros, fallaron, con el colapso de los mercados con consecuencias bien conocidas en términos de crecimiento y empleo (el hecho de que otros países, en su mayoría no occidentales, hayan obtenido mejores resultados en términos económicos no debe atribuirse a esas proposiciones teóricas. Al menos en un caso importante, el de China,

Es posible decir que no solo se ha abandonado la visión de Adam Smith de la confianza como la base de un sistema de libre mercado que funciona bien, sino que también los principios libertarios del liberalismo de Hayek o incluso Buchanan se han visto privados de toda motivación ética. Aquí, el problema no es el enfoque liberal en el individualismo; Keynes también vio las ambiciones individuales como una fuerza impulsora de la actividad económica y, de hecho, su teoría, como se mencionó anteriormente (Capítulo 2), asignó un papel principal al empresario privado para promover la eficiencia económica. Se trata más bien de la visión general, o conjunto de supuestos, que subyace a las teorías de expectativas racionales y mercados eficientes, y sobre la adopción de arreglos institucionales y políticas regulatorias consistentes con ellos. En este sentido, esas teorías aparecen como un ejercicio de lógica abstracta, cuyo supuesto básico es el agente económico individual guiado por el egoísmo y la codicia desenfrenada: un supuesto que es una parodia de la visión de los liberales clásicos.

Como se observó en el capítulo anterior, podemos leer la situación actual a través de lo que puede verse como un subproducto importante del neoliberalismo, el éxito generalizado de los movimientos populistas.

La participación decreciente del sector industrial y la expansión paralela del sector de servicios en los países avanzados ha ido acompañada de una amplia desunionización de la mano de obra y de un número creciente de trabajadores

explotados, especialmente en algunos sectores de la economía, como ciertos servicios y la agricultura. . La desindustrialización relativa es en parte el resultado del arbitraje de los costos laborales y la consiguiente deslocalización de la producción. El neoliberalismo ha generado un resentimiento fuerte y arraigado contra las élites políticas y las clases empresariales emergentes que han puesto en práctica el neoliberalismo. Este resentimiento es la fuente y el motor del populismo y de su llamado genérico a un mayor estatismo y, a menudo, a políticas económicas insostenibles.

Si la libertad negativa se ha convertido en una pseudo-libertad, se necesita un cierto reequilibrio para volver a entrar en el campo del liberalismo. La pseudo-libertad negativa tiene que ser restringida si se quiere realizar suficientemente la libertad positiva. 16 Me parece que un equilibrio apropiado y correcto entre la libertad negativa y la positiva requiere, particularmente en las circunstancias actuales —escribo estas líneas mientras la pandemia aún está entre nosotros— abordar cuidadosamente los puntos específicos que hemos mencionado como características del neoliberalismo. y preguntarse qué tipo de enfoques podrían ser compatibles con una visión liberal.

Acerca de las relaciones laborales, “[g] a globalización ha movido las fábricas de explotación que Marx y Engels y los inspectores de fábrica de la 19^a siglo se encontraba en Manchester a la periferia capitalista ... Así que los trabajadores sudado de hoy [en la periferia capitalista] y la media los trabajadores de clase en los países del capitalismo avanzado, tan alejados unos de otros espacialmente que nunca se encuentran, ... nunca experimentan juntos la comunidad y la solidaridad que se derivan de la acción colectiva conjunta”. 17 Solo hay que agregar que los “trabajadores de clase media” de las economías avanzadas incluyen también a los empleados inseguros de la economía de los gig.

Todo esto puede sonar a viejo marxismo (“los trabajadores del mundo se unen” 18), pero en términos reales significa que, habiendo trasladado la producción industrial en gran parte a la “periferia”, las economías de los países avanzados se han convertido, en gran parte, en economías de servicios, donde la agrupación densa de trabajadores en una misma gran fábrica es cada vez menos frecuente. Es de interés para una economía liberal sólida que se reconozcan y protejan los derechos de la mano de obra. El liberal admite que existe un conflicto de intereses inherente entre las dos partes del contrato de trabajo, y favorece los sindicatos de libre creación como instrumento común de cooperación y defensa, y de confrontación con la parte contraria (como el “liberalista” Luigi El propio Einaudi destacó en su *Le lotte del lavoro*). 19 El hombre liberal, sobre todo, desconfía de cualquier forma de corporativismo, preocupado de que pueda favorecer al empresario bajo la bandera suprema del interés nacional.

En cuanto a los mercados abiertos y la globalización, debe reconocerse que el origen de la globalización debe encontrarse en la oportunidad prevista para liberalizar el comercio y los movimientos de capital, mejorar el espíritu de empresa individual, abrir oportunidades e ir más allá de los mercados protegidos con el fin de reforzar la competencia y el crecimiento económico. El espectacular au-

mento de las transacciones internacionales que se produjo debe considerarse un factor positivo para un bienestar más generalizado y, en cierto modo, puede ser motivo de queja por el hecho mismo de que muchas zonas del mundo se hayan quedado atrás. por actitudes proteccionistas.

Sin embargo, la apertura del mercado ha involucrado inevitablemente áreas que tienen niveles notablemente diferentes de crecimiento económico, estructuras y regulación del mercado, habilidades laborales, salarios y protección laboral; y gobernado por sistemas políticos profundamente diferentes. Así, la globalización ha contribuido a la adopción de políticas deflacionarias en sentido amplio para mantener la competitividad en países que, gracias a su mayor nivel de ingresos y salarios y de una protección laboral más estricta, están expuestos a desequilibrios en sus cuentas exteriores. Por otro lado, ha fomentado la deslocalización de la producción por razones opuestas. La adopción de políticas deflacionarias y la deslocalización de la inversión son dos caras diferentes de un mismo fenómeno,²⁰

Como sucede cuando se desarrolla una crisis importante en un sistema abierto, piense en la década de 1930, la reacción es un retorno a la protección del interés nacional (sin embargo, debe recordarse que incluso los artífices liberales de mente amplia (Keynes es un ejemplo notable) apoyaron barreras al comercio al comienzo de la Gran Depresión, ver Capítulo 2 : este es un tema que no puede verse solo en términos de rabia populista).

No debe tomarse como una desventaja necesaria que una de las posibles consecuencias de las dificultades actuales de mover mercancías por el mundo con la facilidad a la que todos estábamos acostumbrados (dificultades que se atribuyen tanto a las tensiones geopolíticas como a la pandemia actual) es el intento de las empresas de “repoblar”, es decir, acortar y diversificar las largas cadenas de suministro, dondequiera que vendan su producto final: ya sea más cerca de su propio mercado local o del país lejano que era su proveedor pero que ahora se ha convertido en también un mercado de consumo.

Sobre los roles respectivos, del Estado y del individuo, en el sistema económico, en las circunstancias específicas actuales, una pregunta que se ha planteado es si el rol mayor del primero es una emergencia temporal o una tendencia a largo plazo, y cómo debería ser. evaluado. Un papel ampliado del Estado ya está con nosotros, impulsado por motivaciones urgentes, ya sea en forma de subsidios o reducciones de impuestos para el sector privado, o de una mayor propiedad de los medios de producción, a través de medidas de rescate. El liberal rechaza cualquier visión estatista del sistema económico, mira con recelo estas políticas a menudo inevitables, es consciente de que esta no es la mejor manera de lidiar con las empresas “zombis” (insolventes). Pero, más allá de la emergencia, se debe buscar una presencia pública más estable en circunstancias específicas, como los monopolios naturales o algunos servicios públicos.

El hombre liberal también abordará el tema de la disciplina de la economía, y en particular de las políticas macroeconómicas, liberándose de lo que pueden parecer ahora más como dogmas que como intentos de conducir hacia un bi-

enestar más equilibrado. Vale la pena repetir que Croce fue un filósofo, no un economista. ²¹ Y sería engañoso identificar su “historicismo ideal” con cualquiera de los Weltanschauungen económicos en los que se metamorfoseó el liberalismo en el siglo XX y hasta nuestros días (Capítulos 2 y 4). Sin embargo, recordar el liberalismo de Croce y el peso de su historicismo ideal puede ser fundamental para dar más relevancia a una corriente de pensamiento, que actualmente está recibiendo una atención renovada, que recibe el nombre de “institucionalismo”: una corriente de pensamiento que, por ampliar el campo de investigación del economista, tal vez podría conducir a una nueva “situación clásica” schumpeteriana, que todavía falta, como hemos visto.

Heilbroner y Milberg, ²² que escribieron en la década de 1990, observaron que la “alta teorización” de esos años alcanzó un alto grado de irrealidad, construyendo modelos sin fundamentos. Escribieron que “La mayoría de los economistas actuales... se concentran en el capitalismo como un sistema de mercado, con la consecuencia de enfatizar sus aspectos funcionales más que institucionales o constitutivos”. Creo que es justo decir que tenían razón. Estos economistas -observaron- no utilizan el lienzo amplio, que es el cuadro de las propiedades políticas y culturales distintivas, así como económicas que caracterizan al capitalismo en un contexto histórico, que es un rasgo tan marcado en los escritos de figuras como Smith, Mill, Marx, Veblen, Schumpeter y Weber o también Braudel ²³(Se podrían agregar otros autores, incluido el propio Keynes, o Hyman Minsky, o Douglass North). La importancia de las instituciones es enfatizada por autores que piensan que los relatos puramente teóricos, no institucionales y no históricos privan a la economía de una comprensión más profunda de la economía de libre mercado y su éxito. El institucionalismo económico es, de hecho, la rama de la disciplina que mira los fundamentos de un sistema económico, con especial énfasis en su evolución histórica. Mirar el lado institucional significa indagar sobre la historia, es decir, mirar a la economía como un proceso en el tiempo histórico, por lo tanto, a la incertidumbre fundamental que caracteriza nuestro futuro. Esto encaja bien con la responsabilidad de nuestras elecciones individuales, históricamente específicas, enfatizado por Croce.

En cierto modo, todo economista que mira más allá del funcionamiento cotidiano de un mercado es, per se , un institucionalista, porque tiene que considerar el contexto general en el que tiene lugar cualquier intercambio de mercado; tanto más si pasamos de la microeconomía a la macroeconomía. El propio Keynes —como se mencionó anteriormente— puede leerse desde una perspectiva institucional, porque él, como cualquier institucionalista, ve “la economía como una ciencia social y cultural de amplia base más que como un cuerpo de análisis ‘matemático-lógico’ ”. ²⁴En segundo lugar, los macroeconomistas e institucionalistas reconocen la necesidad de utilizar el razonamiento deductivo e inductivo, rechazando los límites arbitrarios entre la teoría pura y el análisis empírico. En tercer lugar, también ven un papel para el gobierno y están de acuerdo en que el gobierno juega un papel integral en la respuesta institucional a los problemas del mundo real. Keynes y los institucionalistas tienen una teoría de la estructura capitalista y el cambio institucional, que falta en

muchos análisis económicos contemporáneos.

Queda mucho por ver si el liberalismo económico puede reevaluarse de acuerdo con las líneas que hemos descrito, y si la disciplina económica se moverá dando más espacio a factores como la historia y las instituciones. Es posible que eventos como la crisis financiera y la Gran Recesión, o la pandemia actual, lleven a repensar la economía y las políticas económicas, de la misma manera que largos períodos de éxito y prosperidad pueden conducir al estancamiento intelectual. Estos tiempos tan inciertos dejan abierta la puerta a cualquier tipo de desarrollo, y la resistencia del liberalismo se verá sometida a una dura prueba.

Notas

1. Croce1922). Acerca de este artículo, consulte también el Capítulo 2 , sobre la relación de Croce con Keynes. Keynes fue el editor de la serie Reconstrucción en Europa, donde se insertó este artículo).
 2. Este es el significado diminutivo que Karl Popper le da al historicismo (2002). Justamente escribe que “la creencia en el destino histórico es pura superstición”. Véanse las páginas IX y 3.
 3. Consulte el Capítulo 4 de este ensayo.
 4. Croce1922).
 5. Según lo citado por Rachman (2020).
 6. Croce1949, págs. 93-94).
 7. Croce1922).
 8. Ibídem.
 9. Roberts1987, pag. 216).
 10. Berlín y Jahanbegloo (1991, pag. 43).
 11. Roberts, pág. 221.
 12. O la libertad ilimitada para los propietarios de fábricas o los padres permitirá que ambos empleen niños en las minas de carbón.
 13. Berlín, págs. 40-43.
 14. Stein1990, págs. 5-6).
 15. Norte (1971).
- dieciséis. Berlín, pag. 41.

17. Streek2016, pag. 25)
18. Manifiesto comunista .
19. Vea el Capítulo 2 .
20. Streek2016, pag. 23).
21. “Intentar leer como economista los escritos de Benedetto Croce sobre la ‘ciencia económica’ es un ejercicio vergonzoso, temeroso de ser irreverente hacia un autor que fue el ‘mayor ídolo controvertido’ ... de toda la cultura italiana del siglo pasado”, escribió Giorgio Lunghini, un economista marxista (2003, pag. 185).
22. Heilbroner y Milberg (1995).
23. Heilbroner1988, pag. 50).
24. Keller (1983, pag. 1088). Véase también Weinstein (2007) y Whelan (2012).

Part IV

Economía de la complejidad

Chapter 6

Fundamentos lógicos y filosóficos de la complejidad

Hay al menos 45 definiciones de complejidad según Seth Lloyd, como se informa en *The End of Science* (Horgan, 1997, págs. 303-305). Rosser Jr. (1999) defendió la utilidad en el estudio de la economía de una definición que él llamó complejidad dinámica que fue originada por Day (1994). Se trata de que un sistema económico dinámico no logra generar convergencia a un punto, un ciclo límite o una explosión (o implosión) de forma endógena a partir de sus partes deterministas. Se ha argumentado que la no linealidad era una condición necesaria pero no suficiente para esta forma de complejidad, y que esta definición constituía una “gran carpa” suficientemente amplia para abarcar las “cuatro C” de la cibernética, la catástrofe, el caos y la “pequeña carpa”. (Ahora más conocidos como agentes heterogéneos) complejidad.

Formas de complejidad

Hay al menos 45 definiciones de complejidad según Seth Lloyd, como se informa en *The End of Science* (Horgan, 1997, págs. 303-305). Rosser Jr. (1999) defendió la utilidad en el estudio de la economía de una definición que llamó complejidad dinámica que fue originada por Day (1994). 1 Se trata de que un sistema económico dinámico no logra generar convergencia hasta un punto, un ciclo límite o una explosión (o implosión) de forma endógena a partir de sus partes deterministas. Se ha argumentado que la no linealidad era una condición necesaria pero no suficiente para esta forma de complejidad, 2 y que esta definición constituía una “gran tienda” suficientemente amplia para abarcar las “cuatro C” 3 de la cibernética, la catástrofe, el caos y la “pequeña carpa”. (ahora más conocidos como agentes heterogéneos) complejidad.

Norbert Wiener (1948) fundó la cibernética, que se basaba en simulaciones por computadora y fue popular entre los planificadores centrales e informáticos soviéticos mucho después de que no fuera tan admirada en Occidente. Jay Forrester (1961), inventor del simulador de vuelo, fundó la dinámica de su sistema rival, argumentando que los sistemas dinámicos no lineales pueden producir resultados “contrarios a la intuición”. Probablemente su aplicación más famosa fue *The Limits to Growth* (Meadows et al. 1972), eventualmente criticada por su excesiva agregación. Podría decirse que ambos provienen de la teoría general de sistemas (von Bertalanffy, 1950, 1974), que a su vez se desarrolló a partir de la tectología, la teoría general de la organización debida a Bogdanov (1925-29).

La teoría de la catástrofe se desarrolló a partir de la teoría de la bifurcación más amplia, que se basa en suposiciones sólidas para caracterizar patrones de cómo el cambio suave de las variables de control puede generar cambios discontinuos en las variables de estado en valores críticos de bifurcación (Thom, 1975), con Zeeman (1974) modelo de mercado de valores colapsa el primer uso del mismo en economía. Los métodos empíricos para estudiar tales modelos dependen de estadísticas multimodales (Cobb et al. 1983; Guastello 2011a, b). Debido a las estrictas suposiciones en las que se basa, se desarrolló una reacción violenta contra su uso, aunque Rosser Jr. (2007) argumentó que esto se volvió exagerado.

4

Si bien la teoría del caos se remonta a Poincaré (1890), se hizo prominente después de que el climatólogo Edward Lorenz (1963) descubrió la dependencia sensible de las condiciones iniciales, también conocido como “el efecto mariposa”. Las aplicaciones en economía siguieron las sugerencias hechas por May (1976). Los debates sobre la medición empírica y los problemas asociados con la predicción han reducido su aplicación en economía (Dechert, 1996). 5 Es posible desarrollar modelos que exhiban fenómenos combinados catastróficos y caóticos como en la histéresis caótica, 6 primero mostrado como posible en un modelo macroeconómico por Puu (1990), con Rosser Jr. et al. (2001) estimando tales patrones de inversión en la Unión Soviética en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial.

El tipo de complejidad dinámica de carpa pequeña o agentes heterogéneos no tiene una definición precisa. De manera influyente, Arthur et al. (1997a) argumentan que tal complejidad exhibe seis características: (1) interacción dispersa entre agentes heterogéneos que interactúan localmente en algún espacio, (2) ningún controlador global que pueda explotar las oportunidades que surgen de estas interacciones dispersas, (3) organización jerárquica transversal con muchos enredos interacciones, (4) aprendizaje y adaptación continuos por parte de los agentes, (5) novedad perpetua en el sistema a medida que las mutaciones lo llevan a desarrollar nuevos nichos ecológicos, y (6) dinámicas fuera de equilibrio con muchos equilibrios o ninguno y poca probabilidad de un estado global óptimo emergente. Muchos apuntan a Thomas Schelling (1971) estudio sobre un tablero Go 19 por 19 sobre el surgimiento de la segregación urbana debido a los efectos del vecino más cercano como un ejemplo temprano.

Otras formas de complejidad dinámica no lineal observadas en modelos económicos incluyen atractores extraños no caóticos (Lorenz 1983), límites de cuencas fractales (Lorenz 1983; Abraham et al.1997), atractores de llamaradas (Hartmann y Rössler1998; Rosser Jr. y col.2003a), y más.

Otros enfoques de complejidad no dinámica utilizados en economía han incluido estructuras (Pryor1995; Stodder1995), 8 jerárquicos (Simon1962), informativo (Shannon1948). Algorítmico (Chaitin1987), estocástico (Rissanen1986) y computacional (Lewis1985; Albin con Foley1998; Velupillai2000).

Aquellos que defienden el enfoque en la complejidad computacional incluyen Velupillai (2005a, B) y Markose (2005), quienes dicen que este último concepto es superior por su fundamento en ideas más definidas, como la complejidad algorítmica (Chaitin1987) y complejidad estocástica (Rissanen1989, 2005). Estos se consideran fundados más profundamente en el trabajo de entropía informacional de Shannon (1948) y Kolmogorov (1983). Mirowski2007) argumenta que los mercados mismos deben verse como algoritmos que están evolucionando a niveles más altos en un Chomsky (1959) jerarquía de los sistemas computacionales, especialmente a medida que se llevan cada vez más a través de las computadoras y se resuelven a través de sistemas programados de doble subasta y similares. McCauley (2004, 2005) e Israel (2005) argumentan que las ideas de complejidad dinámica como la emergencia son esencialmente vacías y deberían abandonarse por otras más basadas en la computación o más basadas en la física, las últimas basándose especialmente en conceptos de invariancia .

En el nivel más profundo, la complejidad computacional involucra el problema de la no computabilidad. En última instancia, esto depende de una base lógica, la de la no recursividad debido a la incompletitud en el sentido de Gödel (Church1936; Turing1937). En los programas informáticos reales, esto se manifiesta más claramente en la forma del problema de la detención (Blum et al.1998). Esto equivale a que el tiempo de parada de un programa sea infinito y se vincula estrechamente con otros conceptos de complejidad computacional, como la complejidad algorítmica de Chaitin. Tales problemas de incompletitud presentan problemas fundamentales para la teoría económica (Rosser Jr.2009a, 2012a, B; Landini y col.2020; Velupillai2009).

En contraste, la complejidad dinámica y conceptos tales como emergencia son útiles para comprender los fenómenos económicos y no son tan incoherentes e indefinidos como se ha argumentado. Un subtema de parte de esta literatura, aunque no toda, ha sido que los modelos o argumentos de base biológica son fundamentalmente incorrectos matemáticamente y deben evitarse en una economía más analítica. En cambio, tales enfoques pueden usarse junto con el enfoque de complejidad dinámica para explicar la emergencia matemáticamente y que tales enfoques pueden explicar ciertos fenómenos económicos que no se pueden explicar fácilmente de otra manera.

Fundamentos de la economía de la complejidad computacional

Velupillai2000, págs. 199-200) resume los fundamentos de lo que ha denominado economía computable 9 a continuación.

La computabilidad y la aleatoriedad son las dos nociones epistemológicas básicas que he usado como bloques de construcción para definir la economía computable. Ambas nociones pueden ponerse en práctica para formalizar la teoría económica de manera eficaz. Sin embargo, solo se pueden hacer sobre la base de dos tesis: la tesis de Church-Turing y la tesis de Kolmogorov-Chaitin-Solomonoff.

Iglesia (1936) y Turing (1937) se dieron cuenta de forma independiente de que varias clases amplias de funciones podían describirse como “recursivas” y eran “calculables” (las computadoras programables aún no se habían inventado). Turing (1936, 1937) fue el primero en darse cuenta de que Gödel (1931) El teorema de la incompletitud proporcionó una base para la comprensión cuando los problemas no eran “calculables”, llamados “efectivamente computables” ya que Tarski (1949). El análisis de Turing que introduce el concepto generalizado de la máquina de Turing, ahora visto como el modelo de un agente económico racional dentro de la economía computable (Velupillai2005b, pag. 181). Si bien el teorema de Gödel original se basó en una prueba diagonal de Cantor que surge de la autorreferencia, la manifestación clásica de no computabilidad en la programación es el problema que se detiene: que un programa simplemente se ejecutará para siempre sin llegar nunca a una solución (Blum et al.1998).

Gran parte de la economía computable reciente ha implicado demostrar que cuando se intenta poner partes importantes de la teoría económica estándar en formas que puedan ser computables, se descubre que no son computables de manera efectiva en ningún sentido general. Estos incluyen los equilibrios walrasianos (Lewis1992), Equilibrios de Nash (Prasad 1991; Tsuji y col.1998), aspectos más generales de la macroeconomía (Leijonhufvud 1993), y si un sistema dinámico será caótico o no (da Costa et al. 2005). 10

De hecho, lo que se considera como complejidades dinámicas puede surgir de problemas de computabilidad que surgen al saltar de un marco de números reales clásico y continuo a un marco de solo números racionales digitalizado. Un ejemplo es la curiosa “función financiera” de Clower y Howitt (1978) en el que las variables de solución saltan hacia adelante y hacia atrás en grandes intervalos de forma discontinua a medida que las variables de entrada van de números enteros a racionales no enteros a números irracionales y viceversa. Velupillai2005b, pag. 186) señala el caso de un misil Patriot que falló su objetivo por 700 m y mató a 28 soldados como “fuego amigo” en Dhahran, Arabia Saudita en 1991 debido a un ciclo sin interrupción de una computadora a través de una expansión binaria en

una fracción decimal. Finalmente, el descubrimiento de la dependencia sensible caótica de las condiciones iniciales por Lorenz (1963) debido al error de redondeo de la computadora es famoso, un caso que es computable pero indecidible.

En realidad, existen varias definiciones de complejidad basadas en la computabilidad, aunque Velupillai (2000, 2005a, B) sostiene que pueden vincularse como parte de la base más amplia de la economía computable. El primero es el Shannon (1948) medida del contenido de la información, que puede interpretarse como un intento de observar la estructura en un sistema estocástico. Por tanto, se deriva de una medida de entropía en el sistema, o de su estado de desorden. Por lo tanto, si $p(x)$ es la función de densidad de probabilidad de un conjunto de K estados denotados por valores de x , entonces la entropía de Shannon está dada por

$$H(X) = - \sum_{x=1}^K \ln(p(x))$$

De aquí es trivial obtener el contenido de información de Shannon de $X = x$ como

$$SI(x) = \ln(1/p(x))$$

Se llegó a entender que esto equivale al número de bits en un algoritmo que se necesitan para calcular este código. Esto llevaría a Kolmogorov (1965) para definir lo que ahora se conoce como complejidad de Kolmogorov como el número mínimo de bits en cualquier algoritmo que no prefija ningún otro algoritmo a (x) que una Máquina de Turing Universal (UTM) requeriría para calcular una cadena binaria de información, x , o,

$$K(x) = \min |a(x)|$$

donde $|a(x)|$ denota la longitud del algoritmo en bits. 11 Chaitin (1987) descubriría y ampliaría de forma independiente este concepto de longitud mínima de descripción (MDL) y lo vincularía con los problemas de incompletitud de Gödel, su versión se conoce como complejidad algorítmica, que sería retomada más tarde por Albin (mil novecientos ochenta y dos) 12 y Lewis (1985, 1992) en contextos económicos. 13

Si bien estos conceptos vincularon de manera útil la teoría de la probabilidad y la teoría de la información con la teoría de la computabilidad, todos comparten el desafortunado aspecto de no ser computable. Esto se remediaría con la introducción de la complejidad estocástica por Rissanen (1978, 1986, 1989, 2005). La intuición detrás de la modificación de Rissanen de los conceptos anteriores es centrarse no en la medida directa de la información, sino en buscar una descripción o modelo más breve que describa las “características regulares”